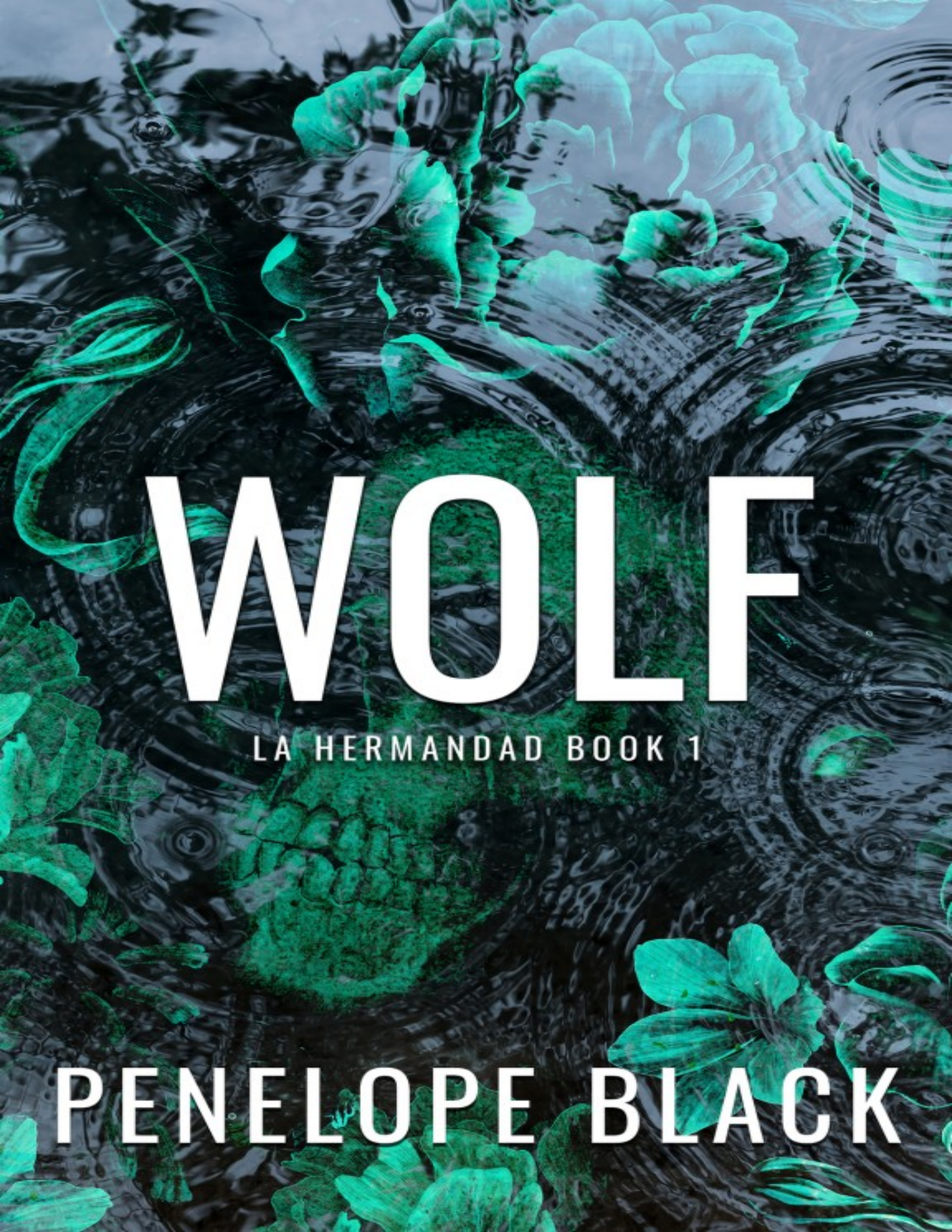




WOLF

LA HERMANDAD BOOK 1

PENELOPE BLACK

WOLF

DARK ROMANCE MAFIA EN
ESPAÑOL

LA HERMANDAD
LIBRO 1

PENELOPE BLACK

Copyright © 2026 by Penelope Black

All rights reserved.

No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, without written permission from the author, except for the use of brief quotations in a book review.

ÍNDICE

[Playlist](#)

[Prólogo](#)

1. [Alaina](#)
2. [Alaina](#)
3. [Alaina](#)
4. [Alaina](#)
5. [Alaina](#)
6. [Alaina](#)
7. [Wolf](#)
8. [Alaina](#)
9. [Alaina](#)
10. [Alaina](#)
11. [Wolf](#)
12. [Alaina](#)
13. [Alaina](#)
14. [Wolf](#)
15. [Alaina](#)
16. [Alaina](#)
17. [Alaina](#)
18. [Wolf](#)
19. [Wolf](#)
20. [Alaina](#)
21. [Alaina](#)
22. [Wolf](#)
23. [Alaina](#)
24. [Rush](#)
25. [Alaina](#)
26. [Wolf](#)
27. [Sully](#)
28. [Alaina](#)
29. [Wolf](#)
30. [Alaina](#)

31. [Alaina](#)
32. [Alaina](#)
33. [Rush](#)
34. [Wolf](#)
35. [Alaina](#)
36. [Alaina](#)
37. [Wolf](#)
38. [Rush](#)

[Una nota para los lectores](#)

[¿Listo para más?](#)

[Capítulo Uno](#)

[Otras Obras de Penelope Black](#)

*Para Veronica Mars y Buffy Summers.
Mackayla Lane y Katniss Everdeen.
Daria Followhill y Hermione Granger.
Arya Stark y Daenerys Targaryen.
Para todas las mujeres de ficción que nos inspiran,
y para todos sus maravillosos creadores.*

Y para Tarryn Fisher.

PLAYLIST

BØRNS — —Electric Love—
Arcade Fire — —Keep the Car Running—
Florence + The Machine — —Dog Days Are Over—
Madilyn Bailey — —Titanium—
Joseph — —California Dreamin'—
Fleetwood Mac — —The Chain—
Fleetwood Mac — —Go Your Own Way—
David Bowie — —Modern Love—
Marvin Gaye — —Ain't No Mountain High Enough—
Queen — —Bohemian Rhapsody—
The Clash — —Train in Vain—
Yeah Yeah Yeahs — —Maps—
Joe Cocker — —With A Little Help From My Friends—
Radiohead — —Creep—
Lady Gaga + Bradley Cooper — —Shallow—
Mark Ronson ft. Amy Winehouse — —Valerie—

PRÓLOGO

—¡ENHORABUENA, promoción de 2020! Ha sido un auténtico placer ver cómo lograbais vuestras metas durante estos últimos cuatro años.

Desconecto de las palabras de la directora de la St. Rita's Academia Femenina de Santa Rita mientras mi mirada se clava en el motivo por el que estoy aquí: la pelirroja de ojos lánguidos en la quinta fila. A juzgar por cómo ha buscado en las gradas cada sesenta segundos durante los últimos veinte minutos, está esperando a que aparezca alguien.

Por suerte para ella, yo lo he hecho.

El aire acondicionado más cercano a mí empieza a zumbar, sumándose al murmullo bajo de la multitud que me rodea. Un escenario improvisado se asienta en medio del gimnasio, con globos color rojo y plata enmarcando las cuatro esquinas. Una gota de sudor me recorre la espalda mientras la ola de calor de la ciudad de Nueva York hornea a todo el mundo dentro de esta glorificada lata de conservas.

Me bajo la gorra para ocultar mi rostro y vuelvo a meter las manos en los bolsillos mientras me apoyo en las gradas plegables de madera. Lo último que necesito es que me reconozcan, y con una cara —y unas manos— como las mías, es inevitable. Técnicamente estoy en territorio neutral, pero no dudo que esos malditos rastreros

aprovecharían la oportunidad mientras estuviera solo. Y hoy no quiero derramar sangre aquí.

Mi mirada sigue cada uno de sus movimientos y, cuando pronuncian su nombre, se desliza por el escenario con una sonrisa amplia y radiante. Saluda con la mano a un grupo de caras conocidas que la vitorean desde la grada, pero sus hombros no pierden la tensión en ningún momento.

Ah, así que mi pajarillo no esperaba a ninguno de ellos, reflexiono.

Levanta más la barbilla mientras posa para una fotografía al final del escenario.

Es la criatura más impresionante que he visto en mi vida.

Y será mi reina.

UNO

ALAINA

—BESAR A UN DESCONOCIDO.

Un acceso de tos involuntario me sacude el cuerpo cuando el refrigerante de vino de fresa se me queda atrapado en la garganta. —Lo siento —digo mientras me llevo una mano a la base de la garganta y dejo la bebida sobre mi escritorio—. Se me ha ido por el otro lado cuando me ha parecido oírte decir que tengo que besar a un desconocido. —Clavo una mirada fulminante en mi prima, Madison.

—Eso es porque lo he dicho. —Arquea una ceja y se echa su larga y lacia melena pelirroja por encima del hombro—. Aunque no sé por qué te sorprende, porque este reto no es mío.

—Bueno, pues mío no es, así que... —Me giro para mirar a la hermana gemela de Madison, Mary, con un nuevo sentimiento de admiración—. Estoy impresionada —murmuro.

—¿Qué? —Mary resopla y se cruza de brazos sobre el pecho—. Ya tenemos dieciocho años...

—Ejem. —Me señalo a mí misma con una sonrisa irónica.

—Bueno, *nosotras* tenemos dieciocho —Mary se señala a sí misma y a Maddie— y tu cumpleaños es en cosa de una semana. He pensado que podíamos subir un poco el nivel. —Las mejillas de Mary

están rosadas para cuando termina de hablar—. ¡Además, nos acabamos de graduar!

Mary y Madison son gemelas dicigóticas y, aunque sus diferencias son mínimas, tienen estilos distintos. Mary lleva su pelo pelirrojo en un lob —un bob largo— que se alisa todos los días. Con sus ojos azul hielo a juego, ambas son espectaculares. Y son mis mejores amigas.

—Creo que es una idea estupenda, pero os vais a decepcionar porque yo definitivamente añadí «maratón de *Crónicas Vampíricas*» ahí dentro la semana pasada —les digo con una carcajada.

Mary está rígida sentada en el borde de mi cama individual en nuestra suite compartida de la Academia Femenina de Santa Rita. Técnicamente, ya no somos estudiantes de secundaria aquí, pero como estamos matriculadas en la escuela hermana, el Colegio Santa Rita, hemos optado por mantener el mismo alojamiento.

Mary sigue con los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho y mira fijamente la alfombra de color crema como si esta guardara todos sus secretos.

Miro a Maddie y señalo a su hermana con la cabeza. Con un suspiro, ella deja el palito de helado de colores con el reto sobre mi cómoda y cruza la habitación hacia su hermana.

—Cariño. No pasa nada. Y ya sabes que me parece perfecto que beses a quien quieras, cuando quieras.

—Sí, si quieres te cambio el reto, Mary —me ofrezco.

—Nada de devoluciones, Lainey. Ya conoces las reglas —interviene Maddie.

Mary levanta la cabeza con una sonrisa irónica en el rostro. —No te preocupes, mis cinco retos de la semana pasada fueron «besar a un desconocido».

Se me escapa una risita antes de que pueda evitarlo y Maddie se une. Al cabo de unos segundos, Mary se relaja un poco y, al poco rato, se ríe con nosotras.

—¿Quién iba a decir que todavía estaríamos jugando al juego tonto que nos inventamos con un tarro de cristal de sobra y palitos de helado de colores cuando teníamos doce años? —reflexiono mientras bebo un sorbo de mi refrigerante de vino.

—Yo. Yo lo sabía —dice Maddie con insolencia, levantando la barbilla y recostándose.

—Eso es porque la idea fue tuya —dice Mary rodando los ojos.

—¡Y qué buena idea fue! Además, ¿qué otra cosa íbamos a hacer? No podíamos salir del dormitorio y necesitábamos algo divertido que nos motivara, ya que nos soltaron en la ciudad y se largaron sin mirar atrás. —La sonrisa de Maddie es tensa y forzada, y entrecierra los ojos.

—¡Ajá! ¡Sabía que te había dolido que mamá nos dejara aquí y se fuera a Europa aquel verano! —exclama Mary, olvidada ya su tensión anterior.

Maddie levanta la barbilla. —No seas ridícula, Mary. No me dolió. Solo estaba dando un argumento. Y mamá nos lleva con ella a Europa todos los veranos ahora.

Ver a mis primas intercambiar réplicas rápidas es como ver un partido de tenis. Bebo un sorbo de mi bebida y me acomodo en mi silla.

—¡Exactamente! Porque montaste un numerito aquel verano, así que ahora mamá tiene miedo de dejarnos aquí. Sinceramente, ni siquiera sé por qué quieres seguir yendo allí. Ser la *compinche* de tu madre de mediana edad mientras liga con tíos quince años más jóvenes perdió su atractivo hace años. —Mary casi escupe la palabra *compinche* con desprecio, y yo me sorprendo. La expresión es más propia de Maddie que de ella. Siento que me estoy perdiendo algo.

—¿Aquel *único* verano? ¿Te refieres a aquel en el que estábamos haciendo cursos de verano y te bajó la regla en mitad de cerámica, pero yo fingí que era a mí, y Becky Parsons se burló de *mí*—Maddie se señala el pecho con un dedo— durante meses? ¿Ese verano? —Aprieta los labios y un rubor de ira le recorre el cuello.

Esta es una discusión familiar que han tenido muchísimas veces a lo largo de los años. La cuestión es que Mary siempre se disculpa —una vez más— y Maddie siempre acepta, se abrazan y, después, pasan a otra cosa. No estoy segura de qué tiene ese caso concreto para que Maddie siga obsesionada, pero es hora de que intervenga, como de costumbre.

Me pongo de pie y me enfrento a ellas con las manos en las caderas. —Muy bien, chicas, ¿vamos a besar a algunos desconocidos esta noche o qué?

Ambas se detienen y se giran para mirarme, con las mejillas rosadas, los brazos cruzados y la mirada cautelosa. Lo juro, a veces se parecen tanto que es como si fueran la misma persona.

Esta vez es Mary quien se desinfla primero. Se gira hacia Maddie. —Lo siento, Maddie.

Maddie se gira hacia ella. —Yo también lo siento. No te preocupes. Supongo que es que estoy empezando a tener hambre. —Maddie se acerca a Mary y le pasa un brazo por los hombros—. Vale, elijamos nuestros retos para esta noche.

Maddie deja a su gemela en el borde de mi cama y camina hacia el tarro de cristal de mi cómoda. En algún momento de estos años, decidimos empezar a guardar el tarro de los retos en mi habitación. Los coloridos palitos de helado casi llenan el tarro. Elegimos uno del tarro una vez a la semana, a veces más, pero siempre cuando estamos juntas. Ahora que trabajo en la cafetería a unas manzanas de aquí, doy clases particulares a un par de niños de secundaria por las tardes y canto por diversión con las chicas casi todos los viernes, tenemos que ser un poco más estratégicas.

Maddie cierra los ojos y saca un palo del tarro. —Muy bien, esta noche, el reto de Mary es *bailar con un desconocido*. —Su voz sube de tono con cada palabra, y sus cejas la siguen.

Mis labios se curvan en una sonrisa. Yo añadí ese reto hace meses. Desde que empecé a notar que el mismo chico aparecía en la noche de micro abierto en O'Malley's Pub. Alto, de pelo castaño y con un aura de peligro rodeándole. Observa mi actuación cada vez que canto, pero nunca se queda después y siempre está solo.

Pensé en darme el empujón para acercarme a él y pedirle que bailara, pero parece que será Mary quien arrase en la pista esta noche. La miro para calibrar su reacción ante su reto.

—Divertido. Tengo el conjunto ideal para esta noche. —Los ojos de Mary brillan mientras junta las manos frente al pecho y da saltitos sobre las puntas de los pies.

—Vale, entonces. —Maddie mira a su hermana con una sonrisa de complicidad. Vuelve a cerrar los ojos y saca otro palito de helado del tarro—. Y esta noche mi reto es *cantar en el karaoke... con un tutú verde lima*. —Las cejas de Maddie se elevan hasta el nacimiento del pelo y abre un poco la boca. Y yo no puedo contener la sonrisa.

—Ah, estaba viendo muchas repeticiones de *Sexo en Nueva York* cuando añadí ese reto —comento. Maddie me mira con la boca abierta—. Ya sabes, ¿donde ella lleva la falda de tul rosa y se ve espectacular caminando por las manzanas de la ciudad? Eso era lo que pretendía, pero pensé que el verde lima sería divertido.

—Lainey, somos tres pelirrojas de piel clara y pecas. El verde lima no es *nuestro* color, cielo —dice Maddie mientras me mira, con la cabeza ladeada y las cejas juntas como si realmente necesitara una intervención de moda. Solo porque me guste llevar camisetas viejas de bandas no significa que no tenga buen gusto. Simplemente sé lo que me gusta.

—Exactamente —digo con una sonrisa.

Mary se ríe mientras se levanta de mi cama. —Uy, qué buena eres, tía. Un sutil golpe bajo para todas; me gusta. Cenemos algo y luego preparémonos. Voy a ver qué hay hoy en el menú del comedor. —Mary se dirige a la cocina, donde tenemos el menú del comedor del mes pinchado en un tablero de corcho.

—Pero... ni siquiera tenemos un tutú verde lima, ¡así que ja! —grita Maddie, levantando un dedo en el aire.

—Excepto que... —Cruzo la habitación hacia mi armario, abro la puerta y aparto la ropa para poder alcanzar los tres artículos de colores brillantes del fondo. Cerrando los dedos alrededor de las perchas, saco los objetos—. ¡Cha-da! —Sacudo las perchas, haciendo que las faldas de tul se agiten.

Maddie me mira un momento antes de empezar a reírse. —Oh, Dios mío... ¡Mary, ven aquí y mira lo que ha hecho tu prima loca!

Oigo los pasos de Mary en el pasillo y habla antes de que pueda verla.

—¡Ya voy! Ah, y antes de que se me olvide, hoy hay espaguetis a la boloñesa —Mary se queda petrificada en el umbral, con la boca abierta—, ¡¿y qué demonios es eso?!

—¡Pues nuestros conjuntos para esta noche, por supuesto! — respondo alegremente.

—¡Pero solo Maddie tiene que llevar el verde lima! —se queja Mary.

Maddie se dobla de la risa sobre mi cama. —Has metido otros dos retos de tutú en el tarro, ¿a que sí?

Aliso el tul de la falda naranja neón mientras una sonrisa pícara asoma a las comisuras de mis labios. —Pues sí. Y como os queremos, todas vamos a llevar uno esta noche.

Desenredo la falda de tul verde lima y se la lanzo a Maddie. Me giro hacia Mary, que sigue parada en la puerta, y le ofrezco las otras dos faldas de tul. —¿Naranja neón o rosa fucsia?

—No me puedo creer que vaya a llevar una falda de tul naranja neón mientras bailo con un desconocido esta noche —refunfuña Mary fingidamente.

—Buena elección, Mary. ¿Puedo sugerirte que lleves un color liso arriba para que el naranja resalte de verdad? —pregunto con una carcajada. Desengancho la falda de tul naranja neón y se la lanzo.

—Vamos a estar ridículas en O'Malley's esta noche. —Maddie suspira con desánimo.

—Qué va, estaremos increíbles. Nos adoran, y Jack nunca dejaría que nadie dijera nada malo de nosotras —le aseguro—. Además, nos acabamos de graduar, ¡vamos a celebrarlo!

Jack es el dueño de O'Malley's Irish Pub. Lo conocí de forma un tanto aleatoria hace un par de años. Se suponía que iba a quedar con alguien allí para ver a una banda, pero el chico nunca apareció y acabé charlando con Jack un buen rato. Dos semanas después, aparecí con Mary y Maddie a cuestras para su noche de micro abierto y ya nunca dejamos de ir. Ahora, O'Malley's se ha convertido en nuestro lugar de referencia para salir de noche.

Sé que ellos saben que nuestros carnés falsos son una porquería, pero nunca nos lo dicen. Casi siempre pedimos vodka con arándanos, Long Island iced teas y Baby Guinnesses, que en realidad no llevan Guinness.

Todavía recuerdo la cara de asco de Mary cuando inclinó el vaso y dio un gran sorbo a lo que pensaba que era simplemente una

Guinness de tamaño pequeño.

Estaba segura de que aquel día iba a rociar toda la barra con Kahlúa y Bailey's. Pero por algún milagro, no lo hizo. Tardó unos seis meses en poder volver a beber siquiera un café con leche; algo en el olor al café le activaba el reflejo de náusea.

—¿De qué te ríes ahí sola? —pregunta Mary con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada—. Porque con el calzado pongo el límite, Lainey.

—En realidad, estaba recordando la vez que descubrimos qué era un Baby Guinness. —Sonríe arqueando una ceja—. ¿Te acuerdas de aquel...?

Mary finge una arcada antes de que pueda terminar la pregunta. —Puj. Sí. No me lo recuerdes o no podré volver a mirar un café con leche en meses —se queja.

Me río. —Buenos tiempos, buenos tiempos. Ahora, aire —muevo los dedos en su dirección—, ve a cambiarte para cenar. ¡Esta noche estamos de celebración!

—Sí, sí. Ya voy —murmura Mary mientras sale de mi habitación.

Sostengo la falda de tul rosa fucsia frente a mí, girándola y dándole vueltas, y observo mi reflejo en el espejo. Las comisuras de mis labios se curvan en una sonrisa traviesa.

Esta noche va a ser inolvidable.

DOS

ALAINA

ME PASO el cepillo de la máscara por las pestañas una última vez y me observo en el espejo que hay sobre mi tocador blanco de estilo *vintage*. Es una de las pocas cosas que conservo de mi padre; me lo regaló cuando cumplí ocho años.

Un delineado negro con acabado de ala enmarca mis ojos castaños, haciendo que el anillo de color ámbar de mis pupilas resalte contra mi piel clara. Tengo un sinfín de pecas salpicando el puente de la nariz, y no hay corrector que consiga ocultarlas del todo.

Mi padre solía buscar constelaciones entre mis pecas y luego me contaba la historia griega correspondiente. Mis favoritas siempre eran las que terminaban en historias de amor. Solo al hacerme mayor me di cuenta de que mi padre se tomaba muchas libertades con sus relatos. Las mitologías griegas originales son más oscuras, crueles y menos románticas.

Ahora las observo, intentando localizar la Osa Mayor o el Cinturón de Orión... cualquier constelación, en realidad. Pero no encuentro ninguna. De todos modos, ya no estoy segura de creer en ese tipo de historias.

Alguien llama a mi puerta y me giro para ver a Maddie en el umbral. —¿Lista, nena?

Me sacudo mentalmente la bruma melancólica en la que siempre me sumerge pensar en mi padre y me vuelvo hacia ella. —Estás...

—Ridícula —sentencia Maddie con inexpresividad.

—¡Increíble! —exclamo con entusiasmo y doy un par de palmadas de alegría—. ¡De verdad! ¡Combinar la falda con ese top blanco de tirantes finos y las sandalias de cuña ha sido una idea genial!

—Bueno... —Maddie se echa el pelo sobre el hombro con picardía—, si de algo entiendo, es de moda. —Esboza una sonrisa burlona y traza un círculo en el aire con el dedo índice—. Levántate y da una vuelta. Veamos qué te vas a poner esta noche para besar a un desconocido.

Le obedezco y me levanto del taburete en el que estaba sentada frente a mi tocador. Doy una vuelta sobre mí misma y la falda de tul de color rosa fucsia se ondea antes de posarse alrededor de mis rodillas. —¿Te gusta?

—Me encanta, Lainey. Y tienes suerte de que te quiera, chica, porque salir con esa camiseta una noche como esta es buscarse problemas —dice Maddie.

Tiro del hombro de mi camiseta *vintage* blanca de Johnny Cash, esa que tiene su foto policial descolorida en la parte delantera. —Me encanta esta camiseta. Y mira, le he hecho un nudo abajo para que parezca un *crop top*. Creo que queda mona.

—Estás muy mona —interviene Mary desde el pasillo. Ni siquiera la veo, pues está detrás de Maddie.

—Gracias, Mary. Ven aquí, que veamos tu conjunto.

—Está increíble, y ya sabes que me encanta el hombre de negro. —Madison lanza una mirada a su hermana—. Solo creo que ponerse *esa* camiseta *precisamente hoy* —en la víspera de la luna de sangre— es como enviar una señal de humo para que pase algo malo.

—Oh, ya estamos otra vez con esas chorradas supersticiosas. —Mary resopla y echa la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

Maddie se cruza de brazos y mira a su hermana con severidad. —No dirías eso si siguieras las señales y tu horóscopo como hago yo.

—Vale, acepto el reto. ¿Qué dice nuestro horóscopo para hoy? —Mary levanta la barbilla desafiante.

—Tú —señala a Mary— tienes que probar algo nuevo y comprender el valor del compromiso. Y tú —me señala a mí— tienes que prepararte porque se avecinan grandes cambios en tu vida y en el amor. Supera el drama y no tengas miedo de cuidar de ti misma.

Mary pone los ojos en blanco y lanza los brazos al aire antes de dejarlos caer a los costados. —¿Y qué parte de todo eso significa que no deba ponerse su camiseta de Johnny Cash?

—Bueno... —Maddie se cruza de brazos—, la astrología está abierta a la interpretación, pero creo que ponerse una camiseta que fomenta que te *arresten* justo cuando vas a experimentar grandes cambios en tu vida no es una buena idea.

Hay algo en la forma en que Maddie recita mi horóscopo esta vez que se siente diferente. Casi como una premonición que reverbera por todo mi cuerpo, calando hondo y tomando posesión de mi destino.

—Además, es día trece —añade Maddie con la mandíbula tensa y los hombros erguidos—. *Viernes* trece.

—Está bien, Maddie. Puedo cambiarme si eso te hace sentir mejor —me ofrezco.

—Venga, Lainey, no hace falta que te cambies. Tu camiseta no nos va a traer ningún mal presagio —resopla Mary poniendo los ojos en blanco.

—No, no pasa nada. Tengo la camiseta perfecta en mente. —Me doy la vuelta y voy hacia mi cómoda. Abro un cajón, saco una camiseta negra con los hombros al aire y la muestro—. ¿Mejor?

Maddie asiente y se cruza de brazos, con un ligero rubor tiñendo sus mejillas de rosa. Mary levanta los brazos con un soplido y se da la vuelta mientras yo me quito la de Johnny Cash y me pongo la negra.

Me arreglo la camiseta negra, colocando la manga corta para que caiga justo sobre mi hombro. —No te preocupes, Maddie. No me importa. —Le dedico una sonrisa por encima del hombro.

Ella se relaja visiblemente un poco y murmura: —Gracias, Lainey.

—No hay de qué. Sé que tú crees en esas cosas, y yo creo en ti, ¿vale? Así que si dices que la luna está en retrógrado y Venus brilla sobre Júpiter...

Maddie se ríe. —Me encanta que lo hayas intentado, pero nada de eso tiene sentido. Mercurio se pone retrógrado, nena.

Me encojo de hombros y le sonrío. Sabía perfectamente que Mercurio se pone retrógrado. Y, sinceramente, disfruto leyendo sobre horóscopos y todo eso, pero buscaba aligerar el ambiente, así que me he equivocado de terminología a propósito.

Me echo las ondas del pelo sobre el hombro y las miro a las dos. —¿Estamos bien, chicas?

—Estamos bien —responden al unísono.

—¡Oh!, ya sabéis que me encanta cuando hacéis eso tan raro de gemelas. —Mi sonrisa es amplia.

—Lo sabemos —responden con tono seco. Otra vez a la vez. Echo la cabeza hacia atrás y me río.

—Muy bien, ¿estamos listas para celebrar?

—Listísima, nena —responde Maddie.

—Esta noche voy a arrasarlo en la pista de baile. —Mary hace un pequeño movimiento de caderas mientras salimos todas de mi habitación hacia el pasillo.

—Mary, estás espectacular, amiga mía. Esa falda naranja neón te queda de maravilla. Y me encanta la elección tan atrevida de una camisa estampada.

Mary se anima con el cumplido. —Los clientes de O'Malley's no van a saber qué les ha pasado por encima esta noche.

TRES

ALAINA

—¡BENNY! —grito en cuanto veo al portero moreno del O'Malley's.

Al oír su nombre, Benny deja de hablar con el grupo de tíos con los que está charlando para mirar en nuestra dirección. Frunce un poco el ceño antes de que su cara se abra en una amplia sonrisa. — ¡Pajaronas! —Se lleva las manos a la boca para gritar calle abajo.

La mejor manera de describir a Benny es que es engañosamente encantador. Claro, tiene un atractivo juvenil y siempre tiene una palabra amable para nosotras, pero hay algo un poco raro en él.

Siempre lo achaco a su trabajo: ser de seguridad en el O'Malley's no puede ser algo pasivo todo el tiempo. Estamos en Nueva York, por el amor de Dios; seguro que ha tenido que lidiar con un montón de gente que se pasa de la raya.

Miro a Mary, a mi izquierda, y a Maddie, a mi derecha. Vaya estampa debemos de formar, caminando por la concurrida acera con nuestras faldas de tul esponjosas y de colores vivos.

Bajo la vista, apreciando la yuxtaposición entre la tela suave y limpia y el cemento manchado de la acera. El suave susurro de las faldas y el claqueteo de los tacones de Maddie mientras caminamos hacia el O'Malley's.

Es junio en Nueva York y la humedad por la tormenta que se avecina flota en el aire. Esto no es nada comparado con el calor

sofocante que hará en solo un par de semanas. La ciudad en verano no es para los débiles de corazón. Pero, por ahora, el calor es soportable.

Una gota de sudor me recorre la espalda mientras caminamos los últimos metros hasta la puerta de entrada del pub irlandés. Con una fachada de ladrillo negro mate, un toldo verde bosque y enormes ventanas de doce paneles a cada lado de la puerta, el O'Malley's no es lo que yo llamaría llamativo. No es el tipo de sitio en el que encontrarías a un montón de veinteañeros de fiesta por la ciudad.

Pero sí encontrarás a algunos viejos amables y a sus señoras que vienen casi todos los días a tomar una pinta, a algunos tíos que montan en moto y siempre piden los clásicos, y a gente del barrio que pasa por aquí después del trabajo.

Excepto cuando tienen eventos; entonces, es un sálvese quien pueda. Organizan algunos de los mejores conciertos de bandas de versiones que he visto en mi vida; algunas son tan buenas que, si cierras los ojos, es como si estuvieras escuchando a la de verdad.

Y su noche de micro abierto es una de mis cosas favoritas del mundo. Mary, Maddie y yo llevamos tanto tiempo actuando en la noche de micro abierto del O'Malley's que la gente viene a vernos, lo cual sigue siendo una sensación muy rara. Me muerdo el labio mientras pienso en cierta persona que viene a vernos cantar cada semana.

—Vaya. Pero bueno, mirad qué pintas —grazna Benny mientras se mira el reloj—. Pues no, Halloween es dentro de unos meses. —Benny nos recorre con la mirada de la cabeza a los pies, deteniéndose un instante más en Maddie—. ¿A qué debemos el honor de estas faldas esta noche, chicas?

—Son faldas, Benny —espeta Mary, y mis cejas se disparan hasta mi frente. Vaya. Quizás es a este a quien Mary esperaba besar cuando puso esas pruebas en el tarro.

Benny levanta las manos en señal de rendición. —Vale, vale. Estás muy guapa, Maddie.

—En tus sueños, Benny. —Maddie pone los ojos en blanco.

Mary agarra el pomo de la puerta y tira con más fuerza de la necesaria, haciendo que la puerta golpee contra el ladrillo. Entra en

el O'Malley's, y Maddie la sigue sin decir palabra.

Sosteniendo la puerta, le lanzo una mirada de disculpa. —Un consejo, Benny: te estás fijando en la hermana equivocada.

Me mira fijamente durante un momento, con la mandíbula apretada, y veo un destello de posesión en sus ojos. Antes de que pueda comentar nada, fuerza una sonrisa y se vuelve hacia los tíos de la acera. —Claro, pájaro cantor.

Exhalo un suspiro y me sacudo de encima el desdén de Benny. No voy a dejar que un tío nos arruine la celebración.

Entro en el O'Malley's e inspiro el olor familiar a cerveza rancia, humo de cigarrillos y un ambientador cítrico.

Miro a mi alrededor y veo al dueño, Jack O'Malley, detrás de la barra en un extremo, y al otro camarero, Levi, en el otro.

Como tantos bares y pubs de esta zona, el O'Malley's es un rectángulo largo y estrecho que se extiende casi por completo hasta el otro lado de la manzana. Mesas altas con sus sillas, una diana y un puñado de máquinas recreativas ocupan una zona del bar hacia el fondo, junto al pasillo que lleva a los baños. Mesas para cuatro con sus sillas ocupan la mayor parte del espacio, dejando el sitio justo para serpentear al caminar.

La barra es una única y larga extensión de madera oscura pulida con cuatro estanterías abiertas a juego. Botellas y vasos elegantes llenan las estanterías. En diagonal a la barra está el escenario.

Aquí es donde me siento más cómoda. El escenario es rectangular y está hecho de la misma madera oscura que la barra. Tiene el tamaño perfecto para tres primas de Boston a las que les encanta cantar versiones cada semana.

Además de participar en la noche de micro abierto cada semana, las chicas y yo solemos venir a cantar al karaoke cuando nos apetece. De hecho, Jack ni siquiera tenía una máquina de karaoke hasta que lo mencioné de pasada hace un par de años. La siguiente vez que entré, vi la máquina en una esquina del escenario, nueva y lista para usar. Nunca le pregunté al respecto, y él nunca dijo nada, pero no se me escapó el brillo en sus ojos cuando Maddie se puso a dar saltos, aplaudiendo en cuanto la vio.

Localizo a las chicas apostadas en el otro extremo de la barra, junto a Levi, con sus faldas prácticamente brillando en la penumbra. Serpenteo entre las mesas y las pocas personas que están de pie y me dirijo hacia ellas. Me subo de un salto al taburete vacío que hay entre las dos y me inclino hacia delante para poder ver a Jack al otro lado de la barra.

—¡Eh! —Mi voz recorre la barra y capta la atención de Jack—. ¿Qué tiene que hacer una chica por aquí para que le pongan una copa? —bromeo, curvando las comisuras de los labios.

Da una palmada en la barra y, con una amplia sonrisa, truena: —¡Ach, nuestras graduadas están aquí, muchachos!

A sus cuarenta y tantos, Jack es objetivamente atractivo, con un pelo rojo oscuro intenso y una barba a juego, ojos azul claro y una inclinación por las camisas de franela. Es musculoso de esa manera que dice «podría patearte el culo, pero no voy al gimnasio religiosamente».

Una calidez me inunda el alma mientras lo veo caminar hacia nosotras. —¡Buenas, Jack! —le grito lo mismo que le digo cada vez que lo veo desde hace dos años.

—Por lo que más quiero, cada vez que os veo estáis más guapas —dice Jack, con la mano en el corazón—. ¿Qué os trae por aquí esta noche? ¿Habéis venido a celebrar esa graduación?

Nos graduamos de la Academia Femenina de Santa Rita (St. Rita's) el lunes. Por qué el colegio decidió organizar un evento de graduación un lunes es algo que se me escapa, pero en realidad no importaba. Mi madre me mandó un mensaje de texto hace semanas para decirme que no podía venir, así que, de todos modos, no esperaba que nadie me aclamara al cruzar ese escenario.

Sabía que mi tía Sloane estaría allí con su nuevo novio para animar a las gemelas al cruzar el escenario, y sabía que aplaudiría por mí, y así lo hizo. Pero no sabía que Jack iba a aparecer para animarnos. Me conmovió el corazón de una manera que no esperaba. Jack se ha convertido en una especie de hermano mayor para mí a lo largo de los años.

Ha sido amable y protector desde el primer momento en que lo conocí. Yo estaba de pie, fuera del O'Malley's, mirando

nerviosamente la hora en mi teléfono cada dos minutos. Se suponía que había quedado con mi novio, James, para ver a la banda de versiones que tocaba esa noche. El O'Malley's era conocido por sus bandas de versiones, famosas por lo buenas que eran, y a mí sobre todo me hacía ilusión tener otra cita con James. Llevábamos saliendo solo un par de meses, pero nunca había sentido por nadie lo que sentía por James. Sinceramente, pensaba que él era *el definitivo*.

Y si soy sincera, no he vuelto a sentirlo desde entonces.

Todavía me avergüenzo cuando pienso en lo que pasó: cómo James me dio plantón y me envió un mensaje de texto cutre diciendo que *ahora mismo no podía con esto*. La vergüenza y el desamor residuales me oprimen el corazón por todo el asunto: nuestra relación vertiginosa y su fácil rechazo, como si no hubiéramos importado..., como si yo no hubiera importado.

Sé que es una tontería y que era joven, pero de verdad que lo quería. Y quizás lo peor es que, a pesar de todo, no estoy segura de haber dejado de quererlo.

Le estaré eternamente agradecida a Jack por ese día. Tuvo un asiento en primera fila para ver cómo James me dejaba por mensaje de texto y no fue más que amable, y aunque sé que vio las lágrimas en mis ojos, nunca le dio importancia.

Al día siguiente, acabé uniéndome a las chicas en sus vacaciones por Europa y, cuando volvimos a la ciudad, me convencieron para volver al O'Malley's. Habían pasado un par de meses, y estaban con su noche de micro abierto. Pensé que podría sentirme avergonzada o algo así al volver, pero Jack nunca lo mencionó, así que yo tampoco.

Desde ese día, vamos al O'Malley's casi todas las semanas para la noche de micro abierto. Jack siempre está trabajando, y siempre es amable y protector; además, nos deja beber gratis. Recuerdo la primera vez que intentamos pedir bebidas.

Camino hacia un lado de la barra del O'Malley's, con Mary y Maddie detrás de mí. Llevamos un año viniendo aquí, pero aún no hemos pedido nada con alcohol. Esta noche, saqué del tarro la prueba de pedir una bebida alcohólica en el O'Malley's. Así que

respiro hondo y apoyo los codos en la barra frente a Jack. Él me levanta una ceja cuando no digo nada de inmediato.

“Intentas beber, ¿no?”

Asentí lentamente, sin querer admitir nada por si era una especie de trampa.

—Bueno, pues mejor que lo hagas aquí, donde puedo echaros un ojo —Jack se cruza de brazos y me mira fijamente desde el otro lado de la barra—. Pero solo vosotras tres. No vayáis contároselo a todas vuestras amiguitas porque esta excepción no se aplicará a ellas.

—Vale, Jack. Uh, gracias. —Le lanzo una sonrisa tentativa. Todavía parece una trampa de alguna manera—. Queremos tres Jack con Coca-Cola, por favor —declaro, poniendo dos billetes de veinte en la barra.

—No. —Jack nos mira a las tres, sin descruzar los brazos ni moverse para coger el dinero.

Frunzo el ceño y siento que mis mejillas empiezan a arder. —Pero, uh, has dicho que podíamos, ya sabes, beber aquí.

—Sí, lo he dicho. Pero esto es un pub irlandés, chiquillas, y no servimos whiskey de Tennessee. Servimos whiskey irlandés. —Jack nos levanta las cejas.

Maddie me da un codazo y sisea: —Pide el whiskey irlandés entonces, Lainey.

Carraspeo. —Uh, vale. ¿Tres de whiskey irlandés con Coca-Cola? —Mi voz y mis hombros se elevan al final, y mi pedido se convierte en una pregunta.

“No.

Me quedo con la boca abierta. —¿Qué? ¿Por qué no?”

“No, vosotras tres aún no estáis listas para el Jameson. Empecemos por algo pequeño. Tres té helados con un chorrito de ron.

—Perfecto —interviene Mary, inclinándose hacia delante—. Gracias.

Y vuestro dinero aquí no vale, así que no os molestéis —dice Jack, empujando los billetes de veinte por la barra hacia mí—. Guardadlo para la universidad.

—¿Qué tal tres chupitos para celebrarlo? —La pregunta de Maddie me saca del recuerdo. Miro y veo que ha puesto todo su encanto usando su mirada de cachorrito con Jack.

—Ach, vale, solo por esta vez. Luego, cerveza para las tres, y de la barata y aguada —advierte.

—Trato hecho —sonríe Maddie con suficiencia.

—¿Cómo va todo esta noche, Jack? —pregunta Mary mientras Jack coloca cuatro vasos de chupito delante de nosotras.

—No me puedo quejar. —Le desliza a cada una un vaso de chupito antes de coger el cuarto. Sosteniéndolo en el aire, dice—: Por nuestras recién graduadas. Enhorabuena, chiquillas. —El orgullo brilla en sus ojos, y hace contacto visual con las tres antes de beberse el chupito de un trago.

Las tres levantamos nuestros vasos de chupito, los chocamos y nos los llevamos a los labios al unísono.

—Vosotras, pajarracas, pasáis demasiado tiempo juntas —murmura Levi cuando nos ve tomar los chupitos en perfecta sincronía.

El fondo de mi garganta arde mientras el tequila se desliza por ella. Mierda, y del bueno, además. Coloco mi vaso de chupito en la barra y se lo deslizo a Jack. —Uno más, para celebrar.

Me lanza una sonrisa, y juro que se quita diez años de encima cuando sonríe así. Su pelo entre naranja y red asoma por debajo de su gorra de los Red Sox, y sus ojos azul claro brillan con jovialidad. Extiende las manos sobre la barra, se inclina y dice: —¿Intentas pillarte una tajada esta noche, chiquilla? Sabes que os doy mucha manga ancha, pero no podéis ponerlos hasta el culo aquí. Perderé mi licencia.

Maddie se ríe a mi lado antes incluso de que Jack termine de hablar, y yo me uno. —¿Perder tu licencia? Por favor, Jack. Ambos sabemos que la policía no está buscando menores que beban en el O'Malley's. —Lo fulmino con una mirada burlona antes de lanzar una mirada intencionada a mi vaso de chupito vacío.

Jack se aparta de la barra y se cruza de brazos sobre su pecho de barril, estirando su camiseta de The Clash y distorsionando su álbum London Calling impreso en ella. —Siete canciones.

—Tres —replica Maddie.

—Cinco —contesta Jack.

—Vale, Jack, cinco canciones y tres chupitos más —regateo.

Él levanta una ceja de color rojo oscuro. —Seis canciones, un chupito.

—Cinco canciones y dos chupitos —dice Mary y empuja su vaso hacia Jack.

—Vale, vale. Cinco canciones y dos chupitos: uno ahora y otro después de que toquéis. Sois duras de pelar para un viejo como yo.

—Jack alinea nuestros vasos de chupito con una sonrisa astuta asomando en la comisura de su boca.

No puedo evitar mi propia sonrisa de suficiencia. Este es un pequeño baile que los cuatro jugamos a menudo: a Jack le gusta hacerse el adulto responsable, pero siempre cede, por lo general después de que aceptemos cantar algunas canciones. Él dice que es bueno para el negocio, pero creo que simplemente le gusta cantar con nosotras. Y no es el único tío en este pub que canta habitualmente Taylor Swift cuando hacemos versiones de sus canciones. Me río por lo bajo y me giro para apartar la vista de la barra al recordar la primera vez que vi a Jack, entre otros varios clientes habituales, cantando a voz en grito «We Are Never Getting Back Together».

Mi corazón late un poco más fuerte mientras escaneo a la gente en el pub esta noche. Ni siquiera intento fingir que no lo estoy buscando a él, a mi hombre misterioso. Si tengo que besar a un desconocido, quiero que sea él. Llevo pensando en cómo sería besarle mucho más tiempo del que me atrevo a admitir.

La decepción se instala en mis miembros cuando no veo su pelo castaño en ninguna de las mesas. Sabía que era una posibilidad remota; las únicas veces que puedo contar con verlo es en las noches de micro abierto.

—Bueno, chicas, por cinco canciones —anuncia Jack.

Me doy la vuelta y cojo mi chupito, chocando mi vaso con el de Maddie, el de Mary y el de Jack.

—Por cinco canciones —decimos todos juntos.

Me llevo el vaso a los labios y saboreo el ardor del vodka mientras se desliza por mi garganta y me calienta por dentro.

CUATRO

ALAINA

SIGO a Maddie mientras nos guía hacia el escenario y Mary viene detrás de mí. Esta sencilla formación es una metáfora de nuestra relación. Durante toda nuestra vida, Maddie ha sido la primera de la fila, protegiéndonos a Mary y a mí todo lo posible. Se toma muy en serio su papel de la gemela mayor.

Antes solía pensar que Mary se conformaba con dejar que su hermana llevara la voz cantante, pero últimamente se comporta de forma un poco distinta: más asertiva. Si a eso le sumamos sus recientes retos... yo diría que nuestra Mary está intentando desplegar un poco las alas.

Nuestras faldas ondean y giran mientras serpenteamos entre las mesas de camino al escenario. En cuanto la gente se da cuenta de a dónde vamos, los habituales empiezan a vitorear y gritar.

Subimos los dos escalones de madera del largo escenario rectangular. Jack corta el sonido de la gramola y acciona el interruptor de las luces del escenario, cegándome momentáneamente. Alzo la mano para protegerme los ojos y le hago un gesto para que baje los focos. Interpreta mis señales manuales con facilidad; no es la primera vez que hacemos esto.

Camino hacia la esquina trasera del escenario y cojo una pandereta y el pie de micro que me encanta usar. Es de un metal

bronce vintage con un micrófono a juego.

Mientras las chicas y yo nos preparamos, Jack pone las manos en jarra alrededor de la boca y grita: —¡Oíd! ¡Nuestras pajaronas van a cantar para nosotros esta noche!

Reconozco algunas caras habituales en el pequeño grupo de personas mientras aplauden y vitorean. Sonrío y sacudo un poco la cabeza, dejando que mi melena ondulada de color rojo oscuro caiga hacia delante.

Una vez que estoy lista, miro para asegurarme de que Maddie y Mary también lo estén. Con Maddie a mi derecha y Mary a mi izquierda, examino nuestros atuendos y me pregunto qué tipo de estampa ofrecemos esta noche. Suelto un bufido. Apuesto a que estamos increíbles... y con un toque de locura. La combinación perfecta, la verdad.

Asiento a Maddie y ella se acerca a su micro. —¡Buenas noches a todos! Por si no os habéis enterado, acabamos de graduarnos...

Silbidos fuertes, vítores y aplausos la interrumpen.

Maddie sonrío con picardía. —¿Ah, conqué sí os habéis enterado? Pues os espera un buen espectáculo. Tenemos un puñado de canciones para vosotros esta noche. Esperamos que os gusten.

Maddie da un paso atrás y mira a mi alrededor para buscar la mirada de Mary. Ante su asentimiento, se acercan a sus micros y sonríen al público antes de empezar a cantar.

Maddie y yo nos miramos y empiezo a marcar el ritmo con un golpeteo de mi dedo contra la falda. —Happiness hit her like a train on a track —canto la primera frase.

Mary canta la siguiente frase, tamborileando también los dedos sobre su falda. Y cuando Maddie empieza a cantar la tercera frase, las tres pasamos de tamborilear los dedos a dar palmas de lleno: uno-dos-pausa-tres.

Nos balanceamos juntas, primero a la izquierda y luego a la derecha, y las tres armonizamos en el estribillo. Cantando sobre que los días malos se han acabado, no puedo evitar que una amplia sonrisa se adueñe de mi rostro.

¡Nos hemos graduado en el instituto, joder!

En este escenario, con mis dos mejores amigas, cantando y bailando con toda mi alma... me siento tan cerca de la perfección como no me he sentido en mucho tiempo. Supongo que aquellas clases de canto y ensayos de baile no fueron en vano, después de todo.

Las tres bailamos y giramos sobre el escenario, dando palmas e inclinándonos para cantar en los micros.

Mantenemos la última nota durante cuatro tiempos, mirando hacia el pub en penumbra y dejando que las palabras se fundan con la noche.

Me humedezco los labios mientras el público nos aclama, con la adrenalina recorriendo mis extremidades, haciéndome sentir ligera e invencible.

Oigo el silbido distintivo de Jack y no puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi cara.

—¡Muchas gracias a todos! ¡Esa era “Dog Days Are Over” de Florence + The Machine! —dice Mary, sonriendo de oreja a oreja.

Agarro mi pie de micro y doy un paso atrás para mirar a Maddie. —¿“Titanium”?

Maddie radia alegría mientras se aparta de su micro y cruza el escenario hasta donde está el piano de pared junto a la pared del fondo. Saca la banqueta y se sienta, con el tul verde lima fluyendo a su alrededor. Desde este ángulo, parece una princesa hada irlandesa. Se quita los tacones y calienta las teclas con unas notas suaves.

Me doy la vuelta y miro al público. En los últimos diez minutos, la multitud se ha duplicado y parece que vienen más en camino si la puerta abierta sirve de indicativo. —Hola a todos, gracias por darnos este capricho esta noche. Tenemos algo especial para vosotros: nuestra chica aquí presente ha estado practicando con las teclas —hago una pausa cuando algunas personas vitorean y miro hacia atrás a Maddie con una sonrisa—, así que vamos a cambiar un poco el estilo. Espero que os guste.

Maddie toca el primer acorde y yo empiezo a cantar. —You shout it out, but I can’t hear a word you say.

Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia el micro, entregándome por completo a la canción que Maddie y yo hemos estado ensayando desde que mi madre soltó la predecible bomba de que estaba demasiado ocupada para venir a la graduación. Fui la valedictorian de St. Rita's, y realmente pensé que mamá querría verlo... verme a *mí*. Se me cierra la garganta al pensar en mamá rechazando las cuatro entradas que el instituto proporcionaba para la familia de cada estudiante.

Canalizo todo mi dolor y esperanza en esta única canción. Mary se une a mí en el estribillo y, mientras cantamos, lo siento. Esa chispa que empieza como un pequeño parpadeo y, al final, se convierte en un infierno rugiente.

—Ghost town, haunted love —cantamos Mary y yo.

Estoy desnudando mi corazón con cada súplica que sale de mis labios, rogando que alguien me vea. Y entonces sucede: todo desaparece. El tintineo de los vasos contra la barra, el murmullo de la gente, el ruido de la calle... todo se desvanece.

Estoy sumergida en el desamor y la desesperanza.

Agarro el micro con ambas manos y entrego mi corazón con ambas manos. —You shoot me down, but I won't fall. I am titanium. —La voz de Mary se apaga. —You shoot me down, but I won't fall. I am titanium. —Las notas de Maddie se desvanecen hasta que solo queda mi voz resonando en el aire inmóvil. —I am titanium.

Me giro de lado tras terminar la última nota, dejando que mi larga melena ondulada cubra un lado de mi cara mientras una sola lágrima resbala por mi mejilla. En el silencio, miro a Mary para ver que tiene lágrimas en los ojos, y ella empieza a aplaudir.

Su aplauso es el catalizador para que todo el pub estalle en vítores. Me limpio la lágrima y me giro para ver a todo el mundo en pie. Dedicando una sonrisa húmeda, digo *gracias* con los labios al público. Maddie se acerca por detrás y me aprieta los hombros. Alargo la mano y le toco el antebrazo, devolviéndole el afecto.

Sorbo por la nariz y sonrío, riendo un poco. —Gracias a todos, de verdad. Gracias. ¿Qué os parece nuestra chica Madison al piano? —Doy palmas y el público la aclama.

Jack se abre paso desde la barra hasta el lateral del escenario, con una minibandeja de chupitos en una mano. Nos acerca la bandeja y dice con voz ronca: —Tened. Ha sido precioso.

Las chicas y yo murmuramos nuestro agradecimiento y cogemos nuestros vasos de chupito doble de su bandeja. Brindamos y, al unísono, nos los bebemos de un trago.

—¡Uf! —digo al micro con una mueca antes de volver a poner mi vaso en la bandeja—. Vale, chicos, tenemos tres canciones más para vosotros esta noche. La siguiente es otra de nuestras favoritas. Espero que os guste.

Maddie nos marca la entrada y entonces armonizan a la perfección, cantando sobre hojas marrones y paseos en un día de invierno.

Ambas tienen tanto talento que bordan la canción, y a mí se me pone la piel de gallina.

Dos tiempos después, entro yo, agitando la pandereta y moviendo las caderas al ritmo. —Stopped into a church I passed along the way.

—Passed along the way —armonizan Mary y Maddie.

—Well, I got down on my knees —canto y miro a Mary con una sonrisa.

—Got down on my knees —cantan al unísono, devolviéndome la sonrisa.

—And I pretend to pray.

Paseo la mirada por el bar. Quiero ver la reacción de Jack. Nunca habíamos hecho esta canción antes y, aunque llevamos años cantando juntas, solo llevamos unas semanas practicándola.

Veo a Jack detrás de la barra, pero en el extremo opuesto a donde estaba hace unos minutos. Un chico está a su lado, como por detrás de la barra, y el corazón me da un vuelco en el pecho por un momento. Pierdo un tiempo con la pandereta, pero dudo que nadie se dé cuenta.

Es él.

Mi hombre misterioso.

Está aquí.

Y me está mirando fijamente. Siento su mirada clavada en mí con cada balanceo y cada palmada de la canción.

Ni siquiera es noche de micro abierto. *¿Cómo sabía que cantaba esta noche?* Descarto la idea de inmediato. Por supuesto que no se ha enterado de alguna manera de que yo cantaba y ha venido corriendo de inmediato con prisa. Seguro que es una casualidad, una coincidencia.

Pero ¿no dijo Maddie que iban a ocurrir grandes cambios en la vida y en el amor? ¿Y si él es uno de esos grandes cambios? Y esta es mi oportunidad de aprovecharlo... a él.

De más de un metro ochenta, lleva el pelo castaño alborotado por arriba y afeitado por los lados. Está demasiado lejos para verle el color de ojos, pero estoy decidida a averiguarlo esta noche. Siempre se va a mitad de mi última canción y nunca he tenido la oportunidad de hablar con él.

Eso cambia esta noche.

Mientras cantamos las últimas notas de "California Dreamin'" en armonía, decido que, por esta noche, es una señal.

Acabo de encontrar a un extraño al que besar.

CINCO

ALAINA

ME ALEJO del micrófono y voy hacia Maddie. Tapando su micro, le susurro al oído: —Me voy antes. Tendréis que terminar el pase vosotras dos.

Ella se inclina hacia mí, ladeando la cabeza y frunciendo el ceño. —¿Qué? ¿Por qué? ¿Estás bien?

—Totalmente. Solo necesito hablar con alguien antes de que se vaya.

La comprensión asoma a sus ojos y asiente con la cabeza, con una sonrisa pícara asomando a sus labios. —Ve a por él, chica.

Mary se acerca a nosotras. —¿Todo bien?

—Sí, solo tengo que charlar con un extraño —digo con una sonrisa descarada.

—Ah, vale. —Mary se ríe—. No te preocupes, nosotras nos encargamos, ¿verdad, hermana?

Como respuesta, Maddie se inclina hacia su micro y dice: —¡Gracias! Démosle a Jack un aplauso. Después de todo, fue idea suya que cantáramos esta noche. —Le guiña un ojo al hombre en cuestión mientras el público lo busca con la mirada, dándome la oportunidad perfecta para encontrar a mi hombre misterioso.

Bajo del escenario y me dirijo hacia el extremo de la barra donde lo vi por última vez, sorteando a la gente que observa a las chicas en

el escenario. El gentío se abre y lo veo intercambiando uno de esos saludos de colegas con Levi y caminando hacia el fondo.

Así que lo sigo.

Lo pierdo de vista cuando dobla la esquina. Hay un pequeño pasillo con tres puertas: dos aseos y una salida de emergencia. Ralentizo el paso a medida que me acerco al pasillo. Estoy tan subida por la adrenalina post-actuación y las predicciones del horóscopo de Maddie que no he pensado bien en esto.

Mierda, ¿qué voy a decirle siquiera?

Hola, no te conozco, pero siento que sí. Llevo meses observando cómo me miras. ¿Quieres que quedemos?

Pensará que estoy totalmente loca. Me muerdo el labio mientras busco rápidamente otra opción que me haga sonar menos... no sé, como una acosadora.

Cálmate, Lainey, la gente besa a desconocidos todo el tiempo, me regaño.

Aquí atrás hay más silencio, pero aún puedo oír los sonidos tenues de las chicas cantando por encima del tronar de los latidos de mi corazón. *Mierda, ¿por qué me sudan tanto las manos?* Uf. Me las limpio en la falda de tul, ahuecándola un poco cuando termino.

Saco fuerzas de flaqueza y, con una nueva determinación, acelero el paso y doblo la esquina. Si ha salido por la salida de emergencia, puede que aún logre alcanzar a...

—¡Ay! —gruño al chocar de frente contra algo duro y musculoso. Unas manos me sujetan los hombros, evitando que me caiga hacia atrás y manteniéndome en pie. —Lo siento. No te había visto... —Mi voz se apaga mientras me quedo mirando el rostro perfecto de mi hombre misterioso.

Sus ojos son del color del cielo antes de que llueva, de un gris oscuro con motas doradas salpicadas por el borde. Así de cerca, puedo ver que su pelo tiene reflejos cobrizos y marrones oscuros y intensos. Lo lleva peinado más largo por arriba y corto por los lados. Inclina la cabeza hacia mí, y un mechón le cae sobre la ceja.

—¿Me estás siguiendo, pajarillo?

El sonido de su voz —de timbre grave, profunda y aterciopelada — me golpea como un puñetazo en el estómago. Miro su pecho, un

poco envidiosa por la forma en que su camiseta negra se ciñe a sus pectorales y brazos definidos. Recorro su cuerpo con la mirada, memorizando su aspecto por si esta fuese la única vez que lo veo de cerca. Miro su cara, sorprendida por nuestra proximidad.

La intensidad que veo en sus ojos no se parece a nada que haya visto antes. Me siento como una polilla sosa y gris que vuela voluntariamente hacia la llama de colores brillantes, aunque sé que esto acabará en mi destrucción.

Inconscientemente me acerco aún más a él, y su aroma fresco y cítrico me envuelve. Me hormiguean los dedos por la necesidad de tocarlo.

En un movimiento que no habría podido predecir, nos hace girar, de modo que mi espalda queda contra la pared. Me suelta los hombros, pero sigo sintiendo el calor de sus palmas, casi como una marca. Echo la cabeza hacia atrás, manteniendo el contacto visual con él. El movimiento, hecho por cualquier otro tipo, le habría costado un rodillazo en los huevos, pero a él no. Al menos no ahora mismo.

—¿Y bien?

Me lamo los labios, saboreando el brillo labial mentolado que me he puesto antes. —Soy Alaina. —Las palabras son apenas un murmullo mientras me estremezco por la intensidad de su mirada.

—Sí, sé quién eres, pajarillo.

Le sostengo la mirada y asiento una vez. —Te veo observándome cada semana. ¿Por qué nunca te quedas hasta el final?

—Cosas que hacer.

Asiento como si lo entendiera. —¿Esposa?

La comisura de sus labios se eleva. —No.

—¿Novia con la que vivas?

Su sonrisa pícaro crece. —Nop.

Arqueo una ceja. —¿Estás soltero, entonces?

Asiente y se acerca más, casi tocándome. Su mirada recorre mi rostro, y solo espero que esté memorizando mis rasgos tanto como yo los suyos. —¿Hay algo que quieras preguntarme, Birdie?

Presiono mi espalda contra la pared, creando un poco más de espacio entre nosotros. Un enjambre de mariposas hace piruetas

dentro de mi vientre, y levanto la barbilla con falsa valentía. —Ya me he graduado.

Da un pequeño paso hacia mí y pone la mano derecha en la pared, encima de mi cabeza, con el bíceps marcándose bajo su camiseta negra. Un suave sofoco recorre mi cuerpo ante su proximidad. Huele a cítricos y a problemas.

¿Hace calor aquí?

—Sí, ya me he enterado.

—Es solo que... si estabas esperando a que terminara el instituto... o a que fuera legal, bueno... —Me arrepiento antes de terminar la frase, la vergüenza me calienta las mejillas. Miro hacia un lado, buscando mi valor.

La yema rugosa de su dedo recorre suavemente mi mejilla, y se me corta la respiración. —Preciosa —murmura.

Giro lentamente la cabeza hacia él, encontrándome con su mirada mientras su dedo desciende por mi cuello y sigue el cuello de mi camiseta de hombros caídos. Me recorre las clavículas, y su mano se expande para rodearme el cuello. Su pulgar se mueve lentamente de un lado a otro sobre mi piel, justo sobre mi pulso, que aumenta constantemente con cada pasada.

Mis manos se tensan contra la pared a mi espalda, los dedos hundiéndose en el yeso, buscando un punto de apoyo. Sus labios son hipnotizantes, carnosos, rosados y provocadores.

Levanto la barbilla, esforzándome por salvar la distancia entre nuestras bocas. Él da medio paso más, y nuestros labios apenas se rozan.

—Declan —susurra contra mi boca, y apenas puedo oírlo por encima del atronador latido de mi corazón—. Para que sepas qué nombre gritar más tarde, cuando estés sola y pienses en mí... en esto.

—¿En qué...?

Corta mis palabras con la presión de sus labios, y mis ojos se cierran de golpe. Durante un solo instante, mantiene sus labios contra los míos. Luego abro la boca, y es todo lo que puedo hacer para no derretirme en un charco de deseo aquí mismo, en el pasillo trasero de O'Malley's.

Es exigente en su beso, y yo estoy más que encantada de dejarle llevar la voz cantante. Su lengua se enreda con la mía en el beso más erótico que he tenido nunca. Desliza la mano hacia mi nuca, sus dedos me agarran el pelo y me echa la cabeza hacia atrás. Arqueo la espalda y me agarro a la parte delantera de su camiseta, apretando la tela para ayudar a mantenerme en pie. Me siento aturdida y sin aliento.

Declan se aparta, dejando nuestros labios apenas separados. Ante mi gemido de protesta, desliza el pulgar por mi labio inferior y no puedo evitarlo: saco la lengua y saboreo su pulgar.

Él gruñe y desliza lentamente la mano hacia abajo, dejándola reposar sobre mis clavículas. —Vale, pajarillo, vale —murmura contra mis labios.

—Dec. —Su nombre sale de mis labios en un suspiro. No puedo creer que por fin sepa su nombre después de tanto tiempo. Me estoy maldiciendo en silencio por no haber sido más valiente hace un año, cuando me llamó la atención por primera vez... ¿o quizá fui yo la que le llamó la atención a él? Sea como sea, podríamos haber estado haciendo esto durante el último año. Esto... y otras cosas.

Mi corazón se acelera ante el pensamiento de hacer *otras cosas* con él; cosas con las que he fantaseado durante más tiempo del que jamás admitiría.

Con esos pensamientos pecaminosos en la cabeza, me pongo de puntillas para volver a unir nuestros labios. Le rodeo el cuello con el brazo y me inclino hacia él, excitada por la sensación de su pecho contra el mío.

Sus manos suben desde mi cintura hasta mis costillas, y me besa con una intensidad en la que me pierdo.

Justo cuando estoy a punto de considerar la idea de llevármelo a mi residencia, aparta bruscamente la boca de la mía. —¿Qué? —gruñe.

Abro lentamente los ojos, nublados por el deseo. Declan está mirando por encima del hombro a un tipo que no he visto en mi vida.

—Perdón, jefe, pero es urgente. —El tipo mira a cualquier parte menos a Declan mientras le entrega un teléfono plegable.

—Más le vale que lo sea —espetea él, arrebatándole el teléfono de la mano. Mira la pantalla del móvil y, si no estuviera pegado a cada centímetro de mí, no creo que sintiera la tensión que recorre su cuerpo.

—¿Todo bien? —murmuro, mirando su ceño fruncido.

—Joder. —La palabra suena torturada en sus labios. Le devuelve el teléfono al otro tipo y luego se gira hacia mí. Me acuna la cara con las manos, bloqueando mi visión de todo lo que no sea él. —Tengo que irme, pajarillo.

—¿Q-qué? —Mi neblina de deseo no me permite ser muy elocuente, por lo visto. Eso es prácticamente lo último que esperaba que dijera.

—No hemos terminado. —Sella sus palabras con un beso de los que te encogen los dedos de los pies. Y al igual que todas las demás semanas, desaparece antes de que pueda entender qué demonios acaba de pasar.

Y por qué sus palabras han sonado más a una amenaza apasionada que a una dulce promesa.

SEIS

ALAINA

—¡AY, por Dios, Lainey! ¡Responde al teléfono! —grita Maddie mientras irrumpe en mi habitación de la residencia a la mañana siguiente, suspirando con exageración.

Retiro la funda del edredón de un tirón y la miro con los ojos entrecerrados. Me froto el sueño de los ojos y me aliso el pelo para domar el moño desaliñado en el que recuerdo vagamente habérmelo recogido anoche. —¿Qué está pasando?

Maddie señala mi teléfono sobre la mesilla de noche, que no deja de vibrar y sonar. —¡Eso lleva sonando los últimos quince minutos! Sinceramente, ¿cómo puedes dormir con ese ruido?

Cojo el teléfono y lo desenchufo del cargador justo cuando deja de sonar. Al mirar la pantalla, veo cinco llamadas perdidas de mi madre. —Mierda. Es mi madre.

—Oh, mierda. —Maddie pierde visiblemente parte de su energía, y sus hombros liberan algo de esa tensión que traía cuando ha irrumpido aquí. —¿Quieres que me quede?

—No, estoy bien.

—Cariño. Son las siete de la mañana de un sábado —Maddie vacila un momento—, catorce de mayo.

—Ya. —Suspiro y me incorporo en la cama para apoyarme contra el cabecero. Un bostezo se me escapa mientras intento reunir algo

de energía para devolverle la llamada.

Mi madre es complicada en un día normal. Pero cada catorce de mayo, se vuelve... irreconocible. Hoy es el cumpleaños de mi padre y, dado que no hablamos de él *nunca*, se podría pensar que el día pasaría desapercibido para ella. En lugar de eso, hace algo impulsivo que suele obligarme a pedirle un favor a algunos amigos de mi ciudad.

El año pasado, decidió por impulso hacerse un tatuaje en la espalda, ponerse un piercing en el ombligo y cortarse el pelo al estilo pixie. Tuve que llamar a la tía Sloane y, después de que la localizara, pudo hacerla entrar en razón. Por desgracia, no llegó hasta mi madre hasta *después* de que se hiciera el tatuaje, así que tiene unos símbolos chinos mal escritos y un flamenco decorándole el omóplato. Secretamente, había esperado que aquello le sirviera de lección. Y que entonces, tal vez, podríamos empezar a hablar de papá.

Han pasado diez años desde la última vez que lo vi. Diez años es mucho tiempo para estar sin un padre.

Sinceramente, el día que mi padre se fue, no solo lo perdí a él; también perdí a mi madre. Y aunque físicamente pueda aparecer en ceremonias o recitales de danza, emocionalmente lleva una década ausente.

Un enjambre de vergüenza me recorre el vientre, como ocurre cada vez que pienso en por qué se fue mi padre. Antes de que pueda descender por el mismo camino deprimente, Maddie se aclara la garganta.

—Muy bien, cielo. Ya que estoy levantada, iré a buscarnos unos lattes a la vuelta de la esquina —se ofrece Maddie con una pequeña sonrisa.

—Gracias, Maddie. Eres la mejor. ¿Se ha levantado Mary?

—No. Esa chica es capaz de dormir con cualquier cosa. —Pone los ojos en blanco con gesto juguetón.

—Vale... —Mi teléfono suena, interrumpiéndome. —Voy a contestar a esto —le digo mientras levanto el teléfono.

Maddie asiente y cierra la puerta de mi habitación al salir.

Respiro hondo y me pongo una sonrisa falsa. —Buenos días, mamá.

—Alaina, hola. Soy tu madre. —Una pequeña sonrisa fugaz me cruza el rostro al oír a mi madre saludarme de la misma forma que lo ha hecho desde que tuve edad para tener mi propio teléfono. Hace una pausa tan larga que compruebo si la llamada sigue conectada.

—¿Está todo bien?

—¿Qué? Sí, por supuesto. ¿Por qué no iba a estarlo? —Sus palabras son tajantes y, sin darme oportunidad de responder, continúa—: Tengo noticias. Me gustaría que pasaras el verano conmigo. Te he reservado un billete de tren para esta mañana a las once.

—¿D-de verdad? —Hago una pausa para mirar alrededor de mi habitación, esperando que alguien salga de mi armario y grite *¡te pillé!* —Vaya. Quiero decir, eso es genial, mamá. Sí, me encantaría pasar tiempo contigo. Tendré que ver si puedo cambiar mis clases de verano por cursos online, y tendré que avisar en la cafetería. Ah, y cancelar mis horas de voluntariado en el estudio. —Me echo hacia delante, con la mente bullendo de posibilidades—. Pero, sí, definitivamente puedo hacer que funcione.

—Claro, claro. Te enviaré la dirección por mensaje —me dice mamá antes de decir algo que suena amortiguado.

Salgo de la cama y me acerco al armario. Sujetando el teléfono entre el cuello y la oreja, estiro el brazo y cojo mi maleta del estante superior. —Vamos, mamá, sé que han pasado unos años desde que estuve en casa, pero recuerdo nuestra dirección. —Suelto una risita—. ¿Crees que podrías recogerme en la estación de tren? Podemos parar en nuestra pastelería favorita de camino a casa, quizá comprar lo que más le gustaba a papá... para, no sé, celebrar un poco.

Todos los años propongo celebrar el cumpleaños de mi padre, y todos los años mamá dice que no, pero eso suele ser después de haber tomado su decisión impulsiva del catorce de mayo. Pero este año... este año, por fin podré *estar con ella* el catorce de mayo. No he estado con ella para su cumpleaños desde hace una eternidad. Trago saliva y asiento varias veces ante la posibilidad.

Quizá este año sea diferente, pienso mientras permito que la esperanza llene una pequeña parte de mí.

Oigo un forcejeo al otro lado del teléfono. —Pon eso ahí, querido. Sí, gracias. —Oigo más ruidos antes de que su voz vuelva a oírse con claridad—. ¿Qué? No. No puedo ir a buscarte. Tengo varias citas hoy que no puedo perderme. Haré que alguien vaya a recogerte.

Pongo la maleta sobre la cama y la abro. Negando con la cabeza, me regaño internamente por haberlo sugerido siquiera. —Claro, mamá. Debería haber imaginado que tenías que trabajar. No hace falta que hagas eso. Cogeré un taxi.

—Ni hablar. Haré que uno de los chicos vaya a por ti. Son buenos chicos.

Me detengo con mi sudadera favorita suspendida sobre la maleta y arrugo la nariz. —¿Qué chicos? Espero que no te refieras a Tommy O'Connelly y sus amigos. Mamá, *no* son buenos chicos.

—¿Hmm? Ah, no. Me refiero a tus nuevos hermanastros.

Mi cuerpo se queda paralizado y el aire se congela en mis pulmones. ¿*Hermanastros*? Eso no puede estar bien. Debo de haberla oído mal. ¿Es que ha faltado a más citas? Me muerdo el labio mientras recuerdo la última vez que hablé con el Dr. Carruthers, el psiquiatra de mamá. Normalmente hay una línea roja sobre la confidencialidad médico-paciente que nunca se cruza, pero el Dr. Carruthers siempre ha sido un hombre amable. Y se limita a mantenerme al tanto si mamá falta a más de dos citas seguidas. Tendré que llamarlo en cuanto cuelgue con mamá.

—Mamá.

—Por favor, coloca mi armario junto al vestidor. —Sus palabras amortiguadas me confunden aún más. Me pellizco el puente de la nariz y suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo.

—Mamá. ¿Cuándo fue la última vez que viste al Dr. Carruthers?

—Oh, ya sabes que no me gusta visitarlo con demasiada frecuencia. Es un charlatán, ya lo sabes. ¡Eileen O'Neill me dijo la semana pasada que ni siquiera cree que sea irlandés! ¡¿Te lo puedes creer?! Y ni siquiera tiene un café decente. —Resopla por el micrófono y casi puedo verla cruzando los brazos con fuerza sobre el

pecho—. Además —dice con un resuello—, ya no necesito verlo. Ahora tengo a Cormac.

Cruzo la habitación y me siento en el borde de la cama con un suspiro. Me froto el dolor de cabeza por tensión que empieza a formarse en mi frente. Voy a tener que pasarme el resto del día pidiendo favores allá en casa para que alguien la vigile hasta que yo pueda llegar. No recuerdo a qué hora sale el último tren, pero puedo coger un taxi si es necesario.

Hace unos años, el catorce de mayo, recibí una llamada de nuestra vecina de entonces, la Sra. Walsh. Mamá había decidido hacer un mercadillo improvisado en el garaje con todas las cosas de mi padre. Después de llamar a mamá una docena de veces y que saltara directamente el contestador, llamé a algunos de mis amigos de la infancia. Para cuando localicé a Tammi O'Neill y llegó a nuestra casa, mamá lo había vendido casi todo. Tammi rescató la cámara Polaroid de papá y su colección de vinilos para mí. Me costó doscientos dólares, pero valió la pena.

—¿Qué está pasando, mamá? ¿Qué estás haciendo ahora mismo? ¿Te has mudado otra vez?

—¿Hmm? Oh, es sencillamente lo mejor, cariño. ¡Me he mudado!

—¿Qué? ¿Por qué? —Miro por la ventana sin ver nada en realidad.

—¡Pues claro que me he mudado! Y es la casita más mona... tiene tanto encanto. No voy a vivir en una casa distinta a la de mi marido. Eso no tiene ningún sentido. —Chasquea la lengua—. Sinceramente, Alaina, ¿qué clase de tonterías os enseñan en esa facultad?

—¡¿A qué-a qué te refieres con tu marido?! —Un peso me cae en la boca del estómago, haciéndome sentir a la vez abrumada y mareada.

—Ponte al día, Alaina. ¡Voy a casarme! ¿No es maravilloso? —Su voz es tan alegre que llega a dolerme en los oídos.

No respondo. No puedo responder. No puede volver a casarse. ¿Verdad? ¿Y qué pasa con papá?

Debo de haber formulado la pregunta en voz alta, porque ella dice: — ¿Qué pasa con tu padre? Él no ha estado aquí en mucho

tiempo, Alaina. Perdió su derecho a opinar hace diez años.

—¡P-pero sigues casada con papá! ¡Tú... no puedes casarte con otro así como así! —grito, y me hundo en cuanto las palabras salen de mi boca. Nunca antes le había gritado.

Chasquea la lengua. —¡Alaina Murphy McElroy! —Oír mi nombre completo me saca de mi estupor—. Puedo y lo haré. Cormac ha dicho que se asegurará de que todo esté perfecto para mi gran día. —Noto la sonrisa en su voz y se me revuelve el estómago.

—¿¡Quién demonios es Cormac!? —casi le grito. La cabeza me da vueltas tan deprisa que creo que voy a vomitar.

—¿Mmm? Cormac es mi prometido. Presta atención, cariño. Y también tiene tres hijos de tu edad, ¿no es maravilloso? Sé que siempre has querido tener hermanos.

—¿Qué? —El tono de mi voz es cómicamente agudo y noto las cejas casi en la línea del pelo.

Una vez pedí una hermanita. La madre de Shelly Walsh acababa de tener a su hermanita y Shelly llegó al colegio presumiendo de que solo molabas si tenías hermanos. Shelly tenía el pelo rubio más bonito y traía las mejores chuches para la clase; por supuesto, yo quería ser como ella. Tenía seis años.

—He dicho que Cormac Fitzgerald es mi prometido. No te pierdas, cariño. Mira, no estoy segura de si sus hijos son de la misma madre, porque creo que una vez le oí decir a Eileen que ella había oído que un día Cormac llegó a casa con uno de sus hijos sin más, sin su madre. —Noto el juicio en su voz, y por un instante minúsculo y débil, considero decirle que no debería tirar piedras contra su propio tejado—. Pero supongo que eso no importa, porque ahora me tienen a mí.

—¿Cormac Fitzgerald? ¿El Cormac Fitzgerald? —Siento como si me hubieran golpeado en la cabeza. Un zumbido extraño retumba en mi cráneo y me dificulta pensar. No me entra suficiente aire en los pulmones y noto el pecho oprimido. ¿Me está dando un infarto?

—¡Mamá, no puedes de repente casarte con uno de los solteros más prominentes de Boston! —Siento la histeria subir por mi cuerpo como un maremoto. Me pongo de pie tan rápido que toda la sangre —y el pánico— se me sube a la cabeza. Me agarro al borde de la

cama para estabilizarme. ¡Dios mío, pero qué ha hecho! ¡Va a hacer que la maten! Todo el mundo sabe que hay algo turbio en Cormac Fitzgerald. Prácticamente gobierna Boston, y con mano de hierro, y quien no está de acuerdo..., bueno, pues desaparece. Y si hay que creer los rumores, tiene lazos con la mafia.

—No digas tonterías, Alaina. Esto es lo que siempre hemos querido. En fin, me voy, cariño. Hay mucho que hacer en las próximas semanas. ¡Hasta pronto!

—Espera... —Cuelga antes de que pueda terminar.

Aparto el móvil de la oreja y miro mi habitación con los ojos como platos. ¿Qué demonios voy a hacer ahora?

REPASO con la yema del dedo los surcos desgastados de mi tocador. El mismo tocador que he tenido durante los últimos once años. Froto la mancha de delineador de ojos del borde mientras guardo el maquillaje en mi neceser de viaje. Ya no está impecable, pero tiene carácter e historia. Y es una de mis posesiones más preciadas. Mi padre me lo regaló para mi séptimo cumpleaños.

Entro corriendo en la habitación de mis padres y empujo la puerta.

—¡Es mi cumpleaños!

Mi madre gime y se echa el edredón por la cabeza.

—Es muy pronto, Alaina. Vuelve a dormir.

A mamá no le gusta madrugar los fines de semana, pero no podía esperar en mi habitación ni un momento más. Es mi cumpleaños y estoy segura de que hoy podré abrir los regalos. Voy al lado de la cama de mi padre y me doy cuenta de que no está.

¡Seguro que está preparando mi desayuno de cumpleaños!

Es una tradición familiar tomar un desayuno de cumpleaños de tortitas con nata montada y pepitas de chocolate. Rodeo la cama y voy al lado de mi madre. Levanto una esquina del edredón y le doy un beso en la frente.

—¡Hasta luego, mamá! —susurro a voces, dando saltitos sobre la punta de los pies.

Entreabre un ojo y estira la mano para apretar la mía.

—Feliz cumpleaños, cariño. Solo necesito una hora más, y luego podemos abrir los regalos, ¿vale?

Asiento varias veces.

—Claro. Voy a buscar a papá. Voy a pedirle más nata.

—Vale, cariño, disfruta de tu desayuno de cumpleaños. Saldré pronto.

Con una amplia sonrisa, me doy la vuelta y corro por la casa hasta llegar a la cocina. Doy un frenazo en seco al ver un plato lleno de tortitas de cumpleaños con pepitas de chocolate y isuficiente nata montada como para llenar un cubo!

—¡Feliz cumpleaños, Lainey! —Mi padre me coge en brazos y me hace dar vueltas, plantándome besos en la coronilla—. ¿Cómo está hoy mi niña de siete años?

—Guau, papá. ¡Qué buena pinta! ¿Puedo comérmelo ya?

—Claro que sí, peque, pero primero, mira el regalo que hay en el salón.

Me remuevo un poco y me baja. No puedo decir que no a un regalo. ¿Quién lo haría? Sigo a papá hasta el salón y allí, en el medio, con un lazo gigante de color rojo, hay un tocador de chicas mayores. Chillo y doy unas cuantas palmadas, corriendo hacia él.

—¡Guau! ¡Un tocador! La hermana mayor de Shelly tiene uno de estos, y dice que solo las chicas mayores pueden usarlos. ¡Ostras, le va a encantar esto!

—Se llama tocador. Y te faltan unos años para poder usar maquillaje, así que hasta entonces, puedes usarlo para otras cosas.

—Abre la puerta del armario lateral—. Puedes guardar tus collares aquí —cierra la puerta y saca uno de los cuatro cajones—, o guardar tu laca de uñas y otras joyas aquí. Incluso puedes hacer pequeños proyectos de manualidades aquí si quieres. Lo he hecho solo para ti, Lainey.

—Me encanta. ¡Gracias, papá! —Le rodeo la cintura con los brazos y lo aprieto con fuerza, para que sepa cuánto me gusta.

—Tía. Llevo como cinco minutos llamándote —dice Maddie mientras entra en mi habitación con dos cafés con leche—. ¿Qué tal la conversación...? Vaya.

Me muevo en mi taburete y la miro, aceptando el café que me ofrece con la mano extendida.

—Gracias —murmuro.

—¿Estás bien? Estás pálida... más pálida de lo normal, quiero decir. —Se gira para mirar a su alrededor, las cejas se le levantan cuando ve mi maleta abierta sobre la cama—. ¿Qué está pasando? —Me mira con el ceño fruncido y una arruga en medio de la frente. Dios, lo odiaría. Nunca he conocido a una chica de dieciocho años más preocupada por las arrugas, gracias a la tía Sloane, sin duda.

Mi tía Sloane lleva décadas buscando la fuente de la eterna juventud en el fondo de cada sérum, elixir, exfoliante químico y frasco de pastillas. Ha estado obsesionada desde que tengo memoria. En cada periodo de vacaciones, viene a la ciudad una o dos semanas, y todas nos quedamos en la suite de un hotel de lujo con ella. Nos invita a días de spa y maratones de compras, comidas en los restaurantes más bonitos y noches en la cima de clubs exclusivos. Recuerdo la primera vez que me incluyó en su semana de chicas de las vacaciones; así es como ella la llama.

Teníamos una semana de descanso por Halloween para las reuniones de padres y profesores. Siempre pensé que era una broma: ¿una reunión para los padres de un puñado de chicas en un internado? ¿Qué sentido tenía? La mayoría de las chicas que asistían a St. Rita's no vivían ni cerca del colegio. Y las que teníamos la suerte de tener padres que vivían cerca... bueno, por algo íbamos a un internado, ¿no?

La tía Sloane fue a sus reuniones por Maddie y Mary y me encontró después, sentada en la sala común de nuestra residencia. Me dijo que hiciera una maleta y que estuviera lista en diez minutos. Dado que mi único plan era pasar la semana siguiente sola en pijama, dándome un atracón de nuestros DVD de *Crónicas vampíricas*, estuve lista en ocho.

Ese año nos dieron masajes, tratamientos faciales, envolturas de algas, cortes y peinados, y manicuras y pedicuras. Éramos solo

nosotras cuatro —bromeando, sonriendo y riendo— y sentí que era parte de su familia. Es decir, lo soy, somos familia, pero esto se sentía diferente, especial. Fue uno de los mejores días de mi vida.

No hemos tenido una semana de chicas en unos seis meses, desde que la tía Sloane se echó un nuevo novio. Un nuevo novio *más joven*. Todavía no lo conozco, pero Madison lo encontró en la cuenta de Instagram de la tía Sloane el mes pasado, llevando solo unos pantalones cortos minúsculos y holgazaneando en su salón. Digamos que es un regalo para la vista y que está más cerca de nuestra edad que de la suya. Así que entiendo por qué no ha venido a la ciudad desde hace un tiempo.

Al darme cuenta de que llevo demasiado tiempo mirando a Maddie, sacudo la cabeza y parpadeo varias veces.

—Lo siento, ¿qué decías?

—¡Mary! Mueve el culo y ven aquí. ¡Algo está pasando! —grita. Me pasa el brazo por los hombros y me guía hacia el extremo de mi cama. Aparta la maleta y nos sienta.

Ni siquiera oigo pasos, pero de repente, Mary está de pie delante de mí.

—¿Lainey? ¿Qué pasa? ¿Por qué estás haciendo la maleta?

Abro la boca para responder, pero al principio no me sale nada. No puedo creer que mi madre vaya a casarse... y me lo dice en el cumpleaños de mi padre.

Mary se muerde el labio inferior, moviendo la mirada entre Madison y yo.

—Quizá deberíamos llamar a mamá. O a la tía Lana.

—N-no. —Me aclaro la garganta y miro primero a Mary, luego a Madison—. No, no llaméis a la tía Sloane, y mi madre está ocupada con la mudanza... y planeando su boda.

—¿Que se va a qué?! —dicen Madison y Mary al unísono.

Siento que una sonrisa irónica se dibuja en mi rostro y tomo un sorbo de mi café.

—Sabéis que me encanta cuando hacéis esas cosas de gemelas.

—Suspiro—. Acaba de llamar para decirme que se va a casar. Con el famoso soltero de Boston, Cormac Fitzgerald. —Ante sus mandíbulas

desencajadas y sus ojos como platos, simplemente asiento—. Lo sé.
Esa fue mi reacción también.

Mary se deja caer y se sienta en el suelo, delante de mi cama.
—Empieza desde el principio.

SIETE

WOLF

—¿...IGA?

—Bien, ya estás despierto. Aún estoy en la ciudad. Acabo de recibir una llamada de Da. Tienes que recoger a una tía de la estación de tren —dice mi hermano, Rush, apresuradamente.

—¿Rush? —Me paso una mano por la cara, intentando despertarme un poco—. Joder, ¿qué hora es?

—Es mediodía. Tienes que estar en la estación de tren de Boston a las tres.

—Que te jodan, todavía estoy en la sede de los Blue Knights. Me dormí hace solo unas horas... —se me escapa un bostezo y me froto los ojos—, así que ni siquiera estoy en Boston.

—Lo haría yo mismo, pero Sully ha ido a tomar un café con su abuela esta mañana temprano, así que me he quedado para ir con él.

Me incorporo y suelto el aire. Hace años, cuando descubrimos que teníamos un traidor en nuestras filas, mis hermanos y yo empezamos a hablar con frases en clave. Rush acaba de decirme que nuestro otro hermano, Sully, se ha visto envuelto en un altercado esta mañana. Ahora solo queda saber hasta qué punto es grave. —Mierda. Vale. ¿Debería llevar unos donuts? *¿Hay algún cadáver? ¿Debería enviar a los limpiadores?*

—No. Aquí tenemos de sobra. Tú ve a por la chica.

—Vale, vale. ¿Descripción?

Rush suspira. —Todo lo que sé es que tiene el pelo rojizo oscuro. Tendrás que apañártelas cuando llegues.

He hecho más con menos. —Vale. ¿Adónde la llevo cuando la recoja?

—A casa. —El tono de Rush es neutro y oigo el ruido de la ciudad de fondo.

—¿A casa? ¿A casa de quién? —Echo la cabeza hacia atrás contra el respaldo del sofá e intento que la habitación deje de dar vueltas.

—Espabila, capullo. *A nuestra casa.*

Sonríó con suficiencia ante el fastidio en su voz. Puedo imaginármelo perfectamente pellizcándose el puente de la nariz; es su tic cada vez que Sully y yo lo irritamos. —Sí, sí. A nuestra casa, entendido.

—Bien. No llegues tarde.

Hago una mueca mientras separo las piernas para recolocarme el paquete. Dormir con vaqueros es la puta peor mierda. —¿Tarde? Tío, creo que me estás confundiendo con nuestro hermano. —Resoplo—. De todos modos, ¿quién es esta chica? ¿Y por qué no puede coger un taxi hasta casa?

—La hija de Lana.

Hago una pausa para que eso cale en mi cerebro anegado en alcohol. —Mierda. ¿Todavía estoy borracho? Ni siquiera sabía que tenía una hija. —Hago una mueca.

—Yo tampoco, y no me gustan nada las sorpresas... ni que me tomen el pelo. Si descubro que ese cabronazo escurridizo nos ha dado mala información, voy a... Maldita sea, Sully, te dije que me esperaras. Tengo que irme, Wolf. Vigila a la chica y hablamos esta noche.

—Sí, vale. Hasta luego.

—Ah, ¿y hermano? Ni que decir tiene que es intocable hasta que aclaremos esto, ¿de acuerdo?

—Entendido. —Mascullo las palabras con los dientes apretados.

Cuelgo y me echo el pelo negro hacia atrás, pasándome las manos por la cara. Necesito un puto corte de pelo y afeitarme.

Joder, ¿Lana tiene una hija? Es imposible que a nuestro hombre se le pasara eso. Mierda..., es imposible que a *Da* se le pasara. Así que, o lo sabía y no nos lo dijo, o acaba de enterarse, y no estoy seguro de qué opción es mejor.

Rush se va a volver loco, sin duda, por algo —*alguien*— que se ha colado por su red. A ese tío le flipa investigar los antecedentes más que a nadie que haya conocido. Entiendo por qué es tan intenso con eso, pero es extraño que no nos hayamos enterado de que tenía una hija hasta ahora. Más extraño aún que no apareciera en la incursión en los datos de Rush.

Todo en esto resulta extraño. Incluso el simple hecho de que Da metiera a alguien en casa hace dos semanas sin ni siquiera avisarnos antes es sospechoso.

Claro, la casa es una auténtica mansión en la que podría pasar días —semanas— sin ver a nadie, pero aun así. No metes a una mujer cualquiera en una casa que compartes sin hablarlo primero.

Joder, necesito un café y una aspirina. Pensar en Da y sus motivaciones me está dando un puto dolor de cabeza.

Miro a mi alrededor y veo a algunos de los Blue Knights tirados por los sofás de su sala de juegos. Me froto la cara con las manos y me levanto del sofá. Si me voy ahora, debería poder llegar a casa y quitarme el alcohol de encima con una ducha.

Siempre que visito la sede de los Blue Knights, acabo hecho polvo. Esos tíos beben Fireball como si fuera agua y, después de cuatro o cinco horas, normalmente me piro a casa. Pero anoche acabé quedándome frito en uno de sus sofás asquerosos. Por esos cabrones ha pasado más culo que por el Barrio Rojo de Ámsterdam. La mitad de la construcción de esta amistad con los Blue Knights consiste en aparecer los viernes por la noche para pasar el rato con ellos. Siempre acabamos intercambiando información al cuarto chupito. Nada importante, pero lo suficiente para que el otro sepa que estamos generando confianza.

Y la confianza es importante cuando estás en el negocio familiar. La Hermandad podría sobrevivir por sí sola, pero no prosperar. Y entre la visión de Da y las nuevas ideas de Rush, nos estamos expandiendo, poco a poco, por supuesto. Es solitario estar en la

cima, y no quiero pasar el resto de mis días vigilando siempre mi retaguardia.

Por eso empezamos nuestro juego a largo plazo el año pasado. Rush es el tío que quieres para coordinar tus planes e investigar online cada posible resultado —y alguno más—, pero no es el tío al que envías a hacerse amigo de los one-percenters locales.

Estamos creando estratégicamente una red de familias en las que podemos confiar; una relación beneficiosa para todos los implicados y una que te pensarías dos veces antes de eliminar por una oferta mayor.

Me doy unas palmaditas en las mejillas para despertarme y me levanto del sofá, con la pernera del pantalón pegándose un poco al cuero. Joder, qué asco. Ahora voy a tener que tirarlos.

De camino a la salida, veo a Diesel, el vicepresidente de los Blue Knights, sentado en un taburete de la barra. Las noticias están puestas en la tele que hay sobre la barra, y una taza de café medio llena descansa delante de él. Conociéndolo, hay un generoso chorro de whisky mezclado con el café. Le doy una palmada en el hombro al pasar a su lado. —Hasta luego, tío. Gracias por la hospitalidad de anoche.

—De nada, Wolf. Tú y tus chicos siempre sois bienvenidos aquí — responde Diesel mientras le da una calada a su cigarrillo.

—Te lo agradezco. Me piro.

Diesel levanta una mano a modo de reconocimiento. Y es precisamente por eso que Da me pidió que viniera yo y no Rush o Sully. Estos tíos me conocen como el Lobo Solitario de la Hermandad: un francotirador fiestero que nunca falla. Pero eso es solo una verdad a medias.

Soy el mejor francotirador de la Hermandad.

Pero también soy un lobo con piel de cordero. Me mezclo y me adapto. Y los corderos nunca me ven venir hasta que mi cuchillo les atraviesa la garganta.

Espero que no lleguemos a eso con los Blue Knights. En cierto modo me caen bien Diesel y algunos de sus chicos. Sería una pena tener que dibujarles una sonrisa roja.

Fuera de la sede, veo aún más miembros tirados en los muebles del jardín, con mujeres semidesnudas sobre ellos. Cruzo el aparcamiento de grava hasta mi coche. Unos cuantos miembros abren un ojo y levantan la mano a modo de saludo. Les hago un gesto con la barbilla a cada uno, pero no digo nada. No creo que pudiera hablar ahora mismo; siento la cabeza como si alguien la hubiera partido con un cuchillo de carnicero.

Durante el último año, no solo he consolidado la relación entre la Hermandad y los Blue Knights, sino que de hecho he llegado a conocer a algunos de estos tíos. Unos pocos son unos capullos de tomo y lomo, pero la mayoría son decentes.

Diesel y sus chicos son one-percenters, pero viven según un código similar: ni familias ni carne.

Nosotros no aniquilamos a una familia entera porque un gilipollas se haya jugado todos sus ahorros. Claro, romperemos algunas rótulas y tal vez torturemos cuando sea necesario, pero nunca a su familia solo por ser *su* familia. Y no traficamos con carne, y no permitimos que se trafique con carne en nuestros puertos. Por suerte para los Blue Knights, están de acuerdo con nosotros en estas dos reglas.

Y, en nuestra vida, estas relaciones entre dos familias con ideas afines pueden ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Así que mientras Rush y Sully se piran a la ciudad todos los viernes, yo estoy aquí, en la sede de los Blue Knights. No está tan mal, la verdad, pero preferiría recuperar mis viernes.

Aunque solo sea para seguir a Rush. Ese capullo vuelve de la ciudad cada semana casi eufórico, lo cual es jodidamente raro. Cada vez que le pregunto al respecto, se muestra más reservado que la hostia, incluso más de lo que suele serlo con su paranoia habitual.

Así que uno de estos días, voy a seguir a Rush a ver qué está haciendo realmente. Tengo la sensación de que tiene un pajarillo escondido en la ciudad.

Lo que significaría que ha incumplido el pacto que hicimos hace dos años. El pacto que dice que compartimos. Después de ver la destrucción causada por cuatro hermanos —todo el consejo juvenil de la Hermandad— luchando por la misma mujer y dándose la

espalda los unos a los otros —y a todos nosotros—, acordamos que nunca nos pondríamos en esa misma situación. Y después de ver la guerra que uno de esos hermanos empezó cuando se convirtió en una *rata*, todos acordamos un pacto.

Y cuando Rush, Sully y yo exterminamos a las ratas y *nos convertimos* en el consejo joven, nos prometimos que nos enamoraríamos de la misma mujer o de ninguna.

Durante los últimos dos años, todos hemos tenido nuestros líos, pero nunca ha sido nada serio y ninguno ha salido con nadie. Ni siquiera hemos vuelto a sacar el tema, pero yo desde luego no lo he olvidado, ni de coña. Parece que voy a tener que recordárselo a mi querido hermano.

Desbloqueo el coche y me dirijo a la cafetería más cercana, bajando las ventanillas para que entre un poco de aire fresco. Y no puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi cara mientras pienso en todas las formas en que puedo recordárselo a Rush. Puede que tengamos que darle uso al ring de boxeo del sótano.

OCHO

ALAINA

SACO el GPS del móvil y compruebo nuestro progreso. Parece que llegaremos a la estación de tren en diez minutos. Si hubiera tenido más tiempo para hacer la maleta, habría creado una lista de reproducción especial para el largo viaje. Pero después de contarles la llamada a las chicas, apenas tuve tiempo de prepararlo todo.

¿Y cómo haces la maleta para ir a un sitio en el que nunca has estado por un periodo de tiempo indeterminado? Me pasé diez minutos de agonía, mirando el armario sin saber qué hacer.

No he vivido con mi madre desde los ocho años.

«Mamá, ¿a que no sabes qué? —Entré corriendo en el salón de nuestro nuevo apartamento después del colegio—. Hoy nos han puesto un trabajo nuevo. ¡Tenemos que hacer árboles genealógicos! Mira, ya he empezado el mío —sostuve con orgullo una cartulina con el contorno de un gran árbol. Mi nombre estaba en la parte de abajo, y escribí con cuidado «Mamá» y «Papá» encima. Mis mejores amigos y mis primos estaban en una rama al lado, junto a mí, con los nombres de mi tía Sloane y mi tío Collin escritos encima de ellos—.

Mamá se dio la vuelta en el sofá, entreabrió un ojo y me miró. Últimamente pasaba mucho tiempo en el salón, desde que papá se fue. Siempre dormía en el salón cuando papá tenía que marcharse

por trabajo. Decía que quería ser la primera en verlo cuando volviera a casa. Pero papá se había ido hacía mucho tiempo, e incluso tuvimos que cambiarnos de casa. A veces, me asustaba que no fuera capaz de encontrarnos, pero luego me recordaba a mí misma que a papá se le da muy bien encontrar cosas. Me ha ayudado a encontrar a Belle, mi conejita rosa de peluche, muchísimas veces. ¿Mmm?

«¡He dibujado una rama que os conecta a ti y a la tía Sloane porque sois hermanas! —le sonreí radiante—. Pero no sé los nombres de pila de tus padres, y la señorita Baker dijo que debíamos usar los nombres de verdad.

Se incorporó rápidamente y me arrebató el papel de la mano con tal brusquedad que me hice un corte. «Ay». Apreté el dedo con fuerza, esperando que no sangrara. Los cortes con papel siempre escocían mucho.

«Ve a guardar tus cosas favoritas en la maleta de viaje. Se me olvidó decirte que hoy vamos a visitar a tus abuelos. No te olvides de tu conejita rosa; no queremos dejarnos nada atrás —mamá se levantó de prisa, cogió el móvil y se puso a llamar a alguien.

Dos días después, tras un viaje en avión a Carolina del Sur, nos enteramos de que mis abuelos habían muerto en un accidente de coche de camino al aeropuerto para recogernos.

A la semana siguiente, mamá me envió al St. Rita's.

Mientras Taylor Swift canta en mis oídos, cierro los ojos y pienso en todo lo que encontramos en internet sobre Cormac Fitzgerald. O sea, casi nada. Mientras yo metía a toda prisa en la maleta lo que creía que podría necesitar para el verano, Mary y Maddie estaban con sus portátiles, buscando más información.

Es una figura prominente en Boston y, aunque a menudo lo fotografían en eventos filantrópicos, nunca lo hacen con mujeres... ni con sus hijos. Por lo visto, mantiene su vida personal en la más estricta intimidad.

Ah, sí. Cormac Fitzgerald tiene tres hijos, pero no pudimos encontrar ni un solo artículo o imagen de ellos en internet. Y aunque no tuve mucho tiempo para investigar, ni siquiera pude encontrar sus *nombres*. El poder que debe de tener Cormac para emitir y mantener esa orden de silencio es... aterrador.

Había muchos más artículos de conspiración sobre Cormac y lo que hace en realidad cuando no está posando para las cámaras que hechos reales. Hay rumores de que forma parte de una facción de la mafia irlandesa: Summer Knoll. Dicen que organiza reuniones para los otros miembros de la mafia en su casa, pero es todo tan secreto que lo máximo que logré encontrar fueron hilos llenos de rumores, algunos más descabellados que otros.

Un hilo que encontré tenía más de trescientos comentarios con supuestos rumores. Solo leí un par antes de tener que apagar el ordenador para irme al tren. Un rumor en particular afirmaba que Cormac tiene un viejo pozo en su propiedad, y si alguien se le opone, lo arroja al pozo —aún vivo— hasta que muere de hambre.

Me estremezco y pongo los ojos en blanco, asustada e irritada a la vez por haber dado crédito a una especulación tan obvia.

Cuando el tren llega a la estación de Boston, espero a que el puñado de pasajeros desfile por el pasillo central antes de levantarme de mi asiento. Me pongo la mochila, me cuelgo los tirantes de los hombros y recorro el estrecho pasillo arrastrando la maleta, con la bolsa de lona encima.

Al bajar del tren y pisar el andén, respiro hondo, esbozando una sonrisa tímida. Esa sonrisa se me borra de la cara enseguida cuando me atraganto con una nube de esmog que sale de la parte delantera del tren.

Agito la mano delante de la cara, me controlo y echo mi primer vistazo alrededor. Es la primera vez que vengo a esta estación y hace tanto tiempo que no considero Boston mi hogar que me resulta un lugar extraño. Parece... como cualquier otra estación de tren. Se me caen los hombros por un momento, pero finjo una sonrisa y vuelven a subir.

Unas marquesinas azules salpican el andén, proporcionando cobijo y sombra a los bancos situados contra los muros de hormigón. Hay dos pares de vías a mi derecha —incluida la de mi tren de cercanías— y otros dos al otro lado del andén, lo cual tiene sentido, teniendo en cuenta que esta estación tiene varias rutas y destinos diferentes cada día.

Quizá mamá y yo podamos hacer una excursión de un día a la ciudad pronto. Ver algunos lugares de interés juntas o ir a algún espectáculo... en realidad, con pasar tiempo a solas las dos sería increíble. Y viajar en tren ha sido mucho más cómodo de lo que se podría pensar.

Los tirantes de la mochila se me clavan en el hombro, cargados con una muda de ropa, el portátil y algunos libros. Me aparto un mechón de pelo suelto de la cara de un soplido y me pongo las gafas de sol.

No sé qué esperaba, pero desde luego algo más, no sé, acogedor. O mágico. Quizá una pequeña parte secreta de mí esperaba que mamá apareciera y me recibiera como la mujer que está a seis metros saluda a la chica que se sentó dos filas detrás de mí: con un gran cartel tonto escrito a mano, tres globos y un derroche de afecto desmesurado.

Pero, en lugar de eso, me va a recoger un tipo al que no he visto en mi vida. Por lo que sé, podría ser un bicho raro. No me fío del juicio de mi madre, y menos hoy. Es impulsiva y errática.

Me asalta una revelación que me habría tirado de culo si no estuviera agarrada a la maleta: joder, ¿me estoy convirtiendo en mi madre?

¿Quién demonios hace las maletas y se va de casa después de una llamada como esa? Vale que era una llamada de mi madre, pero aun así. Me parece muy impulsivo y errático; justo como describo a mamá.

Aparto ese pensamiento y vuelvo a mirar a mi alrededor. *Solo he venido porque me ha llamado ella, no haría las maletas y me mudaría por una persona cualquiera*, razono conmigo misma.

El andén se está despejando, así que, con una respiración profunda, arrastro mi maleta hacia las escaleras y sigo las señales que indican el aparcamiento de corta estancia y la zona de recogida.

Localizo un baño en la planta baja y me meto para refrescarme. Ignorando el abrumador hedor a orina y la papelera rebosante, hago lo que puedo para domar mis ondas salvajes, peinándomelas con los dedos y echándomelas sobre un hombro. Hurgando en la mochila, encuentro mi neceser de viaje, lo saco y lo dejo en la encimera. Me

pongo más desodorante, me aplico perfume en la muñeca izquierda y me las froto, y me paso un brillo de labios rosado.

Contemplo mi reflejo en el espejo deformado, me inclino hacia delante y me miro a los ojos. «Puedes hacerlo, Lainey. Esta es tu oportunidad de vivir con mamá. Pronto irás a la universidad y ya nunca volverás a vivir en casa. No la desperdicies».

Cuando ya me he refrescado lo suficiente y me siento positiva después de mi improvisada charla motivacional, salgo del baño arrastrando la maleta y camino por la pasarela cubierta hacia el aparcamiento y la zona de recogida designada. El papel hecho jirones cruje mientras el viento azota la pasarela, atrayendo mi mirada hacia la pared con carteles de colores. Veo rutas de tren plastificadas que salen de esta estación, en particular el tren que va al norte del estado de Nueva York. Mmm... Mamá y yo podríamos coger ese tren fácilmente para ir a la ciudad unos días.

Cuando salgo de la pasarela, me detengo para buscar a quien se supone que me recoge. No veo a nadie que parezca estar esperando, así que arrastro la maleta hasta un banco bajo el tejadillo de la derecha. Me quito la camiseta de manga larga y la meto en mi mochila turquesa. En el tren estaba sentada junto a una rejilla del aire acondicionado, así que necesitaba la capa extra, pero aquí fuera es totalmente innecesaria.

Me recojo el pelo largo y ondulado y me lo echo sobre un hombro, dejando que la cálida brisa me acaricie el cuello.

Observo a algunas personas que esperan en la zona de recogida. Dos chicos de mi edad hablan en voz baja, y ambos tienen bolsas a sus pies: pasajeros. Hay un hombre de mediana edad hablando por el móvil y mira a su alrededor mientras lo hace. Debe de haber venido a recoger a alguien, pero no creo que sea a mí.

«Venga, vamos, Red».

Sorprendida, me doy la vuelta al oír su voz.

Mide más de un metro ochenta, lleva el pelo negro revuelto como si acabara de salir de la cama y una sonrisa arrogante que dice: *He dejado a una mujer en la cama de la que acabo de salir*. Cejas negras que se arquean sobre unos ojos de color café y pestañas espesas y oscuras que cualquier mujer envidiaría.

Tiene la mandíbula afilada y un bulto en el puente de la nariz; sin duda se la rompió en algún momento de su vida. Me pregunto ociosamente qué pasó para que acabaran dándole un puñetazo.

Es imponente y posiblemente una de las personas más atractivas que he visto en mi vida. Y eso que una vez conocí a Henry Cavill en un restaurante de mala muerte en el SoHo.

Siento mariposas en el estómago y un rubor me recorre el cuerpo que no tiene nada que ver con la cálida brisa.

Los tatuajes le cubren casi por completo ambos brazos, sobre todo símbolos irlandeses, flores y lo que parece una pistola antigua. Veo otro tatuaje asomando por el cuello de su camiseta, lo que atrae mi mirada hacia su cuello y sus labios carnosos.

Un cigarrillo le cuelga de la comisura de la boca. —¿Estás bien?

«¿Mmm? Ah, sí —con esfuerzo, aparto la mirada de su boca. Rosada y rellena, la parte inferior es un poco más carnosa que la superior. Sinceramente, debería ser ilegal que un tío tuviera unos labios tan perfectos—. Estoy esperando a alguien.

Joder, Alaina, besas a un tío y, de repente, te fijas en todos los tíos buenos que ves, me regaño mentalmente.

Sujeta el cigarrillo entre el pulgar y el índice y le da una calada. Exhala y el humo se arremolina en el aire a su alrededor. Jesús. Parece una especie de James Dean, todo con un aire de chico malo y atractivo sexual.

Es un depredador, y en este momento me mira como si yo fuera una presa... *su* presa.

Vuelvo a mirarlo a los ojos, y la intensidad que me devuelve me deja de piedra. —Vale, pues —murmuro y me giro para seguir buscando a uno de los chicos de Cormac, aunque no tengo *ni idea* de qué aspecto tienen. Ni siquiera sé qué esperar, pero, basándome en los actos públicos de Cormac, quizá un pijo con un polo.

Saco el móvil del bolsillo trasero y le envío un mensaje a mamá preguntándole qué aspecto tiene el hijo de Cormac. Por el rabillo del ojo, veo que el tipo le da otra calada al cigarrillo mientras camina hacia la papelera. Tras apagarlo en el cenicero incorporado, me mira por encima del hombro, con el rostro inexpresivo.

«Vamos, Red, tu madre está esperando.

Mis cejas se disparan hacia mi frente mientras lo escudriño de pies a cabeza, esforzándome por mantener la cara inexpresiva. — ¿Tú me recoges?

Se da la vuelta para mirarme de frente. —Pues sí. Ahora, pongámonos en marcha. Tengo cosas que hacer —sin esperar respuesta, camina hacia atrás en dirección al aparcamiento.

«Espera.

Al oír mi voz, se detiene y levanta una ceja.

«¿Cómo sé que eres quien dices ser? Podrías ser un psicópata o un secuestrador o... *algo*» —el corazón se me acelera y me avergüenza admitir que no estoy segura de si es de miedo... o de lujuria.

«Nena. Si quisiera secuestrarte, lo haría y punto. No me pondría a charlar contigo antes, joder» —su expresión es inexpresiva.

Me cruzo de brazos y saco la barbilla. —Hoy no me van a asesinar, muchas gracias. He visto suficientes episodios de *Dateline* para saber que, una vez que vas a un lugar secundario, tus posibilidades de sobrevivir disminuyen en un setenta por ciento. Y todos los verdaderos sociópatas son estúpidamente guapos. Así es como bajan las defensas de sus víctimas.

Suelta una risita y una sonrisa burlona se dibuja en la comisura de sus labios.

Como no dice nada, me altero y le espeto: —¿Qué?

«Así que crees que soy guapo, ¿eh? —se ríe mientras saca el móvil del bolsillo y da dos pasos hacia mí.

Mis mejillas se sonrojan de vergüenza y cambio el peso a mi otro pie. —Qu... sí... no, quiero decir... —respiro hondo—. Si esta es tu extraña forma de ligar conmigo, es una mierda —mis labios se aplanan en una fina línea.

Levanta una ceja poco impresionado. —Si estoy tratando de entrarte, te darás cuenta, Red — un timbre llena el aire mientras él levanta su móvil para mostrarme que la llamada está conectada al altavoz.

«¿Hola? —la voz de mi madre es inconfundible.

«Soy Wolf» —su voz es plana, y es un cambio tan grande con respecto a hace cinco segundos que me deja en silencio por un

momento.

«Oh, hola, cariño. ¿Está todo bien?»

«Dile a tu hija que me has enviado a recogerla» —el tono de Wolf es frío y cortante.

Lo miro con una nueva comprensión. Su tono me dice más que sus palabras y añade otra capa de sospecha a todo este asunto.

«Claro, claro. Alaina, cariño, ¿me oyes?»

Me aclaro la garganta y doy un par de pasos hacia el tipo —Wolf — y me acerco al móvil. —Te oigo, mamá.

«Oh, qué bien. Este es uno de los chicos de Cormac, así que te llevará a casa. ¡Nos vemos pronto, cariño!» —cuelga antes de que pueda responder.

Wolf se guarda el móvil en el bolsillo y se agacha para coger mi maleta. Sin decir palabra, lo sigo hasta un elegante coche negro mate.

Una vez guardado mi equipaje, me subo al asiento del copiloto y paso las manos por el suave cuero color canela. Me acomodo y observo el interior mientras Wolf empieza a conducir.

«¿Sabes algo de coches?»

Sonríó y niego un poco con la cabeza. —No mucho. Vivo en la ciudad, así que no paso mucho tiempo en coches, pero parece bonito.

La comisura de sus labios se eleva en respuesta. Conduce con la mano izquierda en la parte superior del volante y la derecha en la palanca de cambios. Sus dedos tatuados se flexionan alrededor de la palanca, e inclino la cabeza, tratando de leerlos. Solo distingo una L y una I, y me resulta vagamente familiar. Escudriño su perfil, buscando cualquier otra familiaridad. Debe de recordarme a uno de los chicos de O'Malley's.

«Así que, Wolf, ¿eh?»

Mira fijamente la carretera, cambiando de marcha mientras nos acercamos a un semáforo en rojo.

«Es un nombre interesante. ¿Es de familia?»

«Se podría decir que sí, Red.

«Es Alaina —lo corrijo.

Se encoge de hombros en respuesta, sin apartar la vista de la carretera.

«Y ¿qué clase de coche es este?

«Un Jaguar XJ de edición especial.

«Genial —asiento como si supiera de lo que habla. Permanecemos en silencio durante unos minutos, y me esfuerzo por pensar en algo que decir. No me está facilitando la conversación, pero el reto no me importa—. Así que, ¿tú...?

Se inclina hacia delante para subir el volumen, cortándome a media frase. «Electric Love» suena por los altavoces y reclino la cabeza en el asiento.

Miro a Wolf y veo una sonrisa burlona jugando en sus labios. Canto la letra y alterno mi mirada entre Wolf y el paisaje durante el resto del viaje en coche.

NUEVE

ALAINA

ARCADE FIRE SUENA a través de los altavoces mientras entramos en un camino de entrada privado. Un guardia de seguridad sale de una pequeña caseta junto a la verja y se acerca a la puerta del conductor.

—Buenas noches, Sr. Fitzgerald —nos saluda el guardia de seguridad mientras se inclina y mira dentro del coche—. Ah, y una dama esta noche. Buenas noches, señorita.

Wolf se ríe. —Vamos, Dave. Te he dicho que el Sr. Fitzgerald es mi padre. Wolf está bien. Y ella —me señala— es Red. Se quedará aquí.

Miro a Dave con una sonrisa. —Por favor, llámame Alaina.

—Bienvenida a la finca Summer Knoll, señorita. Soy Dave, jefe de seguridad.

—Encantada de conocerte —murmuro mientras mi mente da vueltas. ¿Ha dicho que esta es la *finca Summer Knoll*?

¿En qué me acabo de meter?

Dave se aleja y, un momento después, las puertas se abren y Wolf nos conduce por el largo y sinuoso camino de entrada.

—Madre mía. Esto tiene que ser una locura de palear en invierno. —El pensamiento escapa de mis labios antes de que pueda contenerlo.

Wolf suelta una risita y me mira de reojo, pero no responde. Avanza por el camino semicircular y se detiene justo delante de la puerta principal.

Trago el nudo de inquietud que tengo en la garganta mientras observo esta monstruosidad que mi madre llamó «una casita mona». Esto era... esto era una mansión con todas las de la ley.

Tres pisos de altura, ladrillo de color claro con revestimiento blanco, arbustos perfectamente recortados y flores brillantes; esta mansión parece sacada de las páginas de alguna revista de decoración como HGTV. Es tan amplia que ni siquiera puedo ver el final desde donde estoy, pero creo haber vislumbrado una piscina en el jardín trasero cercado mientras subíamos. Apuesto a que también hay un garaje para al menos diez coches en la parte de atrás.

La hiedra verde trepa por el ladrillo y sigue ascendiendo hacia el tejado, acumulándose en las esquinas superiores y extendiéndose para enmarcarlo.

Una pequeña casa de carruajes se encuentra en el lado opuesto de la propiedad con dos coches negros aparcados frente al garaje anexo.

Unos golpecitos en la ventana me sacan de mis reflexiones. —Vamos.

Asiento y, con un suspiro profundo, salgo del coche. Sigo a Wolf por las escaleras hasta el porche delantero y, respirando hondo para ahuyentar el miedo, yergo los hombros y cruzo el umbral.

Un hombre mayor vestido con un traje a medida nos recibe en el vestíbulo. —Bienvenido, Sr. Fitzgerald.

Wolf asiente mientras deja mi maleta junto a mí y camina hacia la amplia escalera que hay en medio de la estancia.

—Su padre solicita su presencia para cenar a las seis y media en punto.

Wolf se detiene en el segundo escalón. —Vale —dice antes de subir tontamente al segundo piso sin mirar atrás.

No me sorprende demasiado que no se haya quedado para asegurarse de que estoy bien; no es que estuviera derrochando calidez y afecto, pero pensaba que al menos me diría dónde está mi habitación antes de desaparecer. Supongo que puedo tacharlo de mi

lista de posibles cómplices. Supongo que no necesito la ayuda de nadie más para averiguar qué está pasando exactamente aquí, pero pensaba que si tuviera a uno de los hijos de mi lado, me resultaría más fácil.

Cielo santo, si el vestíbulo es así de grande, no puedo imaginarme cómo será el resto del lugar. A la izquierda del vestíbulo parece haber una sala de estar con chimenea, un sofá de cuero y un sillón mullido a juego. Es de concepto abierto, así que puedo ver bastante con solo quedarme en un sitio. A la derecha hay una habitación llena de estanterías mayormente vacías y una silla de aspecto rígido en una esquina.

Alguien se aclara la garganta, captando mi atención. Siento las mejillas calientes mientras me giro para mirar al hombre que tengo delante. ¿Cómo lo llamé Wolf? ¿Claude?

Le tiendo la mano. —Hola, soy Alaina. Encantada de conocerle.

—Hola, señorita McElroy, es un placer conocerla —me estrecha la mano—. Soy Claude Fontaine, el administrador de la finca Summer Knoll —dice con una sonrisa—. Venga, deje que la acompañe a su habitación. —Claude coge mi maleta y mi bolsa de lona y empieza a subir la escalera.

—Gracias. —Cojo mi mochila y me apresuro tras él. Al llegar arriba, giramos a la izquierda por el pasillo y pasamos ante seis enormes juegos de puertas cerradas... puertas *dobles*. Me esfuerzo mucho por no dejar que se note lo fascinada que estoy. —¿Quién se queda en todas estas habitaciones?

—Tres habitaciones son los dormitorios de los chicos, dos son dormitorios de invitados y uno es un baño. Pero no se preocupe, señorita McElroy, usted dispone de baño privado en su habitación. —Se detiene ante la única puerta abierta, indicándome que pase delante de él—. Aquí estamos, señorita.

—Vaya... —Camino lentamente hasta el centro de la espaciosa habitación y doy una vuelta sobre mí misma. Se me corta la respiración ante tanto lujo. La mullida alfombra de color crema es suave, y una alfombra gris claro con dibujos en el centro de la estancia, parcialmente metida bajo la cama, resulta de lo más acogedora. Una enorme televisión de pantalla plana cuelga sobre la

chimenea de ladrillo blanco frente a la cama, y una lámpara de araña blanca con lo que creo que son cristales auténticos cuelga en el centro, iluminando suavemente la habitación. Las paredes están pintadas de un rosa suave, como algodón de azúcar apagado, y sorprendentemente, me gusta. No suelo ser muy fan de los colores pastel, pero esto tiene algo muy femenino.

¿Quién dormirá normalmente en esta habitación de invitados?

Veo un balcón tras las puertas francesas a la derecha de la cama; creo que podría dar al jardín trasero.

Suspiro mientras observo los techos altos, decorados con molduras, el cabecero gris claro y las mantas de un blanco suave.

—Es una habitación preciosa, ¿verdad?

Doy un pequeño respingo al oír su voz. Había olvidado que estaba allí. Me giro para ver a Claude junto a la puerta, con una pequeña sonrisa en el rostro.

—Es perfecta. —Mi voz es baja, pero incluso yo puedo notar la nostalgia en ella.

—Oh, Claude, antes de que se me olvide, ¿sabe dónde está mi madre? —Saco el móvil y veo que no tengo mensajes ni llamadas perdidas de ella.

—Creo que se ha ido de compras por hoy, pero volverá antes de la cena. Su presencia se solicita para la cena a las seis y media en punto en el comedor principal —dice Claude, no sin amabilidad.

—Ah, de acuerdo. A las seis y media, entiendo. Gracias de nuevo, Claude. Se lo agradezco.

—No es nada, señorita McElroy...

—Por favor, llámeme Alaina.

Él asiente con una pequeña sonrisa asomando a sus labios. —Como desee, Alaina. Si necesita algo antes de esa hora, aquí tiene el intercomunicador. —Claude señala la cajita blanca rectangular de la pared junto a la puerta—. Haré que Wolf se lo explique más adelante, pero aquí tiene lo básico. Hay uno en cada dormitorio, así como en la cocina, la biblioteca, la piscina y el cine. Puede conectar con el puesto de vigilancia aquí —señala el botón azul de la parte superior del dispositivo— y con cada habitación marcando su código de tres dígitos. El suyo es el siete-tres-tres. Este botón —señala el

gran botón rojo junto al azul— es solo para emergencias. Y no emergencias del tipo «he derramado mi bebida en la alfombra». — Claude me mira fijamente un momento, con los ojos tensos y la boca hacia abajo.

—Solo emergencias, entendido. —Asiento, intentando comprender por qué demonios hay un sistema de seguridad tan complicado en mi dormitorio. ¿Qué podría pasar en mi habitación para necesitar una línea directa con el puesto de seguridad y otra línea solo para emergencias?

—Espera. ¿No debería llamar simplemente al novecientos once si es una emergencia?

Claude me mira fijamente un instante. —No. Nunca llegarían a tiempo. Su mejor opción son los chicos, luego los guardias... en ese orden.

Parpadeo varias veces y noto que se me abren los ojos de par en par, pero no tengo tiempo de recomponerme lo suficiente para responder antes de que Claude se dé la vuelta y abandone mi dormitorio.

Ni siquiera sé qué le habría dicho, así que probablemente sea bueno que no esperara una respuesta. ¿Para qué clase de situación debería prepararme si el novecientos once no puede —o no quiere— llegar a tiempo?

Dios mío... ¿y si esas teorías de conspiración tuvieran razón después de todo?

¿Me acabo de mudar con la mismísima mafia?

DIEZ

ALAINA

EN CUANTO CLAUDE cierra la puerta, juro que siento una ondulación en el aire, como si algo estuviera cambiando mi destino. Me sacudo el escalofrío; es por toda esa charla de Maddie de anoche sobre presagios y horóscopos.

Dejo mi mochila a los pies de la cama y exploro la habitación. Sigo sin asimilar lo grande que es —es incluso mayor de lo que esperaba—, y eso que ajusté mis expectativas en cuanto vi la fuente delante de la casa.

Todo, excepto las paredes, está decorado en grises suaves y blancos. Las mesitas de noche gemelas y la cómoda larga son de madera blanca decapada, pero no del tipo de decapado que surge del cariño y el uso, sino del tipo por el que se paga una fortuna. Una puntada me atraviesa el corazón al pensar en mi muy amado tocador, regalo de mi padre, en esta habitación inmaculada. Estoy segura de que es una gran metáfora de mi presencia en esta casa.

A ambos lados de la televisión cuelgan obras de arte abstracto con marcos blancos, y en la esquina, junto a las puertas acristaladas, hay un espejo ovalado de cuerpo entero. Cruzo la habitación y descorro las vaporosas cortinas blancas de las puertas.

Se me escapa el aliento en un suspiro al contemplar las vistas. Tenía razón: es el patio trasero. Si es que se puede llamar así a algo

que parece un parque nacional. Una piscina ocupa gran parte del jardín; incluso tiene una cascada y un tobogán. A la derecha de la piscina hay un jacuzzi y, más allá, lo que parece ser una auténtica casa de la piscina. Distingo una canasta de baloncesto y un gran huerto a la derecha.

Más allá de la valla, todo es verde hasta donde alcanza la vista.

Vaya.

Simplemente, vaya.

Desde luego, no parece que esté en Boston. Parece que estoy en una especie de cuento de hadas. Si los cuentos de hadas incluyeran a tíos buenos con tatuajes, mala actitud y que conducen demasiado rápido.

Vale, pues en realidad eso no suena *tan* mal. Pongo los ojos en blanco por mis propios pensamientos y suelto una risa autocrítica.

Doy media vuelta y vuelvo a observar la habitación, con la mente dándole vueltas a lo que esto significa para mí... y para mamá.

Todo esto es demasiado, y temo por mi madre. Ni siquiera estoy segura de querer saber qué hizo para llamar la atención del hombre que es dueño de todo... esto.

Pero si no la ayudo yo, ¿quién lo hará?

Cojo mi móvil y le envío otro mensaje de texto.

YO: ¡Hola, mamá! ¡Ya estoy aquí! ¡Llámame cuando llegues!

DESPUÉS DE QUE pasen cinco minutos sin respuesta, tiro el móvil sobre una de las mesitas y decido desempacar. No he traído muchas cosas, pero mamá siempre decía que se me daba muy bien limpiar y organizar, así que supongo que tengo tiempo para poner en práctica esas habilidades.

Una vez deshecho el equipaje, me pongo una falda negra con vuelo y una camiseta blanca de cuello de pico. No quiero arreglarme demasiado, pero tampoco quiero ir poco arreglada. Es difícil saber qué ponerse cuando vas a ver a tu madre por primera vez en un año y a conocer a su prometido.

Como sigo sin noticias de mamá, llamo por vídeo a las chicas para enseñarles mi cuarto. Se quedan asombradas con la habitación, especialmente con el baño privado, que tiene una bañera con patas y una ducha de efecto lluvia con cuatro cabezales. No hablamos mucho, ya que tienen que terminar de hacer las maletas para su viaje a Europa.

A las seis y veinte, camino despacio por el pasillo, atenta a cualquier ruido que venga de las habitaciones. O están insonorizadas o están vacías. Me pregunto cuál será la de Wolf.

Me seco las palmas sudorosas en la falda y bajo las escaleras. No sé exactamente a dónde voy, pero estoy segura de que lo encontraré, o encontraré a alguien del servicio que pueda indicarme.

Me pregunto cómo será crecer con un personal encargado de... bueno, no estoy muy segura de qué hacen exactamente en una casa, pero algo deben de hacer. Por ejemplo, ¿se lavará Wolf su propia ropa?

Me pongo roja en cuanto el pensamiento me cruza la mente. Si antes no estaba pensando en Wolf en calzoncillos, ahora definitivamente lo estoy haciendo.

Respiro hondo e intento pensar en cualquier otra cosa para no tener que enfrentarme a él con la cara como un tomate.

Sigo el sonido de ollas y sartenes tintineando por el pasillo y veo a mi madre junto al fregadero, de espaldas a mí.

—¡Hola, mamá! —Al oír mi voz, se da la vuelta. Una sonrisa ilumina su rostro y camina hacia mí, secándose las manos en el delantal amarillo con volantes que lleva atado sobre su falda larga.

—Alaina, querida. Qué alegría verte. —Se inclina y me da un beso en cada mejilla, sin llegar a abrazarme del todo.

—Es muy bueno verte, mamá. Estás genial. —La miro de arriba abajo; se ve elegante y pulcra—. Te envié un mensaje cuando llegué. —Me esfuerzo por mantener la voz firme.

—Oh, bueno —dice mientras quita una pelusa invisible de su camisa, sin sostenerme la mirada más de un instante—, no estaba en casa entonces, cariño. Y cuando llegué, tuve que guardar y organizar todas mis compras, y luego tuve que ponerme enseguida

con la cocina. —Agita la mano en el aire señalando la isla que tiene detrás.

—Ya. —Trago saliva yuerzo una sonrisa—. Bueno, esto tiene un aspecto increíble. —Observo la lasaña y los manicotti caseros, dos ensaladas diferentes y dos tipos de pan recién horneado dispuestos sobre la isla—. No sabía que supieras cocinar así. —Una pesadez se asienta en mis hombros, abatiéndome.

—Sí, bueno... —Mamá se pasa los dedos por el pelo, alisando mechones inexistentes en su sofisticado moño. Su pelo rojo es unos tonos más claro que el mío, pero tenemos la misma altura y una constitución similar. Buenos genes en la rama de los McElroy de la familia—. Mi madre me enseñó a cocinar cuando tenía tu edad. —Se gira hacia la isla y empieza a mover un poco los platos.

—Bueno, me encantaría aprender a cocinar...

—Sarah se encarga de la mayor parte de la cocina aquí.

—Ah, vale —murmuro. Siento que me escuecen los ojos y respiro hondo para recomponerme.

Miro alrededor de la espaciosa cocina. Es tan grande que no me sorprendería que ocupara toda la longitud de la casa. Todo es de acero inoxidable y negro mate: la amplia placa de cocina, los hornos dobles, los dos lavavajillas y el frigorífico más grande que he visto en mi vida, escondido tras un panel que imita un armario.

La isla es lo suficientemente larga como para que quepan seis taburetes cómodamente de un lado, y el otro tiene un pequeño fregadero y una placa de cocina pequeña. Hay un rincón para desayunar integrado en el otro extremo de la cocina, aunque la palabra *rincón* resulta un poco engañosa. Un lado está integrado en la pared con un banco corrido y el otro tiene ocho sillas negras.

Con tanto espacio para sentarse, deben de organizar muchas fiestas o eventos familiares. Me pregunto si estaré aquí el tiempo suficiente para ver alguno.

Me doy la vuelta y veo a mi madre todavía trasteando con la comida. —¿Puedo ayudar a llevar la comida al comedor?

—¿Mmm? Ah, claro. ¿No es todo esto maravilloso, Alaina? —Mamá coge la bandeja de lasaña y yo cojo una de las ensaladas y la sigo por otro pasillo.

—Mamá, ¿qué está pasando exactamente? ¿Por qué estamos aquí? —le pregunto mientras pasamos por lo que parecen ser un despacho y una sala de estar.

—¿A qué te refieres? Ahora vivimos aquí. —Su tono es tajante y acelero el paso para ponerme a su altura.

—Mamá, yo vivo en la ciudad, ¿te acuerdas? Voy a ir a la universidad en St. Rita's con Maddie y Mary.

Me lanza una mirada furiosa por encima del hombro. —Por supuesto que me acuerdo, Alaina.

—Vale. Pero sigo sin entender por qué estás tú aquí. ¿Cómo has conocido a este hombre? —Llegamos al que debe de ser el comedor principal. La mesa es para veinte personas, por lo menos. Sigo a mamá hasta un extremo de la mesa y coloco con cuidado la ensalada. Le toco el brazo, deteniendo sus movimientos. Bajando la voz, pregunto—: Mamá, ¿estás en peligro?

—¿De verdad crees que traería a mi única hija a un lugar peligroso? —me espeta.

Me estremezco ante la ira de su voz y retiro la mano. Me quedo mirando la mesa negra, con la vista perdida. —Es la primera vez que me pides que viva contigo en diez años, mamá, así que no sé muy bien qué pensar.

—Sí, bueno... —Su voz se apaga mientras se afana en poner la mesa.

—¿Por qué no viniste a mi graduación?

Suspira. —Llevas más de un año asistiendo a clases universitarias, Alaina. No pensé que fuera tan importante.

—Ya, pero fui la valedictorian, y simplemente no... no entiendo por qué...

—Tenía planes —me interrumpe mamá, mirándome por fin—. No todo gira siempre en torno a ti.

Retrocedo, sus palabras son un golpe en mi propia alma, y la pequeña parte de mi corazón esperanzado que pensaba que esta era nuestra oportunidad para estrechar lazos se marchita.

—Entendido —murmuro y doy media vuelta para ir a por el resto de la comida a la cocina. Cuando vuelvo al comedor, no miro a mi

madre a los ojos. No puedo, no cuando el dolor está todavía tan reciente.

A las seis y media en punto, Wolf entra con paso despreocupado en el comedor y se sienta hacia la mitad de la mesa.

—Wolf, querido, qué bien que nos acompañes —le saluda mi madre con una voz empalagosa desde su asiento a la izquierda de la cabecera de la mesa. Él no responde, solo aprieta la mandíbula y me mira de reojo bajo esas pestañas oscuras y espesas suyas.

¿Por qué son siempre los tíos los que tienen las pestañas más largas y oscuras?

Como Wolf no me quita la vista de encima, decido que no vendría mal intentar de nuevo entablar amistad, así que retiro la silla que está frente a él.

—Ese no es tu sitio. —Su voz me detiene. Estiro el cuello para ver el respaldo de la silla. Quizá me he saltado algún grabado o nombre o algo—. Ese es el sitio de mi hermano.

—Lo siento, no me había dado cuenta —murmuro. Empujo la silla hacia dentro y voy a retirar la de al lado.

—Nop. Ese es el sitio de mi otro hermano. —Las comisuras de los labios de Wolf se curvan hacia arriba, transformando su boca carnosa en una mueca cruel.

—Vale. —Acerco la silla a la mesa e intento con la siguiente.

—Esa también está ocupada, Red —dice Wolf con fingida alegría, entrelazando las manos detrás de la cabeza.

Miro a mi madre para ver si va a intervenir. Está absorta mirando el fondo de su copa de vino llena, así que supongo que esa es mi respuesta.

Aprieto los dientes y paso a la siguiente silla, apoyando la mano en el respaldo. —¿Y esta?

—Qué va, esa también está ocupada.

Justo cuando llego al extremo opuesto de la mesa, un hombre entra en la estancia. Con su pelo negro cortado muy corto y sus hombros anchos, impone su presencia en la sala. Alterno la mirada entre los dos hombres que hay en la habitación. Aunque veo el parecido físico, es la nube de peligro que los rodea a ambos lo que realmente hace evidente el vínculo familiar.

Se dirige directamente hacia mi madre y le besa la coronilla. Ella levanta la barbilla y le murmura algo, pero la mirada de él está fijada firmemente en mí.

—¿Esta es tu chica, Lana?

Mi madre bebe un sorbo de vino y dice, agitando la mano: —Cormac, te presento a Alaina. Alaina, Cormac.

—¿Qué haces en ese extremo de la mesa? Ven aquí y siéntate junto a mi hijo para que pueda verte bien.

Su tono no admite réplica, así que rodeo lentamente la mesa y elijo el asiento junto a Wolf. Le lanzo una mirada, pero él se limita a mirar a Cormac con el ceño fruncido.

—Es un placer conocerle, señor —digo mientras retiro mi silla y me siento.

—Vaya, maldita sea... el parecido es asombroso —comenta Cormac—. Y por favor, llámame Cormac.

Asiento con la cabeza en señal de conformidad.

—¿Dónde están tus hermanos? —Cormac mira a Wolf con una ceja levantada.

—No sé, Da —Wolf se encoge de hombros—, han ido a la cafetería con la abuela hoy por la tarde, pero pensaba que ya estarían en casa.

Cormac mira su reloj y suspira, frunciendo el entrecejo con el gesto. —Les daré cinco minutos más, luego empezamos sin ellos. Lana ha preparado esta deliciosa cena para nosotros esta noche y yo, por mi parte, no voy a permitir que se desperdicie. —La sonrisa que le dedica a mi madre es amplia y sincera.

Ella se sonroja. —Me hace feliz cocinar para ti todas las noches, Cormac, ya lo sabes. Y me alegra mucho que Wolf haya podido acompañarnos esta noche.

Los celos se me revuelven en el estómago mientras observo a mi madre desvivirse por Cormac, sirviéndole la cerveza de la botella en una jarra. —Así que, Alaina, ¿tu madre me dice que fuiste la valedictorian? ¿Y que ya estás en la universidad?

Veo por el rabillo del ojo cómo Wolf se pone rígido.

—Sí, acabo de graduarme, pero llevo más de un año cursando asignaturas con créditos universitarios, así que técnicamente paso a

segundo curso en St. Rita's. —Me aliso la falda mecánicamente por debajo de la mesa.

—Ambiciosa. Me gusta. A lo mejor se le pega a mi hijo algo de ese amor por los estudios —dice Cormac con una risita.

Giro la cabeza y veo que Wolf aprieta la mandíbula y entrecierra los ojos.

—Te lo he dicho, Da. No necesito la universidad. Ya estoy en el negocio familiar —dice Wolf con desdén.

Cormac lanza una mirada fulminante a su hijo pero no responde.

—¿A qué os dedicáis? —pregunto mientras bebo un sorbo de agua, con los ojos puestos en Wolf.

—Construcción.

—Reciclaje.

Responden al mismo tiempo.

Miro a uno y a otro, parpadeando desconcertada. —¿El reciclaje de materiales de construcción?

—Claro, Red. Reciclamos materiales de construcción. —Wolf me mira con expresión inexpresiva.

—Muy bien, son las seis y cuarenta, a comer —declara Cormac mientras se sirve una ración doble de lasaña.

—Me encantaría ayudar si lo necesitas —murmuro para que solo Wolf pueda oírme—. Con clases particulares o lo que sea, quiero decir.

Como no responde, me giro para mirarlo. Entrecierra los ojos mientras me dedica una mueca de desprecio. —No necesito tu ayuda. Pásame la comida, Red.

ONCE

WOLF

MI PADRE aparta el plato y se reclina en la silla. —Delicioso, Lana. Gracias.

—Ha sido un placer, Cormac. —Lana le sonríe radiante a Da, y a mí me cuesta horrores no vomitar en mi lasaña. Está demasiado buena como para desperdiciarla por la puta mierda que sea que está pasando al final de la mesa.

Red ha estado callada casi toda la cena; solo ha hablado cuando Da le ha hecho alguna pregunta. Es curioso que su madre apenas le haya preguntado nada. Red no deja de mirarme por el rabillo del ojo, como si intentara ser sigilosa y yo no estuviera sentado a medio metro de ella.

—¿Alaina?

Gira la cabeza bruscamente. —¿Mmm?

—Decía que me voy a la ciudad unos días. ¡Tengo que encontrar un vestido de novia! —Lana está demasiado entusiasmada, y eso me toca los putos nervios.

Red sonríe, pero la sonrisa parece un poco forzada. Mierda, reprimo la mía con la mano, pasándomela por la barba incipiente. Aún no me he afeitado hoy. *Sully estaría orgulloso de lo rápido que sé leerla.* Ese cabrón puede calar a cualquiera más rápido y con más precisión que nadie que yo haya conocido.

—Oh, qué bien suena. Me encantaría ir contigo, mamá. Y oye, estaba pensando en que podríamos coger el tren a la ciudad y quedarnos unos días. ¿No sería divertido? El tren en el que he venido hoy era muy agradable, y creo que te gustaría. —Red se inclina hacia delante, mirando a su madre con la esperanza brillando en sus ojos.

Nadie responde al parloteo de Red, y percibo un cambio en el ambiente. Dejo el tenedor y me reclino en la silla, dispuesto a ver cómo se desarrolla la escena.

Lana coge su collar y lo retuerce entre los dedos. —Oh, cielo, me refería a que Cormac y yo vamos a la ciudad. —Se toca las perlas del cuello—. Él tiene que hacer unos negocios y yo he quedado con tía Sloane en Kleinfeld.

—¿Kleinfeld?! —Red deja el tenedor en la mesa y se recuesta en la silla—. Mamá, eso es... Esos vestidos son...

—Preciosos —suspira Lana.

—Carísimos —dice Red al mismo tiempo.

No sé dónde coño ha encontrado mi padre a esta zorra, pero más vale que Rush consiga más información, porque yo no puedo soportar estas cenas noche tras noche. Me muevo en el asiento, abro más las piernas y me echo hacia atrás. La extraña dinámica familiar entre estas dos me incomoda. Y joder, ¿por qué cojones deberían importarme dos pelirrojas desconocidas, aunque Da se esté tirando a una de ellas? El mes pasado le arranqué las uñas a un tipo una por una y ni siquiera parpadeé.

Miro a Lana, escrutándola con ojo crítico. Entiendo el atractivo: pelo rojo, buenas curvas, cocina una cena decente. Pero tiene lo que Sully llama *ese punto de locura*. No es un rasgo en particular, es más bien como si siempre estuvieran a una palabra de desatar el puto apocalipsis sobre ti.

Sully siempre supo elegirlas, eso sí. Sonríó con suficiencia al recordar a una de las últimas chicas que trajo a casa. Se escondió en la casa durante dos semanas antes de que el personal la encontrara durmiendo en un armario. Esa tía estaba como una puta cabra. Intenté advertirle, pero él argumentó que estaba harto de los rollos de una noche y de los polvos rápidos en el baño de algún antro.

Resoplo. *Como si alguna vez se pudiera estar harto de demasiado coño sin complicaciones.*

Todas las chicas con las que estoy saben cómo va la cosa, y ninguna se ofende cuando me voy. Ni siquiera intercambio números con nadie; no tiene sentido. Nunca repito. La mayoría de las tías solo están emocionadas por poder decir que se han tirado a alguien de la Hermandad.

A Lana le tiembla el ojo derecho mientras mira a Red por un momento. —Tú déjame a mí nuestras finanzas, cariño.

Las mejillas de Red se sonrojan, y me quedo hipnotizado por la forma en que el bonito color rosa le tiñe las mejillas. Me pregunto qué otras partes de ella se sonrojan así y cuánto tardaría en verlo.

—Por supuesto —responde Red, y se queda mirando su plato de comida a medio comer.

—Genial. —Lana da dos palmadas como una puta profesora de primaria—. Ahora que está decidido, nos vamos mañana temprano. Los chicos de Cormac estarán aquí para enseñarte todo.

Gruño. Esto es nuevo para mí. Me reclino y balanceo la silla sobre dos patas mientras miro a Da con las cejas arqueadas.

—Así que te veré en unos días —dice Lana, con un tono que suena a despedida.

Red echa la silla hacia atrás y recoge sus platos. Sin mirar a nadie a los ojos, dice: —Gracias por la cena. Ha sido un placer conoceros, Cormac, Wolf.

Sale pitando del comedor y se va por el pasillo, supongo que hacia la cocina. Le dedico un momento de mis pensamientos antes de volver a mirar a Da y a Lana; esta última sonríe como el gato que se comió al canario, y se me agota la paciencia.

Suelto el aire y me inclino hacia delante, golpeando el suelo con las patas delanteras de la silla. —¿Cuál es tu objetivo, Lana? —prácticamente le gruño a la mujer al final de la mesa.

Ella frunce el ceño al dejar su copa de vino. —¿A qué te refieres, cariño?

—Déjate de mierdas.

—¡Wolf! —ladra mi padre.

—¡Oh, vamos! —levanto las manos a los lados—. ¿Qué coño está pasando aquí? No hemos comido en este comedor en toda mi *vida*.

Él enarca una ceja. —¿Adónde quieres llegar, hijo?

—A *donde* quiero llegar, Da, es a que ni siquiera conocemos a esta zorra, y de repente...

Mi padre da un golpe en la mesa. —No la llames zorra.

—Si grazna como un pato... —dejo que la cruel sonrisa que he estado conteniendo se extienda por mi cara. No aparto la vista de mi da, pero por el rabillo del ojo veo a Lana estremecerse.

No sé qué coño está pasando aquí, pero sí sé que esto no cuadra. No soy tan ingenuo como para pensar que mi padre no moja el churro, pero en los diecisiete años que llevo viviendo con él, ni siquiera ha tenido citas. ¿Y ahora, de repente, se va a casar con una zorra a la que no habíamos visto en la vida hasta hace dos semanas? Ni de coña. Rush tiene razón: aquí hay algo más.

—Te estás pasando, chaval —gruñe mi padre.

Solo para joderle, me encojo de hombros como si me importara una mierda. Es decir, ella no me importa una mierda, pero normalmente el papel de gilipollas irracional es más el estilo de mi hermano Rush. Yo soy más del tipo gilipollas tranquilo. Y Sully es el gilipollas angustiado. Pero como *ninguno* de mis hermanos está aquí, tengo que dar la talla.

—Ponme al día, Da.

Suspira y se cubre la boca con la mano, alisándose la barba: su tic cuando está estresado. —Danos un minuto, Lana.

—Por supuesto —murmura ella mientras coge su copa de vino y se levanta—. Voy a empezar a hacer las maletas.

Da espera a que salga de la habitación para prestarme atención. —Hace diez minutos, recibí un mensaje de Jimmy. Su mujer y algunas otras esposas estaban en un restaurante cuando hubo un tiroteo desde un coche. Apuntaron a su mesa.

—Mierda. —Eso es lo último que pensaba que iba a decir—. ¿Víctimas? ¿Y saben quién ha sido?

—Ninguna víctima, por suerte. No creo que Manhattan sobreviviera a su ira.

—Ya, no me jodas. ¿Me estás diciendo que tú no harías lo mismo si fuera tu mujer? —lo miro fijamente y él sonríe con suficiencia. Sabe que estoy intentando sacarle respuestas. Me encojo de hombros.

—No atraparon a los que lo hicieron. Todo lo que saben es que era un todoterreno negro.

Tamborileo con los dedos en la pierna. —¿Tienes alguna teoría?

—No. Pero es el tercer ataque a nuestros hermanos irlandeses en...

—¿El tercero? —suelto bruscamente.

—Sí. Se cargaron a varios soldados de la pequeña facción de las afueras de la ciudad. Sin detalles. —Se encoge de hombros.

Asiento. —Entonces, ¿qué piensas?

—No estoy seguro. Necesito más información, así que Sully se va al norte del estado para ser nuestros ojos y oídos allí.

—Joder. —Me inclino hacia delante, apoyo los antebrazos en la mesa y dejo caer la cabeza por un momento. Levantando la vista hacia él, pregunto: ¿Por cuánto tiempo? ¿Y por qué no me has dicho que esto estaba pasando?

Me dedica una mirada fulminante antes de exhalar. —No estoy seguro, un par de semanas, como mínimo. Necesito a alguien de confianza allí arriba para averiguar qué coño está pasando.

—Sí, ¿y quién va a cubrirle las espaldas a Sully? —me cruzo de brazos—. No puedes enviarlo solo. Si salgo a la carretera ahora, puedo estar allí en...

—Te necesito aquí, hijo. Aquí hay algo más en juego, y mi instinto me dice que esto es solo el principio. —Frunce los labios mientras se alisa la barba—. Hay algunas reglas que no cruzamos, nunca. No vamos a por las familias: las esposas y los hijos nunca están sobre la mesa. Y sé que los italianos y los Blue Knights están de acuerdo con nosotros. Que los ataques escalen de unos pocos soldados a la esposa del presidente de los Westies... exige mi atención.

—Entonces, ¿qué piensas? ¿Rusos? ¿Chinos? ¿Cártel? —hago una pausa—. ¿O alguien que deserta?

Asiente. —Eso o algún capullo que ha visto demasiados episodios de *Los Soprano* y ha decidido que quiere jugar con los mayores. — Suelta el aire y me clava la mirada—. Por eso te necesito aquí.

Resoplo. —Pero ¿qué coño, Da? ¿Quieres que me quede aquí a jugar a las casitas mientras envías a Sully a una misión suicida? ¿Y dónde coño está Rush? —Mi pecho sube y baja con frustración.

Mi padre me mira con calma, con esa maldita máscara impenetrable. —¿Has terminado?

Echo la cabeza hacia atrás y miro al techo un momento, con los músculos tensos por la frustración. —Sí. He terminado. —Por muy cabreado que esté, él sigue siendo el jefe de la Hermandad.

—Rush debería llegar mañana. Está atando cabos sueltos en la ciudad de la cita para tomar café de Sully de esta mañana. —Sonríe con suficiencia al decirlo. Siempre le han hecho gracia nuestras palabras en clave—. Y te necesito aquí, vigilando la casa. —Me mira fijamente por un momento—. Y protegiendo a todos los que están dentro.

Pongo los ojos en blanco. —Claude me enseñó a disparar cuando tenía ocho años, y Sarah me dio mi primer juego de cuchillos arrojadizos. Saben cuidarse solos. —Exhalo y descruzo los brazos—. Pero, sí, vale. Vigilaré la granja.

Mi mandíbula se tensa y se me revuelve el estómago al pensar que me quedo atrás.

Asiente varias veces, alisándose la barba con una mano. —Sé que puedo contar contigo y con Rush. Estamos en medio de una guerra, pero hay un nuevo oponente, y ahora mismo tienen ventaja. No me gusta. Revisa la armería y asegúrate de que seguimos completamente abastecidos. Ya he hablado con Claude; está cambiando nuestros códigos y pasando nuestros datos por otro cifrado. Y ha enviado a casa a todo el personal no esencial. La Hermandad está poniendo a sus familias en confinamiento, y lo mismo se aplica aquí: nadie entra y nadie sale durante la próxima semana hasta que tenga una idea más clara de cuál es la situación.

Más que nada, este pedazo de información me alarma.

—Y una cosa más. —Hace una pausa—. Aléjate de Alaina.

Mis cejas casi tocan el nacimiento del pelo. —Bueno, ¿y cómo coño se supone que la voy a mantener a salvo si tengo que alejarme de ella?

Su reacción no hace más que confirmar nuestra teoría de que el bueno de Da no nos está contando más cosas, y esa mierda no funciona así. No cuando soy el próximo vicepresidente de la Hermandad.

—Hace mucho tiempo que no soy un niño —digo entre dientes, apretando la mandíbula—. Sea lo que sea, será más fácil si entro en ello con todos los datos.

Me mira fijamente durante un instante, su mirada recorriendo mis facciones. —Lo sé, chaval. Pero algunas cosas son instintivas, como proteger a tus hijos.

—¿*Protegernos*? —resoplo—. Maté por primera vez a los trece años. Creo que lo de *protegernos* se fue por la ventana hace mucho tiempo. —Odio la nota de amargura en mi voz. La verdad es que no estoy amargado.

Suspira. —Sé que no siempre he hecho lo correcto con vosotros, pero yo...

—Está bien, Da. Hiciste lo que pudiste. No debió de ser fácil con todos nosotros. Joder, yo tenía tres años cuando me adoptaste, y Rush tenía uno. Y menos de un año después, una zorra con la que te tiraste te dejó a Sully de bebé y se largó.

Sí, hasta yo puedo oír la amargura en mi voz, pero no va dirigida a él. Toda esa ira la dirijo únicamente a mis padres, los putos yonquis de mierda que no pudieron centrarse lo suficiente como para cuidar de su hijo... de mí. Y definitivamente a la madre de Sully: ¿quién coño deja a un bebé en casa de un tío y se va sin mirar atrás?

Al parecer, Cormac se tiró a esa zorra un par de veces, y luego ella aparece más de un año después con un bebé. Las fechas no cuadraban, y tras una prueba de paternidad, se confirmó que Sully no es hijo biológico de Cormac. Pero eso nunca le impidió criarnos a los dos como si fuéramos suyos.

Cada día, agradezco que fuera a casa de Cormac a donde me llevaron mis padres. Por supuesto, mi padre es el hermano de

Cormac, así que tiene sentido que un día fuéramos a visitarlos. Pero no tenía sentido que él se fuera y me dejara allí. Me estremezco al pensar en lo diferente que sería mi vida si mis padres no me hubieran abandonado. Dudo que estuviera vivo siquiera.

—No os cambiaría por nada, chicos. Eres un buen hombre, Wolf, y serás un vicepresidente cojonudo cuando llegue el momento. Pero todavía no hemos llegado a eso, así que tienes que confiar en mí en esto. Te meteré en el asunto tan pronto como pueda, pero hasta entonces: protege a Alaina.

No es hasta más tarde esa noche, cuando intento conciliar el sueño y no puedo quitarme de la cabeza a cierta pelirroja, que me doy cuenta de que mi da nunca me respondió.

¿Quién coño es Lana y, quizás más importante, qué coño voy a hacer con Red?

DOCE

ALAINA

ME DESPIERTO con el sol entrando por las puertas francesas y, durante un momento, no recuerdo dónde estoy. Me pongo boca arriba y me acurruco en el edredón de plumón mientras trato de poner en orden las últimas veinticuatro horas.

No estoy segura de qué esperaba, pero supongo que cuando mi madre me pidió que viviera con ella, pensé que se refería a vivir realmente con ella. No a quedarme en esta casa gigantesca con un montón de gente a la que no conozco mientras mi madre se marcha. Para ir a la ciudad de la que acabo de venir.

Con un suspiro, decido que voy a hornear unas galletas con pepitas de chocolate. No puedes estar desanimada si tienes galletas con pepitas de chocolate recién horneadas. Doy gracias por haberme memorizado las recetas de la abuela Eileen cuando era niña, porque mi madre dejó de hacerlas después de que ella muriera.

Solía pensar que mi madre estaba tan consumida por el dolor después de que mi padre se fuera y sus padres murieran de repente, que simplemente no le quedaba suficiente de sí misma para dar a nadie; ni siquiera a mí. Pero después de verla desvivirse por Wolf anoche en la cena, estoy empezando a pensar que es conmigo con quien tiene problemas.

Con ese pensamiento deprimente dando vueltas, estiro el brazo y cojo mi teléfono del cargador. No hay mensajes nuevos. No es de extrañar, ya que las dos únicas personas que realmente hablan conmigo deberían estar en un avión ahora mismo.

Envío un mensaje de texto grupal rápido a Mary y Maddie.

YO: ¡Tened un buen vuelo hoy! Ya os echo de menos a las dos xx

CON UN PLAN sólido para el día, salto de la cama, cojo algo de ropa y me dirijo al baño privado. La ducha es enorme, con paredes y suelos de azulejos y una mampara de cristal transparente. Tiene un panel electrónico y cuatro alcachofas de ducha, y mentiría si dijera que no me muero por probarla.

Me aseguro de que todas mis cosas de aseo estén en el banco dentro de la ducha y paso unos minutos descifrando el panel. Una especie de emoción vertiginosa me recorre cuando descubro altavoces en la ducha y una conexión Bluetooth. Conecto mi teléfono, pongo una lista de reproducción con las canciones que he estado practicando y entro.

Esbozo una sonrisa burlona al pensar en lo fuerte que puedo cantar a cualquier hora del día sin interrumpir a nadie aquí. Aunque a las tres nos gusta cantar, Mary solía quejarse a menudo de mis sesiones de canto matutinas en la ducha. Dudo que alguien pueda siquiera oírme en esta casa... si es que hay alguien en casa.

Un gemido sale de mis labios cuando el agua tibia golpea mi piel. Subo la temperatura y la presión y suspiro mientras el baño empieza a llenarse de vapor. Puede que sea la mejor ducha que me he dado en la vida.

Cuando mis dedos parecen pasas, cierro el grifo, todavía cantando la letra de Titanium, y me seco. Me pongo las bragas y me abrocho el sujetador cuando me doy cuenta de que he cogido la falda, pero no la camiseta. Supongo que otra ventaja de tener tu propio baño es que podría caminar desde la ducha directamente hasta mi armario para vestirme.

La próxima vez lo haré sin falta.

Poniéndome mi falda de color azul aciano, uso la toalla para escurrir el agua de mi pelo mientras entro en mi habitación. Un grito se queda atrapado en mi garganta cuando veo a Wolf sin camiseta, tumbado tranquilamente en mi cama con los brazos detrás de la cabeza y los ojos cerrados.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?! —chillo mientras me aprieto la toalla mojada contra el pecho, ocultándole las tetas de la vista. Con sus pantalones de chándal negros bajos en la cadera y sus músculos a la vista, parece un dios griego. Puros músculos definidos que suplican ser tocados. Dios mío, tiene esa cosa que tienen los tipos que están realmente fuertes: la uve.

Maddie se va a morir cuando se lo cuente.

Él entreabre un ojo y levanta una ceja—. Relájate, Red, no es nada que no haya visto antes.

Me pongo tensa y me ruborizo—. Bueno, no me has visto a *mí* antes.

Abre ambos ojos y, lo juro, me mira con una intensidad abrasadora—. ¿Eso es una invitación?

—No —gruño y señalo la puerta con una mano—. Sal de aquí.

—No va a poder ser, nena. Da ha dicho que soy tu hombre durante los próximos días hasta que vuelva tu madre.

Mi corazón da un vuelco, y no estoy segura de si es porque ha dicho que es mi hombre o por el recordatorio de que mi madre se ha deshecho de mí tan fácilmente—. Bueno, ¿puedes hacer... eso desde el pasillo? —Mi pecho sube y baja por la sorpresa... y por la lujuria, si soy sincera. Es que parece una maldita fantasía ahí desparramado en mi cama, con los tatuajes de colores contrastando contra las mantas gris claro.

—Qué va, tu cama es mucho más cómoda que el pasillo. —Da unas palmaditas en el espacio a su lado, y me ruborizo al recordar el sueño que tuve anoche. Estaba en O'Malley's, y mi hombre misterioso, Declan, no se detenía después de un beso. No nos deteníamos *en absoluto*. Me tenía inmovilizada contra la pared con mis piernas envueltas alrededor de su cintura, frotándome contra él. Y justo cuando estaba deslizando su polla dentro de mí, levantó la

cabeza y, de repente, eran unos ojos de color marrón café los que me miraban: los ojos de Wolf. Sus facciones se retorcían de placer y, justo cuando estaba a punto de correrme, me desperté.

He tenido sueños eróticos antes, pero nunca había experimentado algo que pareciera tan real como eso. Estaba tan excitada que deslicé la mano por mis bragas y, menos de un minuto después, me temblaban las piernas.

Un gemido masculino me saca del hechizo del sueño erótico que estaba reviviendo... mientras miraba esa maldita uve.

—Vamos, Red. No me mires así.

Dirijo mi mirada a la suya y paso el peso de mi cuerpo al otro pie—. ¿Así cómo?

La sonrisa que curva la comisura de sus labios es francamente pecaminosa. O tal vez sea solo donde está mi mente ahora mismo. *Contrólate, Alaina.*

Me aclaro la garganta y miro hacia mi armario—. Tengo que vestirme. —Como él no hace ningún movimiento para irse ni para apartar la vista, suelto un gruñido—. Ahora.

Cuando me limito a mirarlo fijamente, resopla—. Vale, vale, cerraré los ojos.

—Eh, ¿gracias?

Su sonrisa burlona es toda la respuesta que obtengo. Cojo mi camiseta de tirantes de espalda nadadora que se cayó al suelo y vuelvo a toda prisa al baño para vestirme. Pasan diez minutos y, justo cuando empiezo a pensar que realmente se ha ido de mi habitación...

—¿Cuánto tiempo hace que cantas?

Una parte de mí, la parte obstinada y mezquina que reprimo, quiere ignorarlo; pero la otra parte de mí, la parte que tiene la cortesía grabada a fuego desde el nacimiento, gana.

—He tomado clases de canto desde que tengo uso de razón.

—Tienes talento. —Su voz está más cerca de lo que estaba hace un momento, y me giro para verlo apoyado en el marco de la puerta.

Me detengo con el aplicador de rímel a medio camino de mis pestañas y me encuentro con su mirada en el espejo—. Gracias.

—¿Estás en una banda o algo así?

—No, pero canto con mis primas cada semana en una noche de micro abierto en la ciudad.

—¿Algún sitio que yo conozca?

Cierro el rímel y me giro hacia él, apoyando una cadera en la encimera y observándolo. Este Wolf parece diferente al de antes; esto parece una rama de olivo—. No lo sé. ¿Vas a la ciudad a menudo?

—A veces, pero no tan a menudo como mis hermanos.

—¿Hermanos? —Arqueo una ceja.

—Rush y Sully.

—¿Ellos también viven aquí?

—A veces.

—Vale... —Levanto ambas cejas—. ¿Tú también vives aquí solo a veces?

Me mira fijamente durante un momento—. Cuando no estoy en otro sitio, estoy aquí.

—Eso es... críptico —digo, frunciendo el ceño—. ¿Debería esperar a tus hermanos por aquí este verano?

Se separa del marco de la puerta para ponerse erguido con toda su estatura y cruza los brazos sobre el pecho, flexionando los bíceps con el movimiento. Trato de no mirar, de verdad que sí, pero distraen tanto... él distrae tanto.

Su mandíbula se tensa—. ¿Por qué? Si estás intentando pescar a uno de los Fitzgeralds, yo soy tu mejor opción —dice con una mueca de desprecio—. Sully está colgado por su ex, con la que salió hace años, y Rush tiene a un pajarito escondido. —Hace una pausa, entrecerrando los ojos mientras mira por encima de mi hombro durante un momento—. Lo cual va en contra de las putas reglas —murmura más para sí mismo que para mí.

Arqueo una ceja y enderezo los hombros—. Solo tenía curiosidad.

—Sí, claro, eso es lo que dicen todas. —Se burla.

—Mira, no sé cuál es tu problema, pero solo estoy aquí por el verano para conectar con mi madre...

Él resopla—. Sí, ¿y qué tal te está yendo eso?

Se me encogen los hombros y asiento, volviéndome hacia el espejo de nuevo—. Tengo que terminar de prepararme, así que...

Pasa un minuto, pero Wolf gira sobre sus talones y sale de mi habitación a grandes zancadas. Suelto un suspiro y termino de aplicarme el brillo de labios.

Tengo una cita con las galletas en la cocina.

TRECE

ALAINA

A PESAR de la promesa de Wolf de no despegarse de mí esta mañana, no le he visto desde nuestra conversación en mi cuarto de baño. Lo cual me viene de perlas, sinceramente.

He encontrado el camino a la cocina y he pillado a Sarah de salida. Me ha dado un breve recorrido, señalándome las despensas, los armarios de los aperitivos, los electrodomésticos ocultos y la despensa de almacenamiento a granel. Más importante aún, me ha dado carta blanca para usar lo que quiera.

Mi abuela Eileen solía decirme que uno no entra en la cocina de alguien y altera su orden o ensucia; para ella, era el mayor de los insultos. Yo tenía siete años por aquel entonces, así que estoy segura de que era más una advertencia para que no manchara nada. Pero fue una de las últimas veces que la vi, y he acabado aplicando esta filosofía a mi código moral.

Dado que he pasado la mayor parte de mi vida en una suite de una residencia universitaria —aunque sea una muy cómoda y lujosa—, nunca he tenido una cocina completa para mí sola, y mucho menos una cocina como esta. Parece más propia de un hotel o de un complejo turístico de alta gama.

Doy una vuelta sobre mí misma y silbo por lo bajo, contemplando los armarios altos y los pomos y tiradores de cristal. No puedo

contener la sonrisa que se extiende por mi rostro al imaginar todo el partido que le voy a sacar a esta cocina. No estoy segura de cuánto tiempo más estaré aquí, sobre todo si mi madre ni siquiera está presente. Quiero decir, esa es la única razón por la que vine, para pasar tiempo con ella, así que mi estancia aquí podría ser limitada. Mejor aprovecho esta preciosa cocina mientras pueda.

Después de reunir todos los ingredientes para la receta de mi abuela, conecto mi teléfono al sistema de altavoces que hay junto al frigorífico y pongo mi lista de reproducción para hornear en modo aleatorio.

Fleetwood Mac inunda la cocina, y canto algunas de mis canciones favoritas mientras bato, remuevo y tamizo ingredientes.

Horas después, tengo dos docenas de galletas con pepitas de chocolate —una docena con nueces y otra sin ellas—, una tanda de magdalenas de arándanos y bollos de vainilla. Todas ellas son las mejores recetas de mi abuela.

Coloco los dulces bajo los soportes para repostería con cúpula que he encontrado en el armario de almacenamiento mientras canto «The Chain». Siempre me ha fascinado cómo el mejor disco de Fleetwood Mac llegó después de que todos hubieran roto, como si sus corazones rotos hubieran alimentado su mejor composición. Uno pensaría que sus mejores álbumes serían de cuando estaban todos juntos y felices, pero no fue así como funcionó.

Pienso en el tiempo posterior a mi ruptura con mi último exnovio, Dean, y no recuerdo haber sentido gran cosa. Ni alivio, ni alegría, ni pena... nada. No tenía ninguna emoción que canalizar en nada, y mucho menos en algo que acabara convirtiéndose en uno de los mejores álbumes de la historia.

Pero después de James podrías haberlo hecho, me atormenta la voccita de mi cabeza. El corazón me duele igual que cada vez que pienso en mi primer amor... y en mi primer desengaño amoroso.

Por suerte, Stevie Nicks me distrae, y hago una pausa para sacar mi guitarra imaginaria durante el solo y darlo todo, agitando mi melena hacia un lado.

Tengo las mejillas encendidas y me río. No me divertía tanto horneando desde que era niña.

«Go Your Own Way» empieza a sonar a continuación, y me río aún más, con el corazón apretado por la alegría. Tengo algunos recuerdos borrosos de la abuela Eileen cantando esta canción.

Subo el volumen y canto junto a Stevie y Lindsey, moviendo las caderas y cerrando los ojos. Incluso vuelvo a sacar mi guitarra imaginaria y me entrego por completo.

La gratitud por el poco tiempo que tuve a mi abuela me llena por completo, y elevo una oración de agradecimiento a la luna aunque no pueda verla.

Muevo el trasero al ritmo del solo de guitarra en el último minuto de la canción mientras limpio las encimeras cuando Wolf entra con paso arrogante.

Está sudado y respira con dificultad, vestido solo con unos pantalones cortos de gimnasia, y tengo que esforzarme físicamente para que no se me caiga la mandíbula. Sé que le he visto sin camiseta hoy mismo, pero no he podido apreciarlo como es debido porque me ha dado un susto de muerte. Sigo con la mirada una gota de sudor mientras se desliza por sus pectorales, sobre sus tatuajes, y baja por cada relieve de sus abdominales. *Dios bendito.*

Se dirige directamente a la nevera, saca un Gatorade, inclina la cabeza hacia atrás y se lo bebe de un trago. Limpiándose la boca con la mano, tapa la botella y me mira fijamente desde el otro lado de la isla.

—¿Quieres ver una película? —pregunta mientras alarga el brazo para coger una magdalena del recipiente que hay sobre la isla.

No podría haberme sorprendido más ni aunque se hubiera puesto a bailar claqué y a hacer el Charleston. —¿Una película?

—Sí, una película. ¿Has oído hablar de ellas? —dice con la boca llena de magdalena—. Dios, están buenísimas —gruñe en señal de aprecio.

—Por supuesto que sí. —Me erizo ante su insinuación y me ruborizo por su gemido. Mi cerebro quiere ofenderse por su comportamiento de cal y arena, pero a mi libido no le importa lo más mínimo; está prácticamente jadeando—. Pero es que me confunde que quieras ver una. Conmigo.

—Me aburro. Y mis hermanos no están —dice mientras se termina la magdalena—. Joder, estaba riquísima. Hostia, ¿también galletas? Sarah nos está malcriando.

Me encojo de hombros y empiezo a limpiar las encimeras de nuevo. —¿Por qué no llamas a otra persona, entonces? Tengo que estudiar. Y yo he hecho todas estas cosas.

—¿En serio? Joder, de verdad que están muy buenas. Si sigues haciendo estas cosas, no te dejaré marchar nunca —murmura mientras se come las galletas de pepitas de chocolate con nueces.

Mis mejillas se calientan ante la insinuación, y de repente siento que mi rostro pierde todo rastro de color al darme cuenta de un detalle muy importante.

—¡No te comas eso! ¡Tiene nueces! —Me estiro por encima de la isla y le quito la galleta de la mano de un manotazo. La expresión de horror en su rostro hace que el pánico y la adrenalina se disparen por mi cuerpo—. ¡Dios mío, ¿eres alérgico a las nueces?!

Me mira con los ojos muy abiertos y se agarra el cuello con ambas manos. Emite un horrible sonido de asfixia y noto lágrimas en los ojos. —Joder, joder, joder. —Con las manos temblorosas, arrebató mi teléfono y rodeo la isla para ponerme a su lado—. ¡Vale, espera! ¡Voy a llamar al 112!

Mis manos revolotean a su alrededor mientras empiezo a marcar. Antes de que pueda llegar al segundo número, los ahogos se convierten en risitas. Al cabo de un segundo, las risitas se transforman en carcajadas.

Le miro y veo que la mano que tenía en la garganta ahora tapa su boca sonriente, con los ojos arrugados en las comisuras. Me cuesta más de lo que me gustaría admitir darme cuenta de que no se está asfixiando y de que me está tomando el pelo por completo.

—Ay, Red —dice entre risas—. Tendrías que ver tu cara ahora mismo.

El alivio de no haber matado accidentalmente a Wolf me consume y se me entrecorta la respiración. Las lágrimas asoman a mis ojos y parpadeo, dejando que rueden por mis mejillas. —C-Creía que te había matado.

Él recupera la seriedad rápidamente. —Oh, mierda. —Da un paso hacia mí, dejándome casi acorralada contra la isla—. Shh, Red, no. Solo estaba bromeando. Estoy perfectamente, ¿ves? —Extiende una mano hacia un lado, con la otra firmemente apoyada en la isla, detrás de mí.

—N-No sé por qué estoy l-llorando. Est-taba t-t-tan asustada.

—Oh, nena, no pasa nada. Solo es el bajón de adrenalina. —Desliza lentamente su mano por mi brazo—. Estarás bien en un minuto. Toma, come esto. El azúcar te ayudará.

Y si no estuviera en medio de una crisis, apreciaría la forma en que sus dedos largos y tatuados rozan mis labios mientras me da de comer la otra mitad de su galleta de chispas de chocolate y nueces.

Me como la galleta, mirando las golondrinas tatuadas en su pecho e intentando controlar mis extremidades temblorosas. Siempre he tenido los peores bajones de adrenalina: llanto, temblores, náuseas. Al cabo de unos minutos, lo peor ha pasado.

Se lleva las manos a mi cara y pasa los pulgares por mis pómulos, secándome las lágrimas. Le miro de reojo bajo mis pestañas y me pierdo en sus ojos. En este momento, parecen el cielo en un día brumoso.

—Lo siento. Por casi matarte. Y por el llanto —susurro, manteniendo su mirada.

—No, lo siento yo, Red. Solo estaba tonteando. Estoy acostumbrado a las bromas y a las estúpidas tonterías con mis hermanos. ¿Estás bien?

Me aclaro la garganta y asiento. —Estoy bien.

—Vale —murmura mientras me estudia la cara. Tras un momento, retrocede, dejando que sus manos se deslicen lentamente por mi cuello—. Luego nos vemos para esa película, Red, ¿vale? —Wolf esboza lo que empiezo a notar que es su sonrisa característica: es engreída y sexy, y hace que pierda la concentración cada vez que me la dedica.

—Sí —suspiro.

Madre mía, me gusta muchísimo mi posible *hermanastro*.

UNAS HORAS MÁS TARDE, Maddie por fin me devuelve la videollamada.

—Por fin —refunfuño, respondiendo a la videollamada—. ¿Por qué habéis tardado tanto? Mandé ese mensaje de socorro hace como dos horas. ¿Y dónde está Mary?

—Cariño. Sabes que mi cobertura aquí es una mierda. ¡Y creo que Mary está saliendo con alguien!

El tono agudo de Maddie basta para distraerme de mi actual línea de pensamiento y me incorporo. —Espera, ¿por qué crees eso? ¿Y por qué pareces enfadada? ¿No deberíamos animarla a salir con gente? —Sacudo la cabeza ligeramente.

—No estoy enfadada porque esté *saliendo* con alguien. ¡Estoy enfadada porque está *mintiendo* sobre ello! —Maddie agita la mano.

—Vaaaale... empieza por el principio.

—Bien. Las dos sabemos que está añadiendo todos esos retos al tarro pensando en una persona específica, ipero cada vez que le pregunto quién es el tío, se cierra en banda y lo niega! Así que, aquí están mis teorías: está casado, es un profesor...

—Cariño, vamos a un colegio para señoritas —le suelto, inexpresiva.

—No, fuimos a un colegio para señoritas. Ahora estamos matriculadas en una universidad solo para chicas —como si estuviéramos en los putos años cincuenta, he de añadir—, pero en la universidad sí permiten que enseñen profesores, no como en el bachillerato. —Levanta la barbilla y sonrío con suficiencia.

—Vale. ¿Y cuál es la otra teoría? Solo me has dado dos y tú nunca presentas menos de tres *lo que sea*, así que venga, suéltala.

Se muerde el labio. —Bueno, esa es la cuestión. No se me ocurre otra opción. Y tienes razón, ya sabes lo que pienso sobre el poder del número tres.

Reprimo las ganas de poner los ojos en blanco. Si no la quisiera más que a casi nada en este mundo, no estoy segura de que me frenara tan a menudo. En realidad no creo en todo ese rollo hippie,

pero ella sí, y para mí eso era suficiente. —Vale. Yo tengo una teoría. ¿Y si solo está saliendo con un chico cualquiera y quiere ir despacio antes de presentárnoslo? —Enarco ambas cejas.

—Quizá. O quizá se está acostando con uno de nuestros ex.

Me echo a reír. —¡Esa es una de las cosas más ridículas que has dicho en tu vida! Para empezar, ella nunca nos haría eso. Es el código de chicas. Y, en segundo lugar, ¿qué ex? Si te refieres a Dean, lo dudo muchísimo. Ese tío era lo peor, y la única razón por la que salí con él un par de veces fue para dejar de pensar en...

—James —termina ella por mí.

—Sí. James. —Me aclaro la garganta—. Y es imposible que esté con James. Ese tío es un fantasma.

—Sí. —Me clava esos ojos tristes y lucho contra el impulso de colgar la llamada.

Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablé de James. Por supuesto, sigo pensando en él. Aunque supongo que eso es cierto para la mayoría de los primeros amores. Solo me pregunto qué fue de él y por qué me dejó de esa manera.

Sobre todo, pienso en cómo todos los hombres de mi vida acaban marchándose.

—Así que, para responder a tu pregunta, no, no creo que esté saliendo con un ex mío. Y dudo seriamente que tu hermana gemela (tu mejor amiga, después de mí, por supuesto...) —le lanzo una sonrisa descarada— «saldría con cualquiera de tus ex. Aunque algunos de ellos están buenísimos». Muevo las cejas y ella se ríe.

—Eso es verdad, supongo. Solo quiero que hable conmigo.

—Lo hará —le aseguro.

Tras un momento, suelta de sopetón: —¿Has averiguado algo más sobre la afiamay secreta?

Sujeto el móvil con una mano y me tapo la boca con la otra, ahogando la carcajada que quiere escaparse. —¿La qué? ¿Cuánto tiempo llevas aguantándote esa pregunta?

—Ya sabes, la afia-may. La m-a-f-i-a. Y demasiado. Se me ocurrió unas dos horas después de que te fueras —dice entre risas.

Me río tapándome la boca y enarco una ceja. —Cariño. ¿Por qué hablas al revés?

—No sé, intentaba hablar en clave o algo así. Acabo de ver unos episodios de *Los Soprano*... Superinformativos, por cierto. ¡Deberías verla! Pero nunca lo llamaban *ya sabes qué*, porque los teléfonos están pinchados y esas cosas.

—No es Voldemort. —Pongo los ojos en blanco—. Pero para responder a tu pregunta, no, la verdad es que no. Internet no es la fuente de información que pensaba que sería. —Me encojo de hombros—. Supongo que podría hacer un poco de reconocimiento. Tengo la casa para mí sola... bueno, excepto por algunos miembros del personal... y Wolf.

—¿El hermanastro? —silba.

Asiento con la cabeza—. Sí, uno de ellos, al menos. Hay otros dos, pero no sé dónde están. Ni siquiera estoy segura de si los conoceré.

—¿Porque la casa en la que te alojas es enorme? —Pone los ojos en blanco, juguetona.

—No te haces una idea. ¡Espera a ver el baño de mi habitación en persona! ¡Es una locura!

—Entonces, ¿cuál es el problema? Dale un poco de lengua al hermanastro para distraerlo de tus tejemanejes de detective —dice con una sonrisita pícara.

—¡Qué! ¡Pero si acabas de decir el problema en voz alta: hermanastro! —replico.

—¿Y qué? —Se encoge de hombros—. Ni siquiera sois familia, y aunque tu madre se case con su padre, seguiríais sin ser familia de verdad.

Suspiro como respuesta y apoyo la cabeza en la pared. —Quizá —murmuro.

Se acerca a la pantalla y susurra como si estuviera en un escenario: —¿Del uno al diez, Lainey?

Me acerco a la pantalla y le devuelvo el susurro teatral: —Veinte.

Entonces ambas empezamos a reírnos tontamente, y se convierte en una de esas cosas que no podemos parar durante unos minutos. Las chicas y yo llevamos haciendo esta tontería desde que estábamos en sexto y nos dimos cuenta de que los chicos eran monos. Uno significa *ninguna posibilidad de salir con él*, y diez

significa *sí, quieres salir con él*. Pero veinte es como lo máximo, no hay nada más alto.

—Caray, tía, ¿un veinte? —vuelve a silbar—. No creo que le hayas dado un veinte a nadie desde...

No necesita terminar su comentario, ambas sabemos que iba a decir James. —Ya.

—Es por lo del hermanastro, ¿a que sí? ¡Lo sabía! Es supersexi en el sentido de lo prohibido. —Chasquea los dedos y se ríe.

—No sé, Maddie. Está buenísimo, tiene tatuajes por todas partes, pero es un poco gilipollas. —Levanto un hombro.

—Cariño, sabes que te lo digo con todo mi amor, pero a ti te encantan los gilipollas. Así que no me sorprende que te mole este tío —dice Maddie, con un brillo de afecto en los ojos.

Me río entre dientes. —¿Siendo sincera, eh?

—Siempre, prima. Siempre. —Me dedica una sonrisa descarada—. Entonces, ¿qué vas a hacer con el hermanastro?

Me muerdo el labio mientras lo pienso. Sonrío con suficiencia mientras digo: —¿Te he dicho que tiene tableta de ocho... y *la uve*?

—¡Joder! —se queda con la boca abierta—. Ni siquiera voy a preguntarte cómo lo sabes. Pero solo te diré una cosa: ifotos o no ha pasado! —Mueve las cejas hacia mí.

Asiento un par de veces. —Ya veremos. Entonces, ¿crees que debería lanzarme?

—¡Claro que sí! Además, me gusta que sea como fastidiar un poco a tu madre. —Su boca se convierte en una línea recta cuando menciona a mi madre.

Ignoro por completo su comentario sobre mamá. —Es solo que... —suspiro.

—Que podría ser tu hermanastro —termina ella.

—Exacto. —Hago una pausa—. Y Declan.

—Ah, el macizo del O'Malley's, ¿verdad? ¿El que lleva un tiempo obsesionado contigo sin que se note mucho? —Chasquea la lengua hacia mí.

Me río. —¿Obsesionado? No creo, cariño.

—Sabes que te quiero, Lainey, pero eres muy despistada. Ese tío aparece cada semana mientras cantamos...

—¿Quizá solo es un fan de la noche de micro abierto? —la interrumpo.

Ella resopla. —Claro, cariño, claro. Por eso solo se queda para nuestra actuación y se va antes de que terminemos.

—Sí, eso es raro, ¿verdad? Se lo pregunté, ¿sabes? Por qué siempre se va antes del final.

—¿Qué te dijo?

—Que *tiene sitios donde estar* —lo imito con una voz grave mal impostada.

—Suen a ligón. Apuesto a que tiene novia. Sinceramente, está demasiado bueno como *para no* tener a alguien esperándole. —Maddie resopla.

—Ya lo sé, pero dijo que no la tenía. —Me encojo de hombros—. Además, ni siquiera sé cuándo, o si, lo veré de nuevo. Estoy aquí los próximos dos meses y...

—Y volverás a la ciudad para la universidad, ¿verdad? —El hilo de ansiedad en su voz me pilla por sorpresa.

—Por supuesto. No pienso perderme la universidad.

—Oh, gracias a Dios. Porque quiero a mi hermana, pero no puedo vivir solo con ella los próximos cuatro años. —Se ríe.

Sonríe. —No, no te vas a librar de mí tan fácilmente. Es solo que... pensé que... pensé que cuando mi madre me pidió que me quedara con ella este verano, pasaríamos tiempo juntas y, no sé... crearíamos un vínculo o algo así. Dios, me siento estúpida diciéndolo en voz alta. —Suspiro y bajo la mirada.

—Cariño, no. No te sientas estúpida. Creo que es normal querer eso con ella, y se lo pierde si no es capaz de ver lo increíble y brillante que eres. —La sinceridad en su voz es como un abrazo para mi alma.

Mi corazón se siente un poco más ligero. —Eres la mejor, Maddie. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Ahora ve a buscar a ese hombre y trépale como si fuera un árbol. —Hace ruidos de besos y se ríe—. ¡Fotos o es que no existe!

—Quizá —digo entre risas—. ¡Dile a Mary que la quiero cuando la veas! ¡Y pasadlo bien haciendo turismo! Mantenme al día de

vuestras aventuras.

—¡Lo haré! ¡Hasta luego, cariño!

—¡Adiós! —Termino la llamada sintiéndome más ligera de lo que me he sentido desde que bajé del tren.

CATORCE

WOLF

AL SALIR DE LA DUCHA, oigo sonar mi teléfono. Me envuelvo la cintura con una toalla y lo cojo de la encimera del baño.

—Wolf. —Habla Da en cuanto respondo.

Con solo una palabra, toda mi atención se centra en él. Escucho intentando detectar algún ruido de fondo, pero o bien hay silencio donde él está, o está tapando el micro.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Rush? ¿Sully? —Mi voz es baja y serena. Hace años que no siento verdadero pánico al escuchar ese tono de voz autoritario cuando llama al azar. Cuando me saluda con un «boyoy», sé que es algo personal o nada serio, pero cuando me saluda con «Wolf» y ese tono cortante en la voz, sé que tiene que ver con la Hermandad o que son malas noticias. Me costó un par de años, pero ya ni siquiera parpadeo.

—Sully está con Nolan y, que yo sepa, está bien. Y Rush debería estar en casa mañana. Pero me dirijo al otro lado del charco para visitar a la familia.

Hago una pausa, intentando descifrar el código que me está diciendo. Se va a Irlanda, ¿pero por qué? ¿Y de quién está rodeado para no poder decírmelo directamente?

—¿Es una reunión familiar improvisada? —*¿Le ha convocado el consejo original?*

Mi da es el cabeza de nuestra familia, y comparte los EE. UU. con Lenny Bryne. Él se encarga de la costa este y Lenny de la oeste. Ha habido un par de veces, que yo sepa, en las que Cillian Kelly, el jefe de la OG Brotherhood en Irlanda, convocó a todos los cabezas de familia para una maldita fiesta del té; literalmente. Tomaron té y conspiraron para dominar el mundo. Y luego ocurrió aquello hace unos años, donde convocó a todo el mundo y luego les quitó la cabeza a la mitad de los hombres de la sala. Es un cabrón loco y casi imposible de leer.

—¿Tiene esto algo que ver con Jimmy? —No estoy seguro de si le creería si dijera que sí. No hay forma de que a Cillian le importe un tiroteo desde un coche y que unos pocos soldados se hayan ido con su creador.

—Aún no lo sé.

—¿Te llevas a tu chica contigo? —*¿Te llevas a Lana?*

—Sí. Así que necesito que hagas unas cuantas cosas por mí, Wolf.

—Lo que sea.

—Cuida de nuestro pajarito mientras no esté.

—Dalo por hecho, Da. —Respiro hondo, intentando encajar otra pieza en el puzle—. No me gusta. Algo no me da buena espina.

—Ya. El momento no cuadra nada.

—Llévate a algunos amigos a esta reunión familiar, ¿vale? —*Lleva refuerzos.*

—Lo haré, no te preocupes por mí, boyo. Sé cuidarme perfectamente solo.

—Ya. Es difícil cuidarte solo si estás muerto, Da —digo inexpresivo—. Las emboscadas nunca son peleas justas.

—¿Acaso no lo sé? Pero he terminado de jugar, y me estoy impacientando esperando el siguiente movimiento. Tenemos demasiados jugadores en el tablero, y a algunos aún no los conocemos.

—¿Crees que alguien está jugando en más de un equipo? —*¿Tenemos a otro topo?*

—Aún no estoy seguro, pero pienso averiguarlo.

Asiento. No me sorprende. Cormac Fitzgerald, el Carnicero de la Hermandad, nunca ha encontrado un puzle que no quisiera resolver. Y este tiene todos los visos de ser un puzle pringoso; uno que acabará con el Carnicero haciendo honor a su nombre. —¿Cuánto tiempo estarás de visita?

—Unas pocas semanas, probablemente. Nadie entra ni sale. No confíes en nadie más que en la sangre. Cuídate, hijo.

—Sí. Tú también, Da.

Termino la llamada y me miro al espejo, catalogando cada cicatriz, quemadura y los dos recordatorios con forma de bala de la última vez que alguien decidió jugar a ser agente doble.

El sudor me gotea por la espalda y espanto los mosquitos mientras mis hermanos y yo avanzamos con cuidado por el terreno cubierto de vegetación en el parque industrial abandonado de Brooklyn.

Según nuestro genio técnico residente, Buzz, en el almacén que hay a treinta metros es donde encontraremos nuestra mercancía robada.

—Más le vale a ese cabrón tener razón sobre esto —gruñe Rush a mi lado.

—Acéptalo, hermano, Buzz encontró nuestra mierda antes que tú. —Le lanzo una mueca de suficiencia que sé que le cabrea. Se lo toma como una afrenta personal cuando alguien encuentra información antes que él.

Me hace un gesto ofensivo y me fulmina con la mirada. —A la mierda con eso...

Las primeras notas de alguna canción rasgan el aire. Giro y salto sobre un tronco podrido para aterrizar justo al lado de mi hermano, Sully.

—¿Qué cojones, tío?! ¡Apaga esa mierda antes de que nos maten! —le siseo. Miro a nuestro alrededor, buscando movimiento.

—Mierda. Perdón. —Mantiene pulsado el botón de encendido para apagar el móvil.

Rush se detiene de golpe frente a nosotros, y Sully choca directamente contra él y gruñe. —Algo no va bien.

Sully se frota la nariz mientras mira a izquierda y derecha. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a por qué hay tanto silencio —susurra Rush.

Me pongo junto a Sully y suelto un bufido. —Mira a tu alrededor, tío. —Abro los brazos de par en par—. Estamos merodeando por estos bosques de mierda a las ocho de la tarde de un viernes.

—Exactamente —Rush me fulmina con la mirada—. ¿Dónde coño está todo el ruido? No oigo ni a un puto grillo ni una rama moviéndose.

—No me jodas, tío. No queremos que nos oigan —abro mucho los ojos para enfatizar mi punto—. ¿Qué te pasa?

Sully gira lentamente en círculo. —Tiene razón, Wolf. Hay demasiado silencio.

Rush inclina la cabeza. —¿Oís eso?

Miro a izquierda y derecha. —¿El qué?

—¡Shhh! —Doy un paso adelante y ladeo la cabeza.

—¿Eso es... buzz...?

—Suenan como un... ¿tictac? —Interrumpo a Rush, con el ceño fruncido.

—¿Por qué coño...?

—¡Es un tictac! —grito, interrumpiendo a Sully mientras el pulso me ruge en los oídos y la adrenalina inunda mis venas—. ¡Tenemos que salir de aquí echando leches! —Antes de terminar de hablar, me doy la vuelta, agarro a mis hermanos por los hombros y empiezo a correr como un loco.

—¡Es una puta trampa! ¡Atrás! ¡Atrás, Da! —grita Rush por el teléfono mientras corremos a toda pastilla sobre ramas caídas, sin importarnos el ruido que hacemos.

No voy a reunirme hoy con mi creador. Tengo cosas que hacer en esta vida, y cuando descubra quién tendió esta puta trampa, voy a hacer que desee la muerte.

Llegamos a mitad de camino antes de que el tictac se detenga.

Y entonces el mundo explota.

Era una trampa.

Todo el maldito asunto era una trampa.

Los cargamentos robados, el parque industrial, el soplo... todo fue un montaje. Tardamos unos días en descubrir cómo cojones lo consiguieron, pero una vez que Rush rastreó las migas de pan que Buzz encontró, descubrió un mundo de mierda.

Todo el consejo joven se estaba peleando por una chica, y Pete decidió convertirse en topo. Por desgracia para él, los rusos no saben el significado de la palabra lealtad, así que vieron una oportunidad y la aprovecharon. En lugar de un ataque contra dos miembros, enterraron diez bombas alrededor del perímetro del almacén, exactamente donde nuestros hombres esperaban la señal. Y tenían francotiradores en el tejado, lo que les salió el tiro por la culata ya que no solo no podían ver con precisión a través del humo y las llamas, sino que algunas de las bombas provocaron una reacción en cadena y parte del almacén abandonado estalló en llamas.

A veces, cuando cierro los ojos, todavía puedo oír ese pitido agudo que es a la vez sordo y ensordecedor, y sentir la arenilla en los ojos y el calor de la explosión.

Rodeo con el dedo la cicatriz de la herida de bala en mi hombro, escondida en mi tatuaje de calavera. Uno de esos cobardes me dio cuando fui a ver cómo estaban Sully y Rush. No era la primera vez que me disparaban, pero ese día aprendí una lección valiosa.

La familia por encima de todo.

Perdimos a cinco miembros ese día. Más si incluyes a los topes involucrados. Pero yo no lo hago, ya que fui yo quien les cortó la lengua. No acabó bien para esas patéticas excusas de hermanos, igual que no acabará bien para quienquiera que esté detrás de esto.

Todo el mundo sabe que, una vez que te unes a la Hermandad, lo eres de por vida.

Entrada de sangre, salida de sangre.

QUINCE

ALAINA

DESPUÉS DE LA videollamada con Maddie, sigo con ese subidón que solo te puede dar una charla de ánimos de tu mejor amiga.

Vago hacia la cocina, con la esperanza de cruzarme con Wolf, pero en su lugar encuentro una nota de Sarah.

La cena está en el cajón calentaplatos y las comidas para los próximos dos días están en la nevera.

Alaina, isírvete lo que quieras de la cocina!

—Sarah

Sigo con el dedo su nombre al pie de la nota, y el corazón se me llena de calidez. Sé que es su trabajo —lo sé—, pero se siente... bien que te cuiden así. Muy bien.

Suelto una risita al releer la nota. Supongo que no debería sorprenderme que este lugar tenga algo tan sofisticado como un cajón calentaplatos, pero es que, literalmente, nunca he conocido a nadie que tuviera uno. Aunque eso no dice mucho, ya que llevo viviendo en una residencia de estudiantes más tiempo del que no.

Supongo que es algo útil en una casa como esta, con tanta gente entrando y saliendo. Me pregunto si llegaré a conocer al resto de los chicos de Cormac. Aunque, si son como Wolf, no estoy segura de que vaya a tener ningún tipo de sentimiento *fraternal* hacia ellos. Me sonrojo al pensar en Wolf tumbado en mi cama como si tuviera todo

el derecho del mundo a estar allí. Mentiría si dijera que no he pensado en cómo habría sido si hubiera entrado en el baño —y en la ducha— conmigo.

Me muerdo el labio mientras una fantasía de un Wolf desnudo y mojado me pasa por la mente. Sus casi dos metros de músculos sexis, tatuados y duros a la vista.

Sacudo la cabeza para espantar la fantasía. Y eso es todo lo que será: una fantasía. Por muy atractivo que sea, es imposible que salga con alguien que va a ser mi hermanastro. *¿Verdad?*

Pero hay muchos matices de gris entre salir con alguien y liarse, se mofa una vocecita que suena muy parecida a la de Maddie.

Es verdad. Quiero decir, no voy a casarme con el tío. Solo besarlo. Mucho. Y quizá algo más.

Dios, tengo que controlarme. Estoy aquí dándome un latigazo cervical con mi debate interno y fantaseando con el tipo como si fuera tan siquiera una posibilidad. Probablemente tenga legiones de chicas siguiéndolo a todas partes. Suelto un suspiro ante ese pensamiento.

Mierda, seguro que las tiene. No hay forma de que un tío así no tenga novia.

Con el ánimo por los suelos, tardo unos cuantos intentos en averiguar cuál es el cajón calientaplatos. Todo en la cocina es de líneas depuradas y madera oscura; incluso el frigorífico está oculto tras unos paneles de madera falsa, lo que hace que parezca integrado en el resto del mobiliario.

Saco del cajón el plato tapado de espaguetis y decido comer en la isla. Parece una tontería usar el comedor principal solo para mí; además, no se sentía muy *acogedor* cuando cenamos allí anoche.

No puedo reprimir un gemido de placer al probar un bocado de los espaguetis de Sarah. Tendré que pedirle la receta. A Mary le encantaría.

Mirando alrededor de la cocina mientras como, no veo ninguna pista que grite que son la mafia irlandesa. No estoy exactamente segura de qué tipo de pistas estoy buscando, pero espero que sea una de esas cosas que se reconocen nada más verlas.

Miro por las puertas acristaladas que dan al enorme patio trasero. La piscina me llama la atención; apuesto a que sería divertido. Quizá me pase por allí mañana. Sarah dijo que me sintiera como en casa, así que estoy segura de que eso incluye usar la piscina.

Me pregunto qué estará haciendo Wolf mientras termino mi cena. Antes mencionó lo de ver una película juntos, pero ya son las seis y media y no he oído ni un alma en la casa en la última hora.

Seguro que tiene cosas mejores que hacer que pasar el rato con su nueva *posible* hermanastra. Seguro que ya tenía planes, se ha liado y se ha olvidado.

Lo cual está perfectamente bien, me digo mientras se me hace un nudo incómodo en el estómago. ¿Me fastidia un poco no poder pasar el rato con un tío bueno hoy? Pues claro. Puede que haya maquinado con Maddie lo de hacer la prueba de la película de terror.

La idea es que, si estás viendo una película de miedo y te tapas los ojos o te escondes tras su hombro y él te consuela, es que le gustas. Y si no lo hace, pues no le gustas.

Sigo pensando que es infantil, pero Maddie pone la mano en el fuego por ello, así que pensé en probarlo. No es que tenga mucho más que hacer en una casa gigante yo sola. Supongo que podría explorar la ciudad, pero tenía la esperanza de hacerlo con mi madre. Supongo que podría adelantar algo de los cursos de verano, pero las clases no empiezan hasta dentro de tres semanas, así que tengo tiempo de sobra.

Termino mi cena, llevo el plato al fregadero y lo lavo. Lo dejo escurrir en el escurrer platos que hay al lado.

Veo la nota de Sarah de reojo y decido escribirle una nota amable de vuelta para darle las gracias por la cena, pero necesito un bolígrafo. Malditos modales sureños.

Abro algunos cajones, empezando por los que están cerca. Cubertería, cuchillos, utensilios, pero nada de bolígrafos. Tiene que haber un cajón de los trastos, ¿no? Algún sitio donde metan cosas al azar que no tienen un lugar fijo pero que aun así hay que guardar. Solo busco algo con lo que escribir; a estas alturas me conformaría con una cera de colores.

Encuentro no uno, sino cuatro cajones de los trastos al otro lado de la isla, cerca del rincón de desayuno.

Premio.

Abro los dos de arriba y son tan diferentes que me detengo un momento a mirarlos. El de la izquierda tiene unos cuantos blocs de notas en blanco, un puñado de bolígrafos, una cinta métrica, cinta adhesiva y una grapadora. Cojo un lápiz y miro en el cajón de la derecha. Es el sueño húmedo de un acumulador. Menús de comida para llevar, recibos viejos, notas garabateadas, bolígrafos, dulces de las Navidades pasadas, paquetes de salsa de soja, auriculares y... *joder, ¿eso es una pistola?*

Uso uno de los lápices para levantar algunos papeles y me quedo mirando una pistola. Sig Sauer está grabado en la parte superior, y supongo que ese es el modelo del arma. Dios, de verdad que mejor empiezo a ver algunas películas de la mafia.

¿Por qué hay una pistola en su cajón de los trastos en mitad de la cocina?

Supongo que es posible que alguien la dejara sobre la isla y, como estaban recogiendo antes de que llegaran visitas, alguien simplemente la metiera en el primer cajón de los trastos que pilló a mano, ¿no?

Pongo los ojos en blanco ante mi propia excusa barata e inventada.

Suelto el lápiz y los papeles vuelven a cubrir el arma. Cierro despacio ambos cajones y abro los dos siguientes. Uno está completamente vacío y el último es más bien otra fantasía de acumulador como el de arriba, menos la pistola. Rebusco un poco, pero no encuentro nada digno de mención.

Cierro todos los cajones, me siento en un taburete de la isla y pienso en todo lo que sé. Que no es mucho.

Necesito más pruebas.

Es hora de empezar a investigar.

DIECISÉIS

ALAINA

ME DOY golpecitos con el dedo índice en los labios mientras me quedo mirando el patio trasero. Si yo formara parte de la mafia irlandesa, ¿dónde escondería todas mis cosas importantes, el tipo de cosas que podrían usarse para un chantaje si cayeran en las manos equivocadas?

Chasqueo los dedos: ¡una caja fuerte!

Mi euforia es reemplazada rápidamente por el sentido común. A menos que haya absorbido por ósmosis algunas habilidades para abrir cerraduras viendo *Ocean's Eleven* la semana pasada, no puedo entrar en una caja fuerte.

—Piensa, Lainey, piensa.

Calculo que tengo una hora, quizá dos, antes de que se me acabe la suerte. O bien Wolf me encontrará esperando ver una película, o me cruzaré con alguien del personal.

Con los hombros hacia atrás y la barbilla alta, empiezo por la primera planta. Recuerdo haber visto algunas habitaciones que podrían arrojar algo de luz sobre quiénes son exactamente estas personas. Ensayo mis excusas creíbles por si me cruzo con alguien: estoy perdida, me he desorientado, buscaba a Wolf, no encontraba la biblioteca. Vale, se centran sobre todo en que estoy perdida. Pero eso es creíble, ¿verdad?

Camino por el pasillo hacia el lado oeste de la casa, y la primera puerta que abro da al sótano. Tras respirar hondo y echar un vistazo rápido para asegurarme de que estoy sola, pulso el interruptor y las luces iluminan el sótano.

Bajo las escaleras e intento que no se me caiga la mandíbula al suelo. —Vaya —la palabra de dos sílabas se alarga como si tuviera tres mientras contemplo la totalidad de este sótano, si es que se le puede llamar así.

Es lo bastante grande como para albergar a una familia de cinco miembros, si a esa familia también le gustara jugar al billar, a los dardos o al fútbolín. Colores neutros, cálidos y oscuros, decoran el espacio aquí abajo y, de nuevo, hay asientos suficientes para veinte personas con facilidad.

Dos sofás modulares de cuero negro enmarcan la chimenea y, sobre ella, cuelga uno de los televisores más grandes que he visto jamás. Todos los juegos están en una zona a la izquierda de los sofás, y a la derecha hay una barra en forma de L con seis taburetes. Silbo por lo bajo al ver botellas de alcohol suficientes para emborrachar a un elefante.

Debe de gustarles mucho recibir visitas.

O es para sus amigos de la mafia, dice una vocecita.

Veo una gramola al lado de la barra y me acerco a echarle un vistazo. Quizá tenga suerte y haya una canción titulada «Estoy en la mafia». Me río de mi propia estupidez. Jamás habría una canción con ese título; los chivatos acaban con puntos y todo eso.

—No me jodas —susurro cuando me acerco lo suficiente a la gramola. Es una máquina antigua, no una de esas imitaciones fabricadas en los últimos diez años.

Pulso un botón y todo el aparato se ilumina, dejando ver un montón de vinilos de los 80. En la silla de al lado hay una taza de café negra llena de monedas. Cojo unas cuantas y las meto en la ranura antes de elegir mis canciones.

Mientras David Bowie canta, me sitúo detrás de la barra, con cuidado de no tocar demasiado. No es que me preocupen las huellas dactilares ni nada de eso, pero tampoco quiero ser estúpida. Lo

último que necesito es dejarlo todo revuelto para que sepan que alguien ha estado aquí husmeando.

No veo nada fuera de lo común: solo muchísimas botellas de Jameson y algunos refrescos en un minifrigido.

Recorro el sótano y echo un vistazo a la zona de juegos cuando una lámina artística me llama la atención. Frunzo el ceño al darme cuenta de que es esa odiosa lámina de Dogs Playing Poker. No parece encajar con el resto de la casa.

Cruzo la habitación para ponerme delante de la lámina mientras la canción cambia y Marvin Gaye canta sobre montañas suficientemente altas. Engancho con tiento un dedo en el borde del marco y tiro de él hacia mí. Un rush de adrenalina inunda mi sistema y me quedo boquiabierta cuando todo el marco bascula hacia mí para revelar una caja fuerte empotrada.

—No me jodas.

Es de color gris oscuro con un teclado numérico negro y una pequeña manivela. Vale, tenía razón, hay una caja fuerte. *Respira hondo, Lainey, respira hondo*, me digo mientras me balanceo un poco de lado a lado.

Me quedo helada al darme cuenta de que no tengo forma de averiguar el código. Con las manos juntas frente a la cara, me pongo de puntillas para ver mejor. Sin tocar nada, inclino la cabeza para mirarla desde distintos ángulos, y entonces lo veo.

Lo que parece parte de un sobre de manila asoma por la esquina inferior de la caja fuerte.

—Me pregunto si... —Me apoyo en los talones y me palpo los bolsillos, con la esperanza de encontrar una horquilla perdida o algo parecido. Tengo una idea loca que me dice que definitivamente he estado viendo demasiada televisión últimamente.

No llevo nada encima aparte del móvil, y no estoy dispuesta a arriesgarme a cruzarme con nadie subiendo dos pisos hasta mi habitación. El pulso se me acelera, pareciéndose más a un reloj que hace tictac que a otra cosa. Escaneo el sótano buscando algo que pueda usar.

¡Ajá! ¡La barra! Corro hacia la barra y cojo el abridor de botellas metálico y alargado, un sacacorchos y un par de posavasos de

cartón grueso, y los llevo de vuelta a la caja fuerte.

Suelto un largo suspiro e intento calmar los nervios. Abro el sacacorchos y encajo el extremo metálico plano entre el sobre y la puerta. Con una mano, muevo el abridor un poco de un lado a otro y, con la otra, tiro del sobre de manila. Se me arquean las cejas hasta el nacimiento del pelo cuando la puerta se abre de golpe.

Sé que no soy tan fuerte, así que o bien alguien no la cerró, o tienen una caja fuerte de mierda. A juzgar por todo lo demás en esta casa, me inclino por lo primero.

Dejo los abridores y los posavasos en el suelo y miro dentro de la caja fuerte.

—Pero qué demonios...

Montones y montones de fajos de billetes de cien dólares descansan en pilas ordenadas; hay dos pistolas a un lado y el sobre de manila al otro. Extraigo el sobre con cuidado y lo abro. Una punzada de culpa atraviesa mi brújula moral, pero la sofoco rápidamente al recordar que no tengo ni idea de con qué clase de gente se ha enredado mi madre.

Parece una especie de registro: unas cincuenta hojas de papel sueltas con números y fechas que se remontan a diez años atrás. Las hojeo, pero no consigo sacar nada en claro. Los números podrían ser de la lotería o direcciones, por lo que yo sé.

Se me caen los hombros al darme cuenta de que en estos papeles no hay nada que me ayude. Saco una foto de una página para enseñársela a las chicas y ver si tienen alguna idea, y luego vuelvo a meter las hojas en el sobre. Lo coloco con cuidado de nuevo dentro de la caja fuerte, donde estaba, y cierro la puerta con suavidad.

Coloco el cuadro para que tape la caja fuerte y devuelvo rápidamente cada cosa a su sitio justo cuando termina la canción de Queen y la gramola se apaga. Echo un último vistazo al sótano, asegurándome de que todo está exactamente como lo encontré antes de subir las escaleras.

DIECISIETE

ALAINA

COMO NO HE VISTO A WOLF, voy a suponer que está ocupado, así que paso por la cocina y cojo unos aperitivos y una botella de un té helado de esos de marca para mi propia noche de cine.

Supongo que tanto fisgonear me ha abierto el apetito, pienso con una sonrisita de suficiencia.

No soy lo bastante aventurera como para probar su sala de cine, y nunca antes he tenido una tele en mi dormitorio como esta. Será mejor que la aproveche mientras estoy aquí.

Subo las escaleras corriendo, me detengo al final y aguzo el oído. Habría jurado que he oído un golpe sordo. Como no vuelvo a oírlo, lo achaco a mi imaginación. Seguramente estoy alterada por mis descubrimientos de hoy.

Una vez que me he puesto unos pantalones cortos de algodón y una camiseta de tirantes, monto el nido perfecto para una noche de cine con mantas y almohadas en medio de mi cama. Los aperitivos están al alcance de la mano, y pongo Netflix. Resulta que tienen una cuenta de Netflix de la casa de los Fitzgerald y cada habitación tiene su propio perfil.

Siento la tentación de mirar el de Wolf para ver cuáles son sus favoritos y si coinciden con los míos, pero eso me parece que roza lo inquietante. Además, no es así como quiero llegar a conocerlo.

Hago clic en el perfil de la Habitación Rosa y me paso los siguientes veinte minutos buscando algo que ver. Al final me decido por *Ha nacido una estrella*, con Lady Gaga y Bradley Cooper. Aún no la he visto, pero he oído que es increíble. Y me apetece engancharme a un buen drama.

Una de las chicas de mi clase de coro eligió cantar «Shallow» para su proyecto final. Como era un solo, no tuvo el mismo impacto que un dueto, pero aun así fue precioso. Además, la bordó.

A los treinta minutos de película, la puerta de mi habitación se abre de golpe y una silueta alta llena el umbral, recortada por la tenue luz del pasillo. Un gritito se me escapa de la garganta y lanzo mi bolsa abierta de M&M's hacia la puerta. Como defensa, es pésima. Los M&M's de colores vivos golpean a mi supuesto atacante en la espinilla y salen rodando.

Tardo un momento en calmar los latidos de mi corazón lo suficiente como para oír a Wolf partiéndose de risa. Se agacha, recoge unos cuantos M&M's del suelo y se los mete en la boca.

—Ah, Red, vas a ser muy divertida. —Wolf entra en mi habitación vestido con unos pantalones cortos de deporte y una camiseta negra y cierra la puerta de una patada. Se detiene junto a mi cama y me mira fijamente un momento, con un brillo en los ojos, antes de girarse para ver a Ally y Jackson besarse—. No es exactamente lo que tenía en mente, pero vale. Hazme un hueco. —Se quita de una patada sus Vans completamente negras, aparta mis mantas y se mete en la cama a mi lado.

Es una cama de plataforma de tamaño king, así que hay espacio de sobra para que los dos nos sentemos cómodamente, y más todavía. Y yo me quedo ahí sentada, paralizada.

¿Adónde demonios se ha ido toda mi valentía?

Soy hiperconsciente de cada movimiento: el mío, el suyo... diablos, hasta los personajes de la película me ponen de los nervios.

Wolf se acomoda cerca de mí, lo bastante cerca como para que nuestros brazos se rocen cuando estira el suyo para coger un aperitivo, y yo salgo de mi estupor.

—¿La has visto antes? —murmura, y su aliento me hace cosquillas en el vello de la nuca.

Lo miro, esperando que esté de cara a mí, pero tiene los ojos fijos en la pantalla. Volviendo a mirar la tele, respondo: —No, pero he oído que es muy buena. Podemos ver otra cosa si quieres. —Encojo un hombro.

—No. Veamos esta. —Se mete otro M&M en la boca, con la mirada en la tele.

Así que, durante la siguiente hora, eso es lo que hacemos. Vemos una película juntos sin hablar. Alterno mi atención entre la película y Wolf, lanzándole miradas de reojo. Juro que siento su mirada ardiente acariciar lentamente mi piel expuesta, pero cada vez que miro, él está sentado como si nada, con los ojos en la tele.

En algún momento durante la película, cambiamos de postura. Él se repantiga con los brazos detrás de la cabeza, y yo me siento, rígida, contra el cabecero, demasiado ocupada dándole vueltas a todo.

Pero para el final de la película, casi me he olvidado de él mientras estoy sentada con las piernas cruzadas, inclinada hacia delante, con la mano cubriéndome la boca. Las lágrimas ruedan lentamente por mis mejillas, salpicando mis rodillas desnudas. Respiro entrecortadamente mientras mi corazón sufre por estos personajes.

—¿Estás bien? —la voz de Wolf es grave y ronca.

Sorbo por la nariz y asiento, sin apartar los ojos de Ally mientras canta la última canción.

Siento que la cama se mueve y luego siento su cálida mano en mi espalda. Se inclina hacia delante para encontrar mi mirada. —¿Estás llorando, Red?

Sollozo. —Es que es tan, tan triste. —Mis palabras salen ahogadas por las lágrimas—. Y trágico. Y desgarrador. Y demoledor.

El suelta una risita divertida. —Eres como un diccionario de sinónimos. Todo eso significa prácticamente lo mismo.

—Lo sé. —Me seco una lágrima de debajo del ojo—. No sé por qué lloro tanto. Es que es tan...

—¿Triste? —enarca una ceja y yo le dedico una pequeña sonrisa—. Es triste, Red. Estaba enfermo. Y necesitaba ayuda —dice Wolf con voz suave, con el dolor grabado en cada palabra.

Asiento un par de veces. —Pero tenían un amor de esos mágicos. De los que trascienden esta vida y continúan en las estrellas. Y fue trágicamente corto.

Su mano se detiene en mi espalda. —¿Sabes que son actores, verdad? No tienen ningún tipo de amor mágico.

Me muevo para encontrar su mirada y veo una sonrisita de suficiencia en su cara. Su mano se desliza por mi espalda con el movimiento. —Claro que lo sé. Pero eso no lo hace menos triste. Tener ese tipo de conexión con alguien y que te la arrebaten así es desgarrador.

Algo cambia en su rostro, y por una fracción de segundo, veo un anhelo tan profundo que me corta la respiración. Tan rápido como aparece, se va, y su máscara de tranquila diversión vuelve.

—¿No quieres un amor así?

No estoy segura de qué me impulsa a soltar eso. Tal vez sea el anhelo que juro que vislumbré o el hecho de que lo reprimiera tan rápidamente. Pero me muero por saber su respuesta.

Sus labios se separan y, aunque me está mirando directamente, siento que en realidad no me está viendo a *mí*. —¿Un amor que acaba en tragedia? Nah. —Remata su evasiva con una sonrisa forzada, y ahora estoy segura de que vi anhelo en su cara hace un momento.

—No, no uno que termine en tragedia, sino una historia de amor para la posteridad. Y tal vez esta película no sea el mejor ejemplo, pero mi argumento sigue siendo válido. Una historia de amor que se cuenta de generación en generación hasta que se convierte en una fábula dibujada en las estrellas. —Me llevo una mano al corazón y le sostengo la mirada, dejando que vea mi profundo anhelo.

Estoy jugando a un juego peligroso al entregarle mi vulnerabilidad tan abiertamente, pero una pequeña parte de mí espera que esté a la altura del desafío.

Traga saliva, y su mirada se endurece al mirarme. —Eso no va a pasar, Red. No conmigo.

Hago una mueca de dolor, la vergüenza me tiñe las mejillas. —¿Qué? No. Es decir, por supuesto. No estaba...

—Mira —me interrumpe—, creo que estás que te cagas de buena, pero yo no me meto en relaciones, ¿vale? No es nada personal.

—Sí. —Asiento—. Entendido. —Asiento de nuevo y me giro hacia la tele, viendo pasar los créditos—. No te estaba pidiendo que fueras mi novio ni nada por el estilo. Solo estaba conversando —refunfuño, deseando que el rubor se me pase—. Además, ni siquiera eres mi tipo. —Sorbo por la nariz y levanto la barbilla, negándome a mirarlo para ver su reacción.

—¡Ah, ahí está ese famoso carácter pelirrojo! «No eres mi tipo», idice ella! —se ríe—. Venga, no nos engañemos. —Como no caigo en su provocación, lo deja correr—. Veamos algo divertido. Creo que te vendría bien reírte un poco.

Respiro hondo y me seco los ojos una vez más, eliminando algunas manchas de rímel.

—De acuerdo. —Me recuesto contra el cabecero y me pongo cómoda.

Wolf coge el mando a distancia y, un momento después, le da al play a la primera temporada de una comedia. A los dos minutos, ya me estoy riendo y sintiendo vergüenza ajena por las acciones del personaje principal. A los diez minutos, Wolf entrelaza nuestros meñiques, enviando un caleidoscopio de mariposas revoloteando por mi interior. Le echo un vistazo y veo una sonrisa pícaro extenderse por su rostro.

Y así es exactamente como pasamos el par de horas siguientes: con los dedos entrelazados y riendo.

Un rato después, me despierto, sobresaltada al darme cuenta de que debo de haberme quedado dormida. La pantalla de *¿Sigues ahí?* brilla suavemente en la oscuridad de mi dormitorio.

Mi vejiga grita a medida que aumenta la presión, y me deslizo fuera de la cama, o lo intento. Un gran peso me inmoviliza, y tardo un momento en darme cuenta de que es un brazo. Un brazo tatuado y tonificado.

Joder, Wolf me está haciendo la cucharita. *Vale, no te asustes, me digo a mí misma, compórtate con naturalidad y sal de la cama antes de mearte encima.*

Respiro hondo, y su aroma me envuelve. Jesús, hasta *huele* de forma atractiva. Como a sándalo y tentación.

Lentamente, levanto su mano de donde está acurrucada sobre mi estómago y me deslizo silenciosamente de debajo de su brazo. Veo algunas letras tatuadas en sus dedos, pero está demasiado oscuro para distinguirlas.

Un pensamiento fugaz sobre los dedos tatuados de mi exnovio cruza mi mente. Supongo que sí que tengo un tipo.

Céntrate, Lainey.

Una vez que me libero de su brazo, desenredo mis piernas de las suyas y las balanceo sobre la cama, con cuidado de no moverlo. Algo me dice que saldría corriendo en el momento en que se diera cuenta de que se ha quedado dormido.

Masculla algo sobre petardos antes de rodar hacia el espacio vacío donde yo estaba tumbada, rodeando mi almohada con el brazo y acurrucándose en ella.

Casi me molesta lo increíblemente atractivo que me resulta en este momento.

Con un bufido, me dirijo rápidamente al baño privado, dejando las luces apagadas. Una vez que alivio mi vejiga, me miro en el espejo. Mi cara está llena de sombras y ángulos, resaltada por la luna casi llena que brilla a través de las persianas abiertas junto a la ducha.

—¿Qué haces aquí, Lainey? —mis palabras son apenas un susurro, pero la acusación resuena con fuerza en mi mente.

¿Qué hago aquí? Estoy en una ciudad extraña, en una casa extraña, en la cama con un chico extraño, esperando que mi madre... ¿qué?, ¿me preste atención? Dios, sueno patética cuando lo planteo así.

Un patrón de pecas es iluminado por el resplandor plateado de la luna: el Cinturón de Orión. Una punzada de tristeza me golpea en el pecho cuando pienso en papá trazando estas mismas pecas cuando yo era pequeña.

Y es exactamente por eso que estoy aquí.

Se lo debo a papá.

Incluso si estoy escondida en esta gran casa completamente sola, esperando el momento en que me necesite. Como un juguete olvidado.

—Te echo de menos, papá —le susurro a la luna. Solía decirme que no importaba en qué parte del mundo estuviera, él miraría a la luna y me enviaría su amor. Todo lo que tenía que hacer era mirar a la luna para sentirlo.

—Por favor, vuelve a casa, papá. Te necesito. —Una única lágrima rueda por mi mejilla mientras le suplico a la luna.

Me la seco de la mejilla al oír a Wolf mascullar: —El ornitorrinco no, tío.

Me río en voz baja, con una sonrisa curvando las comisuras de mi boca. Vuelvo a meterme en la cama, de cara a él y dejando algo de espacio entre nosotros. Extiende un brazo y me agarra el culo con la palma de la mano, atrayéndome hacia él.

Pongo las palmas de mis manos sobre su pecho desnudo —¿cuándo demonios se ha quitado la camiseta?—. —Wolf —susurro.

—Shh, Red, vuelve a dormir —masculla mientras me acerca más a su pecho.

Su aroma a sándalo y su calor me rodean, y después de unos minutos, su respiración se acompasa. Tardo otros diez minutos antes de estar lo suficientemente relajada como para quedarme dormida.

Supongo que no estoy completamente sola, después de todo.

DIECIOCHO

WOLF

ME DESPIERTO DE LADO, rodeado de gris y del aroma de melocotones dulces, y con un caso grave de ganas acumuladas. Tardo un momento en darme cuenta de que no estoy en mi habitación. La luz del sol que entra a raudales por las puertas francesas abiertas está en el lado opuesto en mi cuarto.

Parpadeando para borrar las últimas imágenes del sueño que acabo de tener, lucho por despejar la niebla del sueño de mi mente. Estoy caliente y cómodo, y se siente demasiado bien como para irme.

Un cabello ondulado de color rojo oscuro me hace cosquillas en el cuello, y uno de los culos más dulces que jamás haya sentido se presiona contra mi polla. Me detengo antes de empujar contra ella.

Debo haberme quedado dormido en algún momento después de la segunda temporada que vimos ayer por la noche. Levanto la cabeza para mirar a Alaina y me encuentro con un buen vistazo de toda esa piel suave y cremosa salpicada de esas pequeñas y sexis pecas.

Joder, gruño. No sé qué cojones me pasa si estoy pensando que las pecas —de todas las cosas— son así de excitantes. Necesito echar un polvo.

Y Red aquí sería la forma perfecta de calmar ese picor en particular.

Si no fuera a ser mi puta hermanastra, claro.

Trazo ligeramente un patrón en su hombro frente a mí, hipnotizado por la forma en que parecen fluir en formas sin fisuras.

Dudo que siquiera vaya a ser mi hermanastra. Rush tenía razón, pasa algo jodidamente raro con Da. Nunca ha traído a vivir a una mujer aquí —y definitivamente no a su hija—. Apuesto a que necesita algo de Lana, y una vez que consiga lo que necesita, le dará la patada.

Lo que significa que estoy viviendo un tiempo prestado con Red.

Dejo de recorrer sus pecas y me pongo boca arriba.

Ella se mueve en sueños, girándose hacia mí y suspirando cuando se acomoda sobre mi pecho, y mi cerebro sufre un cortocircuito cuando veo un escote lateral considerable.

Aprieto los dientes y maldigo a Rush por ponerla en la lista de exclusión aérea. Voy a tener unas palabras con ese cabrón hoy. Necesito un informe sobre sus antecedentes —y los de Lana—. Y una razón mejor para no darle la vuelta y deslizarme dentro de ese coño caliente que puedo sentir contra mí.

Pasándome la mano por la cara, empiezo a recordar a los mejores jugadores de Boston de la historia, por orden cronológico. Para cuando llego a Ortiz, estoy más calmado. Una vez que soy capaz de pensar con más claridad, saco el brazo de debajo de Red y me levanto de la cama. Ella ni siquiera llega a entreabrir un párpado.

Me detengo en el umbral y la miro por encima del hombro. Se ha dado la vuelta, así que está boca arriba, con el rostro inclinado hacia el lugar donde yo estaba tumbado, y algo se me encoge en el pecho.

Algo extraño.

Aprieto los dientes y empujo esa gilipollez hacia lo más profundo, donde no verá la luz pronto.

Cierro la puerta de Red suavemente al salir de su habitación y me dirijo hacia la cocina.

Hora de un café. Tengo que hacer una llamada y tengo la sensación de que necesitaré la cafeína.

ABRO las puertas del patio y, con mi café recién hecho en la mano, salgo al exterior. Respirando el aire fresco de la mañana, me dirijo a las tumbonas junto a la piscina.

Me siento en el borde de mi favorita y bebo mi café mientras miro el agua, deseando que fuera el océano lo que estuviera viendo. La piscina está bien, y el tobogán fue un buen detalle el año pasado, pero nada supera el sonido relajante de las olas rompiendo contra la orilla.

O las olas implacables que no deben obediencia a ningún hombre.

A menudo me pregunto cómo sería eso: ser libre y dictar mis propias reglas. Supongo que sabré qué se siente lo suficientemente pronto.

Dejo mi teléfono y mi taza, saco un cigarrillo y lo enciendo. Sé que es un hábito asqueroso, pero mis manos son mucho más asquerosas —más sangrientas—, así que más vale que disfrute de la vida mientras pueda.

En cuanto convenzamos al consejo de la Hermandad de que somos más que capaces de gobernar las divisiones juveniles solo nosotros tres, podremos empezar a actuar de forma oficial.

Llevamos haciendo cosas a puerta cerrada casi dos años —desde que nos nombraron consejo joven en funciones—, pero como no estamos dispuestos a ascender a un soldado cualquiera para que sea el cuarto, nos han dejado en el dique seco.

Doy una calada y pienso en mi primera gestión.

Habían pasado dos días desde que el almacén abandonado se convirtió en una zona de guerra, y ahora que estábamos todos curados, me tocaba a mí.

Mi primer acto como vicepresidente del consejo joven de la Hermandad, y el paso final para ser vicepresidente del consejo de la Hermandad; pero eso no sucederá hasta dentro de años. No hasta que Da y el resto de los miembros de su consejo estén listos para jubilarse.

Sacudo la cabeza para despejarla de toda la política de la Hermandad y me concentro en el tipo que sangra frente a mí. Está atado a una silla de metal en medio de una habitación de hormigón. Aunque no estuviera amordazado, nadie oiría sus gritos. Estamos en el sótano de la casa de carruajes de Summer Knoll.

Me crujo los nudillos y doy unos pasos frente a él. — Normalmente no cagamos donde comemos, pero no hace falta que te diga esto, ¿verdad, hermano? —El término me sabe a ceniza en la lengua—. Sí, pero es que tú no eres realmente un hermano, ¿verdad, Timmy? —Golpeteo el extremo de mi hoja afilada contra mi barbilla mientras sigo caminando frente a una de las ratas responsables de lo ocurrido en Brooklyn.

Timmy masculla algo incoherente, pero su mirada me sigue mientras sigo caminando.

—Muy bien... —Me detengo frente a él, mirando el desagüe bajo su silla—, ¿podemos hacer esto por las buenas o por las malas? Venga, ¿qué va a ser? —Hay asesinato en sus ojos mientras me mira—. Ah, por las malas entonces. Como quieras. —Aprendí hace mucho tiempo que adoptar un ademán indiferente —incluso alegre— mientras interrogo o torturo para obtener información siempre inquieta a la otra persona.

Así que ahora lo hago con todo el mundo.

Miro atrás para ver a Rush y a Sully apoyados contra la pared y viendo el espectáculo.

Y Timmy no decepcionó. Dio un buen espectáculo para todos mientras le arrancaba cada uña, unos cuantos dientes y, finalmente, la lengua.

Apago mi cigarrillo en el cenicero de la mesa, bebo un sorbo de café y llamo a mi hermano.

—Qué.

—¡Hermano! ¿Cómo está la ciudad?

—Me has llamado a las... —oigo un crujido—, ¿a las ocho de la mañana para preguntarme cómo está la ciudad? Vete a la mierda, Wolf. Acabo de meterme en la cama hace dos horas.

—¿Qué te ha tenido fuera hasta tan tarde? ¿Cena con la abuela otra vez?

—Sí. Tenía la fritada de pescado. *Está en algún lugar en medio del Atlántico*. O como me gusta decir, está durmiendo con los peces. Me río por lo bajo. Sé que es un puto cliché, pero por eso es tan divertido.

—Hm, ¿y qué tal estaba?

—Crujiente —dice con voz inexpresiva. Sabe que solo le estoy vacilando. No tenemos ninguna frase en clave sobre cómo estaba la fritada de pescado.

Me río. —Muy bien, tío. ¿Vuelves a casa hoy?

Rush suspira y oigo más movimiento por su parte. —Ese es el plan. Sully debería estar instalado en el norte.

—Bien, bien. Oye, ¿has tenido oportunidad de investigar un poco sobre Lana y su hija? Pasa algo raro aquí, tío, pero aún no tengo todas las piezas.

—Joder. —Alarga la palabra durante tres sílabas—. Espera. —Oigo más ruido—. Estás en altavoz. Estoy consultando con mi contacto. No he tenido tiempo de hacer mi propia búsqueda, pero me fío de este tipo. Es bueno y discreto.

Bebo mi café y me reclino en la tumbona, vigilando la puerta del patio. Lo último que necesito es que Red aparezca por aquí y escuche esta conversación.

—Vale, pues ya me ha enviado sus conclusiones. Déjame abrirlo y ver qué ha encontrado...

—¿Rush? —Miro el teléfono para asegurarme de que no se me ha cortado la llamada.

—¿Pero qué cojones?

Me incorporo y mis músculos se tensan con el movimiento rápido. —¿Qué ha descubierto?

—Nada. No ha encontrado nada. No hay ni una sola foto ni un nombre ni una maldita actividad extraescolar... no hay ni una puta mierda. —Su voz sube de tono con cada palabra.

Arqueo las cejas. —¿Qué narices significa eso?

Rush exhala en el altavoz. —Significa, hermano, que es un puto fantasma. No hay registros de ella en ninguna parte. Alguien se ha tomado muchas molestias para borrarla de los archivos.

Suelto un silbido bajo. —Eso ha debido de costar mucha pasta, y muchos hombres. ¿Conoces a alguien que pudiera hacer eso? Joder, ¿crees que está bajo protección de testigos?

—No lo sé, tío. La mejor pregunta es qué demonios pasó con su vida —murmura Rush—. Quizá tengamos que abordar esto de otra manera.

La inquietud me recorre la espalda. —¿A qué te refieres?

—Tú la has conocido, ¿verdad?

—Sí... —El recelo me inunda. Hay algo extraño en la voz de Rush que me pone los pelos de punta.

—Bueno, ¿qué tal es? ¿Crees que podrías sacarle información seduciéndola para esta noche?

Escupo el sorbo de café que acabo de tragar. —¿Pero qué cojones, tío?

—¿Qué cojones *de qué*? ¿Desde cuándo rechazas un coño? Al menos esta vez, estarías consiguiendo algo más que mojar el nabo. —Rush se mofa.

—No sé si debería sentirme halagado porque pienses que puedo tenerla boca arriba, con la información fluyendo en las próximas cinco horas, u ofendido porque pienses que tendría que rebajarme a eso para conseguir la información.

—Relájate, Wolf. No pensé que te importaría. Pero si es así de grave, espera a que llegue a casa y ya le sacaré yo la información seduciéndola.

Se me tensan los hombros y fuerzo una risa humorística. —Vete a la mierda, tío. Perdiste tu oportunidad cuando me pediste que fuera a recogerla al aeropuerto.

—Ya, ya. Ya veremos cuando llegue a casa. Estaré allí más tarde, esta noche.

—Vale, hasta luego, hermano.

—Luego, Wolf.

DIECINUEVE

WOLF

ESA MISMA TARDE, sigo el sonido de James Gandolfini como Tony Soprano..., pero como una versión jodida de él. *Joder, ¿por qué está diciendo tanto fluff?*

—¿Qué has dicho? ¿Hacerme un fluff..., has dicho hacerme un fluff? ¡Pues fluff para ti, motherfluffer!

Doblo la esquina del pasillo que da a la sala de cine y, efectivamente, la cara de Tony Soprano llena la pantalla del proyector.

Me acerco sigilosamente por detrás de Alaina mientras Tony empieza a disparar una pistola, y espero a que todo vuelva a estar en silencio. —¿Qué estás haciendo? —le digo justo detrás de ella, atropellando las palabras.

Ella chilla y salta medio metro del sofá, se gira y lanza el cuenco de palomitas a su espalda. Por suerte para mí, tiene una puntería pésima.

Me río y me agarro el estómago. —La cara que has puesto no tiene precio, Red.

—¡Qué demonios, Wolf! ¿Por qué sigues asustándome así? —coge un cojín y me lo tira.

Lo esquivo sin problema y salto por encima del respaldo del sofá, aterrizando a su lado. Resopla y me lanza otro cojín; esta vez acierta

en el blanco: mi cara.

—Vale, ese me lo merecía. Pero, sinceramente, Red, me lo pones demasiado fácil. Estás en la parte trasera de la casa y tienes esto puesto a cien. —Cojo el cojín culpable y me lo meto bajo el brazo derecho.

—¡No hay nadie! Y el mando con el volumen no me funcionaba, así que... —se encoge de hombros—. Y tú vas a recoger eso. —Dirige su mirada hacia las palomitas esparcidas detrás de nosotros.

Me acomodo en el sofá y giro la cabeza para mirarla de lleno. —¿Crees que puedes darme órdenes, nena? —chasqueo la lengua.

El rosa más bonito le tiñe los pómulos y se cruza de brazos sobre el pecho. —No estoy intentando darte órdenes —murmura.

—Bien. Porque no funcionará. No me arrodillo ante nadie. Así que es mejor ni intentarlo. ¿Entendido? —Le paso el pulgar por los pómulos para suavizar mis palabras. No porque no lo dijera en serio; nunca más volveré a arrodillarme ante nadie.

—Yo no..., yo no estaba... —clava sus ojos en los míos, y veo dos ascuas gemelas en sus profundidades—. Eso no es lo que estaba haciendo, Wolf.

Ah, ahí está. Sabía que debajo de esas faldas plisadas y esos «sí, señor», había un petardo esperando a ser encendido. Que el cielo ayude al cabrón que la haga estallar. Aunque espero tener un asiento en primera fila para ese espectáculo.

—Pero no deberías hacer que la gente limpie tu desastre. —La pequeña nota de acero en su voz es admirable, aunque fuera de lugar.

Apartando mi mano de su mejilla, digo: —Ah, pero ahí es donde te equivocas. El mundo fue creado para sobrevivir —incluso prosperar— con orden. Y sin jerarquía, hay caos.

—Eso es... ni siquiera sé qué decir a eso. —Parpadea un par de veces e inclina la cabeza—. ¿Y tú te ves... dónde? ¿En la cima de la cadena alimenticia?

Juego con las puntas de su suave pelo. —Sí, Red. Estoy bastante cerca de la cima. Y en este mundo, o trabajas para alguien o alguien trabaja para ti, ¿no? Y a mí nunca se me ha dado bien recibir órdenes... —hago una pausa para mirarle la cara. El placer me

recorre lentamente, serpenteando por mis miembros, cuando encuentro su mirada sobre la mía—, a menos que esté en la cama. Entonces se me puede persuadir fácilmente para que obedezca. —La miro fijamente a los ojos, dejando que vea el hambre y el deseo que brillan en los míos.

Tras un momento, rompo la conexión y cojo un puñado de palomitas. —¿Por qué coño estamos viendo esta mierda doblada? — Señalo hacia la tele.

Se encoge de hombros. —Me pedía contraseñas para ver HBO, pero encontré *Los Soprano* en uno de esos canales gratuitos de la tele. Te acostumbras a los tacos tan creativos después de unos pocos episodios.

Me río. La idea de que estos personajes no digan «joder» cada dos por tres es de risa. Pero tiene razón, es entretenido.

Estamos en silencio por un momento mientras Tony Soprano mata a Big Pussy en la pantalla. Una risita silenciosa se me escapa antes de que pueda reprimirla.

Se vuelve para mirarme, con una ceja levantada. —¿Qué tiene de gracioso matar a Big... ya sabes, a ese tipo? —El ligero rubor en su piel es tan jodidamente atractivo que creo que he estado equivocado todos estos años. Quizás debería haberme fijado en las *inocentes* para llevármelas a casa.

—¿Mmm? ¿Qué tipo?

—Ese..., el de ahí. —Señala la pantalla mientras atan el cuerpo de Big Pussy con cadenas y lo arrojan por la borda.

No puedo decirle que me he reído porque sé que dispararle a alguien tres veces a corta distancia como esa es un verdadero coñazo de limpiar. Todavía había sangre en las diminutas ranuras de la cabina del barco durante meses. Da lo llamó una lección práctica cuando nos hizo a Rush, Sully y a mí limpiar ese trabajo. Así que me conformo con una media sonrisa y cambio de tema.

—¿Qué pasa, Red? ¿Ahora no puedes decir el nombre de un hombre?

Rueda los ojos. —Ese ni siquiera es su nombre real. Es su... nombre en clave o lo que sea.

—No pasa nada, no espero que una chica como tú...

Se gira para mirarme, con el ceño fruncido estropeando su hermoso rostro. —¿Qué demonios significa eso?

Sofoco mi sonrisa con la mano. Hacía demasiado tiempo que no me divertía tanto picando a alguien. —¿Qué crees que significa?

—Puedo decirlo, ¿sabes? —Me mira fijamente por un momento, con los hombros tensos.

Enarco una ceja en señal de desafío.

—Pussy. ¿Ves? Pussy, pussy, pussy.

—¿Has terminado? —Ver sus labios envolver la palabra «pussy» me está dando ideas que no estoy seguro de poder llevar a cabo. Da dijo que la protegiera y que me mantuviera alejado de ella, y Rush dijo que estaba fuera de los límites al principio, pero ahora me está presionando para que me la folle para obtener información privilegiada sobre cuál es el puto rollo de su madre. Técnicamente, la estaría vigilando de cerca mientras protejo la casa como pidió Da.

Soy el primero en admitir que mi brújula moral está muerta, pero follármela por información no me sienta bien. No después de ver ese bonito rubor rosado derramarse por su cuello hasta la parte superior de esas tetas perfectas.

Su pecho sube y baja mientras me mantiene la mirada, su vista bajando, recorriendo lentamente mi pecho y abdominales tatuados, y deteniéndose en el creciente bulto de mi polla. Supongo que no soy el único afectado por su declaración de «pussy».

Sonrío con suficiencia. —¿Ves algo que te gusta?

Sube su mirada a la mía, sin responder con palabras. Pero esos hermosos ojos de cervatillo suyos me dicen todo lo que ella aún no está lista para decir.

Principalmente, *sí, más, por favor.*

No me la follaré solo porque Rush quiera que lo haga, pero definitivamente me la follaré solo para sentir ese coño apretado abrazando mi polla. Me paso los dientes por el labio inferior, imaginando ese rubor por todo su cuerpo.

Sin decir palabra, me inclino hacia adelante, cojo el cuenco de palomitas de entre nosotros y lo coloco en la mesita de centro. Me reclino y extendiendo la mano, una pregunta silenciosa. Es su elección.

Su mirada oscila entre mi mano y mis ojos, y lo que sea que vea allí debe ser lo que está buscando.

Coloca su mano en la mía, y tiro de ella hacia mí en el sofá.

—Vamos a tu ritmo, Red, ¿vale?

Ella asiente y se pone de rodillas, inclinándose hacia mí y rozando sus labios contra los míos suavemente. Joder, sus labios son tan suaves... Apuesto a que todo en ella es suave y cálido.

Es un puto ángel envuelto en blanco y tan jodidamente tentador.

Gimo cuando abre la boca y me tienta con su lengua. Cuando su lengua se enreda con la mía, mi control se desvanece y la acerco más con la mano en su nuca.

Se acerca más y pasa su pierna sobre la mía, quedando a horcajadas sobre mí. Su falda se abre a nuestro alrededor, y la imagen se me graba a fuego en el cerebro. Solo pensar en follármela sin nada más que esta faldita pija me pone aún más duro.

—¿Estás bien? —susurro las palabras en su cuello.

—Sí. —Gime la palabra mientras se hunde sobre mí y gira las caderas. Un gemido se escapa de sus labios antes de que deslice la mano en mi pelo y lo agarre con fuerza. El pellizco de dolor hace que mi polla se hinche, y no puedo evitar la flexión involuntaria de mis caderas. Joder, sabía que estaría blanda por todas partes.

Sella sus labios con los míos mientras frota su coño caliente justo sobre mi polla, y lo único que nos separa son dos endebles trozos de algodón. Es un verdadero testimonio de mi paciencia.

Con mis manos abarcando su caja torácica, guío sus movimientos, disfrutando de los pequeños ruidos de placer que hace con cada giro de sus caderas, imitando el movimiento de su lengua.

Mi móvil vibra contra mi pierna, pero lo ignoro a favor de la mujer despampanante que se frota contra mí en este momento.

Se inclina hacia atrás, con las manos en mis hombros y los labios rozando los míos con cada palabra. —Tu bolsillo está vibrando.

—Que les jodan. Estoy ocupado. —La agarro por la nuca y aplasto su boca contra la mía. Unos momentos después, la vibración comienza de nuevo. Aparto la cabeza a un lado y meto la mano en el bolsillo para coger mi puto móvil, con la intención de arrojarlo al otro lado de la habitación—. Joder.

Es Rush.

Ha llamado cinco veces.

Suspiro y pulso aceptar. Antes de que pueda decir hola, ya está gritando.

—¿Por qué no contestas tu puto teléfono, cabronazo?

Su pánico es evidente, y conociendo a mi hermano tan bien como lo conozco, sé que algo ha salido mal. —¿Qué pasa?

—*Qué pasa*, dice. ¡Contesta tu puto teléfono cuando te llame la próxima vez, gilipollas! —Jadea, y oigo sirenas de fondo.

Es imposible que Alaina no lo oiga, pero no dice nada. *Buena chica*, pienso. Y no se mueve de mi regazo. Por supuesto, tampoco he aflojado todavía mi agarre en su cadera.

—Vale, vale. Habla conmigo, Rush.

—Mama Rosa's está en llamas.

—¿Dónde estás? ¿Estás herido? —Mi voz es tranquila mientras reprimo el choque que recorre mis venas, una habilidad que desarrollé hace años. Le doy un golpecito en el muslo a Alaina, y se desliza de mi regazo para sentarse a mi lado.

—Estoy bien. Paraba para recoger un par de pizzas para llevar a casa esta noche, y cuando estaba a una manzana, lo oí.

—Joder. ¿Es muy grave?

—Bastante, pero al menos los ocho pisos de arriba no se incendiaron. Y se rumorea por ahí que había una fiesta del té en ese momento.

¿Una fiesta del té? Quienquiera que vuele un lugar con un montón de jefes está haciendo movimientos muy serios. Joder. Me inclino hacia adelante y miro fijamente el suelo, tratando de atar cabos. Aquí hay algo, pero todavía no puedo encajar las piezas.

—¿Va todo bien? —murmura Red, extendiendo la mano y tocándome la espalda con vacilación.

—No es nada —respondo distraídamente mientras me levanto del sofá. Me recoloco la polla y camino hacia el pasillo.

—¿Quién coño es esa? —exige Rush.

—No es nadie. Solo el de la tele. Dime lo que necesitas —lo tranquilizo.

ALAINA

ESTOY CLAVADA EN EL SOFÁ, las cortantes palabras de Wolf dando vueltas en mi cabeza. «*No es nadie*».

Lucho contra la vergüenza que amenaza con echar raíces. No quiero sacar conclusiones precipitadas. Por lo que sé, ni siquiera era una pregunta sobre mí.

Sigo en silencio a Wolf mientras sale de la sala de cine y se adentra en el pasillo. Me siento un poco culpable por escuchar a escondidas, pero razono conmigo misma que obviamente está pasando algo.

No soy lo suficientemente estúpida como para pensar que una sesión de besos nos convierte en pareja ni nada de eso, pero estoy viviendo aquí, al menos temporalmente, y quiero saber qué está pasando. Y que bese increíblemente bien no significa que me haya olvidado de mi misión de obtener información sobre su padre.

Avanzo sigilosamente por el pasillo, pegada a la pared. No hay forma de que no me vea si se da la vuelta, pero la suerte está de mi lado esta noche.

No pillo las primeras cosas que dice, pero luego entra en uno de los salones formales, así que me detengo fuera de la puerta y me apoyo en la pared.

—Joder, tío. ¿Hablaste con Sully? Quizás... —hace una pausa— sí, sí, vale.

Oigo a Wolf soltar un suspiro. —¿Lo sabe ya Da? Porque te digo, tío, ¿tres golpes a los irlandeses y ahora a los italianos? Alguien está haciendo jugadas muy serias aquí. Es una putada.

Me quedo helada, la respiración contenida. ¿Tres *golpes*? ¡¿Como asesinatos por encargo?! Echo la cabeza hacia atrás contra la pared y cierro los ojos.

Joder, vale, podría no significar nada. Te has visto dos temporadas de Los Soprano hoy, así que estás flipada con la versión de Hollywood de la mafia. Tranquilízate, Lainey, me digo a mí

misma. Nada como una buena charla de ánimo para alejarte del borde del pánico.

Otra pausa, y luego Wolf dice: —De acuerdo. Nos vemos en dos días. Ten cuidado, gilipollas.

Cuando no oigo nada más, regreso lentamente a la sala de cine. Pauso el episodio de *Los Soprano* pero cojo mi móvil y las palomitas para llevarlas a la cocina.

No sé qué pensar, pero sí sé que Wolf tiene razón en una cosa: algo muy jodido está pasando.

VEINTE

ALAINA

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me despierto temprano y con energía. Anoche me costó conciliar el sueño y mis sueños parecían un episodio de *Los Soprano*.

Retiro el edredón más suave que el hombre haya conocido y busco mi teléfono. Dada la diferencia horaria, suelo tener unos cuantos mensajes de las chicas para cuando me despierto. Efectivamente, hay un mensaje de Mary y una foto de ella y Maddie comiendo helado en la playa.

Mary: ¡Ojalá estuvieras aquí!

Sonrío y escribo rápidamente una respuesta.

Yo: ¡Yo también! ¡Os echo de menos, chicas!

Maddie debe de tener el teléfono justo delante, porque veo los tres puntos saltando en la parte inferior de inmediato.

Maddie: ¿cómo va la Operación Hermanastro? *mueve las cejas*

Yo: Seguí tu consejo y me lancé.

En cuanto le doy a enviar, mi teléfono suena con una videollamada entrante. Respondo y veo las caras sonrientes de Mary y Maddie.

—Hola, mis primas favoritas —las saludo con una sonrisa.

—Chica, ¿todavía estás en la cama? —pregunta Mary.

—A quién le importa si todavía está en la cama. ¡Quiero detalles! ¡Suéltalo todo! ¿Besa bien? Dios, por favor, dime que no besa como ese idiota con el que saliste el año pasado —dice Maddie, haciendo como que le dan arcadas.

—¡Oh, venga ya! Fueron dos citas; ni siquiera me gustaba de verdad. *Vosotras* fuisteis las que me animasteis a salir con él.

—Bueno, ¿cómo íbamos a saber que besaba como un, y cito textualmente, «pez fuera del agua»? —dice Maddie con cara de póker.

No puedo contener la risa. —Uf, ese tío ha sido el que peor ha besado *del mundo*. Su lengua no dejaba de moverse con flacidez por todas partes... y estaba tan húmeda y era tan asqueroso.

—Sí, sí, todas recordamos tu vívida descripción de ese tipo. Deja de dar rodeos y responde a mi pregunta, nena.

Suspiro con una sonrisa burlona. —Sí, ¿vale? Besa bien... genial. Y sí, estoy en la cama. Aquí son solo las siete.

—¡Bien hecho, nena! ¡Choca esos cinco en el aire!

Levanto la mano para chocar los cinco virtualmente y luego todas nos reímos. —Vaya. Ya os echo de menos. No sé cómo voy a aguantar todo el verano sin ver vuestras hermosas caras.

Mary mira a Maddie, con las cejas juntas. —¿No te lo ha dicho tu madre?

Me incorporo al oír su tono. —¿Decirme el qué?

—Nena —dice Maddie despacio—. Vamos a volver a casa pronto.

Me río. —Oh, Dios. ¡Me habéis asustado! Es una noticia fantástica. ¿Cuándo volvéis?

—Estaremos en casa para tu cumpleaños —dice Mary en voz baja.

—¡Eso es increíble! ¡Entonces podremos celebrarlo juntas! Oh, ¡vayamos a O'Malley's! Cogeré un tren a la ciudad. Estoy segura de que Jack hará la vista gorda como de costumbre. —Mi cabeza da vueltas mientras pienso en nuevos planes. Nunca se lo diría, pero me sentía decepcionada por no pasar mi cumpleaños con ellas. Siempre hemos celebrado nuestros cumpleaños juntas desde que éramos pequeñas.

Ambas hacen una mueca.

—Esperad. ¿Por qué volvéis a casa antes? ¿Y por qué no estáis contentas por ello?

Mary suelta un suspiro antes de erguirse y mirarme fijamente. — Vale. A ver, vamos a volver a casa unas semanas porque mamá se va a reunir con la tía Lana en Londres para ir de compras a por vestidos durante unas semanas.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza. Siento una opresión en el pecho, como si alguien me estuviera apretando demasiado fuerte. — Pero... pero eso no tiene sentido. Mamá dijo que solo iba a Kleinfeld's, en la ciudad, a por un vestido, y que debería estar de vuelta mañana.

—No lo sé, nena. Supongo que no encontró nada —dice Maddie en voz baja—. Lo siento, Lainey. —La lástima en su voz hace que se me calienten las mejillas y me revuelve el estómago.

Hago un gesto con la mano frente a mí. —No pasa nada. No estaba... —me aclaro la garganta— no estaba segura de si iba a celebrar mi cumpleaños con ella de todos modos, así que esto... esto me lo pone más fácil.

—Ella se lo pierde, Lainey —dice Mary suavemente.

Asiento. —Sí. Siempre es así —murmuro con una sonrisa amarga, con los ojos llenándose de lágrimas. Se me caen los hombros antes de volver a erguirlos. Sorbo por la nariz y parpadeo varias veces, asegurándome de que no caiga ninguna lágrima—. Vale, contadme: ¿ya has encontrado alguna conquista, Maddie? —pregunto con una sonrisa forzada.

Nos gustaba chingar a Maddie con sus aires de mujer fatal, y ella siempre se lo tomaba con buen humor. Me miró un momento antes de que una sonrisa burlona curvara sus labios. —Tengo el ojo echado a unos cuantos candidatos.

Me río. —Cuéntamelo todo sobre ellos.

Y durante los siguientes treinta minutos, me río con mis mejores amigas mientras Maddie nos cuenta con detalle cada chico que ha conocido en los dos días que llevan allí.

Y al final de la conversación, me resulta un poco más fácil respirar. Durante diez años, siempre supuse que mi madre estaba

demasiado ocupada para dedicarme tiempo, pero ahora... ahora sé que simplemente no quiere hacerlo.

ME CONCEDO EXACTAMENTE diez minutos para compadecerme antes de obligarme a salir de la cama y empezar el día. Como pasé la mayor parte del día anterior viendo un maratón de *Los Soprano*, creo que intentaré volver a curiosar. Después de la llamada de anoche, siento que definitivamente está pasando algo más. Y si soy sincera, estoy empezando a creerme los rumores de que pertenecen a la mafia irlandesa.

Excepto por ese primer día, no he visto a ninguna otra persona —aparte de Wolf— en la casa, así que me siento bastante segura fisgoneando un poco sin que me pillen.

Me pongo una falda amarilla corta y coqueta y una camiseta de un grupo de música y me dirijo a la cocina. Como de costumbre, no me cruzo con nadie en el camino, e intento buscar discretamente si hay alguna cámara.

Debería haber tenido más cuidado en el sótano, pero ya no puedo hacer nada al respecto. Si había cámaras, estoy totalmente fastidiada. Pero como nadie ha dicho nada todavía, solo puedo suponer que no hay cámaras allí abajo. Sin embargo, no puedo estar segura de que ocurra lo mismo en el resto de la casa, así que tengo que ser inteligente.

Reúno los ingredientes para hacerme un sándwich de queso a la plancha y empiezo a cocinarlo en los fogones cuando oigo pasos apresurados en algún lugar, pero no veo a nadie. No me sorprendería que fuera alguien al otro lado de esta casa casi vacía... quiero decir, mansión. Es tan enorme que me imagino que cualquier tipo de ruido rebota en todas las paredes y se amplifica.

Me vuelvo hacia el fuego y le doy la vuelta al sándwich. Se me hace la boca agua con el olor del delicioso queso fundido. Había cuatro tipos diferentes de queso en la nevera, así que los he usado todos. Quienquiera que haya dicho que el queso no es comida de

desayuno es que nunca ha probado un sándwich de queso bien tostado. No es para el desayuno de todos los días, sino para esos días en los que necesitas un poco de consuelo para empezar bien la jornada.

—Señorita McElroy.

—¡Ah! —Me doy la vuelta y levanto la espátula como una espada frente a mí—. Dave, es usted. ¡Casi me mata del susto! —Me pongo una mano sobre el corazón, que me late a mil por hora, e intento que se calme.

—Le pido disculpas, señorita...

—Alaina, por favor —le interrumpo con una sonrisa.

Él asiente. —Alaina. Mis disculpas por haberla sobresaltado, pero quería informarle de que hemos reforzado la seguridad, así que si necesita algo, por favor, avísenos. Recuerde que hay un panel de seguridad en cada habitación. Sabe cómo usarlo, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo. Pero ¿por qué se ha reforzado la seguridad ahora? ¿Ha pasado algo? ¿Debería preocuparme?

Me estremezco por el pánico de mi voz, pero no puedo evitarlo. Me siento como si estuviera varada en una isla extraña con comodidades increíbles al alcance de la mano —incluyendo a un tío que está para morirse de bueno, por mucho que pueda ser mi hermanastro pronto o no—, pero sigue siendo una isla. Y definitivamente me siento más sola aquí que en la ciudad.

—No hay nada de qué preocuparse, es solo una medida de precaución mientras el Sr. Fitzgerald está fuera —dice él, con los labios en línea recta.

—Vale... —Bueno, eso no es nada tranquilizador. El olor a queso tostado llega a mis sentidos y me doy la vuelta para apagar el fuego y pasar el sándwich al plato. Cuando vuelvo a girarme, Dave se ha ido.

Me como el desayuno en la isla de la cocina y observo la habitación de reojo con cada bocado, medio esperando que Dave aparezca de la nada. Una inquietud me recorre el vientre cuando pienso de verdad en lo que ha dicho Dave. *¿Seguridad reforzada?* ¿Era esa su forma amable de avisarme de que me vio abrir la caja fuerte? Se me cae el alma a los pies.

No. No, no seas ridícula, me digo a mí misma para razonar.

Pero, solo por si acaso, aparco cualquier idea de buscar pistas durante el resto del día.

Friego los platos y los pongo en el escurridor para que se sequen mientras miro por la ventana que hay sobre el fregadero. Creo que me daré un baño en la piscina para despejarme.

VEINTIUNO

ALAINA

ME PONGO mis enormes gafas de sol negras al salir al jardín trasero. Aunque «club de campo» sería un término más apropiado. La zona del patio, justo al salir por las puertas francesas, es enorme, con lo que parece una cocina exterior completa y sillas suficientes para que se sienten al menos una docena de personas. Está cubierta en parte por una pérgola con una tela de color verde claro entretejida entre los listones.

A la izquierda hay una cancha de baloncesto que parece de tamaño profesional. Al otro lado de la piscina está la casa de la piscina, con una de esas paredes acristaladas que se abren como la puerta de un garaje.

Justo enfrente está la piscina más perfecta que se pueda imaginar. Tiene forma de ocho y un jacuzzi justo al lado, en el extremo más alejado; las baldosas multicolores del borde son de tonos negros y grises, y el lado más cercano a mí es una entrada tipo playa con el suelo de baldosas. Un par de pequeñas cascadas se encajan en el espacio entre el jacuzzi y la piscina y le dan un aire muy cohesionado de paraíso tropical.

Diez tumbonas y algunas mesas auxiliares enmarcan el espacio más cercano a la casa de la piscina. Hay un par de sombrillas

colocadas alrededor de la zona de la piscina, aunque ninguna está abierta.

Siento que estoy en una realidad alternativa, o en algún programa de cámara oculta. Me giro lentamente, esperando a medias que alguien salte de detrás de los setos y grite: «¡Te pillé!».

Camino hacia una de las tumbonas junto a una sombrilla y dejo el móvil. Me quito las sandalias con la punta del pie y me saco la camiseta de The Clash que me había puesto sobre el bañador.

Todavía no me puedo creer que dejara que Maddie me convenciera para comprarme este bañador. Entramos en Nordstrom el mes pasado y yo tenía toda la intención de comprar un bañador negro liso y punto. El negro nunca pasa de moda. De todas formas, no suelo comprarme nada extravagante, ya que rara vez tengo la oportunidad de nadar en algún sitio. Pero como pensábamos que podría unirme a ellas en su aventura europea, me compré unos cuantos bañadores nuevos. Y como estoy en Boston en lugar de en las playas de Grecia, he decidido ponerme mi favorito.

Sigue siendo negro, pero es precioso. Técnicamente, se llama monokini, pero parece que alguien ha añadido una tira de tela entre la parte de arriba y la de abajo del bikini. El escote es lo bastante pronunciado como para enseñar un poco, y tiene tirantes que se cruzan y se atan en la parte baja de la espalda. Probablemente será un engorro para ponérmelo y quitármelo cuando tenga que hacer pis, pero es un pequeño precio a pagar si me hace sentir así de bien. Así de segura.

Me saco una foto sentada en la tumbona y se la envío a las chicas en nuestro chat de grupo.

Yo: ¡Haciendo como que estoy en la playa con vosotras! ¡Besos!

Mary debe de tener el móvil en la mano, porque me manda al instante cinco emoticonos de fuego.

Mary: ¡Estás increíble, Lainey! ¿Dónde estás?

Yo: ¡Gracias! Estoy en el jardín trasero... ¡y es increíble! ¡Tendré que hacer una videollamada para enseñároslo!

Maddie: ¡Estás cañón, tía! ¡Sí! Dejamos lo de la videollamada para otro día... vamos a tomar algo con unos

chicos de aquí que conocimos anoche.

La decepción me invade por un momento antes de reprimirla. Me alegro de que se lo estén pasando bien. Solo que una pequeña parte de mí desearía estar allí con ellas.

Yo: ¡Mañana me contáis los detalles!

Maddie: ¡Hecho! ¡Hasta luego, tía!

Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios mientras toco los finos cordones que unen la parte de arriba del bikini con la de abajo y pienso en Maddie y Mary revolucionando el pueblo en el que estén. Esas chicas saben cómo sembrar el caos cuando es necesario, y si le preguntas a Maddie, *siempre* es necesario.

Estoy decidida a aprovechar al máximo mi tiempo aquí, así que, después de aplicarme una generosa cantidad de protector solar, repaso mi extensa colección de listas de reproducción y busco la perfecta para hoy.

Después de echar otro vistazo a mi alrededor para asegurarme de que estoy sola, le doy al play a mi lista de reproducción Sunny Days y camino hacia el extremo de la piscina con entrada tipo playa. Me meto en el agua. Ahora parece fresca, pero sé que a media tarde la sentiré refrescante. Cuando el agua me llega al estómago, cojo aire y me sumerjo por completo. Al salir a por aire, se me escapa una risa mientras me aparto el agua de la cara.

Había olvidado lo mucho que me gusta simplemente dejarme llevar. ¿Es esto lo que se siente al no tener preocupaciones?

Quiero decir, claro, estoy colada por mi futuro hermanastro, mi madre me ignora y posiblemente estoy viviendo en la casa del jefe de la mafia, pero supongo que, aparte de eso, sí, me siento bastante despreocupada.

Me pongo a hacer el muerto y cierro los ojos, exhalando mis preocupaciones. Todo suena diferente cuando estás parcialmente sumergida bajo el agua; incluso la voz de Florence Welch suena distinta, más masculina.

Siento unas gotas de agua en la cara y abro los ojos para ver la cara de Wolf boca abajo. Me sobresalto, pierdo el equilibrio y mi postura de flotación se deshace.

—Te he estado buscando, Red. —Su sonrisa arrogante me irrita y me excita a partes iguales. Está sentado en el borde de la piscina con las piernas en el agua. Lleva solo un bañador negro, exhibiendo su metro ochenta y tantos de piel bronceada y tatuada.

Dándome la vuelta, le lanzo mi mirada más indiferente, aunque dudo que capte todo el efecto por culpa de las gafas de sol—. ¿A qué vienen las bromitas, Wolf?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. El sol se refleja en su pelo alborotado, resaltando el subtono azul tinta—. Oh, nena, esto apenas se puede clasificar como bromitas. Si crees que esto es una broma, entonces no estoy seguro de que puedas soportar lo que mis hermanos y yo hacemos normalmente.

Su tono condescendiente me saca de quicio, y esa parte de mí que siempre acepta un desafío surge con fuerza.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Fingir que eres alérgico a algo cuando no lo eres? —Enarco una ceja en señal de desafío.

Se ríe entre dientes y se inclina hacia atrás, apoyando las palmas de las manos en el suelo detrás de él—. Nah. Eso no funcionaría con Rush. Es demasiado maniático del control, no hay forma de que se le pasara algo. Y Sully preferiría morir antes que ir a un hospital.

Le examino la cara un momento—. ¿Le tiene miedo a los hospitales? Sully, quiero decir. —Algo en el nombre Sully me suena, pero quizá he estado viendo demasiada televisión.

—Todo el mundo le tiene miedo a algo —murmura Wolf, con el ceño fruncido.

—¿Y a ti qué te da miedo? —Hago aguas mientras espero su respuesta. Espero algo tonto como los osos o volar, y en cambio, me deja de piedra.

Sus ojos gris tormenta conectan con los míos—. El rechazo.

—Eso... no es lo que esperaba que dijeras. —Siento que las cejas se me suben hasta la raíz del pelo.

Se encoge de hombros, sin apartar nunca el contacto visual—. Cuando creces como yo, desarrollas una cierta afinidad por la verdad.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo creciste?

—Una verdad por otra, Red. ¿A ti qué te da miedo?

La música suena suavemente de fondo mientras debato cuán profunda debe ser mi verdad. Vamos a tantear el terreno primero; el juego de palabras no es intencionado.

—Las serpientes. —Ante su intensa mirada, me hundo en el agua hasta que me llega a la barbilla. Cojo aire y exhalo lentamente—. Y... que yo soy la razón por la que mi padre se fue hace tantos años.

Asiente, pero no hace más comentarios. Inclinandose hacia adelante, se desliza en la piscina y nada bajo el agua hacia mí. Cuando está a un par de palmos, emerge y se aparta el pelo mojado de la cara. Santo cielo, parece Poseidón o Aquaman, todo intensidad melancólica y músculos en sitios que ni sabía que existían.

Sigo con la mirada una gota de agua que cae desde su carnoso labio inferior hasta su barbilla y se desliza por su cuello, y juro que mis pezones se endurecen en respuesta.

—Paso más tiempo en esta piscina que en cualquier otro lugar de la casa, excepto quizás en la sala de cine.

Como no digo nada de inmediato, murmura: Una verdad por otra.

Le sostengo la mirada y le doy una verdad más segura—. Comparto habitación con mis primas gemelas nueve meses al año. Los otros tres meses, suelo tener el dormitorio para mí sola.

Wolf se sumerge en el agua hasta la boca, su mirada intensa y casi depredadora.

—Paso un mes cada verano en Ocean Beach haciendo surf. Normalmente, mis hermanos vienen conmigo.

—¿Pero este verano no? —Me balanceo en el agua, disfrutando de la forma en que se enrosca alrededor de mi cuerpo con cada movimiento.

—Este verano no —confirma—. Hay cosas que requieren mi atención aquí. —Su mirada nunca se aparta de la mía.

—¿Como la boda? —Hago una mueca por el sarcasmo en mi voz.

—Entre otras cosas.

Aprieto la mandíbula ante su vaga respuesta. ¿No se suponía que esto era un juego de verdades? Quizá debería subir la apuesta—. ¿Has estado enamorado alguna vez, Wolf?

Me obligo a no retroceder ante su dura mirada. No sé exactamente por qué he preguntado eso; quiero decir, sí quiero saber si ha estado enamorado alguna vez, pero no estoy segura de por qué he elegido *este* momento para soltarlo. Ya es demasiado tarde para retractarme, aunque quisiera. Y no quiero.

Una sonrisa cruel tuerce sus labios, convirtiendo su hermoso rostro en algo que no reconozco de inmediato—. ¿Amor? —bufa—. Te diré algo mejor: nunca he tenido novia. —Sus palabras dicen una cosa, pero su tono es un desafío.

—¿Nunca? —jadeo, la incredulidad tiñendo mi voz—. ¿Ni una sola chica? Espera, ¿entonces eres...? —Cierro la boca de golpe, pero el daño ya está hecho.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe como si acabara de contarle el chiste más gracioso que ha oído en su vida. Sé que no es virgen, quiero decir, por Dios, míralo. Todo mojado y bronceado, con esas pestañas negro tinta y ese labio inferior carnoso... es una combinación letal, y ninguna chica podría resistirse a esa atracción.

Demonios, ni siquiera yo puedo resistirme a él... a *él*, y tengo muy buenas razones para hacerlo.

Siento que mis mejillas se sonrojan y aprieto los dientes, luchando contra la mirada fulminante que quiero lanzarle. Cuando su risa empieza a apagarse, suelto entre dientes—: ¿Ya has terminado?

Con alegría y diversión brillando en sus ojos color café, con los destellos de plata y gris pizarra resplandeciendo, dice—: Oh, no, nena. Solo estoy empezando. Y para responder a tu pregunta, no. Ninguna chica ha tenido jamás el placer de ser mi novia. Pero no te preocupes, Red, nunca he tenido quejas sobre *nada*.

Siento que mis mejillas arden por su insinuación y me hundo más en el agua. Intenté sorprenderlo, pero al final me salió el tiro por la culata.

—Vamos —dice Wolf mientras nada hacia un lado de la piscina.

Lo sigo y me siento a su lado en el banco incorporado. Apoyo la cabeza en el borde de la piscina y dejo que el sol me caliente la cara.

—Se podrían trazar constelaciones en ellas —murmura Wolf.

Mi corazón da un vuelco, y entreabro un ojo para mirarlo—. ¿Qué has dicho?

Lentamente acerca su dedo a mi pómulos, dándome tiempo de sobra para apartarme. Pero no lo hago. Recorre lentamente mi mejilla y baja por mi cuello en un patrón aleatorio, y entonces caigo en la cuenta.

Está trazando mis pecas.

Lo miro fijamente a los ojos mientras él mira el camino que traza su dedo.

—¿Alguna vez has dejado que alguien trace tus constelaciones, Red? —Su voz es grave y áspera.

Niego lentamente con la cabeza y trago saliva—. Nadie.

—Mmm —dice mientras se inclina hacia mí.

Contengo la respiración mientras deposita un suave beso en mi hombro, justo donde sé que un grupo de pecas se asemeja vagamente a la Osa Menor.

—Qué preciosidad —susurra contra mi piel.

Inclino mi barbilla hacia él, lista y esperando que sus labios se posen en los míos. Estoy sin aliento por la expectación, con un hormigueo en los dedos.

Con un suspiro, se echa hacia atrás y apoya los brazos en el borde detrás de él. Me contengo para no gemir por la pérdida de contacto.

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos—. Una verdad por otra, Red.

—No he vivido con mi madre desde los ocho años. —Contengo el aliento mientras escudriño su rostro en busca de una reacción a mi verdad. Como ni siquiera se inmuta, continúo—: Y cuando me pidió que me mudara con ella este verano, pensé... no sé qué pensé. —Suspiro—. Pero no me esperaba —señalo la mansión que tenemos delante— esto.

Inclina la cabeza hacia mí y me clava su intensa mirada—. Cormac no es mi padre biológico, es mi tío.

Me quedo boquiabierta con su confesión—. Vale... —Hago una pausa, pensando en darle una salida y soltar otra verdad, pero

entonces recuerdo mis verdades y pregunto lo que realmente quiero saber—. ¿Dónde están tus padres, entonces?

—Lily está muerta, y Seamus está en la cárcel. —Es tan directo que no se ve ni una sola emoción en su hermoso rostro—. Pasaron por aquí para el primer cumpleaños de Rush y, a mitad de la fiesta, se fueron y nunca volvieron. Hace unos años, Rush pudo rastrear sus movimientos y averiguar qué pasó. —Se encoge de hombros como si no le afectara, pero mi corazón se duele por él.

—Wolf, yo... —Me giro y le cojo la mano, rozando la superficie del agua y entrelazando mis dedos con los suyos—. Lo siento —susurro.

—No lo sientas, Red. Cormac es mi da en todo lo que importa. Me ha criado desde que tenía tres años y no podría haber pedido un mejor modelo a seguir. —A pesar de la sonrisa arrogante en su rostro, su voz suena sincera—. Además, ahora sabes que en realidad no te estás tirando a tu hermanastro —dice con una sonrisita pícara.

No puedo evitar la risa que burbujea en mi interior. Con una sonrisa de suficiencia, muevo el brazo en el agua, creando una pequeña ola que le salpica en toda la cara. No me preocupaba.

Se seca el agua de la cara con ambas manos y sonrío, una sonrisa maníaca y depredadora que me provoca todo tipo de cosas —. Una chica traviesa, me gusta.

Me mira la boca con una hambre posesiva en la mirada y tiemblo en respuesta. Una lenta sonrisa se extiende por mi cara mientras me impulso desde la pared una fracción de segundo antes de que se lance a por mí. Me agarra por la cintura y me levanta en el aire. Me río demasiado para protestar mucho. Me lanza por los aires. Solo tengo tiempo suficiente para contener la respiración antes de caer en el agua con un gran chapuzón.

Mis dedos de los pies apenas rozan el fondo de la piscina antes de nadar hacia la superficie. Echo la cabeza hacia atrás y me aliso el pelo mojado para quitármelo de la cara y me doy cuenta de que he perdido las gafas de sol en algún sitio.

No puedo evitar sonreír al mirar a Wolf, que está a tres metros de distancia sonriendo como un loco. Un loco superatractivo, tatuado y empapado.

—¿Estás lista, nena?

—Estoy lista, Wolf.

Una sensación de déjà vu me golpea, y siento vértigo por un momento. Sacudo la cabeza para quitarme el mareo y nado hacia él. Voy a hacerle una ahogadilla a ese chico.

VEINTIDÓS

WOLF

HORAS DESPUÉS, ambos estamos lo bastante arrugados por el agua, y ella tiene la nariz, las mejillas y los hombros de color rosa.

—Muy bien, Red. Es hora de salir. Te estás achicharrando, nena.
—Nado hacia el extremo con entrada tipo playa de la piscina y salgo caminando.

Red me sigue hasta la casa de la piscina, donde le enseño dónde están las toallas de playa. Me echo una toalla sobre los hombros y le pongo la otra a ella, ayudándola a secarse.

La piel de gallina cubre su suave piel debido al aire acondicionado de aquí dentro, y me arrodillo para frotarle las piernas con la excusa de secarla. Sinceramente, solo quiero volver a tocar esa piel tan suave.

Su estómago elige ese momento para rugir, lo que afortunadamente alivia un poco la tensión. Me estaba acercando peligrosamente a lucir una erección considerable. Es una verdadera putada que se te ponga dura con el bañador puesto. Y el minúsculo traje de baño de Red no ayuda mucho.

Era más fácil ignorarlo cuando estábamos en la piscina y ella estaba casi todo el tiempo bajo el agua. Y aunque dice que no le importa que posiblemente seamos hermanastros, no estoy seguro de

creérmelo. La chica se mudó a una casa extraña con tíos extraños solo porque su madre lo mencionó.

Quiero decir, joder; podríamos haber sido *cualquiera*.

Una rabia asesina brota en mi interior cuando pienso en otra persona tocándola y recorriendo su suave piel, y mis manos se cierran involuntariamente alrededor de sus muslos.

Un suave gemido escapa de sus labios, y dirijo la mirada a su rostro para leerla. Siempre se me ha dado bien leer a la gente —no tanto como a Sully, nadie es tan bueno leyendo una sala como ese cabrón—, pero lo suficiente como para notar que está excitada. Tiene las mejillas encendidas, los ojos vidriosos y el pecho sube y baja rápidamente.

—Wolf. —Su voz es baja y mi polla da un respingo como respuesta.

Me inclino hacia delante para que mi cara quede más cerca de su coño y susurro: — ¿Sí?

—Necesito... —Gime y cambia el peso de un pie a otro, frotando sus muslos entre sí y acercando su cuerpo a mi cara.

Deslizo la nariz por el pliegue entre el muslo y su sexo, y murmuro: — ¿Qué necesitas, nena?

—A ti... —Su frase termina en un suspiro mientras deslizo las manos por sus piernas, con las yemas de los dedos rozando la parte interna de sus muslos desde atrás.

Un golpe en la puerta detiene mis movimientos. Solo hay un puñado de personas en la propiedad ahora mismo, pero dudo que ninguna de ellas me buscara en la casa de la piscina.

En un movimiento rápido, me giro, agarro la Glock 19 sujeta bajo la mesa auxiliar y me levanto, situando a Red detrás de mí. Un instinto de protección feroz se apodera de mí, ralentizándolo todo hasta que mi objetivo es cristalino: proteger a Alaina, eliminar la amenaza.

Con la mano izquierda, estiro el brazo hacia atrás y la empujo suavemente para que se resguarde más tras de mí. —Chitón, Red. Escóndete detrás de ese sillón, ¿vale?

—¿Qué está pasando, Wolf? Me estás asustando —susurra justo cuando otro golpe suena en la puerta, esta vez más fuerte.

—No pasa nada, nena, solo ponte detrás del sillón y, si ocurre algo, corre al dormitorio que hay al final del pasillo y pulsa el botón azul del intercomunicador. —La miro por encima del hombro y veo que tiene los ojos empañados y sus movimientos son un poco bruscos, pero sigue mis instrucciones sin desmoronarse, así que sé que estará bien.

—Está bien, Wolf.

Espero un momento hasta que está oculta tras el sillón orejero de cuero negro. Con pasos silenciosos, me acerco a la puerta principal de la casa de la piscina. Doy gracias por haber tenido la previsión de cerrarla con llave cuando entramos a por las toallas.

Esta situación podría ser muy distinta si nos hubiéramos quedado en la piscina otros veinte minutos.

Apoyo la espalda en la pared junto a la puerta y espero hasta que los golpes empiezan de nuevo. Agarro el pomo de la puerta, cuento hasta tres mentalmente y luego la abro de golpe con una mano, apuntando con el arma a quienquiera que esté al otro lado.

—Dave —gruño entre dientes, con la pistola todavía apuntando a su frente—. ¿Qué cojones estás haciendo? He estado a punto de matarte.

Bajo el brazo y pongo el seguro, manteniendo el arma a mi costado mientras miro fijamente al jefe de nuestro equipo de seguridad, quien definitivamente debería saber que no se aporrea una puerta sin anunciarse.

—Mis disculpas, Wolf. Pero he intentado llamarte y darte un aviso por todo el sistema, pero no he recibido respuesta.

Tengo que reconocerle el mérito a Dave. Se queda ahí plantado, respetuoso pero sin acobardarse. El hombre es de acero —ni siquiera parpadeó cuando tenía la Glock en la frente— y uno de los más leales. —Joder, Dave. ¿Qué pasa?

—Rush llegará esta noche. Nos ha llamado porque no lograba localizarte. Quería avisarnos dado que se han incrementado nuestras medidas de seguridad.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto un suspiro, intentando que la adrenalina que aún recorre mi torrente sanguíneo se calme de una

puta vez. —Mierda, no he mirado el móvil en todo el día. He estado en la piscina.

—Lo sé, Wolf, por eso he venido a decírtelo personalmente. Sabía que estabas con la señorita McElroy...

—Alaina. —Ella le reprende a Dave como si fuera un niño de preescolar que se porta mal y no uno de los hombres más peligrosos que conozco.

La miro. Está de pie tímidamente detrás del sillón, así que ladeo la cabeza hacia la derecha, pidiéndole en silencio que se acerque.

Una mueca ladea un lado de su boca. —Sabía que estabas con *Alaina*, así que he venido a decírtelo y a comprobar que todo estuviera bien.

—Muy bien, Dave. Gracias por el aviso. Estaremos en la casa principal si necesitas algo más. Recuérdate que revise el intercomunicador de aquí, porque no he oído nada. No es el momento de que las cosas dejen de funcionar correctamente.

—Entendido, Wolf, Alaina. Que tengan una buena tarde. —Dave gira sobre sus talones y se aleja por el camino que lleva a la parte delantera de la casa.

Le veo alejarse mientras debato qué decirle a Red. Por un lado, pronto será de la familia, así que se enterará tarde o temprano. Por otro lado, no sé qué cojones le pasa a Da últimamente, así que es posible que esté haciendo algún truco raro de Houdini y que Red se haya ido en una semana.

Es difícil saber en qué anda metido el viejo estos días. Es cauteloso a más no poder; ahora que lo pienso, apuesto a que de ahí lo ha sacado Rush.

Me froto la mano libre por la barba de varios días. —A la mierda. —Si el viejo parece que puede improvisar, yo también puedo.

Compruebo dos veces que el seguro esté puesto, vuelvo a colocar la pistola en el soporte debajo de la mesa auxiliar y me giro hacia una Red con los ojos como platos.

—¿Tienes hambre? Me apetecería un poco de pizza. ¿Y a ti?

—Siempre me apetece pizza. —Me mira como si no estuviera segura de qué está pasando.

Nena, ya somos dos. Me estoy inventando todo esto sobre la marcha.

Cojo su camiseta de donde cayó cuando entramos al principio y se la paso por la cabeza.

—Perfecto, a menos que comas piña en la pizza. Entonces tendremos que hablar sobre lo que está bien y lo que está mal a la hora de disfrutar de una pizza.

—¡Psch! La piña está deliciosa —hace una pausa y me lanza una sonrisilla, esa sonrisa pícara que hace que se me ponga dura—, pero no en tu pizza —dice mientras pasa los brazos por las mangas. La camiseta le llega a la parte superior de los muslos, y por fin veo bien el estampado. Es una camiseta de un grupo.

—¿Pero tú no dejas de dar sorpresas? —Examino la serigrafía desgastada de London Calling en la parte delantera de su camiseta negra—. ¿Canción favorita de The Clash?

—Oh... —tira del dobladillo y se encoge de hombros—, todas son buenas.

Asiento y le tomo la mano, entrelazando nuestros dedos. Las comisuras de mis labios se elevan al pensar en Sully viendo a mi chica —nuestra nueva hermanastra— con una camiseta de The Clash. —A Sully le vas a encantar. Es un fan acérrimo de The Clash.

—Mmm. ¿Y tú qué? ¿Cuál es tu canción favorita de The Clash?

Nos guío hacia la casa, deteniéndome para coger nuestros móviles en la mesa de la entrada, y digo: —Hateful, probablemente. Pero Train in Vain también está ahí arriba. —Me mira con las cejas arqueadas—. ¿Qué? —Enarco una ceja—. ¿Pensabas que no diría ninguna? A estas alturas ya deberías conocerme lo suficiente como para saber que valoro la sinceridad.

—Supongo que entonces no soy la única que no deja de dar sorpresas —dice mientras me aprieta la mano.

La guío por el camino de ladrillos hacia la casa principal. —Vamos, Red. Pidamos una pizza y escuchemos a The Clash mientras la esperamos.

Me mira mientras caminamos por el sendero enmarcado por flores coloridas y arbustos bajos. Sus ojos color whisky brillan con diversión mientras pregunta: — ¿Habrás baile?

Le dedico una amplia sonrisa. —Por supuesto. Incluso te dejaré elegir la primera canción.

Me da un empujoncito juguetón con el hombro y algo cálido me recorre todo el cuerpo. Es extraño, pero no desagradable. —Hecho. Espero que te guste la música de los ochenta.

VEINTITRÉS

ALAINA

LE DOY un bocado a mi pizza de salchicha y alcachofas, y el queso se estira formando un hilo de un palmo entre mi boca y la porción que tengo delante. Wolf me observa con una amplia sonrisa, los ojos chispeantes de diversión, y no puedo evitar reírme.

Hace años que no me divertía tanto con alguien que no fueran Maddie y Mary. Excepto por... él. Todavía se me encoge el corazón al más mínimo pensamiento sobre él, así que hago todo lo posible por no pensar en él a menudo.

—Eh, ¿adónde te has ido?

—¿Mmm? —termino de masticar el bocado, me limpio la boca con una servilleta y fuerzo una sonrisa—. Estoy aquí. Por cierto, esta pizza está deliciosa. No sabía que en Boston tuvieran pizzas como esta.

Wolf engancha un dedo en el botellín de cerveza y se lo lleva a los labios para beber. La sonrisita que me dedica aumenta el calor que se me ha ido acumulando en el bajo vientre desde que lo vi de pie junto a la piscina esta mañana.

Si soy sincera, he sentido las ascuas de la atracción desde el momento en que lo vi. Hay algo en ese pelo negro alborotado, los tatuajes y esa actitud de «que le den a todo» que de verdad me pone.

Y cada vez que me sonrío con suficiencia o me toma el pelo con ese brillo especial en sus ojos color café o me enseña esa deliciosa uve, aviva las llamas. Y heme aquí, vestida con un bikini húmedo y una camiseta vieja de un grupo, apretando los muslos y regañando a mi libido para que se calme.

—No me extraña, es un favorito de aquí. ¿Cuánto tiempo viviste en Boston?

Enarco una ceja. —Nunca he dicho que viviera en Boston.

—Ya, pero tu madre sí. Así es como conoció a mi da. Estaban en un festival local, o al menos eso es lo que él me contó. Quién sabe, quizá se conocieron en algo totalmente distinto. —Me sube y baja las cejas.

Le lanzo mi servilleta hecha una bola, pero fallo por mucho. —Qué asco.

—Oh, nena, vamos a tener que trabajar en tu puntería —dice con una risita—. Me da que no hacías mucho deporte en el colegio.

—Nop. —Marco la pe con una sonrisa—. Pero estaba en el equipo de baile y cantaba en el coro.

Su mirada recorre mi cara, y estoy lo bastante cerca como para ver las motas de color gris ahumado en sus ojos mientras se oscurecen de deseo. —Estoy deseando volver a oírte cantar. Y verte menear ese culito dulce esta noche. Tengo la canción perfecta en mente.

Se me corta la respiración ante su tono, lleno de promesas oscuras. Para no pasar más vergüenza, cambio de tema y suelto: —¿Quizá podemos cantar juntos alguna vez?

Se detiene, con el botellín de cerveza a medio camino de su boca. —Qué va. Yo no canto.

—Todo el mundo sabe cantar, Wolf.

—No he dicho que no sepa. He dicho que no canto, y desde luego no canto con nadie. —Su voz es dura, sin dejar lugar a réplica.

La decepción se me engancha en el pecho y me distraigo ordenando la mesa.

—Pero sí que bailo.

Una burbuja de emoción surge en mi interior e intento contener la sonrisa. A juzgar por la amplia sonrisa que me devuelve, no creo

que lo consiga. —Claro que bailas —bromeo. Se levanta y rodea la mesa, tendiéndome la mano. Pongo mi mano en la suya y me levanta. El deseo me caldea las extremidades mientras estamos tan juntos que mis tetas rozan su pecho con cada respiración. Lo miro por debajo de las pestañas; algo cálido me recorre las venas con cada aliento que nos acerca más.

Sacudiéndome la intensidad, rompo la conexión y cruzo la cocina para conectar mi móvil al sistema de altavoces. —Me parece recordar que me prometiste elegir la primera canción. ¿Estás listo?

Me evalúa por un momento antes de que una lenta sonrisa se extienda por su cara. —Venga. Dale.

Hay espacio de sobra entre la mesa del desayuno y la isla para montar una buena fiesta de baile, así que pongo mi lista de reproducción de canciones de fiesta de la década de 2010 y le doy al play. Me doy la vuelta girando para poder saborear su reacción, y no me decepciona. La imagen de él con la cabeza echada hacia atrás por la risa me roba el aliento por un momento.

Me muevo al ritmo de la música mientras camino hacia él, riendo tontamente todo el rato. Es la segunda vez hoy que me siento así de ligera y despreocupada. No se me ha escapado que Wolf ha estado cerca en ambas ocasiones. Y ni siquiera hablo de lo que casi sucedió en la casa de la piscina. No puedo dejar de preguntarme qué habría pasado si Dave hubiera llamado diez minutos más tarde.

O si no hubiera llamado en absoluto.

Qué cruel giro del destino que vaya a ser mi hermanastro.

Quizá, dice esa vocecita, o quizá vaya a ser tu novio.

Torciendo los labios ante la idea de que Wolf sea mío, lo observo, ansiosa por ver sus habilidades en nuestra pista de baile improvisada.

—No me esperaba que esta fuera tu primera elección de canción.
—Sonríe y se pasa una mano por el pelo.

—¿Qué hay de malo con un poco de Lil Jon? Rompe el hielo muy bien, ¿no crees? —Enarco una ceja mientras canto la letra y meneo el culo.

—Sí, desde luego. Pero la próxima la elijo yo.

Me encojo de hombros y doy una vuelta, moviendo las caderas al ritmo de la música. Moviendo los hombros, me río mientras le canto la ridícula letra.

Con cada vaivén de mis caderas, una preocupación se me desliza de los hombros. Y con cada verso cantado a gritos, un peso se levanta de mi alma. Hasta que siento una alegría sin filtros que me envuelve como mi chaqueta favorita: reconfortante y cálida.

Con una audacia despreocupada que solo siento cerca de mis primas, saco todos los pasos favoritos del público: el aspersor, el carrito de la compra y el molinillo de pimienta. Y no me decepciono cuando echa la cabeza hacia atrás, riéndose, y se une a mí con su propia versión del Charleston.

Con nuestras miradas fijas el uno en el otro y sonrisas idénticas, lo siento. Una corriente eléctrica que se dispara y nos ata, chisporroteando en el aire.

Es tan jodidamente encantador que verlo empezar con el baile Mashed Potato vestido solo con un bañador negro y una sonrisa me para el corazón por un momento.

Me encojo de hombros y sigo bailando, saltando sobre las puntas de los pies y soltándome la melena de verdad. Ni siquiera me sorprende que Wolf sepa bailar. Se mueve sin esfuerzo, balanceándose y manteniendo el ritmo.

Ni siquiera me sorprende que sepa bailar, la verdad. Parece el tipo de chico al que se le da bien todo lo que intenta.

Alternamos la elección de canciones y, en algún punto, las canciones se vuelven más lentas y los bajos más profundos. Nuestros bailes tontos se transforman en algo menos inocente. Una especie de baile juguetón y de pique que hace que Wolf se incline hacia mí cuando yo me alejo, con el corazón latiéndome en los oídos.

Una banda sonora sensual para el deseo que flota en el aire entre nosotros, impregnándome la piel y agudizando mis sentidos.

Me ahueca la nuca con la palma y me acerca a él. —Ven aquí, nena —susurra contra mis labios. Mis tetas se aprietan contra su pecho y me muerdo el labio mientras lo miro por debajo de las pestañas. Nunca me había dado cuenta de lo alto que es hasta este

momento. Me pongo de puntillas solo para ver cuánto puedo acercarme, y no es suficiente.

Con su mano agarrándome la nuca, me mantiene quieta mientras nos balanceamos al ritmo de la música. El pulso me ruge en los oídos —y en el clítoris—, latiendo al compás de la canción.

Con la voz de Maddie en mi cabeza diciéndome que me trepe a él como a un árbol, deslizo mis palmas por sus abdominales y su pecho, cada relieve y hendidura aumentando mi deseo. Me humedezco los labios involuntariamente y empujo contra su duro pecho hasta que da un paso atrás. Sigo empujando hasta que la parte de atrás de sus rodillas choca con una silla. Deslizo mis manos hasta sus hombros, la piel suave y caliente, y lo empujo hasta que se sienta. Usando sus hombros como palanca, me siento a horcajadas sobre él, pero no me hundo. Todavía no.

Me doy un minuto para explorar y le paso las manos por el pelo, tirando con firmeza. Él gime y entorna los ojos. Le gusta un toque de dolor con su placer, puedo trabajar con eso.

En un movimiento rápido, me hundo en su regazo; su polla dura golpea todos los puntos correctos. Agarrándole del pelo, tiro de su cara hacia la mía. Le paso la lengua por los labios, y toda apariencia de control se desmorona. Él se lanza hacia delante, rodeándome la espalda con los brazos hasta que sus manos tocan mis omóplatos. Me besa con posesión, dominando mi boca. Renuncio al control y le devuelvo el beso, hambrienta de esa conexión que parece mucho más que simple lujuria.

Muevo las caderas, gimiendo al sentir su polla golpear mi clítoris en el ángulo perfecto. Aparto la boca a un lado, jadeando en busca de aire, sin detener nunca el movimiento de mis caderas. Wolf recorre mi cuello con su nariz, dejando besos calientes y con la boca abierta.

—Wolf. —Suspiro su nombre, con la respiración entrecortada cuando él empuja al mismo tiempo que yo me hundo con fuerza—. E-estoy a punto.

Él gime, su aliento rozando mi piel sonrojada. —Eso es, Red. Justo ahí.

VEINTICUATRO

RUSH

LA MÚSICA RETUMBA desde algún lugar del fondo de la casa, y aunque está alta, conozco a mi hermano. Tiene a alguna chica con él.

Esa es la única cosa buena de esta casa: cada pequeño ruido se oye. Llevo años diciéndole a Da que es demasiado grande para los cuatro, pero siempre ha insistido en que el espacio extra es necesario cuando vienen los otros miembros... y por las apariencias. A la mierda las apariencias, yo prefiero la seguridad de saber que mi casa es segura. Y eso no me lo da este museo al que llamamos hogar. Por eso en parte sugerí el confinamiento. Parece que estamos al borde de otra puta guerra.

Camino despacio por el pasillo, los músculos tensos, y saco mi Sig Sauer favorita de la parte de atrás del pantalón. Dave no ha mencionado haberle aprobado la entrada a nadie, pero subestima la afición de mi hermano por las mujeres. Es más que capaz de colar a alguien sin disparar ninguna alarma. Mi dedo en el gatillo se estremece cuando pienso en a quién podría haber traído a casa. ¿Alguna tía al azar de por aquí o una infiltrada enviada para mandarnos a todos a conocer a nuestro creador?

No me fío de nadie. No con la de gente que están reventando a diestra y siniestra, combinado con la falta de información sobre

quién coño es el enemigo.

Cuanto más me acerco a la cocina, más fuerte suena la música. Deben de ser los altavoces empotrados que casi nunca usamos. Solo me acuerdo de que los tenemos porque utilicé parte del cableado para el sistema de seguridad mejorado que instalé hace unos años.

Jesucristo.

La música suena lo bastante alta como para tapar a un puto pequeño ejército irrumpiendo en la casa, ¿en qué coño está pensando? Podría ser cualquiera ahora mismo, y ese capullo y su *invitada* estarían eliminados antes de oír siquiera un crujido en el suelo.

Debería haberme quedado esta noche en el piso compartido de la ciudad y haber dormido de verdad, pero joder, quería llegar a casa y comprobar cómo estaba mi chica. Hace un tiempo monté un sistema básico de seguridad fuera de su piso, y tengo un acuerdo con unos cuantos amigos en la ciudad que le echan un ojo. Aunque no he sabido nada de ellos, la explosión de Mama Rosa's me tiene de los putos nervios. He pasado mucho tiempo en el pub, y ahora que hay un jugador desconocido en el tablero, no sé lo que no sé.

Y odio de verdad no saber.

Me planto en la entrada de la cocina, aún medio oculto por las sombras. Aprieto la mandíbula y cierro con más fuerza la mano alrededor de la pistola al ver a Wolf sentado en una silla del rincón del desayuno, de frente a mí, con una pelirroja a horcajadas sobre su regazo. Llevando solo una camisa enorme.

Entrecierro los ojos mientras asimilo la situación, sobre todo a la pelirroja. Hay algo vagamente familiar en el color de su pelo.

Si no estuviera tan jodidamente cansado, probablemente vería la situación con más claridad. Pero no he dormido más de unas horas en los últimos días, y mi paciencia ya era escasa en el mejor de los casos.

Ahora mismo es inexistente.

Doy dos pasos dentro de la cocina. —¿Qué coño, Wolf?— Mi voz, amenazante y alta, rebota en las paredes. La pelirroja pega un brinco, casi sale volando de su regazo, y yo esbozo una sonrisa torcida. Es una cosita nerviosa...*bien*.

Camino hasta el frigorífico, donde está el panel de control, y bajo la música. No le doy la espalda a Wolf en ningún momento, y él se da cuenta.

Entornando los ojos, aprieta las manos alrededor de su cintura. Sin apartar la mirada de mí, dice en voz baja. Shh, Red. Solo es mi hermano.

Mi mirada se fija en la forma posesiva en que sus manos se flexionan alrededor de su cintura, justo debajo de donde su pelo húmedo cae en ondas por la espalda. Me apoyo en la encimera junto al frigorífico y observo a mi hermano y a su juguete. —¿Y esto qué es ahora?— Hago un gesto hacia él y la pelirroja con la pistola.

Las cejas de Wolf se fruncen mientras me mira un momento. —¿Quieres dejar de hacer el gilipollas y bajar el arma?

Suelto una carcajada sarcástica. —¿Yo?— Resoplo y me separo de la encimera. ¡Yo no soy el que está poniendo a todos en peligro trayéndose un putón a casa cuando estamos al borde de una guerra! —. La voz me va subiendo según hablo, y al final le estoy gritando. ¡Podría ser un puto caballo de Troya, Wolf!

Por el rabillo del ojo veo a la pelirroja dar otro respingo y pegarse más a mi hermano, y algo dentro de mí se tensa al máximo. Noto la vena de la sien palpar mientras vuelvo a aferrar la pistola.

Sé que estoy actuando de forma irracional, pero si yo no me aseguro siempre de que estamos a salvo, ¿quién lo va a hacer?

Observo, con los ojos entrecerrados, cómo Wolf le da unos golpecitos a la chica en el muslo desnudo y le murmura algo al oído demasiado bajo para que lo oiga. Ella se levanta y se aparta de su regazo, el pelo cayéndole por la cara. Wolf la coloca detrás de él y deja de estar a la vista por completo.

Hay algo dolorosamente familiar en ella; debe de ser el color. Solo he visto ese tono de rojo unas pocas veces en mi vida, y una de ellas es el de mi pajarillo.

Wolf da unos pasos hacia mí, con las cejas fruncidas y la cabeza inclinada hacia un lado. —Vamos, hermano. Aquí no hay nada turbio. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Me froto la cara con una mano y echo la cabeza hacia atrás para mirar al techo. —No lo sé. He pillado unas horas en estos últimos

días—, digo con un suspiro. Vuelvo a mirar a mi hermano y añado: Pero no puedes estar trayendo tías aquí como de costumbre, tío, esta vez va en serio.

La mandíbula se le tensa. —Ya sé que va en serio—, escupe—. Y no he traído a nadie—. Inclina la cabeza hacia un lado—. Es la amiga de Lana.

Al mencionar a Lana, unos ojos castaños cálidos, del color de mi whisky favorito, asoman por encima del hombro de Wolf. Y a mi corazón se le para el puto mundo.

—¿Declan?

VEINTICINCO

ALAINA

SIENTO un mareo cuando mis ojos se encuentran con los de Declan, mi hombre misterioso del O'Malley's Pub.

—¿Declan? —pregunto de nuevo cuando nadie me responde a la primera. Sus ojos se abren como platos y se queda boquiabierto una fracción de segundo antes de que su cara se transforme en la familiar máscara inexpresiva que estoy acostumbrada a ver en el pub cada semana. Todas las semanas excepto la pasada, cuando me besó como si yo fuera el mismísimo oxígeno que necesitaba para vivir.

Doy dos rápidos pasos hacia atrás. —N-no lo entiendo. ¿Qué está pasando? —Miro alternativamente a Wolf y a Declan, esperando que alguien me explique qué coño está pasando. Mi espalda choca contra la encimera y hago una mueca de dolor cuando los tiradores de los cajones de los trastos se me clavan en la columna.

¿Pero qué coño está pasando ahora mismo? Para mi absoluto horror, los ojos se me empiezan a llenar de lágrimas. Una maldición que arrastro desde pequeña: cada vez que me enfado o me asusto, me pongo a llorar. Un mecanismo de defensa de mierda, si me preguntas a mí.

El universo debe de haberse apiadado de mí, porque ninguno de los dos me está mirando. En vez de eso, se comunican con las cejas

y las mandíbulas apretadas. El silencio es desconcertante.

Wolf pivota, de modo que tanto Declan como yo quedamos a su vista, pero no dice nada. Lo miro fijamente, suplicándole con los ojos que me explique qué está pasando.

—¿Wolf? —lo apremio—. Dijiste que tus hermanos se llamaban Rush y Sully. *No* Declan. Así que, ¿qué coño está pasando?

Wolf baja la cabeza lentamente para mirarnos a Declan y a mí. Una sonrisa cruel se dibuja en sus labios mientras dice: —Red, te presento a mi hermano Declan, pero todo el mundo lo conoce como Rush. —Da unos pasos hacia la silla en la que he estado sentada a horcajadas sobre él hace diez minutos y la empuja hacia mí de una patada—. Siéntate. Parece que tenemos algunas cosas de las que ponernos al día, ¿no te parece, hermano? ¿O debería llamarte Declan ahora? —se burla, y el veneno gotea de cada palabra que le lanza a Declan.

Me cuesta entender la dinámica que hay aquí, pero una cosa es segura: esto me viene muy grande. Me toco el punto dolorido de la espalda donde me he clavado el tirador del cajón, y el dolor es suficiente para atravesar la niebla que me nubla el cerebro ahora mismo.

Mientras Declan —*Rush*— y Wolf se lanzan miradas asesinas, abro sigilosamente el segundo cajón y deslizo la mano dentro.

—Entonces, ¿has decidido que la mejor manera de sacarle información a la chica de Lana es con la lengua? —gruñe Rush, con las fosas nasales dilatadas. Este es un lado de Rush que nunca he visto en todas las semanas que ha venido al pub.

Wolf se ríe; un ruido cáustico que parece incitar a Rush aún más, a juzgar por sus puños apretados.

Aparto los papeles sueltos y los menús de comida para llevar y busco a tientas la pistola que encontré ayer... ¿o ha sido hoy? Me siento como Alicia después de caer por la madriguera del conejo y aterrizar en el País de las Maravillas, donde el tiempo no funciona igual y todo es alucinante y está plagado de dobles sentidos.

—¿Qué pasa, Rush? ¿Tienes celos de que tuviera el coño perfecto de Red restregándose contra mi polla mientras tú estabas

perdiendo el tiempo en la ciudad? —se mofa Wolf con una mueca de desprecio.

El frío metal de la Sig Sauer me roza la punta de los dedos y la empujo lentamente hacia delante. Hago una mueca cuando choca con algo dentro del cajón, pero ninguno de los dos se digna a mirarme.

Siento la violencia vibrando en el aire.

Rush ladea la cabeza. —Ah, ¿te refieres a mis sobras, *hermano*?

Wolf me clava su mirada furiosa. —¿De qué coño está hablando, Red?

Rush se gira para mirarme, de pie cerca de Wolf. —Sí, Red, ¿por qué no le cuentas a mi hermano cómo estabas encima de mí hace solo unos días? —La sonrisa de Rush es dura y provocadora.

El dolor cruza la cara de Wolf por un momento antes de que lo que ahora llamo la mirada de los Fitzpatrick ocupe su lugar.

Ser el blanco de una mirada de los Fitzpatrick ya es más que suficiente; dos me parece excesivo. Aprieto los dientes mientras los miro a ambos, con la mano firmemente aferrada a la empuñadura de la pistola.

En un movimiento rápido, la saco del cajón y los apunto. Me tiemblan las manos y no tengo fuerzas para avergonzarme de ello. La adrenalina se me está disparando de nuevo, y mi instinto de lucha o huida me grita que corra. Lo reprimo todo en un lugar profundo donde no pueda alcanzarlo. Ahora mismo, todo lo que necesito es largarme de esta casa de la risa de los Fitzgerald e irme lo más lejos que pueda.

Muevo los dedos de los pies, recordando que sigo descalza y que llevo un bañador y una camiseta enorme. Una pesada frialdad nace en la boca de mi estómago y se extiende hacia fuera, cubriendo mi pánico y reemplazándolo con entumecimiento y fría premeditación.

Doy un paso de lado pegada a la pared, hacia el pasillo, sin apartar los ojos de ellos. Soy lo bastante lista como para darme cuenta de que ellos son los verdaderos depredadores en esta habitación; yo solo soy una oveja con piel de wolf.

—Esto es lo que va a pasar. Voy a salir por esa puerta principal, y vosotros vais a dejarme. —Doy dos pasos más y observo cómo sus

miradas siguen cada uno de mis movimientos como verdaderos depredadores.

De pie uno al lado del otro como están, lo veo. Sus brazos gruesos cruzados sobre pechos anchos y musculosos, las cejas prominentes fruncidas sobre ojos entrecerrados y mandíbulas fuertes y similares. Definitivamente son familia.

—No sé qué coño está pasando, pero no voy a participar en este jueguito. Ni siquiera quiero saber cómo conseguisteis que mi madre os siguiera el rollo. —Me impresiona lo firme que suena mi voz.

Wolf descruza los brazos y los sacude, flexionando las manos. Rebota sobre las puntas de los pies como si se estuviera preparando para correr detrás de mí. Joder. Va a ver mi farol.

—Wolf —suplico en voz baja—. Por favor, no hagas esto.

—Lo siento, nena, no puedo dejar que te vayas —responde, con arrepentimiento en los ojos.

—¿Declan? —dirijo mi mirada hacia él, y él solo niega lentamente con la cabeza, sin apartar nunca su mirada de la mía.

—Entonces no me dejáis otra opción —digo mientras doy otro paso hacia atrás, hacia el oscuro pasillo.

—Siempre hay una opción, pajarillo —dice Rush mientras mira por encima de mi hombro y asiente.

Me doy la vuelta bruscamente para ver hacia dónde asiente. —¿Qué...?

—Eh, eh, eh —dice un hombre mientras me arrebató la pistola de la mano—. Parece que he llegado a casa justo a tiempo, ¿eh? —Se ríe entre dientes, con su voz oscura y profunda—. ¿Qué haríais sin mí para limpiar siempre vuestros líos? El seguro todavía estaba puesto, de todos modos.

Estoy paralizada y siento el pecho oprimido al oír su voz.

Me agarra del hombro y me hace girar, de modo que vuelvo a estar de cara a la cocina. —Venga, acabemos con esto de una vez. Me muero de hambre. Ha sido un viaje larguísimo desde el norte.

La conmoción me vuelve sorprendentemente dócil, y no opongo mucha resistencia mientras me conduce a la fuerza de vuelta a la cocina y hacia la zona del desayuno.

Me doy la vuelta, mi pelo le da un latigazo, con el corazón en un puño. Y me encuentro cara a cara con uno de los hombres más guapos que he visto en mi vida. Pelo rubio oscuro y revuelto, lo bastante largo como para llegarle a las orejas, barba de varios días cubriendo su afilada mandíbula y unos ojos del color del mar antes de una tormenta.

Mi exnovio.

Un zumbido me llena los oídos mientras el color se le va de la cara y sus ojos se abren como platos. —Joder. ¿Alaina?

Eso es lo último que oigo antes de que todo se vuelva negro.

OBSERVO CÓMO MI HERMANO PEQUEÑO, Sully, desarma a la fogosa pelirroja en un rápido movimiento. Odio el pánico que veo en sus ojos, pero no puedo dejar que se vaya.

No solo porque Da me arrancaría la cabeza, sino porque *yo* tampoco sé qué coño está pasando. Miro a Rush por el rabillo del ojo. Su rostro es un vacío de emoción, pero aprieta y relaja los puños. Nunca lo he visto tan jodidamente nervioso.

Me está acojonando cosa mala. Resoplo mientras me cruzo de brazos e intento concentrarme en lo que dice Sully.

—¿Cuándo ha llegado? Pensaba que estaba con los chicos en el norte —le digo en voz baja a Rush.

Su intensa mirada sigue a Sully y a Red como un halcón y se le marca una vena en el cuello. —No lo sé —murmura—. Ya no sé qué coño está pasando, y no me gusta una puta mierda.

Sully empuja a Red hacia el rincón del desayuno, y ella se gira, con el pelo alborotado, para encararlo.

—Joder, ¿Alaina? —dice Sully con voz ahogada. Un segundo después, los ojos de ella se abren como platos antes de cerrarse de golpe y desmayarse.

Me lanzo hacia ella, pero Sully la coge antes de que yo llegue. La sujeta con un brazo por la espalda y el otro bajo las rodillas. Se gira

para encararnos, sosteniéndola cerca de su pecho.

—Más os vale que uno de vosotros, hijos de puta, empiece a hablar. ¿Qué coño hace mi exnovia en nuestra casa? —ruge Sully.

No me habría sorprendido más si Tom Hanks entrara por la puerta del patio silbando una canción de Whitney Houston que ver a mi hermano perder los estribos por completo. Mejor dicho, *mis hermanos*.

Rush pende de un hilo, y no estoy seguro de qué lo hará estallar: el hecho de que Red sea la ex de Sully, el hecho de que hace treinta minutos yo le estuviera metiendo la lengua hasta la garganta o el hecho de que sea la hija de Lana. Lo que no acabo de entender es cómo la conoce, porque es imposible que se ponga tan de los nervios por una chica a la que apenas conoce. No, conozco a mi hermano lo suficiente como para saber que aquí hay algo más en juego.

Doy un paso hacia Sully y alargo la mano para coger a Red. —Anda, la llevo a su habitación. Luego creo que tenemos que hablar... todos —digo bruscamente.

Sully la aprieta más contra su pecho y resopla. —Por favor, apenas pesa. Ya la llevo yo.

Red gime y se lleva una mano a la cabeza. —¿Q-qué está pasando? —Sus ojos asustados buscan primero a Sully, luego a mí, y me cuesta reprimir mis celos.

Lo miro fijamente por un momento antes de asentir. —Sígueme. Te has desmayado, Red. Te llevamos a tu habitación para que descanses. —Vuelvo a mirar a Rush mientras guío a Sully fuera de la cocina—. Tú también, Rush.

Rush mira a Red en brazos de Sully con la intensidad de un león observando a una gacela, esperando el momento adecuado para atacar.

Me siguen por el pasillo y subimos las escaleras hasta el segundo piso. Giramos a la izquierda hacia nuestros dormitorios. —Está en la habitación de invitados rosa. —Me detengo frente a la puerta de su dormitorio y respiro hondo. Un hormigueo me recorre la espalda mientras busco el pomo. Esto parece algo más que simplemente llevar a la exnovia de Sully, que ahora es mi chica y posiblemente

nuestra nueva hermanastra, a su cama después de que se desmayara.

Vaya, qué pensamiento más jodido y raro.

Pero es verdad. Esto parece algo más que el simple acto de abrir una puerta. Parece que estamos a punto de entrar en territorio inexplorado, y yo no tengo los putos planos.

Respiro hondo, giro el pomo y abro la puerta.

No es la primera vez que entro aquí, así que voy directo a su cama y ayudo a Sully a acomodarla. Le inclino la cabeza hacia un lado y me aseguro de que no tenga golpes ni moratones. No creo que se haya golpeado la cabeza, pero el gran corpachón de Sully me tapaba casi toda la vista.

—No se ha golpeado la cabeza —confirma el hombre en cuestión como si me estuviera leyendo la puta mente.

Ella coloca su mano sobre la mía en su cara. —Tiene razón. Solo ha sido la impresión. Estoy bien. —Sus grandes ojos están abiertos de par en par y me suplican algo que no estoy seguro de poder darle. No tengo respuestas.

—Mierda, tío —hago una mueca—. Se me había olvidado lo fácil que lees a la gente.

Se encoge de hombros como respuesta, mirándola por un momento antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

—Joder —murmura Rush mientras se adentra en la habitación, observando todo a su paso—. Había olvidado lo absolutamente *rosa* que es esta habitación. ¿Por qué no le dieron la de invitados azul o la gris? Son menos... estridentes.

Me encojo de hombros. —Ni idea. Supongo que Da pensó que le gustaría el rosa por ser una chica. Hablando de Da, creo que tenemos que tener una conversación con él, ¿no? —Le clavo la mirada a mi hermano.

Rush asiente. —Sí, pero no aquí. —Su rostro se suaviza cuando la mira en la cama, y eso me acojona más que nada—. Quédate aquí y descansa, ¿vale?

Nunca he visto a mi hermano mirar nada de la forma en que la mira a ella; ni siquiera a la única chica que trajo a casa durante un tiempo.

Ella nos mira a Rush y a mí antes de finalmente asentir.

Sigo a Rush a su habitación al otro lado del pasillo, pero dejo la puerta de ella entreabierta. Quiero poder oírla si necesita algo. Una vez que estamos dentro de la habitación de Rush, él va directo a sus monitores, enciende los seis y empieza a teclear.

Cojo asiento en su tumbona de la esquina y miro a Sully, que ya estaba sentado en el sofá de enfrente. Saco mi móvil, marco el número de Da y le dejo un mensaje de voz cuando no contesta. — Da, soy yo. Tenemos una pequeña situación aquí, pero nada que requiera dulces. Es sobre nuestro pequeño pajarito... Llámame cuando oigas esto. —Cuelgo y apoyo la cabeza contra la pared.

Mientras Rush murmura para sí mismo mientras sus dedos vuelan sobre el teclado, supongo que no hay mejor momento que el presente para empezar a desenredar este puto lío.

—¿Por qué estás en casa, Sully? Lo último que supe es que Da te envió a Nolan para ser nuestros ojos y oídos allí. —Lo observo con atención.

—Y lo era. Pasé tres días allí, y eso fue más que suficiente para deducir que nadie allí sabe una mierda. Y definitivamente no están planeando una guerra. Luego llamaron a Nolan para una reunión familiar al otro lado del charco, así que cuando recibí el mensaje de voz de Rush para que volviera antes, lo hice.

—Joooooder. —Gimo e inclino la cabeza hacia adelante para mirarlo—. ¿Te dijo Rush *por qué* quería que volvieras a casa? —Tamborileo los dedos sobre mis piernas mientras espero su respuesta.

—No —soltó—. Así que imagina mi sorpresa al llegar a casa y encontrarme a Alaina en nuestra cocina.

—Mama Rosa's ha ardido esta noche —dice Rush mientras se gira para mirarnos—. Ha habido algunas víctimas. Lo siento, tío. Sé cuánto te gustaba ese lugar... y esa gente.

Se presiona una palma en la boca, la desliza hacia abajo y su nuez sube y baja varias veces antes de volver a hablar. —¿Sabemos quién?

Rush niega con la cabeza. —Todavía no, pero había una fiesta del té. No estoy seguro de si Matteo estaba allí o no.

Sully agacha la cabeza, pasándose las manos por el pelo. — ¡Maldita sea! —ruge mientras se levanta. Saca el teléfono del bolsillo y llama a alguien—. Más te vale no estar muerto, hijo de puta —murmura con el teléfono en la oreja—. Buzón de voz —refunfuña—. Matteo, acabo de enterarme de lo de Mama Rosa's; devuélveme la llamada en cuanto puedas. —Termina la llamada y lanza el móvil a la mesa de café que hay entre nosotros.

—No sabemos quién empezó el fuego, pero considerando que era un lugar que frecuentábamos, y que Matteo está ascendiendo en la familia Russo, podría haber sido por cualquiera de nosotros —ofrece Rush.

—Sí, excepto que nosotros solemos estar en la ciudad los viernes, no los lunes —desafía Sully.

—Sobre eso —digo con un deje de aspereza en la voz—, ¿quieres decirnos cómo conoces a Red?

—¿Quién coño es *Red*? —se burla Sully.

—No —dice Rush simplemente.

—¿No? ¿Qué quieres decir con *no*? Así no funcionan las cosas, capullo. No nos guardamos secretos, y ella —señalo hacia su habitación al otro lado del pasillo— parece un puto secreto bastante grande ahora mismo.

Rush se aprieta el puente de la nariz y suspira audiblemente. — Está bien. Dadme un minuto para comprobar una cosa. Estoy intentando ver si puedo encontrar alguna grabación de Mama Rosa's esta noche. —Gira su elegante silla de ordenador de cuero y empieza a hacer clic, mostrando diferentes grabaciones de cámaras de seguridad en una pantalla.

Veo la entrada familiar del O'Malley's Irish Pub en una pantalla, y la curiosidad me puede. Me acerco para ponerme detrás de él y esperar a que me explique lo que estamos viendo.

—No te pongas detrás de mí —espetea Rush sin siquiera mirar.

—Vale —resoplo, poniendo los ojos en blanco. Me muevo a su derecha—. ¿Qué estamos viendo? ¿Y por qué tienes vigilado O'Malley's?

—Estas son cámaras de seguridad que he sacado para ver si puedo conseguir ángulos diferentes. Y esto —señala el monitor con

O'Malley's— es por mi propia protección. Estoy allí todos los viernes por la noche, sería estúpido no tenerlo vigilado.

Asiento. —Tiene sentido.

Resopla, pero no responde. Cinco minutos después, ha revisado todas las cámaras de seguridad de la zona y no ha encontrado nada. Suelto un suspiro y vuelvo al sofá, sentándome en un extremo.

Rush se acerca a su minibar en la esquina de la habitación. Saca tres vasos de highball y nos sirve a cada uno tres dedos de su whisky favorito. Los trae a la zona de estar y los coloca en la mesa de café antes de sentarse en el sillón a mi lado.

—Muy bien, hermanos, creo que vamos a necesitar esto para esta conversación.

Las cejas levantadas de Sully se corresponden con las mías.

Alcanzo mi vaso y tomo un sorbo. El whisky es suave con un agradable toque picante al final.

—Empiezo yo —ofrezco cuando nadie dice nada durante un minuto—. Conocí a Red..., a *Alaina*, cuando la recogí en la estación de tren. Y con la excepción de la primera noche, cuando Da y yo cenamos con ella y Lana...

—¿Cómo estaba su madre? ¿Actuaban, no sé, de forma diferente? —pregunta Sully.

—¿Diferente cómo? —Me rasco la barba incipiente de la mandíbula.

Se encoge de hombros. —Ni idea. ¿Esquivas o demasiado amables o lo que coño sea que hace la gente cuando intenta timarte?

—Nah. —Niego con la cabeza y tomo otro sorbo—. En todo caso, su madre actuaba como si no quisiera a Red cerca. —Hago una pausa—. ¿Alguna vez has oído hablar de un padre que no va a la graduación de su hija porque estaba demasiado ocupado de compras? —Frunzo los labios y me paso una mano por la nuca.

Rush niega lentamente con la cabeza. —Mmm. Eso es... un comportamiento extraño. Investigaré más a fondo a Lana ahora que tenemos a Alaina para vincularla con ella. —Se queda mirando su vaso casi vacío y murmura—: Sigo sin explicarme por qué no pude encontrar nada sobre ella antes.

—Bueno, solo hemos estado nosotros aquí. Así que hemos estado pasando el rato. —Finjo indiferencia.

Rush me fulmina con la mirada mientras bebe su whisky. — Seguro que no parecía que solo estuvierais *pasando el rato* cuando os he visto antes.

—Los celos no te sientan bien, hermano —me burlo con una sonrisa despectiva—. Y ¿qué pasa si me gusta?

—Eh, eh. Para el carro. ¿Quién ha dicho nada de que te guste? ¡Apenas la conoces! —interrumpe Sully, con la voz cargada de rabia.

—¿Ah, sí? ¿Y tú sí? —lo desafío.

—Sí, yo sí. —Me fulmina con la mirada, con la mandíbula apretada.

—¿Y eso cómo es? —Su actitud de mierda me está cabreando.

—Salí con ella.

Tengo que apretar los puños para no borrarle esa sonrisita de suficiencia de la cara de una hostia. Sully me levanta las cejas en señal de desafío, el capullo.

Rush deja de remover su bebida y mira a nuestro hermano. —Sí, sobre eso. ¿Por qué nos enteramos ahora? —pregunta con voz monótona—. ¿Cuándo? ¿Y durante cuánto tiempo?

Sully se termina la bebida de un trago y golpea el vaso contra la mesa de café. —Hace dos años. ¿Os acordáis de la emboscada en Brooklyn hace dos veranos? —Hace un gesto para que le sirvan otra copa y Rush obedece.

Rush y yo asentimos. No creo que ninguno de nosotros olvide ese verano en mucho, mucho tiempo. Quizá nunca.

—Salimos ese verano.

—¿Cómo os conocisteis? —pregunto, tomando un sorbo de mi bebida.

Sully exhala e inclina la cabeza hacia atrás para mirar el techo. — Nos conocimos cuando tuve que hacer trabajos comunitarios en la biblioteca de la ciudad.

—¿No jodas? ¿Red tiene antecedentes? —silbo por lo bajo—. Tengo que decir que no me lo esperaba.

—No tiene antecedentes, gilipollas. Estaba allí por créditos escolares. —Sully me mira con desdén.

—Vale, entonces, ¿por qué no habíamos oído hablar de ella hasta ahora? —Rush aprieta la mano alrededor de su vaso mientras mira a nuestro hermano.

Sully mira fijamente a Rush, con los ojos duros. —Quería guardarme algo para mí. —Se encoge de hombros—. Pero al final, no importó.

—¿Qué pasó? —mascula Rush.

Sully se encoge de hombros como respuesta. —La Hermandad.

Todos nos quedamos en silencio por un momento, y yo intento averiguar qué coño significa el acertijo de Sully.

—Bueno, hablando de la emboscada. ¿Alguno de los dos recuerda cómo empezó todo? —pregunta Rush mientras juega con el hilo suelto de la silla. Su comportamiento inusualmente nervioso me pone de los nervios. ¿Qué coño está tramando ahora?

—¿Cómo íbamos a olvidarlo? Me rompí la muñeca —dice Sully sin inmutarse.

—No, quiero decir, ¿recordáis por qué empezó a pelear el consejo joven? O mejor dicho, ¿por *quién*?

Asiento y me paso los dedos por el pelo, echándomelo hacia atrás. —Sí, un pequeño pajarillo que los cuatro querían reclamar.

Rush asiente y sus ojos se iluminan con anticipación por la bomba de sabiduría que está a punto de soltarnos. Desvío mi mirada hacia Sully para medir su reacción. Ceño fruncido y músculos tensos. Genial.

—Exacto. ¿Y recordáis lo que decidimos los tres? —Oigo la nota de júbilo en la voz de Rush, y el vello de la nuca se me eriza.

—El pacto —murmura Sully.

—Sí, nuestro pacto. —Rush se termina la bebida y hace girar el vaso en su palma—. Entonces, ¿qué será, hermanos?

Nadie habla por un momento. Rush apenas puede quedarse quieto, y entonces caigo en la cuenta. Ladeo la cabeza. —¿Estás hablando de activar el pacto... con Alaina?

Él asiente, con el rostro serio. —Eso es exactamente lo que propongo.

VEINTISIETE

SULLY

—NO. No, *joder, no*. No sabéis lo que me estáis pidiendo. No solo esa zorra...

—*No* la llames zorra —gruñe Wolf.

Lo fulmino con la mirada y aprieto los dientes.

—No solo se largó y desapareció un puto día, sino que ahora está... ¿qué?, ¿viviendo por arte de magia en nuestra casa? ¿Por qué soy el único que cree que esto es un problema?

Wolf mira de reojo a Rush, y nunca he estado más agradecido por mi capacidad para leer a la gente. Veo a través de la puta máscara que lleva Rush y distingo su regocijo ante la perspectiva de compartir a Alaina.

Me froto la nuca y me quedo mirando el suelo, pensando en qué puedo decir para que lo entiendan.

—¿Recordáis que volví a la ciudad unos días después de la explosión?

Wolf resopla.

—Sí, lo recuerdo. También fue una gilipollez. Tenías un montón de huesos rotos y una pinta de mierda. Todos la teníamos.

Asiento, todavía con la vista en el suelo.

—Sí, fui a la NYPL porque no podía localizar a Lainey. Se suponía que había quedado con ella la noche de la emboscada, pero por

razones obvias, no aparecí. Mi móvil se jodió en el almacén y Buzz no pudo sacar nada de él, así que no tenía forma de ponerme en contacto con ella. Lo último que recuerdo con seguridad haberle escrito es que no podía quedar esa noche. —Me paso una mano por la cara y suelto el aire, con los hombros cargados por el terror fantasma que sentí durante esos días—. Y como sabíamos que había un soplón, me estaba volviendo loco pensando en que le pudiera pasar algo. Así que fui a la ciudad a buscar a mi chica.

—¿Qué pasó? —pregunta Wolf tras un momento de silencio.

Una risa cruel se me escapa de los labios al pensar en lo que ocurrió aquel día.

Subo los escalones de la Biblioteca Pública de Nueva York con más fe que otra cosa. Es una verdadera prueba de la pasta de la que están hechos los neoyorquinos que nadie se inmune al verme cubierto de cortes y moratones. Tengo una muñeca rota, un hombro dislocado, la nariz rota y una docena de cortes y contusiones visibles.

Siento como si una jodida banda de música al completo estuviera tocando dentro de mi cabeza, y lo único que quiero es ver a mi chica. Mi móvil está jodido y todavía no me he aprendido su número de memoria. Sé que hemos terminado nuestro proyecto de la NYPL, pero espero poder camelarme al director del programa, Ira, para que me dé su número o su dirección o alguna mierda. Solo necesito ver a mi chica. Sentirla en mis brazos. Cualquier cosa para calmar el pánico creciente en mi pecho de que alguien la haya cogido.

—Que era un puto fantasma, eso es lo que pasó. El director del programa no tenía su información personal, un hecho que solo admitió después de que lo amenazara como era debido. Y ninguno de sus compañeros de clase estaba ya en la biblioteca. Y en todo el tiempo que estuvimos juntos, nunca le pregunté dónde vivía. —Me río sin pizca de gracia.

—Joder —resopla Wolf, la compasión tiñendo sus palabras.

Miro a mis dos hermanos y les digo la verdad, mi verdad.

—Volví a esa escalinata todos los putos días durante un mes, esperando y rezando para que apareciera. —Hago una pausa y miro

por la ventana; las luces del patio trasero emiten un suave resplandor anaranjado en la noche.

Nunca lo hizo.

Todavía pienso en ella y en cómo sería mi vida ahora si hubiera respondido a sus llamadas ese día. O si le hubiera devuelto el mensaje. O si hubiera hecho cualquier cosa de forma diferente, la verdad. Durante mucho tiempo, cada pelirroja que veía era ella. Me giraba para mirar dos veces, deseando que fuera ella.

Nunca lo era.

—Así que, sí, la conozco.

Salgo furioso de la habitación de Rush, la rabia me pesa en las extremidades. No saben lo que me están pidiendo. ¿Cómo puedo simplemente ignorar el hecho de que la razón por la que mi corazón ya no late está ahora durmiendo a tres metros de mí?

Perdí la cuenta de en cuántos coños me ahogué después de darme cuenta de que no iba a volver. Pero nunca importó. Nunca la borró de mi mente. Se quedó jodidamente grabada en mi puta alma, y he hecho todo lo posible por borrar su marca en mí durante los últimos dos años. ¿Y ahora estos cabrones me piden que... qué, que me lance de cabeza otra vez?

No me sorprende en absoluto ver a la chica en cuestión de pie en el pasillo, fuera de la habitación de Rush. Ha perfeccionado el arte de parecer inocente mientras oculta la serpiente insensible que es por dentro.

La acorralo contra la pared, con cuidado de no tocarla. Nunca volveré a cometer ese error. Me mira con unos ojos enormes que brillan con lágrimas.

Involuntariamente, el recuerdo de la primera vez que la vi me recorre la mente mientras la contemplo.

Subo las interminables escaleras de la Biblioteca Pública de Nueva York, con Johnny a mi lado. Apartándome el cuello de la camisa del pecho sudoroso, abro las pesadas puertas de madera y entro en lo que será mi penitencia tres días a la semana en un futuro previsible.

Me detengo en el umbral para admirar la arquitectura y el lujo del espacio. El juez me hizo un favor cuando me asignó los trabajos

comunitarios en la biblioteca.

Me paso la mano por el pelo mientras miro alrededor de la sala y emito unos cuantos juicios rápidos: un grupo de chicas de Stepford con uniformes escolares a juego, un puñado de porretas y ella. El pelo del color del fuego y un aire de indiferencia me llaman como una polilla a la llama. Pero son sus ojos los que la delatan.

Doy un paso hacia ella y Johnny se acerca por detrás, dándome una palmada en el hombro.

—Espera.

Lo miro de reojo hasta que retira su mano. Da lo envió a la ciudad durante el verano... para vigilarme. Me sentiría insultado si realmente pensara que Da cree que necesito una niñera. En cambio, todo es una artimaña para trabajar con algunos socios diferentes en la ciudad, fortaleciendo el vínculo y toda esa mierda.

Suspiro al pensar en toda la mierda que tengo que hacer cuando terminen hoy los trabajos comunitarios.

—Hoy te esperaré, chico, pero por lo demás, estarás bien aquí —dice Johnny con cuidado de que su voz no se oiga demasiado.

Siento los ojos del clan de Stepford sobre mí, pero solo hay una persona que merece mi atención, y está sentada sola, colocando meticulosamente sus cuadernos.

—No te preocupes por mí, Johnny. Estaré perfectamente bien —murmuro, sin apartar los ojos de la pelirroja.

Camino hacia mi chica y Johnny me sigue un paso por detrás.

—Terminarás en solo cuatro semanas, James. Hiciste lo correcto. Estaré por aquí hasta que termines hoy —dice mientras me da unas cuantas palmadas más en el hombro.

—Sí, vale. Me vuelvo para verlo caminar hacia un mullido sillón en la parte delantera de la biblioteca.

Me giro para encarar a mi chica, y siento que una sonrisa ladeada tira de las comisuras de mi boca. Parpadea varias veces y el rosa más bonito le arrebola la parte alta de las mejillas. ¿Está ocupado este asiento?

Esas tres palabras sellaron mi destino más que cualquier otra cosa en esta vida; ni mis hermanos, ni la Hermandad, ni siquiera

cuando mis padres se largaron. Y joder, si no la odio un poco por ello.

Me inclino más, nuestros rostros a milímetros de distancia. Un hormigueo recorre mi cuerpo y aprieto con más fuerza las manos contra el yeso. La punzada de dolor me ancla aquí, tan cerca pero tan lejos del amor de mi vida que dejó atrás a este desgraciado como si nada. Mi rabia, enterrada durante tanto tiempo, se dispara al primer plano de mi mente, amenazando con estallar.

Me cuesta un esfuerzo consciente no dejarme absorber por las arremolinadas profundidades marrones de sus ojos. Siempre son las motas ámbar las que me atrapan: es un color tan jodidamente inusual y al que siempre me siento atraído.

Pero lo que me atraviesa el agujero del pecho que solía latir por ella —y solo por ella— es el anhelo en su mirada.

Sus labios se entreabren y exhala mi nombre en un suspiro.

—James.

Y eso es suficiente para hacer añicos el poco control que me quedaba.

Estrello mis labios contra los suyos, volcando cada pensamiento y sentimiento que he tenido por ella en este beso. Todo el amor y la lujuria y la devastación y el duelo solo alimentan el fuego que arde por esta única chica. Mi princesa del punk rock.

Cuando sus manos aprietan con vacilación mi camiseta y me atraen hacia ella, siento que pierdo el juicio por un momento.

Deslizando mis manos por la pared, ahueco su perfecto y exuberante trasero y la levanto en brazos. Lainey desliza sus manos por mi pelo y atrae mi boca hacia la suya. Nuestras lenguas se enredan y ella gime como si estuviera en éxtasis. Aprieto mi cuerpo contra el suyo y, de repente, es como si no hubiera pasado el tiempo.

Esa sensación, esa jodida sensación, me saca de mi neblina lasciva. Aparto mi boca de la suya, pero no la bajo. No creo que pueda todavía. Apoyo mi frente en la suya y cierro los ojos, tratando de calmar mi corazón desbocado.

—Que te jodan, Lainey. Que te jodan por irte y que te jodan por volver. —Las palabras torturadas se me escapan involuntariamente.

Abro los ojos para ver una única lágrima caer por su mejilla y la desolación en sus ojos.

—James —susurra.

Inclino mi boca sobre la suya en un beso brutal que termina tan rápido como empieza y la dejo caer sobre sus pies.

Doy un pequeño paso atrás y examino su rostro. Satisfecho de que no se va a caer ni a desmayar, asiento para mí mismo y doy otro paso atrás. Sigo retrocediendo hasta que estoy en lo alto de la escalera.

No se ha movido de su sitio contra la pared, solo me observa en silencio mientras me alejo de ella, con las lágrimas rodando sin cesar por sus mejillas sonrojadas.

Le doy una última mirada antes de dar media vuelta y bajar las escaleras corriendo.

Oigo el primer sollozo cuando llego al último escalón, pero no soy capaz de volver con ella.

Todavía no.

Quizá nunca.

VEINTIOCHO

ALAINA

NO ESTOY segura de cuánto tiempo paso fuera de la habitación de Rush, con el corazón dolido y el pulso atronando en mis oídos. Al final, me deslizo por la pared y me llevo las piernas al pecho, apoyando la cabeza en ellas.

Recuerdos de mi verano con James pasan ante mis ojos, y los cierro para no verlos, deseando que me dejen en paz.

Pero ese es el problema. Siempre ha sido ese el problema.

James es inolvidable.

—*He hecho una lista de reproducción para ti.* —James me pone un AirPods en la oreja izquierda antes de ponerse el otro en la derecha. Navega por su teléfono un minuto, mirándome una vez antes de que oiga las primeras notas de «Maps» de Yeah Yeah Yeahs.

Se me corta la respiración, nuestras miradas se entrelazan y se sostienen mientras ambos escuchamos a Karen O darnos una serenata con su promesa de que nadie te quiere como ella. Me lamo los labios, repentinamente secos. Esto se siente como una premonición y una promesa. Cuando termina la canción, empieza la siguiente, y me dejo caer al suelo, estirando las piernas frente a mí. James se sienta a mi lado y escuchamos a ese chico abrir su

corazón. Canta que las pecas de nuestros ojos son imágenes especulares y que, cuando nos besamos, se alinean perfectamente.

Para la tercera canción, siento un cosquilleo cálido por todo el cuerpo. Entrelazo nuestros dedos, dispuesta a pasarme el resto de mi vida escuchando esta lista de reproducción seleccionada que ha hecho para mí. Para la cuarta canción, siento el corazón lleno y apoyo la cabeza en su hombro. Esta lista es un vistazo al alma de James, y no voy a dejar pasar la oportunidad de sumergirme más profundo.

Me sobresalto y salgo de mi recuerdo cuando siento una mano en mi hombro.

—Oye. —La voz de Wolf está cerca.

Levanto la cabeza de las rodillas y la apoyo contra la pared. Aún no puedo mirarlo, pero por el rabillo del ojo veo que está agachado frente a mí, manteniendo el equilibrio sobre las puntas de los pies.

Suelto un gran suspiro. —Hola. Así que... tu hermano es mi exnovio —digo mientras lo miro con una sonrisa sin pizca de gracia.

Me observa un momento, recorriéndome la cara con la mirada. —Sí.

Estiro las piernas frente a mí, haciendo una mueca de dolor cuando el hormigueo me sube por las piernas. —Sin embargo, hay una cosa que no entiendo.

—¿Solo una? —Me toma el pelo con un guiño.

—¿Por qué los llamas por nombres diferentes?

Wolf se levanta y me tiende la mano. —Vamos, Red. Necesitamos alcohol para esta conversación.

Me quedo mirando su mano, sin mover un músculo.

—Vamos, nena. Conmigo estás a salvo, y sé que tienes preguntas. Vamos a aclarar algunas de ellas, ¿vale?

Asiento un par de veces. —Sí, de acuerdo. —Pongo mi mano en la suya y me levanta con más fuerza de la que esperaba, por lo que choco con su pecho. Su pecho, que sigue muy desnudo. Solo entonces me doy cuenta de que sigo llevando una camiseta de talla grande sobre el biquini. —Yo, ah, debería cambiarme rápido.

—Muy bien —señala con la cabeza la puerta contigua a la de Rush—, estaré ahí dentro. Tienes cinco minutos antes de que venga

a buscarte.

—Vale —murmuro.

Una vez a salvo dentro de mi habitación, me apoyo en la puerta, golpeándola suavemente con la cabeza un par de veces. De todas las personas del mundo, ¿cuáles son las probabilidades de que tenga un pasado no con uno, sino con dos de mis posibles nuevos hermanastros?

No, en serio, ¿cuáles son las probabilidades? Una entre un millón... o entre ocho millones, supongo. Me río de lo absurda que es mi vida.

Debería haberme quedado en la ciudad este verano. *Pero entonces no habrías conocido a Wolf*, rebate una voz.

Separándome de la puerta, cruzo la habitación hacia mi cama, donde he guardado la ropa cómoda de antes.

Mientras me cambio, pienso en cómo se van a volver locas Maddie y Mary cuando les cuente esto, y me río. Una risa profunda que se transforma rápidamente en una carcajada histérica durante dos minutos seguidos.

Para cuando recupero la compostura, me siento un poco mejor. Me paso la mano por debajo de los ojos para secar cualquier lágrima persistente y entro en el baño para echarme agua fría en la cara.

Casi no oigo el golpe antes de que se abra la puerta y entre Wolf.

—¿Llamar no se te ocurre? —Arqueo una ceja hacia él, con las manos en las caderas—. Podría haber estado desnuda.

Suspira burlón. —Ya hemos pasado por esto antes, Red, ¿recuerdas? Además, he oído ese extraño ataque de risa mental durante dos minutos y trece segundos, así que he imaginado que probablemente ya estarías vestida.

Me ruborizo, la vergüenza me calienta las mejillas. —¿Has oído eso?

—Estas paredes son finas, Red. Mejor recordarlo, ¿no crees?

Pienso en el par de veces que saqué el vibrador y me di placer, y siento que una oleada de calor me recorre el cuerpo. Curiosamente, no es vergüenza, es más como *todo es súper raro y no estoy segura de en qué punto estamos, pero definitivamente sigo interesada*. Sea como sea que se llame ese sentimiento.

—Espera. ¿Cómo sabes cuánto tiempo ha durado mi... —agito la mano en el aire— lo que sea?

Se mete las manos en los bolsillos de su pantalón de chándal gris, atrayendo mi atención hacia el bulto seriamente impresionante que luce. En palabras de mi prima: *Dios, me encanta la temporada de pantalones de chándal grises*. Aunque hoy estábamos a más de treinta grados, la mansión se mantiene fresca.

Wolf se encoge de hombros. —Lo cronometré.

Su arrogancia enciende un fuego en mi interior y, por un momento, olvido que es hermano de mi exnovio y de lo que sea que sea Rush.

—¿Para qué narices harías eso?

Sonríe, de esa forma feroz. —Quería asegurarme de que no te estaba dando un ataque o entrando en algún tipo de episodio loco. Si llegaba a los tres minutos, iba a entrar a ver cómo estabas.

No digo nada durante un momento. —Hay tantas cosas que podría responder a eso, pero sinceramente, está al final de la lista de cosas raras de hoy. Así que va a tener que esperar.

Él se encoge de hombros de nuevo y se da la vuelta para salir de mi habitación. —Vamos, Red. Vamos a por esa copa.

—Y las preguntas —añado, siguiéndolo—. No te olvides de las preguntas.

—No se me ocurriría. —Wolf estira el brazo hacia atrás para cogerme la mano. Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí hasta que caminamos uno al lado del otro por todo el camino hasta la cocina.

Wolf se dirige a otro armario con paneles de imitación y lo abre como una puerta. —¿Cuál es tu veneno?

—Ehm, lo que te parezca bien. No soy exigente.

Saca una botella, vasos y vasos de chupito, y lo pone todo sobre la mesa del rincón de desayuno. —Es noche de vodka —dice mientras camina hacia la nevera. Saca una botella de Sprite del cajón de los refrescos y se sienta conmigo a la mesa.

—¿Ah, sí? ¿Por qué no tequila o whisky?

—El vodka es para soltar secretos. El tequila para perder las inhibiciones. Y el whisky para cerrar tratos.

—Hala. Nunca había oído eso antes. ¿Te lo has inventado tú?

Sirve un chupito a cada uno antes de prepararnos un combinado.

—Mis hermanos y yo, sí.

—Vaya. —No estoy segura de cómo encaja todo esto, ni de cómo encajan estos chicos, pero cruzo los dedos para que Wolf me ayude a entenderlo un poco.

Sosteniendo su vaso de chupito, Wolf lo choca contra el mío. — Un brindis: por la verdad.

—Y por el vodka —añado, mirándolo fijamente.

—Y por el vodka —murmura. Entonces, al mismo tiempo, ambos echamos atrás nuestros chupitos. Hago una mueca por el ardor, pero Wolf se lo toma como alguien que está muy familiarizado con los chupitos de vodka.

Dos chupitos después, mis extremidades hormigean y tengo el punto justo de chispa para estar lista para empezar la Inquisición española.

—A ver, ¿qué pasa con los apodos? ¿Es una especie de nombre de guerra o algo así? —Mentalmente me felicito por lo segura que he sonado. Quiero decir, acabo de terminar una maratón de *Sons of Anarchy* el mes pasado, y podría imaginármelos perfectamente a los tres en un MC.

Él asiente. —Algo así. Los tenemos desde hace tanto tiempo que me suena raro oír mi nombre de pila.

—¿Cuál es tu nombre real?

—Conor.

—¿Tu segundo nombre?

Una sonrisa asoma en las comisuras de sus labios. —Nicolas.

—Conor Nicolas Fitzpatrick. —Pronuncio las palabras suavemente, probándolas en mi lengua. Y ni siquiera me sorprende que me guste cómo se sienten y suenan.

—Ese soy yo —murmura.

Entonces se me ocurre un pensamiento de la nada, interrumpiendo mi pequeña fiesta de deseo. —Espera un momento. ¿Por qué te llaman Wolf?

Bebe de su vaso y se lame los labios. —Ah, Red, no creo que estés lista para esa respuesta todavía.

—¿Qué? —Me quedo boquiabierta—. Dijiste que responderías a mis preguntas —le recrimino.

—Dije que sabía que tenías preguntas. Nunca dije que las respondería todas. —Me mira fijamente, la indecisión ensombrece su atractivo rostro—. Si sigues aquí dentro de seis meses, te lo contaré, ¿vale?

Asiento, pensando en todas las posibles razones por las que no puede decirme por qué o cómo consiguió su apodo.

—Entonces, ¿cómo conociste a mi hermano?

—¿A cuál?

Aprieta la mandíbula y se toma otro chupito de golpe.

Lo miro por encima del borde de mi vaso, fijándome en los tatuajes, la vibra amenazante que puede adoptar en menos de diez segundos y las armas que encontré escondidas por toda la casa. —¿A la Hermandad?

Wolf se queda quieto, con los ojos entrecerrados con sospecha. —¿Qué sabes de la Hermandad?

Me encojo de hombros e intento borrar de mi cara el júbilo que siento por dentro. Después de tantas sorpresas en un solo día, sienta bien atar al menos un par de cabos. —Recordé algo que James... ah, Sully, dijo una vez.

—¿Sully te habló de la Hermandad? —Wolf se frota la barbilla, mirándome sin verme realmente.

—En realidad no. Solo la mencionó un día, pero recuerdo que pensé que era una banda o algo así.

—¿Una banda, eh? ¿Qué te hizo pensar eso?

Su rostro es ilegible, así que no puedo saber si voy por el buen camino o simplemente me está siguiendo la corriente. En realidad no tengo mucho que perder, y si Wolf quisiera, siempre podría preguntarle al propio Sully.

Miro a través de las puertas acristaladas del patio hacia la noche oscura iluminada por la luna, y me asaltan más recuerdos de Sully —Dios, me va a costar acostumbrarme a eso— y de nuestro tiempo juntos.

Me encojo de hombros. —Nudillos magullados con frecuencia, una interacción en un restaurante, sus dos teléfonos de prepago y

las armas.

Levanta las cejas. —¿Eso es todo?

Levanto la barbilla. —Eso, sumado a todo esto —hago un gesto con la mano en su dirección— que tenéis vosotros, sí.

Asiente para sus adentros y da otro sorbo a su bebida. —¿Te enseñó sus armas? —Su voz es tranquila, curiosa.

—Después de que, bueno, las viera la primera vez por accidente, ya no me las ocultó. —Me aclaro la garganta al recordar cómo vi una de sus armas.

Wolf sonrío con sorna. —¿Y qué estabais haciendo exactamente vosotros dos para que la vieras *por accidente*?

Le devuelvo una mirada desafiante. —¿De verdad quieres saber qué estábamos haciendo para que Sully no llevara la camiseta puesta?

Aprieta la mandíbula antes de tomarse otro chupito de golpe y estampar el vaso contra la mesa. —No somos una banda.

Su cambio de tema radical no me pasa inadvertido, pero decido que me siento generosa en este momento. Y estoy esperando a que mencione ese beso con Sully en el pasillo. No estoy segura de que yo misma no cambiara de tema si me preguntara por ello. La verdad es que no sé qué siento; sé que debería sentirme culpable por haberme besado básicamente con el hermano de Wolf cuando estamos... haciendo lo que sea que estemos haciendo.

Pero no me siento así. Por alguna razón inexplicable, no sentí que fuera una infidelidad. Simplemente se sintió... bien. Suspiro, pensando en lo que pasó en el pasillo hace no mucho.

No se sintió como el cierre que nunca tuvimos; se sintió como si nos estuviéramos declarando la guerra el uno al otro, impulsados a partes iguales por la pasión y el dolor. Y no estoy segura de que vaya a haber un ganador, al menos no del modo que me temo que Sully quiere. En algún momento, sé que tendré que hablar con él sobre lo que pasó de verdad aquella noche.

Pero por ahora, vuelvo a centrar mi atención en Wolf, lo cual no resulta difícil. Además, de verdad quiero toda la información que pueda conseguir.

—Ni una banda —levanto un dedo—, ni un MC —levanto otro—, ni italianos. —Cierro lentamente los dedos en un puño—. Pero definitivamente sois algo, Conor Nicolas Fitzgerald.

Observo cómo un escalofrío le recorre el cuerpo cuando digo su nombre completo.

—Sí, somos algo, desde luego, nena. —Su voz es baja, ronca por el alcohol y el cansancio.

Mi corazón da un vuelco y siento mariposas en el estómago. —¿Seguimos hablando de la Hermandad o estamos hablando de...?

—Dime cómo conoces a Rush —exige.

—¿Esquivando otra pregunta tan pronto, Wolf? —me burlo. Suspiro—. En realidad no conocí a Rush hasta la otra noche.

Me entretengo sirviéndome otro chupito, esperando que no note mi omisión. Quiero decir, técnicamente, sí, no conocí a Rush hasta esa noche que lo acorralé en O'Malley's. Pero llevaba un año entero muriéndome por conocerlo antes de eso.

Algo en mi interior me insta a callar eso, a que sea algo privado entre Rush y yo. Espero que no sea un error.

—¿No tienes ninguna pregunta para mí? —le pregunto, alejándolo del tema de cómo conocí a Rush. Me tomo el chupito mientras él me hace su siguiente pregunta y casi me atraganto.

—Sí, tengo preguntas. ¿Dónde está tu Da?

Escupo y toso, el vodka me quema durante todo el camino. —Lo... lo siento, se me ha ido por el otro lado. —Me doy un par de palmadas en el pecho—. ¿Acabas de preguntar por mi padre? —Él asiente, pero no añade nada más—. Ya te lo he dicho. No lo veo desde que era pequeña.

Una hora más tarde, cuando ya no nos quedan preguntas que estemos dispuestos a hacer o responder, y habiendo bebido alcohol más que suficiente, Wolf se levanta y me tiende la mano. —Hora de dormir, Red.

La esperanza revolotea en mi pecho. —Me gusta cómo suena eso —digo, agarrando su mano. Dejo que me ponga de pie, tambaleándome un poco.

Sin decir palabra, Wolf se agacha y me pasa un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda, levantándome en brazos.

Instintivamente, le rodeo el cuello con los brazos, quedando cara a cara con el tatuaje de su cuello. Las intrincadas líneas me hipnotizan y las recorro con la punta del dedo.

Apoyando la cabeza en su hombro, susurro: —Gracias. Aunque podría haber ido andando.

—Lo sé, pero me gusta cómo te sientes en mis brazos.

Me lleva hasta mi habitación y me deja sobre mi cama. La indecisión enturbia su atractivo rostro mientras me observa un momento.

Se da la vuelta para irse, y yo me pongo de rodillas y alargo la mano para agarrarle la suya. —Espera. —Wolf se queda helado, pero no se da la vuelta—. Quédate. —Mi voz es baja, y el rastro de vulnerabilidad resuena con fuerza en el silencio de la habitación.

VEINTINUEVE

WOLF

EL PULSO me martillea en los oídos mientras contemplo las molduras de la puerta, calculando mentalmente por qué esto sería una mala idea.

—Por favor —susurra, y la crudeza de su voz es lo que sella su destino.

Suspiro y me paso la mano por la cara. Las letras tatuadas en mis dedos me llaman la atención. «Vive». Miro mi otra mano. «Libre».

¿Qué haría si no fuera la ex de Sully y no tuviera ninguna conexión con Rush? ¿Qué haría si simplemente siguiera *nuestro* código..., nuestro pacto de vivir libres?

Cuadro los hombros y camino con decisión hacia su puerta. La oigo exhalar, derrotada, pero no pienso irme. Cierro su puerta con llave y tecleo el código en el panel para activarla. Me siento paranoico de cojones, y no me gusta.

Me doy la vuelta y veo cómo el alivio y la esperanza le enderezan los hombros, y cómo una sonrisa se extiende lentamente por esa cara tan bonita.

No me sorprende en absoluto que haya captado la atención de mis hermanos. Es divertida, lista y tan jodidamente guapa que me duele el pecho.

Me coloco junto a su cama y me llevo la mano a la espalda para quitarme la camiseta con una sola mano. Ella suelta un gemido, un ruido bajo y silencioso que le nace en el fondo de la garganta, y tengo que decirle a mi polla que se calme de una puta vez.

Empezar algo mientras está tan perjudicada sería una cabronada. Y, como planeo quedarme con ella mucho después de que esta mierda con Da y Lana termine, no quiero asustarla y que se vaya.

—Métete bajo las sábanas, Red. —Obedece sin dudar, y archivo ese dato. Me meto en su cama y me tumbo a su lado. El olor a melocotones azucarados me abruma—. Deja de mirarme y duérmete.

Suspira, un ruidito de frustración. —Lo intento. Pero... es que... no puedo relajarme contigo en mi cama con ese aspecto... —Agita la mano sobre mi pecho—. Así.

No puedo evitar la sonrisa que se me dibuja en la cara. Ladeo la cabeza para mirarla. —¿Con qué aspecto?

Me mira fijamente, con esos ojos castaños como el whisky muy abiertos y sinceros. —Sabes lo bueno que estás, Wolf, así que ni se te ocurra fingir que no sabes lo que me hace tenerte medio desnudo en mi cama.

Tengo la sensación de que no habría compartido tanto si no estuviera piripi. Como no le contesto, da vueltas en la cama, se remueve hasta que me harta. La rodeo con el brazo, esperando agarrar un buen trozo de ese culo perfecto cubierto por los pantalones cortos que llevaba antes. En lugar de eso, me encuentro con una piel cálida y suave.

—Mierda —gimo entre dientes, atrayéndola hacia mí. Ella se acurruca más y me echa los brazos y las piernas por encima.

Alguien ha decidido ponerme a prueba hoy.

Miro al techo con rabia y mentalmente le hago la peineta a quienquiera que se aburriera y decidiera joderme el día. No cederé tan fácilmente.

Estoy en tensión, pero cierro los ojos y obligo a mi cuerpo a relajarse.

UN PITIDO me despierta en mitad de un sueño profundo. Es lo bastante bajo como para haberse infiltrado en mi sueño: de repente, el león al que estaba mirando abría la boca y, en lugar de un rugido, emitía un pitido. Abro los ojos y tardo un momento en darme cuenta de dónde estoy. Cuando oigo la estridente alarma, significa que no solo han atravesado el perímetro, sino que ahora han entrado en la casa.

No sé cómo, mientras dormíamos, nos hemos acercado aún más, y Red está medio tumbada sobre mi pecho. Le sacudo los hombros para despertarla, pero en cuanto la toco, levanta la cabeza de golpe y me mira fijamente.

—¿Qué demonios es eso? —Tiene los ojos muy abiertos e inyectados en sangre. Joder, espero que no siga borracha.

—Ponte unos pantalones, Red. Tenemos que movernos. —La deslizo para apartarla de mí, empujándola suavemente por la espalda para que salga de la cama. Salto de la cama y busco bajo la mesilla de noche las pistolas extra. Saco dos Sig Sauers... por supuesto, son las favoritas de Rush.

En tres zancadas, estoy junto al panel al lado de la puerta, tecleando el código para desbloquear la puerta del dormitorio. Si Rush y Sully siguieron el protocolo, ya estarán en la habitación segura. Llamo a la sala gris por el interfono.

—Infórmame, Rush.

—Intrusión, lado oeste, la ventana del estudio —dice Rush, justo cuando suena otra alarma.

—Intrusión, lado oeste, biblioteca —añade Sully.

—Alguien tiene que ir a por Alaina —ordena Rush. Oigo teclear a través del interfono, así que estoy seguro de que tiene el sistema de seguridad abierto.

—Ya la tengo yo —les digo mientras miro por encima del hombro para ver a Red vestida con leggings, una sudadera y zapatillas.

—Qué rápido —comenta Rush—. Tres cámaras del perímetro están inactivas. Lado oeste.

Ignorándolo, miro el panel, anulo el acceso restringido de la Habitación Rosa y veo si puedo conectarme a la cámara del interfono de la biblioteca. —¿Cuándo llegan los refuerzos?

—De cinco a diez minutos —dice Sully.

—Joder. Es demasiado tiempo. Para entonces los tendremos encima. No podemos quedarnos en esta habitación. —No puedo ver cuánta gente hay en la casa, está demasiado oscuro—. Rush, recuérdame luego que te ayude a instalar la capacidad de visión nocturna en el interfono —mascullo mientras compruebo la pistola.

—¿Qué quieres decir? ¿Dónde estáis?

—Nos vemos en la sala gris —le digo al interfono y me vuelvo hacia Red. —Ven aquí, nena —alargo la mano hacia ella—, todo va bien.

Red da unos pasos hacia mí y me coge la mano. Con los ojos muy abiertos y el pelo revuelto, es lo más bonito que he visto en mi vida. Un sentimiento de protección se hincha dentro de mí, un maremoto de furia contra quienquiera que se haya atrevido a entrar en mi casa y poner a mi chica en peligro.

No cuestiono este sentimiento desconocido; en lugar de eso, lo canalizo en una afilada cuchilla de caos.

Encierro esa mierda bajo llave y me centro en la chica que tengo delante. No puedo protegerla si me dejo llevar por la rabia. Ya habrá tiempo para eso más tarde.

—Vamos a ir con Rush y Sully. —Le examino la cara en busca de un ataque de pánico inminente. No tengo tiempo para consentirla, pero tampoco puedo permitir que se derrumbe ahí fuera—. ¿Has disparado un arma alguna vez, Red?

Parpadea con los ojos muy abiertos, y me lo tomo como respuesta.

Mira fijamente la pistola, levanta las cejas y niega con la cabeza antes de volver a clavar en mí esos ojos de cervatillo. Me meto la pistola extra en la parte trasera de los pantalones y me aferro a la otra.

—No pasa nada. Lo añadiremos a nuestra lista de cosas que hacer mañana. Quédate conmigo, ¿vale?

—Vale, Wolf —murmura.

La cojo de la mano y tiro de ella hasta que está pegada a mi costado. No sé de qué dirección vienen, y no voy a arriesgar su vida por una suposición.

Me tomo un momento para centrarme.

Empiezan los disparos lo bastante cerca como para suponer que están en las escaleras. Tenemos quizá treinta segundos antes de que estén frente a su puerta. La sala gris está a treinta pasos, pero está fortificada de una forma que ninguna de las otras habitaciones lo está.

Es un riesgo que tenemos que correr.

Inspiro y borro a Conor, exhalo y me convierto en Wolf. Calmado, calculador, despiadado.

—Tú vas a ir delante de mí. Corre a la sala gris. Es la última puerta a la derecha. Te cubriré la espalda, ¿vale?

Red me agarra la mano con las suyas. —¿Vienes conmigo, verdad? —El pánico impregna cada una de sus palabras.

—Sí. —Paso mi pulgar sobre su mano un par de veces y me inclino hacia ella, dándole un beso duro en la frente—. Vamos. —No cuestiono el sentimiento desconocido que se arremolina en mi pecho; en cambio, lo canalizo en una afilada cuchilla de caos.

Abro la puerta de su dormitorio, espero un momento para asegurarme de que no nos dirigimos a una emboscada y salgo en silencio. Quien coño sea carece de entrenamiento y disciplina. Hacen un ruido de la hostia mientras suben las escaleras.

Sujetándola de la mano, la guío hasta el pasillo, empujándola detrás de mí mientras me encaro a la escalera. —Corre —susurro.

No duda, sale corriendo en silencio hacia la última puerta. Camino hacia atrás, sin apartar los ojos de la escalera, con el dedo en el gatillo. Oigo el suave clic de la puerta al abrirse y echo un vistazo rápido para ver a Rush metiéndola en la habitación. Apresuro el paso y, justo cuando estoy delante de la puerta, los intrusos llegan al rellano.

Sin dudarlo, disparo tres veces: dos al pecho del primer tipo, una al del segundo. La puerta se abre de par en par detrás de mí y giro para entrar de un salto, cerrándola de una patada justo cuando las balas impactan contra la madera.

Red chilla con cada bala, retrocediendo hasta que su espalda queda pegada a la pared.

Su reacción disipa parte de mi subidón de adrenalina. Observo cómo le sube y le baja el pecho y cómo sus ojos, desorbitados y asustados, recorren la habitación. Maldigo a quienquiera que haya decidido darme esta criatura perfecta solo para demostrarme que no pertenece a mi mundo. Que les jodan. La rabia corre por mis venas mientras la injusticia de todo esto se me asienta sobre los hombros.

Sus ojos se posan en mí, y odio con toda mi alma el alivio que veo en ellos. —¿Wolf?

—Está blindada, Red. Estamos bien. ¿Verdad, Rush? —Me aparto de ella.

Rush está inclinado sobre cuatro monitores de seguridad, tecleando algo en el teclado. —Sí. Los refuerzos llegan en tres, dos, uno.

Justo en ese momento, oigo otra ronda de disparos y gritos. Lo veo todo en las grabaciones de seguridad. Un tipo se escabulle hacia el otro lado de la segunda planta, en dirección a la habitación de mi da, y veo mi oportunidad de ejercitar a mi demonio mientras me cobro una pequeña venganza.

—Ahora vuelvo —digo mientras me dirijo a la puerta—. Uno se ha escapado de los hombres de Dave.

Nadie me detiene cuando abandono la seguridad de la sala gris y me lanzo de cabeza al caos.

TREINTA

ALAINA

—¿WOLF? No lo miro cuando pronuncio su nombre. Sé que está justo ahí; incluso si no pudiera verlo, lo sabría. Puedo sentirlo.

Es esa mezcla embriagadora de consciencia, seguridad y deseo, todo arremolinándose, lo que me da la capacidad de percibir su presencia.

—¿Mmm?

Veo cómo desvía su atención del móvil para mirarme fijamente. Cojo más burbujas del lateral de la bañera de hidromasaje y las extiendo con suavidad sobre el agua, cerca de mi pecho. Mejor no enseñar demasiado; no estoy segura de poder lidiar con eso esta noche.

Aunque Maddie siempre dice que el mejor sexo es cuando las emociones están a flor de piel. De algún modo, dudo que se refiriera a estar a punto de morir. Han pasado horas desde que salí de lo que yo llamo el centro de mando. Es un nombre perfecto teniendo en cuenta todos los monitores y el exterior a prueba de balas. Rush me dio el visto bueno para irme, así que me dirigí directamente a la que quizá sea mi parte favorita de la casa: mi cuarto de baño. Si alguna vez hubo un momento para sumergirse en la bañera con patas, era este.

—¿Qué querían esos tíos?

Él suspira y, por el rabillo del ojo, veo cómo escribe algo en su móvil antes de dejarlo sobre la encimera, detrás de él. —¿Una verdad por otra, Red?

Lo miro por encima del hombro. Está apoyado contra los armarios del baño, junto a los dos lavabos, con la cabeza hacia atrás contra el cajón donde escondí mi maquillaje. Sus músculos están tensos y alerta, pero sus ojos parecen cansados.

Hay algo diferente en él; está más callado, menos juguetón. Su sonrisa arrogante ha desaparecido, reemplazada por una intensidad inexpresiva. ¿Cómo puede alguien parecer carente de emociones y, aun así, irradiar tanta rabia y agitación?

Vuelvo a recorrerlo con la mirada, comprobando por tercera vez si tiene heridas. Los nudillos de una mano se ven un poco rojos, pero nada tan grave como podría haber sido. La idea de que le disparen a Wolf me revuelve el estómago.

—Estoy bien, Alaina, ¿ves? —Wolf extiende las manos a los lados, invitándome a mirar cuanto quiera. Aunque no estoy segura de si alguna vez me cansaré de mirar a Wolf Fitzgerald.

Le sostengo la mirada y asiento. —¿Qué querían, Wolf?

—No lo sé. —Su voz es suave en esta burbuja de calma que hemos creado en mi baño.

Casi puedo fingir que no ha pasado nada esta noche, salvo por el hecho de que mis manos no dejan de temblar y que mi hermanastro y novio está sentado en el baño viéndome bañarme de una manera que no tiene nada de sexy.

—¿Pasan mucho estas cosas? —Muevo las manos bajo el agua, observando las ondas que crean mientras espero su respuesta.

—Sí y no. ¿Nos metemos en altercados con gente que quiere hacernos daño? Sí, pero no tan a menudo como probablemente piensas. ¿Ocurren estos... altercados en nuestra casa? No. —Wolf suspira y mira al techo—. Estamos en territorio desconocido, Red.

Asiento como si lo entendiera, pero no es así. No entiendo qué demonios está pasando. Ni por qué unos tipos con pistolas han asaltado esta casa tan fortificada. Ni por qué Wolf, Rush y Sully se han comportado como el reparto de *Scarface* con su habitación

blindada al final del pasillo, armas escondidas por toda la casa y el loco sistema informático de seguridad de Rush.

Y definitivamente no entiendo por qué sigo aquí.

Suspiro y me hundo más en la bañera. —Voy a salir pronto y a tumbarme. Estoy segura de que hay otras cosas que requieren tu atención ahora mismo.

Me mira fijamente un momento, dándose golpecitos en el labio inferior con el dedo y con el ceño fruncido. —¿Segura? No me importa quedarme.

Asiento y lo miro por debajo de las pestañas. —Sí. Estoy bien. Nos vemos luego.

Él exhala, encogiendo los hombros, y dice: —Quédate en tu habitación, ¿vale? Volveré dentro de un rato.

—De acuerdo, Wolf. —Mi voz suena pequeña mientras él sale de mi baño y luego de mi habitación. La puerta se cierra de un portazo a su espalda y me siento orgullosa de no haberme estremecido.

Los disparos han cesado, pero no hay silencio. Hay un montón de ruido por toda la casa, pero dentro de la burbuja de mi habitación, me siento como si fuera la única persona que hay por aquí.

WOLF

DOS HORAS DESPUÉS, una vez que Red está a salvo en su habitación con un guardia apostado fuera de su balcón y otro en la segunda planta, estoy en la habitación de Rush con mis hermanos.

Acomodados en los sofás alrededor de la mesa de centro, llamamos a Da.

—Rush. —El ruido de fondo inunda la habitación. Miro mi móvil: las seis en punto, lo que significa que para él es mediodía.

La necesidad de descargar mis frustraciones con el tipo que está en la casa de carruajes surge en mi interior una vez más. Respiro

hondo y me recuerdo exhalar la violencia que aún hierve a mi alrededor.

—Estás en manos libres, Da. Sully y Wolf están aquí.

—Esperad. —Oímos que el ruido cesa, luego un golpe y después el silencio—. Habladme.

—Asalto en Summer Knoll esta noche.

Da exhala; el suspiro es audible. —¿Cómo de grave?

Rush suspira. —Dos de los nuestros. Seis de los suyos. Según nuestros mejores cálculos, tres o cuatro escaparon.

—Maldita sea —ruge Da. Tres segundos después, oímos el estrépito de cristales rompiéndose.

Cruzo la mirada con Sully y le dedico una sonrisa de suficiencia. Parece que voy a ganar esa apuesta. Él dijo que Da volcaría una mesa, pero yo aposté a que lanzaría el objeto que tuviera más cerca.

Rush continúa sin inmutarse: —Encontraron nuestro punto ciego en el perímetro, cortaron las cámaras, entraron por el lado oeste de la casa por varios puntos e inmediatamente subieron a la segunda planta.

La respiración agitada de Da llena el silencio.

—Luego fueron a por tu habitación. ¿Alguna idea de por qué harían eso? —le pregunto, preparándome para la evasiva con la que lleva semanas respondiendo.

—¿Mi habitación?

—Sí, tu habitación. Yo mismo pillé al cabrón —confirmo, con la rabia hirviendo a fuego lento al pensar en ese gilipollas hurgando en el armario y las cómodas de Da.

—¿Cantó? —Puedo notar la sonrisa en su voz. Apuesto a que el bastardo está imaginando todas las formas en las que haría hablar al tipo si estuviera aquí. Hay una razón por la que le llaman el Carnicero.

—Sí, lo hizo. Lo he dejado con Dave de momento. Mañana le haré una visita. —Sonríe, imaginando cómo irá mi visita con él. Eso es lo que es crecer en la Hermandad: te despoja de las emociones para que, cuando acabes en un tiroteo, puedas hablar de las bajas y las torturas con la misma facilidad que del tiempo.

—Bien. Llamadme para cualquier cosa importante.

—¿Hay algo que debamos saber, Da? No podemos hacer nuestro trabajo con solo la mitad de la información —razona Rush, con el ceño fruncido. Sé cuánto le corroe no tener todos los datos.

—Ah, joder. —Da suspira—. Necesito unos días más para terminar un par de cosas aquí, pero tengo claro que tengo que estar ahí. Hay cosas que debemos discutir.

Sully levanta las cejas. —¿Qué demonios significa eso?

—Por teléfono no, muchacho. Hablaremos cuando llegue a casa —espeta Da—. ¿Cómo está nuestra chica? ¿Se encuentra bien?

No me gusta cómo se le suaviza la voz cuando habla de ella. Hay algo en eso que me toca las narices.

—Sí, está bien —confirmo.

—Bien, bien. Os veré cuando vuelva. —Sin esperar respuesta, Da cuelga.

Los tres nos quedamos mirando la pantalla negra del móvil antes de levantar la vista para mirarnos los unos a los otros. Sully es el primero en romper el silencio. —¿Qué cojones ha sido eso?

Rush se recuesta en la silla, tamborileando con los dedos en su pierna. —No tengo ni idea. Pero creo que por fin tendremos algunas respuestas en cuanto regrese. Así que solo tenemos que esperar hasta entonces.

Asiento con la cabeza. —Pues nada, a esperar.

TREINTA Y UNO

ALAINA

ENTRO DANDO saltos en la habitación de Wolf, rebosante de alegría. Sé que debería estar mucho más asustada porque un puñado de tíos irrumpiera en la mansión hace dos días, pero, por alguna razón, aquí sigo sintiéndome segura. Con ellos.

Y, extrañamente, se me da bien compartimentarlo todo.

Además, mañana es mi cumpleaños. Y me niego a regodearme en la miseria en la víspera de mi cumpleaños, no cuando tengo a alguien como Wolf con quien pasar el rato. Y puede que incluso a Rush.

No he visto mucho a mi hombre misterioso desde aquel tiroteo en mitad de la noche. Mi apodo para él es mucho más apropiado de lo que pensaba al principio. ¿Quizá Wolf pueda pasarle la invitación? Me muerdo el labio inferior al pensar en pasar tiempo con los dos..., *entre* los dos.

Rumours, de Fleetwood Mac, suena en el tocadiscos, y Wolf está tumbado en la cama, sin camiseta, por supuesto, con el portátil abierto sobre el regazo.

Deja de teclear para mirarme con las cejas enarcadas. —Vaya. Esperaba más miedo y menos... alegría.

Me acerco al tocadiscos y ojeo su colección de vinilos en la estantería de al lado. —No dejas de decir eso, Wolf, pero ya te dije

aquella noche que estaba bien—. Le lanzo una sonrisita por encima del hombro.

Cierra el portátil y lo deja en la mesita de noche. —Ya veremos. Estaré aquí, esperando a que te dé el gran ataque de pánico. Porque te va a dar.

—Si tú lo dices. —Me encojo de hombros y voy hacia su cama con una sonrisa juguetona en los labios. Tras dudar solo un instante, me subo a su regazo, me siento a horcajadas sobre él y le rodeo el cuello con los brazos. Desde el momento en que lo vi, sentí una conexión, y no ha hecho más que crecer desde entonces. Y en algún punto entre las verdades como puños y el allanamiento de la otra noche, algo cambió entre nosotros.

Estoy totalmente colada por Wolf.

Todavía estoy asimilando el hecho de que podría ser mi hermanastro algún día. Sé que los demás no lo entenderán y, si soy sincera conmigo misma, no estoy segura de que mi madre lo entienda, pero ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él. Y eso suponiendo que se dé cuenta... y que vuelva aquí.

El calor de sus palmas en mi cintura es como una marca al rojo vivo: cálido y posesivo. Me toca como si lleváramos años haciéndolo, no días, y con una autoridad que me seduce.

Esos ojos suyos, profundos y oscuros, me cautivan, sobre todo cuando puedo ver las motas grises arremolinándose. Se ríe entre dientes. —¿Qué tramas?

—¿Quién, yo? —finjo confusión, con las cejas muy altas en un gesto exagerado. Me inclino, de modo que nuestras mejillas se rozan, y sonrío contra su barba incipiente—. Ven a la ciudad conmigo.

Sus manos se flexionan en mi cintura mientras dice: —Imposible, nena. Estamos en confinamiento, ¿recuerdas?

Me echo hacia atrás para mirarlo y me esfuerzo por mantener los hombros relajados y la decepción fuera de mi cara. Pero aún no he terminado. Juego mi as en la manga. —Pero mañana es mi cumpleaños y quiero celebrarlo en la ciudad con mi novio. Mis primos están en la ciudad y todo.

WOLF

SUS LABIOS rozan los míos con cada palabra, distrayéndome del hecho de que acaba de llamarme su novio.

Es como si el universo estuviera escuchando, porque el tocadiscos se raya de verdad, y Fleetwood Mac deja de sonar.

Red se baja de mi regazo y corre al otro lado de la habitación para levantar la aguja. —Mierda. Espero que no se haya rayado el disco. —Apaga el interruptor y se inclina para inspeccionar el vinilo en busca de daños, completamente ajena al infarto que me está dando aquí.

Mi cuerpo entero se agarrota, los músculos tensos y la respiración contenida en la garganta. Nunca he necesitado la etiqueta de novio para conseguir un polvo. La mayoría de las veces, apenas me da tiempo a invitar a una copa a una chica antes de que me esté arrastrando a la superficie plana más cercana. Yo accedo encantado y luego cada uno se va por su lado.

Claro, algunas chicas han intentado atarme a lo largo de los años, pero nunca antes había sentido la tentación. Red podría tentar al hombre más devoto. Soy leal a la Hermandad, y esta vida no se presta a tener pajarillos enjaulados. Además, no tengo lo que hace falta para retener a uno.

Especialmente a uno como Red.

Lo poco bueno que había en mí fue erradicado sistemáticamente año tras año como el fusil de la Hermandad.

Un mes conmigo y toda la bondad que hay en ella sería aplastada por la rabia y el caos que viven dentro de mí. A veces es más fácil pensar en ello como un ser vivo, pero la verdad es que no lo es. Soy solo yo. El lado salvaje y sanguinario de mí que solo sale a la superficie cuando la Hermandad lo necesita.

Ellos crearon este lado de mí, lo alimentaron, y uno de estos días, ya no podré volver a meterlo en la caja durante las horas de luz.

Quizá no en una semana ni en un mes, pero al final, espabilará y me dejará tirado. Joder, si mis padres pudieron abandonarme sin pensárselo dos veces, ¿qué puta oportunidad tengo de conservar a una chica como Red?

Será mejor arrancar esa mierda de mi vida ahora. No necesito despertarme una mañana y darme cuenta de que me he pillado, joder, y que luego ella se vaya al día siguiente o alguna mierda así. Porque así es exactamente como funciona el karma. Y estas manos están manchadas permanentemente de rojo, así que no creo que me quede nada de buen karma.

Miro el perfil de Red mientras juega con el tocadiscos, y sé lo que tengo que hacer.

Para salvarla.

De mí.

Y para salvarte a ti mismo, susurra una voz en mi mente. Sacudo la cabeza para desechar la idea, no hay necesidad de complicar las cosas cuando ya he tomado una decisión.

Nunca me han gustado las mentiras, pero estoy dispuesto a hacer una excepción. Por ella.

Ella se gira para mirarme, la falda azul oscuro ondeando alrededor de sus piernas. La absorbo con la mirada tal y como es —camiseta de Stevie Nicks desgastada y anudada al frente, unas Vans completamente blancas, ese pelo ondulado, suave y sedoso, flotando sobre sus hombros—: está jodidamente radiante.

Y me doy cuenta de que me he perdido todo lo que acaba de decir. —¿Hmm?

Pone los ojos en blanco. —He preguntado si invitarías a Rush por mí también. Y que estés listo para salir en una hora, ¿vale? He pedido un coche con conductor para que nos lleve a la ciudad, y podemos pasar la noche en mi residencia de estudiantes. —Me levanta las cejas, con los ojos bailando de emoción—. A nadie le importará. Luego podemos volver aquí en un par de días.

Si se fija lo suficiente, verá las imágenes de lo que podría haber pasado la otra noche parpadeando en mi mente. Lo que definitivamente volverá a pasar; quizá no mañana y quizá no en esta casa, pero ese no será nuestro último tiroteo. No en esta vida. He

hecho las paces con eso; joder, a veces lo anhele. Pero hay una razón por la que no tengo novias, y esta es una de ellas.

Así que es mejor que acabemos con esto ahora, antes de que ella se involucre más.

Por Jesucristo, parezco una puta adolescente. Aprieto la mandíbula y siento cómo me late la vena de la sien.

A la mierda.

Respiro hondo y encierro la decepción y el arrepentimiento bajo llave, muy, muy adentro, donde no pueda sentirlos. Poniendo la cara en blanco, la miro y me preparo para decepcionarla con delicadeza.

—No soy tu novio.

Vale, eso no es exactamente decepcionarla con delicadeza.

Me mira fijamente, con la boca entreabierta y un ligero rubor tiñendo sus mejillas. —Claro. No lo decía en serio. Solo pensaba...

Su sonrisa, antes radiante, se apaga, y si no estuviera en medio de un puto ataque de nervios, aprovecharía la oportunidad de pasar unas cuantas noches enredado con Red.

Y ese pensamiento es suficiente para hacerme entrar en barrena. Yo no tengo relaciones. Joder, apenas repito. ¿Y aquí estoy, *deseando* acurrucarme con una *chica* con la que ni siquiera me he acostado todavía?

No me lo creo.

Tengo que cortar esa mierda de raíz. Y rápido.

Respiro hondo y compongo mi rostro, preparándome para aniquilar cualquier posibilidad de que tengamos algo.

—¿Pensabas qué? ¿Que porque nos hemos enrollado un par de veces éramos exclusivos? ¿O pensabas que significaba algo más de lo que era: un rollo conveniente? —resoplo—. Vamos, Red. Pensé que eras más lista.

Ella niega con la cabeza, sus ojos se llenan de lágrimas. Me hormiguean las manos con la necesidad de enjugar su tristeza.

—No llores, pajarillo. No es del todo culpa suya. Le pedí a Wolf que se acercara a ti. —Red y yo giramos la cabeza hacia la puerta al mismo tiempo y vemos a Rush de pie, apoyado en el marco de la puerta, rezumando indiferencia. Pero a mí no me engaña, veo los celos en cada músculo tenso, y eso solo aviva los míos.

—Muchas gracias, gilipollas —gruño entre dientes, apretando los puños para no partirle la cara por entrometido.

—¿Qué? —Rush se encoge de hombros—. Es la verdad.

—No, no lo es.

Red sorbe por la nariz, clavándome su mirada acusadora.

Rush arquea una ceja. —¿No te dije que la sedujeras para sacarle información el día que explotó lo de Mama Rosa's?

—¿Qué?! —chilla Red, y su mirada se dirige a Sully—. ¿Lo de Mama Rosa's *explotó*? —Ni siquiera había visto al puto sigiloso detrás de Rush, apoyado en la pared del pasillo.

Sully aprieta la mandíbula y desvía la mirada. Maldita sea, ahora también voy a tener que hablar con él de esto.

—Sí. Fue unos días después de que llegaras —le dice Rush, con la mirada saltando por su cara.

Ella asiente y clava su mirada en mí. —¿Y cuándo fue esa llamada con Rush? ¿Antes o después del maratón de *Los Soprano*?

Me obligo a sostenerle la mirada cuando pronuncio: —Antes.

Con los hombros encogidos, mira al suelo. —Ya veo.

Suspiro, con un nudo en el estómago mientras la miro con los hombros caídos. Parece que le han pateado a su puto cachorro.

—Vamos, Red, sabías a qué jugabas.

Levanta la cabeza para mirarme, y la expresión de su cara me destroza. La desolación, la decepción y la resignación estropean su hermoso rostro, borrando sus pecas. —Sí, supongo que debería haberlo sabido, ¿eh? —Una sonrisa autocrítica curva las comisuras de sus labios—. Bueno, aunque esto ha sido muy divertido, me piro.

Da un paso hacia el pasillo cuando el brazo de Sully aparece de golpe delante de ella, deteniéndola. —No es seguro ir a la ciudad sola.

Ella lo esquivo. —Quizá para vosotros, pero yo no soy nadie, ¿recordáis? —le desafía, con una sonrisa amarga en la cara—. Y no es que sea asunto vuestro, pero he quedado con gente allí. Así que no estaré sola.

Un ardor me recorre el estómago, y siento que voy a estallar en cualquier segundo. —¿Un tío?

Se da la vuelta tan rápido que su larga melena golpea a Sully en la cara. Avanza hacia mí, apuntándome con el dedo de forma agresiva. —No. No, no tienes derecho a rechazarme y luego ponerte celoso al pensar que otro me presta atención. —Me clava el dedo en el pecho—. Así *no* es como funciona, Wolf.

Doy un paso hacia ella, presionando su dedo contra mi pecho. Deslizo la mano por su brazo, le cojo los codos y tiro de ella con suavidad, para que nuestros cuerpos queden pegados. —Me vuelves puto loco —gruño las palabras en su cara.

—¿Ah, sí? Pues tú eres el cabrón con más cambios de humor *que* he conocido en mi vida!

Su pecho sube y baja agitadamente. No puedo evitar la sonrisa que se extiende por mi cara cuando suelta una palabrota. Debe de estar muy enfadada para soltarme un *cabrón*.

—Y deja de ponerme esa mirada sexy y fulminante que me saca de quicio, porque estoy *tan* harta de ella.

Inclino la cabeza hacia ella, rozando apenas su nariz. —¿Sexy, eh?

—¿Eso es todo lo que has sacado de todo esto? —Su voz baja a un murmullo exasperado.

Impulsado por el ardiente deseo de reclamarla como mía, estrello mi boca contra la suya. Y durante unos segundos ella se derrite en mis brazos, devolviéndome el beso como si los últimos veinte minutos no hubieran ocurrido.

Entonces se acabó. Aparta su boca de la mía y da un paso atrás. Ni siquiera intento retenerla.

Se lleva una mano temblorosa a sus labios hinchados. —No puedes... —Se aclara la garganta—. No puedes seguir besándome así. No es... no es justo, Wolf. —Su voz es suave y suplicante—. No queremos lo mismo. Sabes que yo quiero ese tipo de amor mágico. —Su sonrisa es pequeña y melancólica—. Y tú... tú no. Y no pasa nada.

Su mirada me ruega que la contradiga, que le haga algún tipo de promesa. Pero no puedo hacerlo.

Joder, no sabría ni por dónde empezar aunque quisiera.

En otra vida, exploraríamos esta creciente atracción entre nosotros, pero no en esta. No a costa de su alma.

Mi mirada es implacable mientras la observo. Como no digo nada, ella asiente una vez, se da la vuelta y se va.

Los tres la vemos alejarse por el pasillo, y solo cuando oímos el portazo de la puerta principal, Rush rompe el silencio.

—Bueno. Tú eres... —me señala con un dedo— un puto idiota.

Aprieto la mandíbula. —¿Tienes algo que decir, Rush?

Entrecierra los ojos. —Sí, lo tengo. Vas a dejar que tu chica se vaya así como si nada...

—No es mi chica. —Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia, pero a juzgar por la mirada de exasperación en el rostro de Rush, no estoy convenciendo a nadie.

Rush arquea una ceja. —¿Ah, sí? Entonces no te importará si la meto en mi dormitorio..., en mi *cama*, ¿no? —Me dedica una sonrisa condescendiente, y aprieto los puños para evitar que vuelen hacia su cara.

—Te gustaría eso, ¿verdad, gilipollas? Pero entonces, ¿qué harías con tu pajarillo escondido en la ciudad, eh? —Mi tono es una burla cruel.

Sonríe con suficiencia. —No sé de qué hablas.

—Claro que no, gilipollas —le digo con desdén.

—Mira... —Rush suspira y se pellizca el puente de la nariz—. No voy a perderla porque no eres capaz de sacar la cabeza del culo.

Niego con la cabeza y aprieto los dientes. —No, no lo entiendes, tío. Para ti no es lo mismo.

La boca de Rush se convierte en una línea recta. —¿Ah, no? ¿Acaso yo no me crié en la Hermandad? ¿No me manché las manos de sangre en el instituto? ¿No perdí a un puto padre? ¿Eh? ¿Es por eso que para ti es diferente? —Su voz se vuelve más fría con cada palabra, y al final, el desprecio gotea de cada sílaba.

La vergüenza me recorre el cuerpo, y es jodidamente incómodo. Inclinando la barbilla hacia el pecho, exhalo, abrumado por la culpa. —Joder. Lo siento, tío.

Rush me mira fijamente y asiente una vez. —Arréglalo, Wolf.

—¿Arreglarlo? —resoplo—. ¿Qué coño se supone que haga? Ella no es de este mundo, tío. ¡Y no he tenido una relación en mi puta vida!

—¿Qué coño te creías que quería decir cuando dije que era la hora del pacto? —grita Rush, con una vena palpitando en su sien—. Eso significa que estamos en una *relación* con una chica, idiota. —Se pellizca el puente de la nariz y mira al techo—. Y que la traeríamos a nuestro mundo.

—¡Pues cómo diablos voy a saberlo! ¡Nunca he estado en una relación a cuatro antes! —le grito de vuelta, sintiendo que la nuca se me calienta.

—A tres bandas —interviene Sully.

—¿Qué? —le espeto.

—Una relación a tres bandas. No quiero tener nada que ver con este circo que intentas montar, Rush. A mí no me apuntes. —Mira a Rush y luego a mí un momento antes de irse furioso.

Rush mira el espacio donde estaba Sully un momento antes de mirarme a mí. —Tendremos que trabajar en eso. —¿Cómo si fuéramos a conseguir de algún modo que Red *no* sea la ex de Sully que le aplastó su negro corazón? —resoplo—. Buena suerte con eso. Ni siquiera tú eres tan bueno, tío.

—Ah, hombre de poca fe. —Me dedica esa sonrisa arrogante y condescendiente que sabe que odio—. Me voy. Llámame cuando saques la cabeza del culo. —Se gira para marcharse.

—¿A dónde coño vas? ¡Estamos en confinamiento!

Hace un gesto con la mano por encima del hombro mientras se aleja para hacer Dios sabe qué. Probablemente planear la muerte de alguien y quedarse con todos sus bienes.

Me froto la cara con las manos y suelto un bufido.

—Joder.

TREINTA Y DOS

ALAINA

UNA VEZ que el coche que he pedido me deja de vuelta en mi dormitorio vacío de la ciudad, entro en mi suite. Me recibe un aire viciado, e inmediatamente abro algunas ventanas de mi habitación y de la sala de estar compartida.

Ya empieza a haber humedad fuera, pero prefiero la humedad antes que el aire estancado y el olor a comida frita vieja cualquier día.

Después de deshacer las maletas, me siento en el borde de la cama y le envío un mensaje a mi madre para avisarle de que ya estoy aquí. No es que crea que me vaya a contestar o que realmente le importe, pero me parece que es lo correcto.

Estoy segura de que tendré que volver a esa casa en algún momento, aunque solo sea para recoger el resto de mis cosas. Todavía tengo muchas cosas aquí, pero me dejé el portátil allí.

Mi mente da vueltas al recordar la última semana, deteniéndose en la última conversación que tuve con Wolf. Me invade la vergüenza, dejando un rastro de rubor tras de sí. No puedo creer que lo llamara mi novio. Hago una mueca y sacudo la cabeza. Qué estúpida, Lainey.

Ni siquiera estoy segura de qué me hizo decirlo, salvo que no estaba pensando realmente, y en cierto modo parecía que éramos

algo. Pero quizá fuera la adrenalina la que hablaba. ¿Quizá el allanamiento me afectó más de lo que creía?

Exhalo y me dejo caer sobre la cama. La calidez me envuelve el corazón, borrando la vergüenza mientras observo las estrellas de plástico que brillan en la oscuridad en mi techo.

Mary y Maddie me las regalaron por mi cumpleaños hace años, y tuvimos que convencer al conserje para que nos prestara su escalera para ponerlas. Siempre me hacen sentir especial —y querida— en mi cumpleaños. Cada día, en realidad.

Miro el reloj; deberían de estar aquí en un par de horas.

Me giro sobre un costado, me pongo las manos bajo la cabeza y miro por la ventana hacia la ciudad que nunca duerme. Siento los ojos pesados y, al poco tiempo, los párpados empiezan a caérseme.

Me obligo a despertarme un par de veces antes de rendirme finalmente y cerrar los ojos. Solo descansaré la vista unos minutos, pienso.

—CUMPLEAÑOS FELIZ, cumpleaños feliz. ¡Te deseamos todos, cumpleaños feliz!

Abriendo los ojos tras parpadear, me encuentro con las caras sonrientes de Mary y Maddie justo delante de mí. Tardo unos instantes en comprender qué está pasando.

—¡Vamos, dormilona! Tenemos todo un día planeado para ti. — Mary está terriblemente animada para ser alguien que probablemente tenga un desfase horario importante ahora mismo.

Bostezando, me esfuerzo por incorporarme en la cama. Me sorprende ver que solo llevo puesta la camiseta. Debo de haberme despertado en algún momento de la noche y haberme quitado la falda, los calcetines y el sujetador.

—¿Qué hora es? —pregunto, tapándome la boca mientras se me escapa otro bostezo.

—¡Las seis en punto! —responde Maddie, dando saltitos.

—Sabéis que me hace ilusión veros, ¿pero podemos hacer esto más tarde, como dentro de tres horas? —Gimo e intento acurrucarme de nuevo bajo las mantas.

—Ah, ah, ah. ¡Hora de levantarse! —Mary me quita la manta de encima y sacude la cabeza.

Intento ocultar la sonrisa mientras observo sus caras radiantes. —¿No puedo dormir un poquito más?

—Nop, tenemos planes para la cumpleañosera, —dice Mary con una amplia sonrisa.

Maddie asiente. —Exacto. Empezando con el desayuno de tu sitio de brunch favorito.

—¿Cómo habéis conseguido mesa allí con tan poco margen de tiempo?

Maddie señala a Mary con el pulgar por encima del hombro. —Alguien no durmió en el avión.

Mary se encoge de hombros. —Me echaré una siesta prefiesta hoy. Estaré bien.

—¿Siesta prefiesta? —una lenta sonrisa se extiende por mi rostro —, ¿eso significa que vamos a salir esta noche?

—Nena. Es tu cumpleaños. ¡Por supuesto que vamos a salir esta noche! ¡Solo se cumplen diecinueve una vez! —Maddie salta sobre las puntas de los pies. —¡Ahora, fuera de la cama, que tenemos una pila de tortitas de cumpleaños que comer!

Me río y retiro el edredón. —Me alegro mucho de que estéis aquí. —Extendiendo un brazo hacia cada una de ellas, las atraigo para un abrazo grupal. —Gracias.

UN PAR DE HORAS DESPUÉS, regresamos a nuestra suite del dormitorio, con el estómago y el corazón llenos. Entramos en el salón y nos dejamos caer en los sofás.

—¿Siesta prefiesta? —pregunta Maddie, con los ojos ya medio cerrados.

—Mjum. —Mary alarga la mano hacia atrás para coger la manta de color crema y se tapa con ella. —Despiértanos en una hora, Lainey.

No puedo contener la sonrisa que se extiende por mi rostro al ver a mis dos mejores amigas durmiendo la siesta como niñas pequeñas después del brunch. Exhalo, y una ola de agotamiento me invade. Pero no creo que una siesta pueda arreglar esto. Tengo el alma cansada.

Sé que no debería estar tan decepcionada por un chico al que no conozco de mucho tiempo, pero no puedo evitarlo. Todo el asunto con Wolf, Rush y Sully es... tan raro. O sea, ¿cuáles son las probabilidades de que estos tres hombres —con todos los cuales he tenido una conexión real— no solo se conozcan sino que sean parientes?

Se me suben los colores al pensar en el hecho de que me he besado con los tres. Y por mucho que lo intente, no puedo evitar que mi mente imagine cómo sería besarlos a todos —quizá incluso al mismo tiempo—. Se me corta la respiración mientras fantaseo con la boca de Rush sobre la mía, las manos de Wolf sobre mi cuerpo, y Sully—

Me duele el corazón, arrancándome de mi fantasía. No puedo olvidar la expresión de su rostro cuando me vio. Dolor, desolación y una minúscula pizca de esperanza. Pero todo eso se borró en un instante y fue sustituido por rabia, desprecio y, quizá lo peor de todo, indiferencia.

Sé que ambos hemos cambiado en los años transcurridos desde la última vez que nos vimos, pero por ese único segundo, sentí que aquella antigua conexión encajaba de nuevo. Fue solo entonces cuando me di cuenta de que he tenido la misma sensación tanto con Rush como con Wolf.

Les conté a las chicas la versión resumida durante el brunch, pero no vi la necesidad de darles todos los detalles paso a paso. Porque entonces tendría que admitir que es muy posible que esté colada por tres chicos.

Mis tres hermanastros.

Y... todavía estoy procesando ese hecho.

Estoy segura de que Mary y Maddie no me juzgarían, pero no estoy segura de poder decir lo mismo de todos los demás. La ansiedad burbujea en mi pecho cuando pienso en la reacción de mi madre ante una declaración de ese tipo.

Si mamá no termina con Cormac, es posible que no vuelva a verlos nunca más. Así que, quizá decírselo ni siquiera llegue a ser un problema.

Dejo volar mi mente y pienso en lo que haría si Wolf apareciera de repente aquí, dispuesto a reconquistarme. Reprimo las risitas al imaginar a Wolf de rodillas con sus dedos tatuados envueltos alrededor de un ramo de flores, pidiéndome una segunda oportunidad. Pero esa escena no me cuadra con Wolf. Él es más propenso a aparecer con pizza gourmet y discos de vinilo.

Maddie explicó una vez el arte de The Woo como un rito de iniciación y jura que toda chica debería experimentarlo al menos una vez.

Se puede saber mucho de un hombre por la forma en que te corteja.

Nunca he estado en una situación en la que me hayan cortejado antes, pero una parte secreta de mí desea llegar a experimentar eso con Wolf.

Claro, soy una mujer fuerte e independiente.

Pero también soy una romántica de corazón. ¿Qué chica no lo es?

Antes de que me dé cuenta, ha pasado una hora. No me he movido ni un centímetro de mi posición despatarrada en el sofá y, aunque no he dormido, me siento renovada, más ligera.

Pongo una canción de mi lista de reproducción de los 80 en el móvil y subo el volumen. Ambas chicas se despiertan sobresaltadas, e intento ahogar mis risitas cuando pegan un grito.

—Vamos, dormilonas —bromeo con una carcajada.

—No tiene gracia, Lainey, no tiene gracia —refunfuña Maddie.

—Ah, ¿pero qué es un poco de revancha entre primas?

Mary aparta la manta de un tirón y se retira el pelo de la cara. —Vale, ya estoy despierta. Pero baja eso, por favor.

Sonríó con suficiencia y detengo la música. —Oye, habéis dicho que os despertara en una hora. No habéis especificado cómo.

—Está bien. Tenemos que ir a recoger magdalenas de cumpleaños, así que deberíamos prepararnos. ¡He elegido nuestra ropa para esta noche! —Maddie se incorpora y sonríe. —¡Te hemos traído un vestido!

—¿Qué? ¡No teníais por qué hacer eso!

—Psh, lo sabemos. Pero lo vimos y pensamos en ti. —Mary intercambia una mirada con Maddie.

—Bueno, gracias. Es un detalle muy bonito por vuestra parte. —Arqueo una ceja hacia ellas. —¿Qué es eso de las magdalenas ahora?

TREINTA Y TRES

RUSH

DESDE DEBAJO del ala de mi gorra de los Red Sox, observo al objeto de mi obsesión con una concentración de láser. Me pregunto si podrá sentir mi mirada mientras la acaricia. Me imagino envolviendo mi puño en su pelo rojo oscuro y reclamando sus labios. Me imagino los sonidos que haría y la forma en que su cuerpo se inclinaría hacia el mío.

El vestido verde que lleva puesto se ciñe a cada centímetro de sus curvas, y estoy seguro de que mis ojos no son los únicos atraídos por tal perfección esta noche.

Me llevo el vaso a los labios y tomo un sorbo del whisky de malta, dejando que el ardor se asiente en mi garganta antes de tragar su dulzor. El ritmo de cualquier canción que esté sonando retumba mientras las luces se atenúan automáticamente. Deben de ser ya las nueve.

Seguí a nuestro pajarillo hasta la ciudad anoche. Solo porque Wolf y Sully no puedan ver más allá del ahora para contemplar el panorama general no significa que yo tenga el mismo problema.

Alaina es absolutamente perfecta —y perfecta para nosotros.

No hay forma de que la deje salir de la mansión sin protección, especialmente después de que estuviera allí durante la brecha en el perímetro. Dave ofreció a uno de sus mejores hombres para seguirla

en la ciudad, pero por mucho que confíe en el juicio de Dave, no confiaría la seguridad de ella a nadie que no sean mis hermanos y yo.

Solo hace falta un tipo con rencor contra Da o, joder, incluso contra mí, para que su luz se apague para siempre. Si eso significa ser su sombra durante unos días en la ciudad antes de que pueda persuadirla de que vuelva a Boston conmigo, eso es lo que haré.

La observo a ella y a sus primas dirigirse a la barra para otra ronda, riendo y sonriendo entre ellas.

Sé el momento exacto en que finalmente me ve. Nunca le lleva mucho tiempo a mi pajarillo encontrarme, y esta noche no es la excepción. Me mira fijamente un momento más, escudriñando mi rostro con la mirada antes de darse la vuelta y seguir a sus primas de vuelta a su mesa, con las bebidas en la mano.

Dejo que mi mirada siga las líneas y curvas de su cuerpo mientras se inclina sobre la mesa para dejar las bebidas. Levanto dos dedos hacia la camarera cercana para pedir otra ronda, sin apartar la mirada de ella ni un segundo.

La música se corta y Jack se lleva las manos a la boca para hacer de altavoz. Su voz retumba por todo el pub. —Escuchad, hoy es el cumpleaños de nuestro pájaro cantor.

La multitud estalla en vítores y silbidos, y la comisura de mis labios se curva en una sonrisa burlona. Distingo desde aquí el rubor que calienta sus mejillas; su piel clara hace que sea fácil notar cuándo está avergonzada. Me pican los dedos por explorar hasta dónde se extiende ese rubor.

—Y tiene la amabilidad de deleitarnos con su voz esta noche, así que un fuerte aplauso para nuestro pájaro cantor —grita Jack en el pub.

La misma camarera me deja el whisky recién servido y se lleva el vaso vacío sin decir palabra, y yo murmuro mi agradecimiento. Me llevo el vaso a los labios y tomo un sorbo, viendo a Alaina caminar de la mano de sus primas hacia el escenario, en el otro extremo del pub. Las tres chicas suben al escenario y parecen una explosión de color. Vestidos de colores brillantes y vibrantes cabelleras rojas. Sus primas son hermosas, no hay duda, pero no le llegan ni a la suela

del zapato a mi chica. Su mera presencia exige la atención de cada persona en este pub.

Un movimiento por el rabillo del ojo capta mi atención y veo a Benny entrar sigilosamente desde el exterior. Se acerca a mi reservado y se apoya contra la pared.

—Esa es una buena forma de que te peguen un tiro, Benny.

Enarca una ceja en señal de desafío. —¿Dentro de O'Malley's? Vamos, Rush, nadie se atrevería a meterse contigo aquí. Además, yo nunca les dejaría entrar.

Vuelvo a colocar mi pistola en el regazo, bajo la mesa, y vuelvo a prestar toda mi atención al escenario. —Ni siquiera te darías cuenta de que los has dejado entrar, Benny. Estamos al borde de la guerra, y la gente se vuelve imprudente cuando cree que tiene algo que demostrar.

Las chicas se sitúan en el escenario y el otro camarero, Levi, sube allí para unirse a ellas con una guitarra en la mano. Se acomoda en la parte de atrás y las notas iniciales de «With A Little Help From My Friends» resuenan en el pub.

Me incorporo un poco; esta es una canción nueva para ella.

Benny silba entre dientes. —Menuda es, ¿verdad?

Le dedico una mirada fugaz para evaluar por qué pelirroja está babeando, pero la voz de Alaina exige que me concentre. Está cantando sobre ir tirando con un poco de ayuda, y las otras dos chicas le hacen los coros. Para cuando canta sobre necesitar a alguien a quien amar y agita una pandereta, estoy listo para asaltar el escenario y llevármela de allí.

—Es mía. —Las palabras son un gruñido, pero Benny sabe que van dirigidas a él.

—Por supuesto, jefe, no me refería al pájaro cantor. Tengo el ojo puesto en la de azul. —Las palabras de Benny son comedidas.

La guitarra se desvanece y solo quedan en el pub las voces armonizadas de las chicas antes de que el sonido se apague. El público vitorea y silba, y todas las chicas murmuran su agradecimiento.

—¡Gracias por celebrar el cumpleaños de nuestra chica con nosotros esta noche! Tenemos algunas canciones nuevas para

vosotros. Esperamos que las disfrutéis —dice Maddie al micrófono.

Alaina agarra el soporte del micrófono y se inclina hacia atrás para decirle algo al guitarrista. Él asiente y se coloca la guitarra en el regazo.

—Hola a todos, gracias por darnos este capricho esta noche —dice Alaina al micrófono con una sonrisa. Entonces abre la boca y, lo juro por Dios, si no estuviera ya sentado, me habría caído de culo.

Me maravillo ante el vello que se me eriza por los brazos cuando Alaina canta el estribillo de «Creep».

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco para ver un mensaje de Wolf.

Lo ignoro y vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo, fijando de nuevo la mirada en mi pájaro cantor. Él puede esperar. Pero esta actuación no; algo está ocurriendo en O'Malley's esta noche. Algo verdaderamente especial, y emana del pajarillo que está en el escenario.

Se me pone la piel de gallina al ver a esta magnífica criatura dejarse la piel en este escenario en medio de la ciudad de Nueva York.

Ha conseguido captar la atención de hasta la última persona. La nota final queda suspendida en el aire y, por un momento, nadie se mueve; luego, todo el pub estalla en vítores, poniéndose en pie de un salto.

—Muchas gracias —dice ella con una sonrisa y una risita.

Jack le trae un chupito de algo, probablemente tequila, y se lo pone en la mano mientras le dice algo que no alcanzo a oír por los vítores. Ella acepta el chupito y se lo bebe de un trago antes de devolverle el vaso a Jack.

—¡Uf! —dice con una ligera mueca—. Vale, chicos, eso es todo lo que tenemos para vosotros por ahora. ¡Pero quedaos por aquí, puede que volvamos pronto a este increíble escenario!

Se da la vuelta y se acerca para abrazar al camarero convertido en guitarrista en el escenario. Y cada impulso posesivo que he tenido nunca brama por mi cuerpo, exigiendo que tome lo que es mío. Al carajo las consecuencias.

Es un momento de mierda para reclamar a una mujer. No lo estaba suavizando antes, realmente estamos al borde de la guerra. Pero la idea de otro hombre tocando lo que es mío mientras yo *espero el momento adecuado* es suficiente para hacerme entrar en cólera.

La tendré.

Y que Dios ayude a cualquiera que se interponga en mi camino.

TREINTA Y CUATRO

WOLF

EL PIE me da botes con cada segundo que pasa y no estoy con mi chica. Miro fijamente por el parabrisas mientras dejamos atrás las calles de Boston. Antes he oído por casualidad a Red hablar con sus primas, y estoy bastante seguro de que quedaron en O'Malley's a las nueve. Echando un vistazo al reloj del salpicadero, eso me da poco más de una hora, y todavía estoy a 120 millas de distancia. Piso el acelerador y me concentro en la carretera.

Niego con la cabeza, sin poder creer que haya sido Rush, de entre todas las personas, quien me ha hecho entrar en razón antes.

No me malinterpretéis, le estoy jodidamente agradecido por haberlo hecho, pero todavía no he llegado a entender por qué. ¿Por qué es él la voz de la razón? ¿Y por qué ella?

Sé que fue él quien promulgó el pacto, pero ahora que no es una idea abstracta surgida de un subidón de adrenalina, no sé muy bien cómo manejarlo.

¿Cómo funcionará? ¿Nos turnamos las habitaciones o vivimos todos juntos? Quiero a mis hermanos y estoy dispuesto a intentar esto de compartir, pero también me gusta tener mi propio espacio.

Solo pensar en tener a Red en mi espacio —de forma permanente— hace que agarre el volante con un poco más de fuerza.

—La he cagado, pero bien. —Mi afirmación queda suspendida en el aire, incapaz de disimular la culpa que resuena en mis palabras.

—Sí, la has cagado —confirma Sully.

—Voy a arreglarlo —prometo.

Se encoge de hombros. —Me da igual de una forma u otra.

—Dices eso ahora, pero te olvidas de que te conozco de toda la vida. No puedes engañarme tan fácilmente, hermanito —le digo, sin acritud.

—Tú no eres mi hermano —gruñe—. Mi hermano no se estaría follando a mi chica, ¡y desde luego no estaría pensando en quedarse con ella! —ruge.

Le miro de reojo. Tiene la vista fija al frente, el pecho subiéndole y bajándole y las manos apretadas en puños.

—Has dicho «mi chica» —digo en voz baja—. Has dicho «mi chica», no «mi exnovia».

—Que te jodan, no lo he dicho. —Se cruza de brazos y se vuelve para mirarme—. No intentes psicoanalizarme. Además, ambos sabemos que a mí se me da mejor.

Asiento. —Eso es verdad. Pero entonces, ¿por qué vienes?

—Alguien tiene que cubrirte las espaldas.

—Rush está allí —replico.

—Rush está preocupado por otras cosas. Y estamos al borde de la guerra. Así que estoy aquí por ti, no por ella.

—Te lo agradezco.

Suelta un gruñido y sube el volumen, dando por terminada la conversación, lo que me viene muy bien.

SETENTA MINUTOS DESPUÉS, vamos caminando por la calle en dirección a O'Malley's. Estoy inquieto, y sé que no son solo los nervios por el gran gesto que tengo planeado.

—¿Lo sientes? —murmuro, mirando de nuevo por encima del hombro. Parezco un puto muñeco de esos que mueven la cabeza, con la forma en que no paro de girarla, buscando cualquier cosa

fuera de lo normal. Pero no paso suficiente tiempo en esta puta ciudad como para saber siquiera qué sería inusual.

—Sí, siento que me observan. Y no me gusta una puta mierda.

Nos acercamos a O'Malley's; el toldo verde bosque se mece suavemente con la brisa. Hace tanto calor y humedad esta noche que la ligera brisa parece más una sauna que algo refrescante. Me separo del estómago el bajo de mi camiseta negra, intentando que corra algo de aire para refrescarme.

Nos detenemos frente al pub junto a unos tipos que pasan el rato delante de la puerta abierta. Oigo el parloteo del interior, pero todavía no oigo a nadie cantar. Bien, espero no habérmela perdido.

—¿Qué pasa, tíos? Benny —los saludo con una sonrisa en la cara. Al fin y al cabo, ese es mi papel. Soy el tío de la fiesta, el que siempre está dispuesto a pasarlo bien. Joder, creo que puedo oír la amargura en ese pensamiento. Es la hostia de jodido.

Me contengo antes de que me invada la irritación: estoy aquí por Red, por nadie más.

Sully se limita a saludar con la cabeza y el ceño fruncido. Genial, no está por la labor esta noche. Le doy un codazo y señalo a los tíos con la cabeza. Pone los ojos en blanco y dice: —Benny.

Reconozco a algunos de las reuniones de la Hermandad y los otros son socios, incluido Benny. Es el portero de O'Malley's, y corre el rumor de que está intentando entrar en la Hermandad.

—Eh, Benny, ¿a qué vienen tantas velas por todas partes? —Observo los velones blancos sobre cada mesa y esparcidos por la barra.

—Solo por precaución. Jack empezó anoche. Queremos asegurarnos de tener algo por si hay un apagón.

—¿En serio? —Sully se asoma al interior de el pub.

Benny asiente. —Sí, están hablando de apagones parciales pronto, pero nunca se sabe.

—Supongo que ocho millones de personas con el aire acondicionado puesto veinticuatro siete durante la última semana es suficiente para provocar un apagón. —Joder, espero que no. Sería una forma de mierda de pasar tu cumpleaños.

—¿Has visto ya a Rush? —le pregunto a Patrick, el otro portero.

—Sí, señor. Está dentro, en su reservado. —Me mira a los ojos sin vacilar.

Las cejas se me disparan hasta la frente y miro a Sully. ¿Qué coño se supone que significa eso?

—Muy bien, tío. Gracias. —Le doy una palmada en el hombro mientras pasamos a su lado y entramos en el pub apenas iluminado. Me detengo en el umbral y dejo que mis ojos se acostumbren a la penumbra.

Localizo a Rush sentado en la penumbra, en un reservado en la esquina opuesta al escenario. Señalo la esquina con la cabeza. —Ahí está. Tengo que hablar con Jack de una cosa.

Sully asiente y se dirige a la mesa de Rush sin decir palabra.

Está abarrotado esta noche, así que tardo un minuto en encontrar a Jack. Está en el otro extremo de la barra hablando con dos mujeres; ambas pelirrojas, pero ninguna de ellas es mi Red. Espero a ver cuánto tarda en darse cuenta de que estoy aquí de pie, mirándolo fijamente.

Dos minutos y treinta y ocho segundos.

Sale de detrás de la barra, echándose un paño sobre el hombro, con una amplia sonrisa en la cara. —¡Chaval! —me agarra la mano que le tiendo y me atrae hacia él en uno de esos medio abrazos—. Ha pasado demasiado tiempo. Solo veo la jeta de Rush cada semana —dice con una risita, dando un paso atrás.

—¿Estás perdiendo facultades, viejo? —sonríó con suficiencia—. Más de dos minutos y medio antes de verme.

—Bah, intenta tú concentrarte cuando tienes la atención de dos chicas tan guapas. —Me dedica una sonrisa de suficiencia.

—Hablando de chicas guapas. Busco a una pelirroja. De esta altura más o menos —digo, manteniendo la mano a la altura de mi pecho—, con ojos color whisky.

Un brillo de complicidad centellea en sus ojos. —Ay, puede que conozca a una chica así.

—¿Sabes dónde está?

—Puede que sí, puede que sí. —Se cruza de brazos con aire satisfecho.

Aguanto como puedo, conteniendo la irritación. —¿Algo que decir, viejo?

—Cuida ese tono, chaval —espetá, con el cuerpo rígido.

Aprieto los dientes, pero no me disculpo. Jack tiene una relación complicada con la Hermandad. No es un miembro, pero tampoco *no* es un miembro. Sabe demasiado para ser solo un conocido, pero no lo suficiente como para ser un miembro. Incluso si fuera de la Hermandad, yo tendría más rango que él como vicepresidente del consejo joven.

Pero Jack me cae bien y no quiero faltarle al respeto, así que inclino la cabeza ligeramente hacia él.

Suspira y se relaja un poco. —¿Qué quieres con el pájaro cantor?

Enarco una ceja y le dirijo mi mejor mirada inexpresiva. —Claro. Necesito que enciendas las luces del escenario en cinco minutos. ¿Te importa si cojo prestada la guitarra de Patrick?

Ladea la cabeza para examinarme. —¿Para qué? ¿Cantas esta noche?

Sonrío. —Pues sí, Jack. Pues sí.

—Bueno, hostia puta. —Silba entre dientes, moviendo sus pobladas cejas naranjas—. Nunca pensé que vería el día en que el Lobo Solitario se subiera al escenario.

—Que te jodan, tío —digo con una risita—. Siempre te dije que haría falta algo grande para que volviera al escenario.

—Ahh —dice, con un brillo en los ojos—. Veo que has encontrado tu algo grande, entonces, ¿eh? ¿Estás seguro de que no tendrás que enfrentarte a tu hermano por este pájaro cantor? Viene casi todas las semanas a verla.

—Vaya. —Guardo esa información en mi mente antes de apartarla. No tengo tiempo para pensar en ello ahora.

Jack asiente, escudriñando mi cara, probablemente buscando una señal de que voy a perder los estribos con él.

Arruga la cara, con los labios fruncidos, y se inclina hacia mí. —No podemos tener otra plaga, por muy especial que creas que es la chica, chaval. —Su voz es baja, pero la música de fondo está a toda hostia, y a nadie le importamos una mierda nosotros dos hablando.

—No te preocupes tanto, Jack. Luego hablamos. Tengo un gran gesto que hacer.

Su risa me golpea la espalda mientras me doy la vuelta para dirigirme al escenario. —Buena suerte, chaval, parece que la vas a necesitar.

—Yo me creo mi propia suerte —grito por encima del hombro.

Saludo con la cabeza a algunas caras conocidas sentadas en las mesas, pero no me detengo a hablar con nadie. Trabajo con un tiempo limitado, y el elemento sorpresa es clave.

Encuentro la guitarra de Patrick en su funda, en la esquina del fondo del escenario. Es la extra que tiene aquí solo para esto, pero normalmente es él quien toca en el pub. Me lo contó todo en la última reunión de aspirantes de la Hermandad.

Me siento en el taburete, en el oscuro escenario, y afinó rápidamente la guitarra. Me tomo un momento para respirar y luego empiezo a rasguear las primeras notas de «Shallow».

Echo un vistazo a la barra, y Jack apaga la música de fondo y enciende las luces lentamente. El cambio dramático es suficiente para atraer la atención de todos en el pub.

Pero yo solo tengo ojos para una persona: Red.

Sé que parecerá una elección de canción improbable para todos en este lugar, para todos menos para una persona. Y esa es la única persona a la que miro mientras empiezo a cantar.

TREINTA Y CINCO

ALAINA

EN CUANTO JACK corta la música de fondo, me doy la vuelta. No oigo nada por encima del parloteo, pero entonces lo escucho. Las primeras notas de «Shallow», de *Ha nacido una estrella*, y sé que es Wolf.

Cuando enciende las luces del escenario, el corazón me da un vuelco.

—Joooooder, ese tío es puro sexo con patas —susurra Maddie en tono teatral.

Mary resopla, pero soy incapaz de apartar los ojos de él para mirar a ninguna de las dos.

Vestido con una camiseta de The Clash, vaqueros oscuros y unas Vans completamente negras, con tatuajes que asoman por debajo del cuello de la camiseta y le cubren los brazos, es una visión. Es como si todas mis fantasías se hicieran realidad. Es decir, joder, ya lo era, pero con una guitarra en el regazo y los ojos clavados en mí, es casi injusto lo atractivo que es.

Me pellizco el brazo discretamente para asegurarme de que no es un sueño; no sería la primera vez que tengo un sueño erótico con Wolf. Empieza a cantar la primera estrofa y sé que este es el momento; este es el momento sobre el que he leído en todos mis libros favoritos.

Esto es El Cortejo.

Joder, que me están cortejando.

Me contengo para no desmayarme literalmente mientras él me canta, sin romper el contacto visual en ningún momento. Joder, qué voz más increíble tiene. Rotunda, grave y suave, me envuelve y se hunde hasta el alma.

Sin siquiera pensarlo, me bajo del taburete y serpenteo entre las mesas, las sillas y la gente hasta llegar al escenario.

Cuando se detiene para tenderme la mano, no dudo. Se levanta y tira de mí para subirme al escenario, apartándose a un lado del pie de micro para dejarnos sitio a los dos.

Juro por Dios que nunca en mi vida he estado tan cerca de desmayarme. Me inclino hacia el micrófono, clavo mis ojos en los de Wolf y me preparo para cantar con toda mi puta alma.

Se me eriza la piel de gallina por todo el cuerpo mientras le miro directamente a los ojos y canto: «Estoy en el abismo, mira cómo me sumerjo». Vierto cada emoción que he sentido —y todas las que anhelo sentir— y le abro mi alma en canal para que la vea.

Cuando se une a mí para cantar el estribillo final, una lágrima se me escapa por la mejilla. Cantamos la última nota sin apartar la mirada el uno del otro mientras el pub entero estalla en vítores y aplausos.

Noto la enorme sonrisa que tengo en la cara, y es imposible borrarla. En un movimiento rápido, Wolf deja la guitarra en el taburete olvidado y se acerca a mí. Me agarra el culo con sus manos tatuadas, levantándome, y yo le rodeo con mis brazos y mis piernas. Da dos pasos y salta del escenario.

Deslizo una mano por su pelo y nos encontramos a medio camino en un beso que hace temblar la tierra.

Ignoramos los silbidos de admiración mientras me hace retroceder hasta que mi espalda queda contra una pared al lado del escenario. Me aprieta contra él y me devuelve el beso con toda la pasión —y la angustia— que la canción ha invocado. Me siento audaz y libre... y vista.

Me separo de él y le miro a sus hermosos ojos, oscurecidos por el deseo. —Conor, ha sido absolutamente precioso —exhalo—. Es el

mejor regalo de cumpleaños que he recibido nunca, y no puedo creer que hayas conducido hasta aquí solo para cantar. Para mí.

—Joder, ¿estás llorando? —Su mirada recorre mi cara.

—No —digo con una risa entrecortada—. Es solo que estoy muy feliz de que estés aquí. —Sorbo por la nariz.

—No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar, Red. Ninguno. —Su intensa mirada me atraviesa el alma.

—¿Eso significa...? —Mis labios rozan suavemente los suyos con cada palabra.

—Eres mi chica, Alaina.

—¿Estás seguro? ¿Y todo lo que dijiste antes? —Me muerdo el interior de la mejilla, pensando en todas las veces que me dijo que él no tiene relaciones.

—Soy un gilipollas, nena. Y eso probablemente no va a cambiar mucho. Pero lo intentaré. Por ti, lo intentaré. Y... —suspira y me mira a los ojos por un momento— entré un poco en pánico, ¿vale?

La vulnerabilidad en su mirada me pilla por sorpresa. —¿Pero por qué?

—Yo no tengo relaciones, Red...

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Solo escucha. Nunca las he tenido y te prometo que volveré a cagarla. Pero la idea de no volver a verte, de no volver a sentir esos bonitos labios rosas contra mí, me jodió más que la idea de tener una chica en serio. Y voy muy en serio contigo, Red.

La sonrisa arrogante que me dedica hace que, de hecho, me incline hacia él. Es como la puta hierba gatera: irresistible y hace que pierda la puta cabeza cada vez que está cerca.

—Bésame ya —susurro contra sus labios.

No lo duda, aprieta su cuerpo contra el mío y me empuja contra la pared. Inclina su boca sobre la mía, y ya noto los labios hinchados. ¿Qué tiene el O'Malley's que siempre acabo contra las paredes?

—¡Eh! ¡Tortolitos poniéndose juguetones ahí detrás! —grita Maddie desde el otro lado del pub.

Wolf se aparta y desliza la nariz por mi cuello justo en el lugar adecuado para provocarme escalofríos por la espalda. —Tu prima es

una cortarrollos.

Suelto una risita. —Me sorprende que haya aguantado tanto tiempo sin meterse donde no la llaman.

Miro por encima de Wolf y veo a Maddie de pie con las manos ahuecadas alrededor de la boca.

—Eooooo, aparta la boca de mi prima, colega.

—Está borracha, sin duda. Ni de coña grita así sobria —digo con una risa mientras me retuerzo en el agarre de Wolf. Me baja lentamente, sin quitarme las manos de encima—. Será mejor que vaya a ver cómo está. Además, le prometí a Jack que las chicas y yo cantaríamos esta noche.

—Pero es tu cumpleaños —dice contra mi cuello. Su aliento cálido deja cosquillas a su paso y el calor se acumula en mi bajo vientre. El muy cabrón sabe que ese es mi punto débil.

—Exacto. ¿Y no debería la cumpleañera conseguir todo lo que quiere en su cumpleaños? —bromeo, arqueando una ceja.

Sus manos se tensan alrededor de mis costillas mientras echa la cabeza hacia atrás para mirarme. —¿Y qué es lo que quieres, Red?

Me pongo de puntillas y digo contra su boca: —Todo.

Siento, más que veo, el escalofrío que recorre todo su cuerpo. Gime durante nuestro beso.

Me aparto antes de que volvamos a dejarnos llevar.

—De acuerdo, Red. Tendrás todo lo que quieras —promete.

Y aunque tengo miedo de que todo esto sea un error gigantesco que va a volverse en mi contra, le creo. Le miro fijamente a sus ojos oscuros, hipnotizada por las promesas que brillan en ellos.

Una sonrisa asoma en las comisuras de mis labios y me quedo mirando a este hombre precioso al que puedo llamar mío.

Un escalofrío de anticipación me recorre y me muerdo el labio mientras pienso qué más voy a pedir esta noche. Ha dicho «todo».

—Vas a meternos en problemas con tu prima, la fiera, si no dejas de mirarme así, Red —gime, observando mis labios.

—¿Así cómo? —ladeo la cabeza, con una pequeña sonrisa en los labios.

Un dedo tatuado traza el contorno de mi hinchado labio inferior y mi respiración se corta. Su mirada está fija en el camino que traza su

dedo y yo estoy fija en su expresión: reverente.

—Vas a ser la mejor clase de problema.

—Lo sé. —Asiento lentamente, y la punta de su dedo se desliza entre mis labios. Apenas lo rozo con la lengua y su gemido me recuerda a un wolf reclamando su botín. Eso solo me excita más.

—Vale, vale, ya es suficiente por ahora —dice Maddie justo a mi lado.

Doy un respingo al oír su voz, y su dedo se desliza fuera de mis labios. —Vale, Maddie. Cantemos —digo, sin dejar de mirar a Wolf.

—¡Sííí! —La veo levantar el puño en señal de victoria por el rabillo del ojo.

Wolf retrocede, liberándome de la pared. —De acuerdo, cumpleañera. Estaré en ese reservado de allí —señala el reservado de Rush, habitual en la penumbra del fondo— con Rush y Sully.

—¿Ha venido Sully? —La sorpresa tiñe mi voz.

Él asiente, mirándome por un momento. Debe encontrar lo que sea que estuviera buscando porque, un instante después, sonrío de oreja a oreja. —Oh, voy a disfrutar de esto.

No estoy segura de si se refiere a que cante o a otra cosa, pero no tengo tiempo de preguntarle. Maddie tira de mi mano y camina hacia el escenario. —Ya podrás ponerle ojitos a tu chico luego. ¡Es hora de cantar!

Cuando Maddie está contentilla, siempre es un espectáculo, y me río mientras la sigo hacia el escenario. Subimos los dos escalones y nos unimos a Mary en el escenario para empezar a colocar los micros y los pies de micro como nos gusta.

Cuando estamos listas, Mary está a mi izquierda y Maddie a la derecha. A su señal, asiento hacia Jack, que está detrás de la barra. Corta la música de fondo y enciende las luces del escenario.

Me inclino hacia mi micrófono y abro la boca para saludar a todo el mundo, pero Jack silba para llamar la atención. Juro que sus silbidos se oyen en el siguiente distrito de lo jodidamente fuertes que son.

Jack se sube a un taburete de la barra y grita: —¡Hoy es el cumpleaños de un pájaro cantor, y vamos a celebrarlo!

Todo el mundo en el bar vitorea y miro hacia la mesa del fondo para ver a los tres mirándome. Una sonrisa pícaro se dibuja en mis labios, y les lanzo un guiño para rematar.

TREINTA Y SEIS

ALAINA

JACK LEVANTA un vaso de chupito en el aire. —¡Un brindis! ¡Por una de las tres mejores pajaronas que ha visto jamás O'Malley's! — Hace una pausa, esperando a que Levi nos traiga a cada una un chupito transparente. Parece que, después de todo, será una noche de tequila. Alzamos nuestros chupitos y miro alrededor para ver que todo el mundo en el pub tiene su bebida en el aire por mí.

Se me calientan las mejillas al pensar en tanta gente celebrándome. Aunque Jack prácticamente les esté obligando.

—¡Por la cumpleañera! —brinda Jack y se toma el chupito de un trago.

—Por la cumpleañera —repiten todos antes de chocar sus vasos con quien tengan más cerca y beber.

—Por mí —digo y choco mi vaso con los de Maddie y Mary.

—Feliz cumpleaños, Lainey.

Nos tomamos los chupitos y hago una mueca por el ardor. — Sabéis cuánto me gusta cuando usáis vuestra química de gemelas así. —Esbozo una sonrisa pícar—. ¿Estáis listas para cantar?

—¡Claro que sí! ¡Vamos a darlo todo, tía! —exclama Maddie.

Mary le sonrío con picardía a su hermana. —Empecemos con «Valerie».

Mary se gira hacia la multitud y empieza a cantar la letra a pleno pulmón mientras Maddie y yo armonizamos y le hacemos los coros. Cogemos panderetas y las golpeamos contra las palmas al ritmo, moviendo las caderas y sonriéndonos salvajemente las unas a las otras.

Mary lo borda en el puente, y me descubro enviando otra plegaria de gratitud por estas dos mujeres a quien sea que esté escuchando allá arriba. No sé qué haría sin ellas dos, y no quiero saberlo nunca.

Este podría ser uno de los mejores cumpleaños que he tenido. Debería haberlo sabido, cada cumpleaños que paso con ellas dos es siempre increíble, pero este se siente extra especial. Un cosquilleo me recorre como una ola cuando mi mirada conecta con la de Rush; luego con la de Wolf y, finalmente, con la de Sully.

Tres hombres diferentes que me tienen cautivada.

Canto la última nota y mi mirada se dirige involuntariamente hacia el reservado del fondo donde están sentados Wolf, Rush y Sully. Un par de tíos están de pie alrededor del reservado, y uno se sienta justo al lado de Rush.

A regañadientes, aparto la mirada de él y recorro la multitud que vitorea con una sonrisa.

—¡Muchas gracias a todos! —digo por el micro mientras lo vuelvo a colgar en el soporte.

—¡Un aplauso para nuestras pajaronas de esta noche! —La voz atronadora de Jack resuena por todo el pub.

Escaneo el pub, buscando al hombre de la barba naranja en cuestión, cuando veo por el rabillo del ojo un alboroto en el reservado del fondo. Rush se levanta y se encara con un tipo. Wolf y Sully se levantan y se ponen a los lados de Rush, y el corazón me late con fuerza ante la posibilidad de que estalle una pelea.

No es que Jack no esté acostumbrado a algún desacuerdo o pelea ocasional —por eso tiene porteros—, pero la idea de que se peleen hace que las náuseas se me revuelvan en el estómago.

—¡Y feliz puto cumpleaños, Lainey! —grita Maddie por el micro.

La multitud complace su ebria declaración de cumpleaños y vuelve a vitorear y aplaudir.

—¡Gracias!

Bajo del escenario con la intención de ir al reservado del fondo, cuando Jack se planta delante de mí.

—Gran trabajo esta noche, chicas. Feliz cumpleaños, pequeña. — Jack me pone un vaso de chupito en la mano y me da un beso en la coronilla.

—Gracias, Jack. —Me tomo mi chupito y le quito también el de Maddie—. Mañana ya se va a encontrar mal de por sí, no hace falta empeorarlo. —Veo a Wolf caminando hacia el pasillo de los baños, y veo mi oportunidad de robarle otro beso de los que te encogen los dedos de los pies. Me tomo el chupito de Maddie y le doy los vasos vacíos a Jack—. Si me disculpas, tengo que ir al baño.

—Ah, claro, pequeña. Pásate por la barra antes de irte. Tengo un detallito para ti. —Jack da media vuelta y regresa a atender la barra.

Me giro hacia Maddie y Mary. —Descanso para ir al baño, ¿alguna de vosotras necesita ir?

—Nop —dice Maddie, marcando la p.

—Yo estoy bien, Lainey —dice Mary, escaneando la sala—. Estaremos en la barra.

—Vale. Os buscaré allí. Quédate con Maddie, esto se ha llenado muchísimo en la última hora.

—Desde luego —se mofa Mary—. Luego nos vemos, cielo.

Tomo nota mental de hablar con Mary mañana. Ha estado tensa todo el día, y no estoy segura de si pasó algo en las vacaciones o si es el jet lag.

Doblo la esquina hacia el pasillo que lleva a los baños, y el déjà vu me golpea como un tren de mercancías. Aquí es exactamente donde besé a Rush.

Una pequeña sonrisa secreta se me dibuja en los labios al recordar lo posesivo que me sujetó aquel día.

Troteo unos pasos para alcanzar a Wolf. Cuando estoy a una distancia de alcance, me inclino hacia delante para agarrar la parte de atrás de su camiseta negra y le doy un tironcito para llamar su atención. —Wolf, oye.

Se detiene, pero no se da la vuelta. Está oscuro aquí atrás, y la bombilla que tenemos encima empieza a parpadear, distrayéndome.

—Oh, vaya, espero que no se vaya la luz. Se me olvidó comprobar si hoy tenemos corte de luz rotativo. ¿Tú lo sabes? —Me quedo mirando la bombilla parpadeante como si pudiera darme las respuestas que busco.

Se me revuelve el estómago. ¿Por qué demonios no se da la vuelta? —Oye, ¿qué pasa?

Busco su mano y él me deja. Uso mi mano sobre la suya para hacer palanca y obligarle a girarse para darme la cara. Y lo que veo me deja helada.

Una risita nerviosa me sube por la garganta. —Lo siento. Pensaba que eras otro. —Intento soltarme de él, pero sus reflejos son rápidos y me sujeta la muñeca con un agarre de hierro. —Ay. Oye, me estás haciendo daño.

Da un paso adelante, bajo la bombilla parpadeante, y sus rasgos parecen demoníacos. Pelo negro peinado de forma similar al de Wolf y ángulos afilados perfilan su rostro. Unas lentillas de color Red me devuelven la mirada mientras me sonríe, mostrando todos los dientes.

Intento retroceder, pero él aprieta su agarre sobre mí. —Eeh, eeh, eeh. Paciencia.

El pánico me atenaza mientras lucho por mantener la calma y largarme de aquí. —Mira, siento haberte agarrado la camiseta, pero tengo amigos esperándome y ya estarán preocupados.

Me mira fijamente un momento. —Tres, dos, uno —susurra.

Y las luces se apagan.

—Hora de irse. —Empieza a arrastrarme por el pasillo.

El pánico inunda mi cuerpo y empiezo a patalear para soltarme de él. Me maldigo por no haber aceptado la oferta de Wolf de entrenarme en defensa personal el otro día.

Me arrastra por el pasillo hacia los baños y pierdo los nervios de verdad. Empiezo a gritar y a dar patadas y a agarrarme a cualquier cosa de la que pueda asirme. Pero no hay ni un solo cuadro colgado en las paredes ni un taburete solitario al que agarrarse.

—Chitón. No hace falta tanto ruido —me riñe—. Además, no podrán oírte por encima del espectáculo.

Antes de que la última palabra salga de su boca, oigo ruidos como de disparos, seguidos de cristales rotos y gritos.

Me arrastra más allá de los baños, y estamos a un metro y medio de la salida de emergencia que da al callejón trasero. Pero recuerdo una cosa que aprendí en el colegio hace unos años: tus posibilidades de supervivencia disminuyen en cuanto te llevan a un lugar secundario. Lucho contra él con todo lo que tengo dentro, pero no es suficiente.

Se detiene justo delante de la puerta y se gira para mirarme. — Esto va a doler.

Veo que levanta una pistola y pienso que se acabó, que mi vida ha terminado. Una película de los mejores momentos pasa ante mis ojos, pero una fracción de segundo después, golpea mi cabeza con el arma.

Y entonces dejo de pensar en nada de nada.

TREINTA Y SIETE

WOLF

RED ME MIRA FIJAMENTE mientras canta la última nota de la canción antes de mirar a Rush y luego a Sully. Estoy a punto de decirle algo jodidamente sarcástico a Sully cuando Matteo se sienta junto a Rush.

Mis músculos se tensan, listos para entrar en acción si es necesario. Nos llevamos bien con los italianos y sé a ciencia cierta que Sully y Matteo han hecho negocios juntos en el pasado. Pero son tiempos inciertos y confiar en alguien podría significar tu muerte.

—Qué agallas, Rossi, entrar en mi bar y sentarte en mi mesa como si tuvieras derecho. —La mirada de Rush se clava en Matteo y se entrecierra.

—No estoy aquí por política, Fitzgerald. —Lanza una mirada a Sully y a mí por un momento antes de volver a centrarse en Rush—. He oído que los tres estabais en la ciudad esta noche y, como normalmente eres un hombre difícil de ver, he tenido que probar suerte.

—¡Muchísimas gracias a todos! —dice Red al micrófono. La mantengo en mi campo de visión sin perder de vista a Matteo.

—Te escucho —dice Rush, mirando deliberadamente a los hombres de Matteo que están de pie frente al reservado.

—Sé que te has enterado de lo de Mama Rosa's.

—¡Un aplauso para nuestras pajaronas de esta noche! —grita Jack, distrayéndome.

—Sí, nos hemos enterado. Y lo sentimos. Me alegro de que salieras de allí, tío —dice Sully.

Matteo inclina la cabeza en señal de reconocimiento. —Gracias. Que en paz descanse, tía Carm, que Dios la tenga en su gloria. —Se inclina hacia adelante y baja la voz—. Little Italy acaba de arder en llamas hace dos horas y se rumorea por ahí que vosotros sois los siguientes.

—¿Nosotros? —pregunta Rush con las cejas arqueadas—. ¿Qué te hace decir eso?

Matteo se echa hacia atrás. —Solo es un rumor que oí de alguien que se lo oyó a otro. Podría ser una gilipollez. —Se encoge de hombros—. Pero me gusta O'Malley's y me cae bien Jack...

—¿Desde cuándo coño vienes tú aquí? —interrumpo.

Matteo me mira y se encoge de hombros. —Una o dos veces en el pasado. Bueno, solo quería daros un aviso amistoso. Eso es todo. —Matteo se desliza fuera del reservado y se pone de pie.

Antes de que pueda dar dos pasos, Rush está plantado delante de él, gruñendo: —Será mejor que no me estés jodiendo. Y como descubra que nos estás tendiendo una trampa, te enterraré.

—¡Y feliz puto cumpleaños, Lainey! —grita en el micrófono Maddie, la prima borracha de Red. Desde aquí puedo ver el bonito sonrojo rosado de sus mejillas. Me muero de ganas de zanjar esto para poder ir a por mi chica. Tengo planes para nosotros esta noche.

Matteo mira fijamente a Rush. —No, no te haría eso.

Sully y yo nos deslizamos fuera del reservado y nos ponemos a cada lado de Rush. —Eso es lo que dicen todos, Rossi —digo.

—¿Sí? —sonríe con suficiencia—. Ellos no son yo. —Matteo hace una señal a sus hombres y sale del pub a la cálida noche.

—¡Gracias! —grita Red y saluda a la multitud que la aclama.

Nuestra pequeña interacción pasa prácticamente desapercibida para todos, excepto para Jack, que se interpone frente a Red cuando baja del escenario.

Observo a Jack darle a ella y a sus primas otro chupito, y ella se bebe el suyo bastante rápido. Le da a Red una palmada en el hombro y la conduce hacia la barra, y la necesidad compulsiva de estar cerca de ella disminuye solo un poco. Jack la protegerá si es necesario.

—¿Qué coño ha sido eso? —murmura Sully, cruzándose de brazos con el ceño fruncido.

—Ni puta idea, necesito fumar. ¿Vienes?

—No, necesito una copa. —Sully se dirige a la barra y yo espero la respuesta de Rush.

Rush se queda mirando la puerta principal abierta un momento antes de asentir. —Vamos.

Salimos y uno de los porteros, Patrick, nos saluda con un gesto. —¿Qué tal, chicos? ¿Cómo estáis?

Es un tipo bastante majo. Lo he visto por ahí en algunas movidas de la Hermandad. Rush lo ignora y se queda justo delante de la puerta, colocando su cuerpo de forma que puede ver el interior del pub mientras da una calada.

Asiento hacia Patrick. —Estamos bien, tío. —Enciendo el cigarrillo que cuelga de mi boca e inhalo—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—No me puedo quejar. —Patrick cierra la puerta principal.

—Déjala. Mi chica está ahí dentro —espeta Rush, sacando la mano para evitar que la puerta se cierre del todo.

—Lo siento, tío, son las reglas de Jack. Si la gente fuma aquí fuera, tengo que cerrar la puerta para que no entre en el bar. —Patrick se frota la nuca, con la frente perlada de sudor.

Rush exhala, expulsando el humo en el aire húmedo de la noche, y los tres vemos cómo entra directamente en el pub.

—Sí, vale. Lo siento, tío, es que... necesito este trabajo, ¿sabes? —Patrick mira a la acera mientras habla.

Observo cómo Rush se tensa, su postura es engañosamente relajada, pero sus dedos revolotean contra su pierna y sé que está a segundos de recordarle a Patrick quién es él.

Solía odiar esta parte de esta vida —la intimidación, el abuso de poder, incluso la violencia—, pero ahora entiendo por qué es

necesaria. Y confío en que Sully y Rush no me permitirán volver a cruzar esa línea; la que nos separa de los monstruos.

Somos, después de todo, creados a imagen y semejanza de nuestro Da: tres carniceros por derecho propio. Aprendimos del mejor.

Podría intervenir, pero entonces no sabríamos si puede aguantar en la Hermandad. Por eso empezaron la fase de aspirante: es una prueba.

Rush apaga el cigarrillo contra la pared de ladrillo y lo deja caer en el cenicero. —Lo entiendo. Pero la diferencia, aspirante, es que si desobedeces una orden de Jack, solo perderás tu trabajo. Si desobedeces una orden mía, perderás la cabeza.

Patrick traga saliva visiblemente y alterna la mirada entre nosotros. —Tiene usted razón. Mis disculpas, a ambos.

Me encojo de hombros en respuesta y apago mi cigarrillo en el cenicero. Miro dentro del pub y veo a Red yendo hacia atrás, hacia los baños. —Vamos, Rush. Vamos a ver cómo está Red.

Rush se queda mirando a Patrick un minuto más antes de girar sobre sus talones y entrar en el pub. Le doy a Patrick una palmada en el hombro al pasar a su lado y me dirijo a la barra, donde veo a dos pelirrojas.

Estoy a dos pasos de ellas cuando se apagan las luces.

Hay un momento de silencio antes de que todo el mundo empiece a hablar a la vez. Saco mi móvil y uso la linterna para iluminar el espacio a mi alrededor. Me giro hacia la barra, esperando ver a Red, pero me encuentro cara a cara con sus primas.

—¿Dónde está?

—¿Qué quieres decir? Acaba de seguirte a los baños. La he visto —dice su prima Mary.

—Joder. ¿Estás borracha? Estoy aquí mismo. —Me señalo con el dedo índice.

Mary se cruza de brazos y espeta: —¿Te parezco borracha?

—Relájate, hermanita, probablemente solo sea una caída de tensión programada —dice Maddie arrastrando las palabras.

Mary señala a su hermana con el pulgar. —La borracha es ella.

Sí, pues me importa una puta mierda. Solo necesito encontrar a Red. Vosotras dos quedaos aquí hasta que vuelva. —Me doy la vuelta, maldiciendo el hecho de que no tengo una, sino tres pelirrojas de las que ocuparme esta noche. Red me mataría si les pasara algo a estas dos, especialmente si una de ellas está borracha. Y no voy a joderla tan pronto después de haberla recuperado.

Voy a contracorriente, abriéndome paso hacia la parte trasera del bar cuando todo el mundo está saliendo en masa por delante. Pero no puedo dejar a Red ahí atrás sola en un apagón. En los buenos tiempos ahí atrás hay una sola luz.

Cuando estoy a mitad de camino de la parte trasera del pub, oigo una rápida sucesión de estallidos crepitantes. Me quedo helado un segundo, esforzándome por oír el silbido delator de que son fuegos artificiales y no putos disparos.

Cuando no oigo ningún silbido, solo más estallidos fuertes y rápidos, mi corazón se me sube a la garganta.

Alaina.

Salgo corriendo hacia la parte trasera del pub, la linterna de mi móvil rebota en las paredes. ¡Red! —Mi voz suena aterrada, y no puedo detener la oleada de miedo que me corre por las venas.

Doy un patinazo al dar la vuelta a la esquina del pasillo y entro de golpe en el baño de señoras. —¡Red! ¿Estás aquí? —Mi voz retumba en las paredes mientras abro las puertas de los retretes de un portazo, sin encontrar nada.

Salgo corriendo del baño y empujo la puerta del aseo de hombres con más fuerza de la necesaria.

Con el corazón desbocado, cojo mi móvil y marco a Rush.

—¿Dónde estás? —contesta Rush, pero solo presto atención a medias. Paso dos segundos mirando a mi alrededor antes de darme la vuelta y volver corriendo al pasillo. —¿Wolf? ¿Dónde coño estás?

—¿Tienes a Red a la vista?

Rush hace una pausa. —No. Ni Sully tampoco, está justo a mi lado.

Me paso las manos por el pelo mientras doy vueltas.

¿Dónde coño está?

La linterna ilumina la puerta de salida de emergencia y corro hacia ella. Se me eriza el vello de la nuca mientras empujo la salida de emergencia y salgo al callejón.

Los disparos se oyen más bajos aquí fuera, y el olor a basura podrida es abrumador, pero lo que me llama la atención es el destello de pelo rojo oscuro iluminado por el letrero al final del callejón.

Salgo disparado como un maldito *cornerback*. —Callejón. ¡Ahora! —le ladro al teléfono y me lo guardo en el bolsillo mientras bombeo mis piernas más rápido.

Observo cómo alguien mete mi mundo entero en el lateral de una furgoneta de reparto negra a quinientos metros de distancia. No grita ni se defiende, y se me encoge el estómago ante las posibilidades de lo que eso podría significar.

Salto por encima de un cubo de basura volcado, deslizándome sobre el cemento sucio. Cada paso se siente como si alguien me clavara una aguja en el corazón, el miedo alojado en mi garganta.

Pero no me rendiré.

Nunca me rendiré con ella.

Alguien está de pie dentro de la puerta lateral abierta, mirándome desde debajo de un pasamontañas. Espero que el cabrón pueda leer en mi mirada la muerte lenta y tortuosa que le estoy prometiendo.

Porque ese wolf, esa parte primitiva, vengativa y violenta de mí que ha estado enterrada durante años, se ha desatado. Que el cielo ayude a cualquiera que se interponga en mi camino ahora.

El tipo cierra la puerta lateral de un portazo mientras saco mi pistola de la parte de atrás de mis pantalones y disparo varias rondas, apuntando a los neumáticos y a la puerta del conductor.

La furgoneta sale derrapando de la boca del callejón, chirriando los neumáticos traseros, y yo me esfuerzo aún más, corriendo como si la puta vida de Red dependiera de ello.

Debería haberla protegido mejor.

Tengo demasiados enemigos en esta vida.

Llego al final del callejón y salgo corriendo al medio de la carretera, buscando la furgoneta en todas direcciones.

Las calles están vacías.

Apoyo mis manos sobre mi cabeza, sin soltar nunca mi pistola, y suelto un rugido gutural.

Rush y Sully corren a mi lado, con las pistolas fuera y el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Rush.

—Se la han llevado. —Mi respiración es entrecortada mientras mi mente da vueltas—. Se han llevado a nuestra chica.

Exploro la zona, tratando de tener una mejor visión de la situación desde el medio de la calle. Una multitud de personas del interior de O'Malley's se agolpa frente al oscuro pub, algunos llorando y heridos. Pero los restaurantes de ambos lados están brillantemente iluminados. De hecho, todos los demás edificios alrededor de O'Malley's brillan en la oscura noche de verano.

Esto era una trampa.

TREINTA Y OCHO

RUSH

—CUÉNTAMELO TODO, empieza por el principio. —Mis palabras son cuidadosas y medidas.

Nunca he visto a Wolf tan lleno de rabia, ni siquiera cuando su padre biológico se puso en contacto con él por primera vez desde la cárcel para pedirle dinero.

Mientras Wolf detalla todo lo ocurrido en los últimos quince minutos, saco el móvil y llamo a uno de los mejores hackers del país, aparte de mí. Responde a la llamada y, por cortesía profesional, le digo: —Te llamo para pedirte un favor.

—Envíame la solicitud —responde.

Cuelgo y abro la aplicación de intercambio de archivos encriptados que construí solo para este propósito. Le digo lo que necesito y las coordenadas, y solicito un servicio prioritario, ofreciendo dos favores por las prisas.

Después de eso, realizo una búsqueda filtrada en la dark web para encontrar cualquier información que pueda ayudar.

—Hijo de perra —gruño—. Han puesto un puto precio a la cabeza de Alaina. —Miro de mi teléfono a la rabia de Wolf y a la indiferencia forzada de Sully.

—¿Qué cojones significa eso? —grita Wolf con los músculos tensos.

—Significa... que alguien ha ofrecido un millón de dólares por la captura de una tal Alaina McElroy. —Una rabia gélida me hierve en las venas ante la audacia de alguien que pone precio a la libertad de mi chica.

—Al menos no es «viva o muerta», ¿verdad? Algo es algo —murmura Sully.

—Sully, llama a los chicos y haz que hablen con todos los contactos que conozcan —delego—. Necesitamos a los miembros novatos de la Hermandad en las calles.

—Me pongo a ello. —Sully saca su teléfono y empieza a marcar.

—Wolf, contacta con los Blue Knights y con Matteo.

Hace una pausa por un momento, mirando la calle vacía donde estaba la furgoneta. —Tenemos que encontrarla. —Me mira con los ojos entrecerrados y los puños apretados.

Si Sully es la calma que precede a la tormenta y yo el ojo del huracán, entonces Wolf es el volcán activo, con su furia lista y dispuesta a causar una destrucción masiva.

Bien.

Si tenemos alguna esperanza de encontrar a Alaina, necesitamos que esté centrado. Observo a Sully y noto el temblor de sus manos mientras llama a nuestros soldados al deber. Puede que se esté engañando a sí mismo, pero a mí no me engaña.

—La encontraremos, hermano, ya lo verás.

—Iré a la guerra por ella, Rush. ¿Estás preparado para eso?

Alguien se ha atrevido a desafiarme llevándose a mi chica de mi bar. Y que no quepa duda: Alaina es mía.

—Sí, ya estamos en guerra.

—Las calles se teñirán de rojo con mi venganza —promete él con voz profunda.

Me pongo a su lado y me quedo mirando la calle desierta. —Quemaré la puta ciudad entera hasta sus cimientos para recuperarla.

CONTINUARÁ...

UNA NOTA PARA LOS LECTORES

¡Muchísimas gracias por haber elegido Wolf!

Y espero que no estéis demasiado enfadados conmigo por ese final. Sé que os he dejado con la miel en los labios, pero podéis estar tranquilos, ¡el próximo libro, Rush, saldrá en unos pocos meses!

No puedo agradecerlos lo suficiente que hayáis dado una oportunidad a Alaina, Wolf, Rush y Sully—¡y a mí!

¡Y no veo la hora de que leáis lo que sucede a continuación!

¡Sería un honor para mí que sacarais un momento para dejar una breve reseña de este libro! Las reseñas son el alma de un libro y os lo agradecería muchísimo.

xoxo

—pen

¡Mantente al día!

Suscríbete a mi [boletín de noticias](#)

Únete a mi [grupo de Facebook, Penelope's Black Hearts](#)

Sígueme en Instagram [@authorpenelopeblack](#)

¿LISTO PARA MÁS?

Continúa leyendo para ver un fragmento de
Rush:
La Hermandad, libro 2
Ya disponible en Kindle Unlimited

CAPÍTULO UNO

ALAINA

Me despierto de golpe.

La consciencia no llega despacio. Es un chasquido de dedos. En un minuto estoy en el pasillo trasero de O'Malley's y, al momento siguiente, me despierto con un sobresalto.

Tardo un momento en darme cuenta de que tengo calor, mucho calor. Lo primero que pienso es que el aire acondicionado se ha vuelto a romper. Miro a mi alrededor, esperando ver mi dormitorio de la universidad en Nueva York antes de recordar que me estaba quedando en Boston con la familia del nuevo prometido de mi madre. Todo está un poco borroso, pero esos detalles resultan irrelevantes cuando giro la cabeza y veo el interior de una furgoneta. Me empiezan a hormiguear los dedos y me quedo boquiabierta por la impresión. Un repentino ataque de tos me sacude el cuerpo con el movimiento.

Me duele todo. Un dolor punzante me atraviesa la cabeza, concentrándose en el nacimiento del pelo y la sien.

—¿Qué ha pasado? —sé que he dicho las palabras en voz alta, pero no puedo oírlas. Un escalofrío de pánico me recorre la espalda y cierro los ojos con fuerza.

Huele a hoguera, solo que con menos malvaviscos tostados y más productos químicos penetrantes.

Con una mano, me impulso desde el suelo para incorporarme y con la otra me toco la oreja. Siento algo húmedo en los dedos: sangre. Todo está amortiguado, como si estuviera bajo el agua, y el olor a humo es cada vez más fuerte.

Frunzo el ceño y se me pone la piel de gallina en los brazos. No entiendo qué está pasando, pero intento reprimir el pánico que me sube por la garganta.

¿Dónde está Wolf?

¿Y Rush?

¿O Sully?

Un movimiento llama mi atención y veo llamas de un naranja brillante a través del parabrisas delantero. Me atrapan con su balanceo hipnótico y pierdo unos segundos preciosos en su trampa mortal.

Dios mío. Salen del capó de la furgoneta.

La urgencia me inunda las venas y la adrenalina se dispara, obligándome a moverme. Me apresuro a ponerme de pie y me golpeo la cabeza con el techo. El impacto me hace retroceder un paso, tropiezo con algo y caigo con fuerza al suelo. El coxis se lleva la peor parte del impacto y me escuecen los codos, pero es la menor de mis preocupaciones cuando veo con qué he tropezado.

O mejor dicho, con *quién*.

Un tipo vestido de negro de arriba abajo —incluido un pasamontañas negro parcialmente subido que revela una barba castaña— yace inmóvil a mi lado. Antes de que tenga tiempo de hacer nada, un tipo con los ojos rojos se me pone delante de la cara. Va vestido igual que el tipo con el que acabo de tropezar, y el miedo me atenaza el cuerpo.

No puedo oír lo que está gritando por encima del rugido en mis oídos, pero mis instintos de lucha o huida se activan al recordarlo del pasillo trasero de O'Malley's.

Cuando se agacha y le toma el pulso al tipo que está a mi lado, aprovecho mi oportunidad. Me muevo a gatas, me pongo de pie y corro hacia la puerta trasera. Logro dar dos pasos antes de que alguien me plaque por detrás.

La barbilla me golpea contra el suelo de la sucia furgoneta y la boca se me llena de sangre. Veo estrellas y sacudo la cabeza para que cese el pitido.

Me retuerce los brazos a la espalda y yo me revuelvo y doy patadas a cualquier cosa con la que mis pies entran en contacto. El sudor me resbala por la cara mientras el aire de la furgoneta se vuelve sofocante. Siento que algo me envuelve las muñecas y siento que me desvinculo de mi cuerpo.

Me veo reducida a mi instinto humano más básico, y sé que no voy a terminar mis días en esta Tierra atrapada en una furgoneta en llamas.

El sonido tarda un momento en filtrarse, pero puedo oírme gritar. Es el ruido más fuerte que he oído salir de mi boca, pero no puedo parar.

Parar significa que me estoy rindiendo.

Parar significa que me estoy resignando a este destino.

Parar significa que nunca volveré a ver esos tres pares de ojos intensos, impresionantes y cautivadores.

Así que no paro. No puedo. *No lo haré.*

Grito, arañó y pateo todo lo que toco.

Me vuelvo jodidamente salvaje.

—Por el amor de Dios. ¿Quieres darme la maldita jeringuilla de una vez? Si morimos aquí dentro, no cobraremos —grita la persona que forcejea conmigo—, pero no le dedico ni un segundo a sus palabras. Necesito cada segundo que pueda conseguir.

Oigo que alguien responde, pero apenas distingo las palabras por mis gritos y el pitido persistente.

Por el rabillo del ojo veo una jeringuilla y redoblo mis esfuerzos.

—Recuerda que tú te has buscado esto —me sisea en la cara—, salpicándome la mejilla con saliva. Coge la jeringuilla de la mano extendida y me la clava con fuerza en el cuello antes de tirarla a un lado.

Pasan apenas diez segundos antes de que mis músculos me traicionen y dejen de funcionar. Cinco segundos después, lucho por mantener los ojos abiertos mientras el hombre de ojos rojos y cara de demonio se me acerca.

—Ya está lista. Vámonos antes de que nos alcancen. Si nos pillan, estamos jodidamente muertos, y no pienso morir porque Smitty no sepa conducir de una maldita vez.

Oigo el crujido y el lamento del metal al abrirse y siento que sacan mi cuerpo de la furgoneta. Lo último que veo es el cielo oscuro mientras alguien me lleva desde la furgoneta en llamas hasta un coche que espera.

Continúa leyendo Rush, el segundo libro de la serie La Hermandad aquí: books2read.com/brotherhood2

OTRAS OBRAS DE PENELOPE BLACK

LA HERMANDAD

Wolf

Rush

Sully
